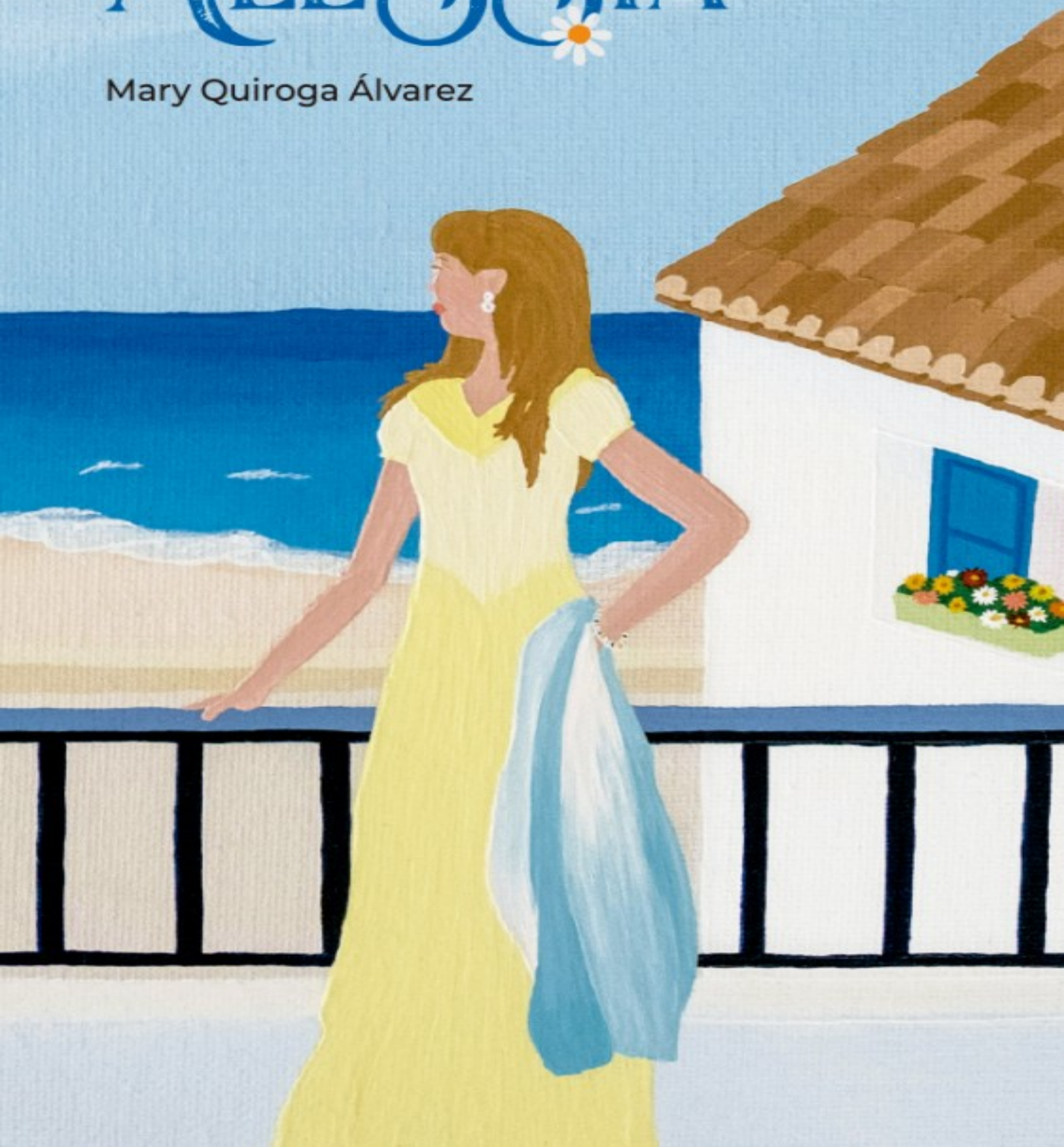
Alessia

Mary Quiroga Álvarez



ALESSIA

Mary Quiroga Álvarez

Los personajes y hechos narrados en esta obra son producto de la imaginación de la autora y nada tienen que ver con la vida real, incluso si por casualidad sus vivencias se asemejaran a las de alguien existente. Así mismo, cualquier coincidencia entre los nombres de los personajes y el de un particular, nada tendrá que ver con él o ella, sino que será un hecho meramente fortuito.

© Copyright 2025 María Remedios Quiroga Álvarez
Todos los derechos reservados

Imagen de portada: *Sé la luz de tu destino*, acrílico de Sharon Martínez Quiroga.

Fotografía de Kasia Grenda

Diseño y realización artística de la portada: Jenny Galera Lindeblom

Create Space ID:
Queda prohibida, salvo para citas y cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
(Artículo 270 y siguientes del Código Penal)

Código de registro: 2511153701341

ISBN: 9798274045001
Sello: Independently published

A los buscadores entusiastas
y a los que han perdido la ilusión,
porque el camino nos obsequia gratas sorpresas

que colman nuestra vida de emoción.

Aunque el mundo esté patas arriba. Aunque el dolor sea profundo, la lucha ardua no dé resultados y la esperanza se debilite, ten presente que incluso en los momentos más oscuros una estrella brilla y nos recuerda que más allá de las tinieblas hay luz. Una luz que se manifiesta en formas y momentos que no imaginamos ni esperamos, pero nos devuelve la sonrisa. ¡Confía!

MQA.

1

El ansiado momento

Alessia estaba a punto de realizar su anhelado sueño: visitar la hermosa y preciada ciudad donde residiera durante sus primeras siete primaveras. Quería recorrer sus viejos lugares, palpar vivencias colmadas de amor; evocar sonrisas y momentos maravillosos en compañía de su madre, Lucía, el ángel que la cuidaba desde hacía quince años y que, con su partida repentina e involuntaria, dejara en el aire preguntas que nadie le sabía responder y motivara un vuelco total e inesperado en su día a día. Un cambio drástico en el que el vacío, la necesidad y el dolor, solo hallaban consuelo al convertir los momentos que habían vivido juntas y el amor que las unía, en el maravilloso secreto que alimentaba su vida.

Un potosí que palpaba y acariciaba a diario, pero que el paso del tiempo amenazaba con desdibujar. No podía permitir que sucediera, por eso necesitaba volver a la ciudad que había sido testigo de tanto amor y perderse entre los recuerdos. Confiaba en que allí, en medio del escenario donde habían tenido lugar, volverían a ser tan vívidos y entrañables como al principio. Y podría descubrir y descubrirse.

Quería que los susurros del viento capitalino le narraran las aventuras y los cuentos de su infancia. Que su lluvia fertilizara los abrazos que desde hacía mucho tiempo enviaba al infinito y, si era posible, que la empapara con respuestas a las interrogantes que se repetían. Necesitaba que el ayer le devolviera la risa alegre de entonces, para que su alma de niña se manifestara con libertad. No obstante, ignoraba que durante su viaje a Madrid se produciría un encuentro que transformaría su realidad, una vez más.

La vida no había tenido en cuenta su corta edad e inocencia para ponerla cara a cara con la orfandad, la renuncia y el dolor. Por fortuna, en el momento de su desolación se presentaron unos abuelos con los que apenas tenía relación, pero que estaban dispuestos a ofrecerle la familia y la protección que acababa de perder. Poco sabía de ellos: que se llamaban Esperanza y Leopoldo, que eran los padres de su madre y vivían lejos, por eso, y algo más que ignoraba, su madre y ella no los visitaban.

Cuando entraron en el apartamento recién enlutado y la encontraron llorando desconsolada, la abuela intentó reconfortarla, la abrazó y le dijo:

—No llores, cariño. Tu madre ahora es un ángel y te cuida desde el Cielo.

Alessia la miró dudosa e intentó que respondiera a su gran interrogante:

—¿Por qué murió? Éramos felices juntas y nos queríamos mucho.

—Ella no lo eligió, pequeña, tuvo que irse. Sin embargo, aunque no la veas estará siempre contigo gracias al gran amor que os une.

Lejos de aclarar la duda de Alessia, la respuesta le dejó nuevas incógnitas: ¿por qué tenía que irse?, ¿cómo iba a estar con ella si no la veía? No le hizo más preguntas porque la abuela hablaba de forma complicada, y el tiempo se encargó de aclararle lo que acababa de escuchar.

Era un momento triste y difícil, para el que no estaban preparados. Los adultos, que carecían de respuestas incluso para sus propios cuestionamientos, estaban sumidos en el dolor, la sorpresa, la tristeza, el lamento… y no pensaron en que la pequeña de siete años entendía más de lo que imaginaban. Sufría, sabía que perdía a su madre, que no la volvería a ver, y necesitaba una explicación acorde, abrazos reconfortantes, amor y atención.

Alessia obedeció y aguantó sus lágrimas, a la vez que observaba en silencio lo que ocurría a su alrededor, como si fuera un fantasmita, presente pero inexistente, invadida por la pena y el desconsuelo. Poco después, el cielo se cubrió de fuerte gris y la lluvia cayó generosa. Entonces, dedujo que como ella no podía llorar, su mamá, convertida en ángel, le había pedido al cielo que

expresara su dolor, y la tristeza del entorno desbordó el plañir contenido en su corazón.

Días más tarde viajó con los abuelos al precioso lugar donde ellos residían, una villa encantadora y gentil llamada Altea, también conocida por su localización, belleza y arquitectura como La Cúpula del Mediterráneo, La Villa Blanca, La Reina de la Marina Baja y La Perla de la Costa Blanca.

Transcurría el mes de agosto y fue recibida por un hermoso cielo que prodigaba sus azules sonrientes sobre el mar, al que veía por vez primera. Enseguida, se impregnó con el olor a sal y apreció la gran diferencia entre lo que encontraba y lo que acababa de dejar. Todo era distinto y mucho más pequeño, incluso las calles que recorrieron para llegar a la casa, ya que eran estrechas, empedradas y empinadas, además de que estaban enmarcadas entre los níveos muros de bajas edificaciones que lucían tapices coloridos, variados y originales en sus balcones. Los encontró tan bonitos que deseó que la abuela tuviera uno. Nada se parecía a la gran ciudad, ni siquiera la gente que la miraba y saludaba, la mayoría con tristeza.

Las diferencias la abrazaron por su sencillez, por la luz y la gentileza; y también por los desconocidos que, al caer la tarde, llenaron de vida, movimiento, entusiasmo y alegría las callejuelas y la plaza. Y ese primer abrazo inesperado sembró el apego en el pequeño corazón de la niña, que por un momento apartó su dolor ante la novedad. Una querencia que, más tarde, le permitió enamorarse de los campos, las montañas, los veranos rebosantes y emocionados…, y también disfrutar de los otoños vestidos de sabiduría y alegría estudiantil, apreciar la importancia del trabajo realizado durante los apacibles inviernos. Y danzar entre los colores con que se vestían las primaveras floridas, perfumadas y resplandecientes, alentada por vientos frescos que animaban el vuelo de las gaviotas.

La candidez y la vida se conjugaban a diario en Altea, no obstante, y a pesar de la bienvenida, durante un largo tiempo jugaba en solitario, sonreía muy poco, no mostraba interés en compartir con amiguitos, salía con desgano, y en su corazón y mirada residían la

tristeza, la melancolía. La añoranza del regazo que la colmara de amor infinito.

Era una niña noble, obediente y dulce, empero, la escasa relación entre su madre y los abuelos; el cambio de alegría por dolor a raíz de la muerte de Lucía; la ruptura involuntaria con todo lo conocido; y el consecuente escudo que, inconscientemente, se autoimpuso a fin de protegerse de una nueva pérdida, dificultaron la adaptación y la convivencia.

Por fortuna, los abuelos se esforzaron para hacerla feliz y, ante su falta de interés por socializar, la observaron y se dieron cuenta de que se entretenía y expresaba mediante la escritura, el dibujo y la pintura, lo cual motivó que la abuela Esperanza la involucrara en sus actividades.

—¿Qué te parece si hoy vienes conmigo al taller y me ayudas con los suvenires?

—Pero no sé pintar bonito como tú, abuela, y se me pueden caer y romperse.

—No pasa nada. A mí también me salen algunos tan feítos que ni siquiera los muestro, y he roto un montón, pero se hacen más y listo.

Las últimas oraciones estuvieron acompañadas por una sonrisa cómplice y un guiño que motivaron el entusiasmo de Alessia, quien se mostró contenta y la acompañó.

Poco después, la abuela sonreía al observarla porque elegía colorido alegre y armonioso para su obra y, según su propia experiencia, en ella plasmaba lo que habitaba en su corazón. Ese día reconfirmó que su nieta era un alma llena de luz y creatividad; y confió en que compartir una actividad que ambas disfrutaban sería un buen comienzo para ganarse su confianza, compenetrarse y abrazarse en el amor.

La dicha de Leopoldo llegó días después, al escuchar una petición:

—Abuelo, ¿me enseñas a moldear el barro?

—Claro, pequeña. Estoy seguro de que has heredado tus dotes artísticas de mí.

Esperanza se contentó al ver que ambos se acercaban y también porque, Alessia, aprendería de la mano de un buen alfarero; oficio

que combinaba con el alma del marinero que, de vez en cuando, salía a pescar de madrugada.

Durante el invierno producían sus artesanías, y cuando asomaban los visitantes abrían al público la tienda que ocupaba una parte del bajo de la casa, donde exponían la gama de creaciones que, por su diversidad y tientes, hacía imposible presagiar el luto que reinaba en sus corazones. El oficio que ejercían les apasionaba y la pequeña tienda contaba con un surtido variado, porque el abuelo añadía nuevas piezas y modelos de acuerdo a la demanda, y la abuela utilizaba los colores intensos de sus primeros diseños, a los que había convertido en su sello. No obstante, escondía las composiciones resultantes de los momentos en que la tristeza infinita guiaba sus pinceles, y la alegría de los matices se desvanecía.

La pequeña era su todo, el motivo para seguir y la obra maestra a la que, Esperanza y Leopoldo, no querían fallar. Anhelaban hacerla feliz, de manera que, entre los intentos para lograrlo, acordaron motivarla incluyendo sus creaciones entre la exhibición. La deformidad y pinturas irregulares contrastaban con la perfección del resto, no obstante, de vez en cuando alguien las compraba por su originalidad. Empero, la mayoría reposaba en la parte alta del armario de los secretos, puesto que los abuelos se encargaban de quitar las que tenían tiempo en exhibición, mientras ella iba a la escuela. Así, cuando regresaba y se daba cuenta de que faltaba alguna se ponía feliz, lo que la motivaba a seguir creando y a hacerlo cada vez mejor. Algo a lo que contribuía la abuela, quien le decía con una amplia sonrisa de ternura y confianza:

—¿Has visto? Hoy unos viajeros se enamoraron de tu precioso cuenco, y cuando lo vean o coman un helado en él, les recordará lo mucho que disfrutaron durante sus vacaciones.

Al escucharla, Alessia sonreía y se iba sintiendo arropada por aquellos abuelos casi desconocidos, y también por el encanto especial de la pequeña colina vestida de hogares níveos. Cuna de belleza e historia que descubrió y amó a través del diario vivir y de las narraciones de los lugareños, en las que se mezclaban realidades y fantasías, cuya inclinación y exageración dependían de quien las

relatara. Eso sí, siempre le resultaban apasionantes porque en ellas hallaba el amor, la dicha, las aventuras o el dolor que vivían los protagonistas y contagiaban los cronistas.

Así, el resplandor y amabilidad del entorno la invitaron a echar nuevas raíces y a apreciar sus días sencillos y luminosos, tintados con tonos de mar y montaña. Días de luz que se colaban generosos entre callejuelas pendientes, sobre cuyas piedras desprendía lentamente su soledad al pasar.

Con el tiempo, en su corazón brotó el cariño por el pueblo de casitas blancas con techos de teja, en el que resaltan puertas, ventanas y balcones marrones y azules protegidos por rejas ornamentales de forja negra, a las que añaden vida y color buganvillas y jazmines.

Un espacio en el que descubrió arte por doquier, ya que, además de mostrarse en los museos, se expresa mediante detalles que contrastan sobre el blanco y rompen la armonía común para dar lugar a la identificativa; y que se caracteriza por contar con puertas talladas o decoradas con algún mural; farolas y buzones que respetan su condición clásica, a la vez que exhiben decorados en vivos matices; baldosas pintadas a mano con los nombres o números de las casas… y, de acuerdo a la época del año, ventanas y balcones se visten con hermosos lienzos en los que se puede interpretar la ilusión y el sentimiento de sus creadores, y también la de los moradores. Motivos que diferencian a cada hogar, lo convierten en único y despertaron el interés y la sonrisa de Alessia, cuando estuvo lista para apreciarlos.

Al transcurrir el tiempo, descubrió que le gustaba ir a pescar con el abuelo y escuchar sus historias mientras contemplaba el amanecer entre la inmensidad del todo y de la nada, evocando lo que le había contado su mamá. Además, al hacerlo se convertía en la consentida de los madrugadores que faenaban a diario para contribuir a la rica gastronomía.

Su nuevo mundo era pequeño, pero supo agraciarla con encanto. La impregnó de sensaciones hasta entonces desconocidas, le obsequió vivencias diferentes, la animó a hacer amigos, a interactuar, a querer. Le gustaba saber y se esforzó por sacar buenas

notas y, al hacerlo, se dio cuenta de que los abuelos se enorgullecían con cada meta que alcanzaba, por pequeña que fuera. Entonces, un día descubrió que los amaba y era amada, y que ya no se sentía tan sola, ni tan triste, ni tan extraña.

No obstante, tenía algo pendiente. Algo con lo que soñaba en sus ratos de soledad. Algo que necesitaba para volver a ser completamente feliz: regresar a Madrid.

Sabía que lo importante era el presente y que tornar al pasado podía ser decepcionante. Sin embargo, su deseo era más fuerte que cualquier razón o excusa, y con la ayuda de internet planificó su recorrido. No le puso fecha, pero tenía clara la meta: revivir sus recuerdos para abrazar lo bello y sanar el dolor que la entristecía.

Imaginó su viaje muchas veces, siempre con la emoción que le producía alentarlo con el pensamiento. Para ello, se perdía entre las viejas vivencias que aflorarían con fuerza al estar en el lugar en que habían acontecido, y le permitirían avivar emociones olvidadas. Sensaciones mágicas que acudirían a su encuentro al patear las calles de la capital. Al transitar entre sus edificios e inhalar su aire, pero, sobre todo, al revivir parte de los momentos maravillosos compartidos con su madre.

Consideraba que al hacerlo pondría fin a su búsqueda, porque las reminiscencias y el lugar mudarían en consuelo y respuestas. Y porque el abrazo de Lucía, en el que había sido su hogar, reconfortaría el dolor por haberla perdido.

Estar con los abuelos le permitiera conocerla mejor, ya que les hacía preguntas sobre su niñez y juventud, y después se iba al balcón o a alguno de los miradores para contemplar el mar e imaginarla en sus parajes, a la vez que la envolvía con el inmenso amor que por ella sentía. Así supo muchas cosas de su amada mamá, a la que le definieron como un espíritu libre y valiente que decidiera irse a estudiar a la gran ciudad, y volara para no volver. Y ella le sumó los amorosos momentos que habían compartido entre diversión y risas, y recuperó a la madre que le había sido arrebatada. Empero, le faltaba algo y decidió buscarlo.

Al principio se preguntaba quién era su padre, pero con el paso de los años comprendió que se trataba de un secreto que se había ido a

la tumba con su madre. Un misterio que ninguno de los que conocía le podía develar. El abuelo le decía que no lo sabía, y ella le creía porque su mirada era sincera y su respuesta reflexiva. La abuela se cubría de melancolía e intentaba rebuscar entre el conocimiento y la memoria, sin hallar nada concluyente más que una dudosa pista imposible de seguir: «No lo sé. Nunca me habló de que hubiera alguien especial en su vida. La vi charlar con un turista dos o tres veces antes de irse a Madrid. Quizás él era de allí, se encontraron y se enamoraron, Aunque también pudo conocer a alguien en la universidad, o en su trabajo...»

Así transcurrieron quince años en la vida de Alessia, hasta que un domingo, durante le comida del mediodía, les comunicó que se iba a la capital. Al principio se hizo un gran silencio y los rostros de los abuelos se cubrieron por la tristeza que invadió sus corazones. Les había hablado de ir, pero no estaban preparados para enfrentarlo.

Tras el mutismo inicial, la abuela le confesó:

—Cariño, tú has sido el gran aliciente. El motivo y la razón por la que logramos seguir adelante después de que tu mamá muriera. Con ella fallamos y lo lamentamos profundamente, a ti te apoyaremos y respetaremos todo lo que decidas por duro que nos resulte.

El abuelo añadió, casi suplicante:

—Contigo retornaron las risas, el amor, la ilusión. Verte crecer nos llenó de vida y alegría, y ahora que has decidido irte temo que se repita la historia y no regreses. Espero que vuelvas pronto.

La abuela, con el corazón encogido, le pidió:

—No te olvides de nosotros, pase lo que pase, siempre estaremos esperándote.

El sentir de ambos motivó que los ojos de Alessia se tornaran vidriosos. Se levantó, los abrazó y les dijo:

—No os preocupéis. Voy porque necesito hacerlo, me quedo en casa de Carolina y serán apenas unos días.

La abuela, pesarosa, sugirió:

—Puedo acompañarte y nos quedamos en un hotel.

—Debo hacerlo sola. Necesito hacerlo sola.

—Sé que tienes derecho a volar si te hace feliz, pero me cuesta aceptarlo, lo siento.

—No tienes que disculparte, abuela, puedo entenderlo, pero en mi caso no se trata de volar sino de recordar. De recuperar y abrazar el pasado que no quiero olvidar.

Alessia empatizaba con su sentir, pero necesitaba volver al lugar en el que había sido dichosa, y también donde había perdido a su madre. Donde estaban los recuerdos de sus primeros años de vida. Sentía que era algo indispensable para su felicidad, de manera que les prometió regresar y concretó su partida.

La necesidad de ir y la promesa del retorno no impidieron que afloraran los nervios, la duda e inclusive la pena; de manera que, para hacer corta la despedida, no quiso que la acompañaran al tranvía y se fundieron en un abrazo fuerte frente a la puerta de la casa. Un abrazo tan sentido, que lejos de reconfortar el plañir del corazón de los abuelos lo acentuó. Después la contemplaron alejarse camino a la estación, sumidos en la tristeza y el temor a que se enamorara de la capital y los dejara.

Iba con tiempo, de manera que volteó de vez en cuando para agitar su mano en señal de despedida, o lanzarles un beso que recibían y le devolvían en aquella mañana que, Alessia, había soñado espléndida y primaveral. Al doblar la esquina para continuar hacia su destino, miró al cielo y se topó con el azul que intentaba asomar con timidez, entre generosos cúmulos ocultos tras sombras que se desvanecían. Se iniciaba un día muy importante, sin embargo, la felicidad que había imaginado no estaba presente, y en su lugar había incertidumbre.

Al avanzar compartía saludos y sonrisas de confianza o gentileza con los escasos vecinos que habían salido a la calle temprano, y se dejaba acariciar por la brisa suave y juguetona que, de vez en cuando, era acompasada por la danza de las majestuosas gaviotas. Le llamaba la atención cuan observadoras y sobrias se mostraban, siempre guardando distancia, y lo elegante y vivaz de su vuelo: un hermoso pequeño ser vigilante desde el cielo, cercano al mar y a la tierra.

Amaba todo aquello y su alma se despedía con un hasta pronto, mientras que su cerebro, en un intento por convencerse a sí misma, añadía la coletilla: «Así será».

Los abuelos desconfiaban tanto que habían despertado sus dudas y, nuevamente, se preguntaba qué pasaría si descubría que quería quedarse en Madrid. Tal vez había heredado el espíritu libre de su madre, pero se mantenía dormido para no hacerles daño.

Las incógnitas surgían en su cabeza con fuerza, empero, confiaba en que hacía lo que debía, y su mirada, usualmente dulce y melancólica, reflejaba el entusiasmo y la ilusión con que había fantaseado sobre aquel momento.

Llegó pronto a la estación del tranvía, compró su billete hasta Alicante y tomó asiento en el banco del andén. Mientras esperaba, observó que la presencia de pasajeros era escasa, soñolienta. El silencio se adueñó de un instante y le permitió escuchar el fuerte palpitar de su corazón; estaba nerviosa, emocionada y a la vez temerosa por la aventura que iniciaba. Respiró profunda y lentamente para calmarse, y pensó que su deseo se convertía en realidad y que, aunque viajaba sola, iba a encontrarse con su infancia y con su yaya, Carolina.

2

El viaje

Cerró los ojos y se vio cuando tenía siete años, haciendo el recorrido que ahora emprendía, pero a la inversa. Entonces abrazaba a Tim, el perro de peluche que le había regalado Adriana, su madrina, y también a la última muñeca que le había comprado Lucía, que carecía de nombre porque el acontecer la atropellara antes de decidirlo. Viajaba en compañía de sus abuelos, la buganvilla que pretendían regalar a Carolina, pero a la que ella no quiso renunciar, de manera que optaron por podarla y trasplantarla a un tiesto pequeño, varias maletas y el cofre que contenía las cenizas de su mamá.

El vuelco que experimentó su vida entonces, le hizo concebir a los trenes como máquinas del tiempo que transportaban a los viajeros de un mundo a otro, y pensó que estaba a punto de sucederle una vez más, solo que ahora lo había decidido voluntariamente, no por perder, sino para encontrar. Así lo sentía gracias a la ilusión y la esperanza que ocupaban el lugar del dolor, y combatían los nervios que por instantes se imponían.

La llegada del tranvía interrumpió sus meditaciones, y la realidad que significaba abordarlo se tradujo en un coctel de emociones entre las que destacó la duda. Se preguntaba si era el momento, si hallaría lo que soñaba o sus recuerdos habían sido magnificados por su mente añorante y necesitada… A pesar de ello, las interrogantes no impidieron que se levantara y subiera dispuesta a cumplir su anhelado sueño.

Tomó asiento del lado izquierdo para ver el mar y las hermosas calas que de vez en cuando decoraban el trayecto, con la idea de

que la preciosidad de la naturaleza la distraería y calmaría, pero no fue así. El poder de la incertidumbre le sobrepasaba y optó por combatirlo repasando su recorrido; después caviló sobre lo que iba a hacer, lo que esperaba y deseaba encontrar, lo que sentía, lo que podía ocurrir… Estaba segura de que todo sería bueno, aun así, no se relajaba, pensaba. Pensaba.

Hizo un cambio de tranvía en el camino, y en Alicante tomó el tren de máxima velocidad hacia su destino final: la capital luminosa de sus recuerdos, donde los suspiros, la luz y los recovecos le hablarían de su amada mamá.

Acababa de sentarse, cuando un niño entusiasta la saludó y ocupó el puesto contiguo.

—Hola, soy Santiago, ¿tú quién eres?

Lo miró y esbozó una bonita sonrisa, porque los niños le parecían la genialidad y la inocencia aderezadas con ternura, y contestó:

—Hola, Santiago, soy Alessia.

—Voy a ser tu acompañante.

—Me alegra, eres muy simpático. ¿Con quién viajas?

—Con mi padre, está ahí atrás. Él quería asientos juntos, pero no quedaban y es mejor así porque yo soy grande.

Alessia volvió a sonreír al ver el convencimiento con el que le hablaba, y comentó:

—Eres grande, tienes razón, pero tener un padre cerca es un privilegio. Créeme.

—Tú vas sola, ¿verdad?

—Sí.

—Claro, por eso lo dices.

Ella sonrió de nuevo, y el padre del pequeño, tras colocar los bolsos en el portaequipajes, se les acercó.

—Mucho gusto, soy Javier. Santi es mi hijo y le han asignado este asiento, pero si no te agrada viajar con niños podemos intercambiarnos. Estoy dos filas más atrás.

—Es un niño simpático y me agrada su compañía. Pero imagino que estarás más tranquilo teniéndolo a tu lado.

Javier hizo un gesto de que le daba igual.

—Estoy en diagonal y lo veo desde mi asiento. Lo digo por ti.

Alessia se dio cuenta de que su pequeño acompañante la entretenía, la distraía y le hacía reír, y concluyó:

—Vale. Entonces nos quedamos como estamos.

—Está bien, pero si te cansa, ya sabes.

Santiago intervino:

—No la voy a fastidiar, papá, ya tengo ocho años.

—Bueno, ahora lee y más tarde juegas con la videoconsola.

—Mejor un videojuego primero para que Alessia lo vea.

Alessia y Javier sonrieron, y este se fue a su asiento.

Él chico se entretuvo jugando, y ella, que había dejado atrás los nervios y las dudas gracias a la distracción, reconoció la valiosa ayuda de internet en la preparación de su viaje y del conocimiento que había adquirido sobre Madrid, porque le había permitido visitar y conocer lugares e historia que ignoraba. Enseguida, sonrió al recordar que los momentos culminantes de los preparativos tenían lugar cuando, al toparse con un nombre o una imagen, despertaba algo que yacía entre el olvido y la premiaba con una evocación. La chispa se convertía en luz radiante y enternecía su corazón, alimentando con fuerza las ganas y el deseo que, en secreto, cultivaba desde hacía mucho tiempo: recorrer los caminos de su infancia y abrazar de nuevo el amor del ayer.

El tren arrancó e imaginó que se hallaba en la máquina del tiempo, como en *Volver al futuro 3*. Entre un antes y un después, nuevamente. La primera vez su equipaje estaba repleto de dolor, ahora de ilusión. Iba a encontrarse con Carolina, y estaba convencida de que le contaría cosas que por teléfono no le decía. Creía que ella sabía más que nadie sobre la vida de su madre, e incluso, aunque ya le había preguntado y le dijera que no tenía idea de quién era su padre, pensaba que podían hallar juntas alguna pista. Además, quería verla y abrazarla después de tantos años, y sonrió porque le faltaba muy poco para hacerlo.

—¿Por qué sonríes? —escuchó.

—Por algo que estaba pensando.

—¿No es porque fallé?

—No. Ni siquiera me había enterado.

—Ah, porque no hay que reírse de los demás.

Alessia asintió con la cabeza, a la vez que dijo:

—Tienes razón. Hacerlo les causaría dolor, y debemos aportar felicidad, no tristeza.

Santiago continuó atento al juego; y ella lamentó la distancia que había crecido entre los abuelos y su madre. El que hablaran pocas veces, que no estuvieran en las fotos de su bautizo…, y la yaya volvió a ser su esperanza para saber qué había pasado entre ellos. Después concluyó que era una pena que no se hubieran reconciliado a tiempo, porque se querían y era mucho más lo que los unía que lo que los distanciaba.

En este punto, su rostro dibujó una mueca de tristeza, porque la muerte había ganado la partida antes de que alguno tomara la iniciativa de acercarse, como estaba segura de que los tres deseaban.

Finalmente, notó que sus párpados se cerraban como resultado de pasar varias noches en las que apenas había dormido, por el estrés y la emoción del viaje.

Y, el pequeño, que parecía estar atento al juego, pero también lo estaba a su acompañante, le preguntó si iba a dormir.

—Creo que sí —respondió Alessia.

—Menos mal porque eres un poco rara.

—¿En serio?

—Sí —dijo convencido—. Pensé que ibas a ser mi amiga, pero no me hablas.

—Estás ocupado, además, ¿por qué no me hablas tú?

—Porque mi padre me dijo que no te molestara, y tampoco puedo hablar con extraños.

—Está bien que le obedezcas.

—Pero es que tú y yo ya somos amigos.

Alessia no pudo evitar sonreír.

—¿En qué quedamos, soy extraña y rara o soy tu amiga?

—Eres mi amiga y rara, porque te ríes y haces gestos sin hablar con nadie.

Alessia rio divertida ante la ocurrencia del chiquillo, no obstante, pensó que tenía razón, y aclaró:

—Estaba pensando y expresaba mis emociones sin darme cuenta, pero no soy rara.

—¿Quieres jugar conmigo a la videoconsola?, así parecerás alguien normal.

—¿La gente normal juega a la videoconsola cuando viaja en tren?

—Y también mira cosas en su teléfono móvil.

Ella sonrió y añadió:

—Y ven películas, escuchan música, leen e incluso duermen, y estaba a punto de quedarme dormida. ¿Qué te parece si me dejas hacerlo un rato y al despertar jugamos?

—Bueno, pero si duermes mucho te despierto.

Alessia lo miró mostrando una dulce sonrisa.

—Como no sé cuánto es mucho para ti, será mejor que dejes que me despierte sola.

—¡Que aburrido!

Él pequeño aceptó resignado, mostrándolo al encogerse de hombros mientras pronunciaba su frase, y retomó lo que hacía.

Alessia cerró los ojos, se durmió y disfrutó de un precioso sueño en compañía de su madre. Lucía era la constante de su consciente y subconsciente. Al principio tenía pesadillas que desataban su llanto, y alguno de los abuelos acudía a su habitación para abrazarla hasta que se calmaba y se rendía nuevamente a los brazos de Morfeo.

En aquellos tiempos tenía un sueño recurrente que le producía angustia y temor: los edificios de Madrid eran helados de fresa que se derretían hasta que convertían las calles en espacios pegajosos e inseguros, donde su madre resbalaba, caía y moría. Una noche en la que despertó sobresaltada, le contó a su abuela con total lucidez y un gran dolor lo que acababa de soñar y, Esperanza, entendió que su pequeña se sentía culpable por lo acontecido, de manera que le explicó que su madre había fallecido porque había cumplido su misión, que consistía en entregar una hija maravillosa al mundo. Que ambas eran dos ángeles que residían en lugares distintos y lejanos, pero estaban unidas por el amor para hacer el bien, y que el que sucediera cuando iba a buscar el helado había sido porque era su momento.

A partir de entonces le buscaron ayuda especializada y, con el tiempo, las pesadillas desaparecieron y surgieron aventuras nocturnas que le hacían vivir emociones bonitas, como la que tenía en el tren, en la que ambas sobrevolaban la ciudad en que habían vivido. Lucían vestidos largos y vaporosos; el suyo era azul celeste y el de Lucía verde esperanza, suave y acogedor. Ambos decorados con pequeñas amapolas de colores que volaban a merced del viento, como si de un diminuto jardín flotante se tratara.

Sus cuerpos y cabellos danzaban al son de una melodía que solía poner Lucía y con la que, Alessia, evocaba gratos momentos del ayer feliz, cuando escuchaban juntas: *Nothing is gonna change my love for you*, interpretada por George Benson.

Lucía amaba la música y solía cantar y bailar con ella temas infantiles, pero también otros de amor infinito, alegres, etc., y de los más repetidos había anotado frases que no se parecían nada a la letra real, sin embargo, esas pequeñas pistas y la melodía que permanecía en su memoria, le habían permitido hallar algunos en internet, como el mencionado.

Esta nueva aventura por el mundo de los sueños con su madre, motivó que sonriera e incluso dijera algo inentendible para su pequeño vecino; quien decidió despertarla.

—Alessia.

Ella estaba profundamente dormida y no escuchó. La llamó de nuevo y, como tampoco se enteró, le agarró una mano. Con el contacto despertó, y escuchó:

—Estabas haciendo cosas extrañas, y es mejor que nadie más te vea.

Ella, aún adormilada, comentó:

—Ah, me has salvado. Eres mi superhéroe. Gracias.

Él rio y le mostró un videojuego.

—¿Jugamos?

—Vaya, eres un chico decidido.

—¿No te gusta? ¿Quieres otro?

—Oh, no. Me da igual. Está bien ese.

Santiago la miró interrogante:

—¿Lo has jugado?

—No, pero tú me explicas cómo se hace y ya está.

—¡Claro!

El pequeño reaccionó feliz porque se sintió importante, y ambos sonrieron.

—¿Queréis algo de la cafetería?

—Estoy bien, gracias.

—Yo sí, papá, un chocolate. Y también quiero ir al baño.

Santiago se levantó y se fue con su padre. Alessia pensó que ir al servicio era buena idea, ya que así ganaba tiempo al bajarse, y lo hizo. Había regresado a su asiento cuando volvieron Santiago y Javier, y la sorprendieron con un botellín de agua y un chocolate, que motivaron su sonrisa agradecida. Después de comer la tentadora delicia y beber, se entretuvo con el niño y los videojuegos hasta que llegó a su destino.

El chiquillo era vivaz e inteligente, y al escuchar que anunciaban la llegada a la estación de Atocha, donde ella le había dicho que se bajaba, le pidió el teléfono móvil a su padre para grabar el número de su amiga.

—¿Me vas a llamar?

Él, sonriente, aseveró:

—Claro. A lo mejor regresamos en el mismo tren y seguimos jugando. Me ha gustado ganarte.

—Ah, es porque perdí, debí de imaginarlo.

Ambos rieron divertidos y, Javier, se acercó al ver que se levantaba.

—Espero que no te haya molestado mucho.

—Para nada. Santiago es una excelente compañía. Muy listo, simpático y educado.

Mientras pronunciaba sus calificativos, Alessia le regaló una mirada dulce y sincera al pequeño, y la acompañó por un guiño de complicidad. Él sonrió feliz.

Al salir al exterior de la estación se detuvo y respiró lenta y profundamente. Observó, contempló. Sonrió satisfecha porque el amor no la había engañado y lo que veía se parecía a lo que recordaba. Empero, lo más importante era que su sentir concordaba

con lo imaginado: Madrid la recibía con su luz radiante y despertaba en ella el candor del ayer.

Caminó despacio hacia la parada correspondiente, y tomó el autobús para trasladarse hasta el que había sido su barrio. El primer puesto a la derecha del chofer estaba libre, y lo ocupó porque le ofrecía un buen ángulo de visión para observar lo que había echado de menos: los edificios, las calles, los árboles, los jardines…, e incluso la prisa de los viandantes. Quería apreciar la vieja novedad con la felicidad de cumplir su sueño, aunque no podía hacerlo del todo porque era rondada por la incertidumbre y el nerviosismo. A medida que recorría las calles, se fue dando cuenta de que lo que veía le resultaba tan conocido como desconocido, y pensó que sí, que había hecho bien en volver.

Cuando bajó del autobús se detuvo nuevamente, y la nostalgia se instaló en su corazón porque, a pesar del día soleado, el jardín que tenía al frente carecía del brillo que mostraba en sus memorias.

Caminó unos metros y se sentó en un banco, cerró los ojos y dejó que la brisa le acariciara el rostro. Era suave, portaba el olor que la transportaba a su niñez, y la imagen de Lucía se presentó sin necesidad de llamarla. Sonreía, caminaba hacia el parque infantil cercano y la llevaba de la mano. Estaban felices, se mostraban amorosas. Charlaban, reían, jugaban. Y se preguntó si lo recordaba o lo imaginaba.

En todo caso, sonrió con todo su ser porque la esencia del ayer la visitaba, tal cual esperaba. Un instante después, mientras disfrutaba del plácido momento, escuchó el tono de su teléfono. Miró quién era y contestó.

—Hola, abuela.

—¿Has llegado? ¿Cómo estás?

—Sí, llegué y estoy bien. Me olvidé de llamarte, pero ya estoy cerca de la casa de Carolina.

—¿La has llamado?

—Aún no.

—¿No te parece muy arriesgado que le toques el timbre sin haberle dicho previamente que vas? ¿Y si no está?

—La espero, siempre vuelve a casa.

—Puede estar de vacaciones en su pueblo.

—Me lo hubiera dicho cuando hablamos.

—Solo a ti se te ocurre aparecerte sin avisarle.

—Abuela, sabes que quiero darle una bonita sorpresa.

—Espero que no te la lleves tú.

—Verás que no; la estuve sondeando y no pensaba ir a ningún lado, ya te contaré después.

—Vale. Acuérdate de reportarte y de que te queremos.

Alessia sonrió con ternura y dijo amorosa:

—Lo haré. Un abrazo para ti y otro para el abuelo.

Se levantó con entusiasmo, recorrió el camino que le faltaba hasta llegar al edificio donde vivía su yaya, y al encontrarse frente al portal que tantas veces había cruzado, sus latidos se aceleraron y experimentó una sensación bonita y novedosa. Sin esperar, buscó en la placa de la entrada el botón correspondiente al piso de Carolina, y lo pulsó.

—¿Quién es?

Reconoció su voz, no porque la recordara de su niñez, sino por las veces que habían hablado por teléfono desde entonces. Emocionada y radiante, contestó:

—¡Hola! ¡Soy Alessia! ¿Me puedes abrir?

—¿Qué Alessia?

—La hija de Lucía.

—¿Qué Lucía?

—Tu vecina. Yaya, soy yo, Alessia.

—¡Anda ya!

Para su sorpresa, Carolina colgó el telefonillo. Entonces, pulsó de nuevo, y escuchó:

—Deja de molestar o llamo a la policía.

—Soy yo, en serio. Vine sin avisarte porque quería darte una sorpresa. Cómo iba a saber quiénes son Alessia y Lucía, si no fuera Alessia.

—Los ladrones lo sabéis todo. Voy a bajar, así que mejor te vas antes de que compruebe que no eres quien dices, porque te aseguro que llamo a la policía.

Alessia concluyó que su yaya era la misma de siempre, y recordó el abrazo que le había dado cuando su madre yacía sobre el suelo de la cocina. Un abrazo fuerte, sincero, amoroso, triste y preocupado, que le hizo sentir en refugio seguro, como se sentía ahora. Y sonrió a la espera.

3

Encuentro con Carolina

Habían transcurrido escasos minutos cuando la emoción se apoderó de ambas. Carolina estaba al otro lado de la puerta de cristal y sus grandes ojos se abrieron como platos, su rostro se iluminó con la mejor sonrisa y su corazón palpitó con fuerza al ver que, efectivamente, la chica que tenía delante era quien decía. Agarró el manillar con ansia y, al abrir, exclamó:

—¡Oh! ¡Eres tú, muchachita! ¡Vaya sorpresa!

Alessia sonrió con ternura y se fundieron en un abrazo amoroso y cómplice, a la vez que, Carolina, continuó:

»¡Qué bonito se siente volver a abrazarte! ¡Cuánto has crecido! Menos mal que existen las videollamadas, porque sin ellas no te hubiera reconocido.

Con una espléndida y emocionada sonrisa, Alessia le devolvió el amor que recibía.

—A mí también me encanta verte, yaya —enseguida bromeó—. Pero casi no lo logro, menudo carácter.

—Es que no te imaginaba por aquí y algunos averiguan mucho para engañar a una anciana desvalida.

—¿Anciana?, ¿desvalida?, pero si estás estupenda y te defiendes muy bien.

Carolina la soltó, la miró de frente con una gran sonrisa y le hizo un guiño cómplice.

—Cuanto me quieres, cariño. ¡Qué bonito mientes! Ven, subamos. ¡Aún no me lo creo! Cuéntame, ¿qué te trae por Madrid?

Aunque le había dicho que subieran y le había hecho una pregunta, Carolina no daba un paso ni paraba de hablar. La

contemplaba con dicha y emoción, y le comentaba lo mucho que había crecido, lo guapa que estaba, la ilusión que le hacía que estuviera allí, tanta que por su rostro resbalaron lágrimas de felicidad.

De sus palabras y gestos afloraba el afecto profundo que sentía por ella, y dio rienda suelta el deseo de abrazarla nuevamente. Mientras lo hacía, salió una vecina y le preguntó si se acordaba de Alessia. Le contestó que no. Era imposible que lo hiciera porque era nueva en el edificio, pero la exaltación de la yaya le impidió darse cuenta. Las presentó con la alegría, el amor y orgullo que sentía. Y subieron.

Arriba se fundieron en un nuevo abrazo, largo y amoroso. Enseguida, Carolina se dirigió a su habitación para despertar a su marido, pero él estaba rendido y no insistió. Cerró la puerta, regresó al salón y se sentaron en el sillón.

—Jorge sigue trabajando por las noches, ¿verdad?

—Sí, como cuando eras niña.

—Sabes que entonces creía que era un vampiro —rieron.

—¿En serio? ¿Por eso siempre te querías ir para tu casa cuando estaba aquí?

—Sí. Me parecía raro que no tuviera grandes colmillos, pero no me fiaba de él.

—Vaya, y yo pensaba que no te le acercabas porque no se había ganado tu cariño.

—A veces lo intentaba, pero yo no lo quería cerca por chupasangre —rieron de nuevo—. Espero que ahora no me eche de su casa.

—Nadie que te conozca te echaría de su casa. Además, a su modo, te quiere.

—Lo sé, me lo demostró cuando murió mamá.

La nostalgia asomó entre las palabras de Alessia, pero enseguida se cargó de energía y bromeó:

»Desde entonces se convirtió en mi vampiro favorito.

—Verás cuando se lo cuente —rieron—. Ahora dime, ¿vienes a trabajar, a estudiar, o solo de visita?

—Vengo a encontrarme con mamá.

Carolina se sorprendió al escucharla.

—¿Cómo que vienes a encontrarte con tu madre?

—Sí, quiero recorrer nuestros lugares para mantener vivo su recuerdo. A veces siento que se va diluyendo con el paso del tiempo y la distancia, y quiero evocar, abrazar, alimentar.

—Ah. Entiendo.

A pesar de lo dicho, Carolina no lo comprendió del todo y guardó silencio unos segundos. Luego cambió el tema.

»Seguro que no has comido, ¿verdad?

—No. Y tampoco tengo hambre.

—i¿Cómo no vas a tener hambre a esta hora?! Además, si no te doy de comer tu abuela no me habla más. Sabes qué, te voy a preparar lo que te encantaba cuando eras niña. ¿Recuerdas qué es?

—¿Patatas fritas y la carne de una hamburguesa?

Carolina, complacida y teatral, le respondió:

—Efectivamente. La vida es misteriosa y adivina. Esta mañana, en la carnicería, la carne picada me miró y me dijo: «Llévame, no lo pienses. Estoy muy apetitosa y te voy a hacer feliz» —ambas rieron —, así que te la preparo con las patatas crujientes que tanto te gustan.

—Hum… Me encanta. Como en los viejos tiempos.

—Pues no se diga más. Mete las cosas en tu habitación y vente a la cocina.

—¿Mi habitación?

—Nunca dejó de serlo, aunque de vez en cuando la usara alguna visita.

El recibimiento y el cariño de la yaya le hicieron sentirse con la misma confianza de cuando era pequeña y quedaba a su cuidado, mientras su madre trabajaba.

Llevó su escaso equipaje al cuarto y se tumbó un instante sobre la cama donde tantas veces había dormido la siesta, y también saltado feliz hasta alborotar sábanas y colcha. Esta memoria animó una sonrisa de picardía por la pequeña traviesa de entonces, a la que abrazó con nostalgia por el cambio que había dado a raíz de la partida de su madre.

Su cuerpo agradeció el instante y sus ojos hicieron amago de cerrarse, a la par que la adrenalina, que se imponía al cansancio

motivado por el esfuerzo físico y mental, intentaba abandonarla. No obstante, recordó que lo vivido era apenas el aperitivo y que le faltaba mucho por hacer y recorrer, de manera que se levantó y fue a la cocina.

—¿Te ayudo con algo?

—No hace falta, esto es muy fácil.

—Y muy rico.

—No sé cómo no te aburriste, me lo pedías a diario.

—Cómo me iba a aburrir si no me complacías.

—Cierto. Es que era un poco bruja, ¿recuerdas?

—¡Qué ibas a ser! Eso te decías, pero eras un pan.

—¡Vaya decepción! Tanto esfuerzo que hacía para ser malvada, y tú pensando en comerme.

Rieron y, Alessia, bromeó.

—A ver, tampoco nos confundamos, eras buena como el pan, pero dura de roer, como dice la abuela.

—Vaya, al menos he logrado algo de lo que quería —rieron, y continuó dudosa—: ¿En ese concepto me tiene tu abuela?, ¿de verdad?

—Que va, no lo dice por ti. Lo dice en general, cuando alguien es difícil.

—Ah, ya le iba a poner fin a nuestra amistad, aunque reconozco que si lo dijera tendría razón —rieron.

—No tienes remedio, yaya.

—Cuéntame, ¿cómo están?

—Están bien. Un poco contrariados con que haya venido, pero bien.

—Me contenta mucho. Eres feliz a su lado, ¿verdad?

Alessia contestó sin dudar:

—Al principio fue difícil, pero lo hemos logrado.

—Estoy segura de que sí. Eres una chica fantástica y siempre lo has sido. Te recuerdo llena de vida, amorosa y sonriente. Jugando con alegría y felicidad, claro que también tengo presentes las imágenes de...

A Carolina se le entrecortó la voz y calló un momento. Su emotividad estaba a flor de piel y no quería ensombrecer el

momento, en consecuencia, volteó hacia la sartén y respiró profundo mientras daba vueltas a las patatas para disimular. Al estar lista, continuó:

»Ahora te veo más tranquila, pero seguro que es por la novedad del encuentro, el cansancio del viaje y la distancia sembrada por los años que llevamos sin compartir en persona.

—Muchas cosas han cambiado, yaya, pero no lo mucho que te quiero. Bastó el primer abrazo para sentirme a tu lado como cuando era niña: amada y protegida.

—Eso me hace feliz. Y quiero que sepas que puedo entender tus razones para los cambios. ¿Deseas hablar?

—Todavía no. No quiero entristecerme al llegar.

—Muy bien. Entonces cuéntame, ¿qué tal el viaje?

—Entretenido, hasta hice un amigo durante el trayecto.

—Hum… ¿En qué te viniste?

—En tren.

—¡Oh!, ya me lo imagino: amor a primera vista en el «chu, chu». ¡Qué romántico!

Alessia rio a la vez que negó con la cabeza.

—Yaya, ¡qué imaginación!

Carolina se mostró interesada y melodramática a la vez.

—Dime, ¿lo conoceré?

Alessia la miró con dulzura y dijo serena:

—Las artes escénicas perdieron una protagonista contigo. Y no creo que lo conozcas porque no lo dejan salir solo.

—¡Vaya chasco! ¿Qué es, un prisionero, un príncipe…?

—Se llama Santiago y tiene ocho años.

El entusiasmo se apoderó de nuevo de Carolina.

—¡Ah!, ¡con razón el viaje fue entretenido!

Alessia rio por su emoción, y dijo:

—Lo disfruté, y el pequeño añadió el toque inesperado.

Estaba sentada a la mesa, y cuando la yaya le puso el plato al frente recordó por qué le gustaba tanto. La carne mostraba un dorado apetitoso y las patatas, con sus formas irregulares y su amarillo ligeramente tostado, la invitaban a recrear caras sobre la carne con forma redonda, como hacía en su infancia. Caritas felices

con cuatro pelos y orejas, y también cuerpos delgados con una gran cara enfadada por no compaginar con el cuerpo. Ella lo hacía y ambas reían al compartir el momento de dicha.

No aguantó la tentación y dibujó una de aquellas caritas felices y, Carolina, dijo pensativa:

—¿Recuerdas? Eso hacías y las dos nos reíamos con algunas de las cosas raras que componías. La creatividad es uno de tus múltiples dones.

Alessia sonrió.

—¡Claro que lo recuerdo!, en eso estaba pensando, y ya que estamos reconociendo, tu plato dio origen a mis primeras creaciones. A lo mejor, por eso me gusta tanto. Además, es perfecto en presentación y sabor.

Carolina rio porque sabía que era rico, pero lejos de la perfección en presentación y sabor.

—Anda, aduladora. No tienes que hacerlo, voy a dejar que te comas todo igual.

Alessia rio. Se miraron con cariño y dulzura, y continuaron charlando envueltas por la magia que afloraba desde el primer instante de su encuentro y, sin decirlo, agradecían por el momento hermoso que compartían, y que surgía gracias al hermoso sentimiento que las unía.

Carolina, vestida por su mirada de ternura, añadió:

—No tienes idea de cuánto te eché de menos cuando te llevaron tus abuelos. De la vida que me diste mientras estabas aquí, el amor, las alegrías. Y lo mucho que me contenta que hayas venido.

—Yo también estoy muy feliz por haberlo hecho. Es mejor de lo que imaginaba.

Tras las confesiones de amor y dicha se produjo un instante silencioso y celestial, que la yaya interrumpió con una proposición mundana y tentadora.

—Como no tengo postre, ¿qué te parece si damos un paseo y comemos un helado?, a menos que necesites descansar.

—Tu delicia casera me ha dado energía y estaré aquí pocos días, así que vamos a caminar por el barrio y a saborear un delicioso helado.

—Acabas de llegar y ya te quieres ir. ¡No puede ser!

—No quiero preocupar a los abuelos, es mi primer viaje y están temerosos de que haga como mamá, que me enamore de Madrid y quiera quedarme aquí, pero no te preocupes porque repetiré pronto. Ahora aprovechemos el tiempo que tenemos, y cuando nos despidamos haremos planes para el próximo encuentro.

—Vale. No pueden pasar tantos años.

—¡Claro que no! Verás que te sorprenderé cualquier fin de semana, aunque hay otro lugar al que tengo que ir antes de volver aquí. Mamá me habló de Roma, me dijo que un día iríamos juntas y quiero cumplir su sueño, aunque sin ella.

Al decir esto, Alessia experimentó como la nostalgia se apoderaba de su corazón. Carolina, en cambio, sintió algo extraño y agradable, como si una brisa suave y fresca recorriera su cuerpo, porque recordó el entusiasmo en los ojos de Lucía cuando hablaba de ir a Italia, y le gustó que su hija planeara hacer realidad su deseo.

—¿Vas a ir sola?

—Seguramente. Aunque aún no sé cuándo.

—¿Conoces a alguien allí?

—No, pero con lo rico que me estás alimentando, estaré preparada para explorar nuevos horizontes en soledad.

Ambas sonrieron. Enseguida, Carolina tuvo una idea que no reveló, y dijo:

—Voy a cambiarme para que vayamos a disfrutar del paseo, y lo amenizamos con nuestra charla y el helado.

Al salir a la calle se enganchó del brazo de Alessia, y caminaron emocionadas y sonrientes. La joven quería contemplar, evocar, respirar el aire añorado, pero se dio cuenta de que tendría que hacerlo cuando estuviera sola, porque su yaya no paraba de hablar.

Al llegar a la heladería se sorprendió por la cantidad de colores y sabores. Aquel lugar poco se parecía al viejo establecimiento de su infancia y, ante tanta tentación a la vista y al paladar, le pidió recomendación a Carolina.

—Si no has variado el gusto, el de chocolate blanco con cacahuete caramelizado te va a encantar. Aunque el de Oreo y el de stracciatella también están muy ricos.

Alessia bromeó:

—¿Estás segura de que quieres ponerme fácil la decisión? ¿Qué pasa si los combino?

—Que tú serás la única responsable del resultado, y también de comértelo.

La respuesta emitida con picardía y un guiño, la llevó a pensar un poco y a concluir:

—Vale. Entonces, un cucurucho de chocolate blanco y cacahuetes caramelizados.

—Has elegido bien, ya verás.

Carolina pidió: «Dos cucuruchos, uno de chocolate blanco y cacahuetes, y otro de mora».

Al probarlo, Alessia dijo:

—Tenías razón. Es muy rico.

Y ella sonrió al ver el placer con que lo paladeaba.

Saborearon sus delicias entre el cariño que había brotado en el ayer y la emoción del presente, luego caminaron hacia el parque cercano, se sentaron en un banco y charlaron como si nunca se hubieran separado.

Alessia le comentó que se reconocía allí, en aquellas calles, entre personas huidizas que le avivaban el ayer, y también entre quienes la miraban con curiosidad al saludar a su yaya. Algunas se atrevían a preguntarle quién era la joven que la acompañaba, otras se marchaban con la interrogante que, probablemente, develarían al volver a toparse con su vecina o amiga.

Carolina respondía convencida:

—Es mi nieta.

Alguna que otra replicaba:

—Pero si tú no tienes hijos.

Y ella contestaba con una sonrisa amorosa:

—Eso no me ha impedido tener una nieta.

—¿Por qué no la había visto antes?

—Porque vive lejos. Se llama Alessia.

—Es guapa. ¿Se va a quedar por aquí?

—Está de visita. Pero es posible que intente convencerla.

Mientras ella hablaba con sus conocidos, Alessia recordaba alguna de tantas veces que había estado allí con su madre. Se dejaba llevar por las evocaciones y disfrutaba de su infancia en aquellos columpios, con su amorosa mamá empujándola.

Sus cabellos se divertían danzando al son del viento que generaba el balancín, y su risa tierna se convertía en orquesta de dicha y libertad que motivaba el palpitar emocionado del corazón de Lucía. Así, juntas, convertían su momento en una nueva nota que hacía más extensa la melodía de sus vidas. Esa que, Alessia, había ido a buscar.

En sus evocaciones, su madre era preciosa y poseía una fuente inagotable de energía y vida. Y al volver a la realidad se acordó de que en el pueblo le decían que había heredado su mirada, que a su vez combinaba la dulzura de la abuela con la melancolía del abuelo. Al escucharlo, solía preguntarse cómo podían decir que la mirada de su madre era triste, si en sus recuerdos estaba llena de vida y brillaba más que las estrellas. Pensó que era el momento de salir de la duda y le preguntó a la yaya.

—¿Mamá tenía la mirada triste?

Carolina asintió.

—Sí, un poco, cariño. Pero se le iluminaba al verte.

—Será por eso que en mi memoria resplandece.

Una tierna sonrisa se apoderó de la yaya.

—Tú eras su mundo, su dicha. Su todo.

—¿También me parezco a ella en la sonrisa?

—No. Su sonrisa era espléndida. La tuya es diferente. Es interesante y cautivadora. Tal vez más reservada. No sé bien cómo explicártelo. ¡Pero no tengo que hacerlo, la ves en el espejo! —Alzó las manos, y rieron.

—La abuela dice que es distinta a la de toda la familia.

—Hum, creo que sé lo que quieres saber. Verás, yo te conocí en la barriga de tu madre, pero no recuerdo haberla visto acompañada por una sonrisa como la tuya.

Alessia, pensativa, concluyó:

—Mi padre… El gran misterio.

—¿Estás segura de que no te dijo su nombre?

—No, ni siquiera lo encontré entre sus cosas. ¿Nunca la viste salir con un chico?

—Según mis cuentas, cuando llegué aquí ya estaba embarazada y cuando salía lo hacía con su amigo Felipe. Tú lo conociste, a veces salíais los tres, supongo que lo recuerdas.

—Sí, claro, era mi padrino.

—Ves, no podía ser tu padre. Además, no había chispas en sus miradas, únicamente cariño y respeto. Y ahora que lo pienso, tampoco tienes su sonrisa.

—A lo mejor las chispas se habían apagado. ¿Y si fui concebida mediante inseminación artificial?

—Qué va. Lucía era muy joven y no podía tener como objetivo el ser madre. En todo caso, él no fue el donante.

—¿Por qué estás tan segura?

—Es que lo estoy recordando y no hay nada de él en ti. Tenemos que buscar por otro lado.

—La abuela me habló de un chico al que vio en la tienda antes de que mamá se viniera, dijo que no era de por allí.

—¿Y de dónde era?

—No sabe. Piensa en esa posibilidad porque los encontró hablando varias veces, pero también dice que puede ser alguien al que conociera aquí.

Carolina negó con la cabeza.

—Pues yo no la vi enamorada de nadie.

—¿Nunca sentiste curiosidad por preguntarle quién era mi padre?

—Muchas veces. Y lo hice, pero siempre desviaba el tema. No sabía lo que iba a suceder, de lo contrario estoy segura de que me lo hubiera dicho. Y también a ti.

—A lo mejor la dejó al saber que estaba embarazada, por eso no hablaba de él.

Alessia se mostró triste y, Carolina, pensó en aligerar el momento.

—Si la dejó, no te merece. Pero como no sabemos qué pasó, vamos a fijarnos en todos los cuarentones de sonrisa dulce, interesante y cautivadora, a ver si alguna es como la tuya.

La naturalidad y desparpajo con que pronunció sus palabras motivaron la sonrisa de Alessia.

—Yaya, tú y tus ideas, ¿y si está en otro país u otra ciudad?

Carolina contestó rápidamente y con soltura:

—Fácil. Publicamos una foto de tu sonrisa en las redes sociales y la acompañamos de un texto que diga: «En caso de que encuentres parecidos entre tu sonrisa y la de esta bella criatura, tengas edad para ser su padre y estés dispuesto a hacerte una prueba de paternidad, manifiéstate».

Alessia rio.

—Ay, yaya, te encargas tú de hacer el filtrado porque el mundo está lleno de graciosos.

—¡Ah!, pero entre ellos podría estar el indicado.

Carolina siempre la alegraba con sus cosas, aún recordaba las gracias que le hacía para verla reír cuando era niña; sus bromas para aligerarle la pena cuando se fue con los abuelos y hablaban por teléfono y, por supuesto, las más recientes durante las videoconferencias. Sonrió a la vez que negó con la cabeza, y pensó que era un bonito motivo adicional para compartir con su yaya.

—Tienes unas cosas —le dijo con ternura.

—Pues yo creo que nadie se burlaría de una dulce jovencita en apuros. Piénsalo, puede ser una buena idea.

Alessia siguió la broma y dijo con picardía:

—Lo pensaré —después añadió, seria y dulcemente—: Yaya, quiero pedirte algo.

—Claro, ¿dime?

—Mañana necesito salir sola. Hice un plan de ruta con todos los detalles para aprovechar el tiempo al máximo y volver sana y salva a tu casa. No tienes que preocuparte.

—¡Qué organizada e independiente, me gusta! Ahora bien, el que quieras salir sola es un poco frustrante. Te veo después de quince años y me dejas fuera de tus planes. No es justo con esta pobre yaya añorante.

Se miraban a los ojos y sonrieron, porque ambas sabían que el drama no era tal. Después continuó:

»Pero bueno, te acompañaré solo cuando me lo pidas.

Cerró sus palabras encogiéndose de hombros en señal de resignación, aunque se sentía feliz porque su niña se había

convertido en una joven decidida e independiente.

Alessia vio el gesto y dijo:

—No te sientas mal, te quiero y te extrañé mucho.

—Lo sé, cielo, y me parece fantástico que sepas lo que quieres y vayas a por ello.

Carolina miró la hora e imaginó que Jorge ya estaba despierto, de manera que pensó en llamarlo para decirle dónde y con quién estaba, pero optó por sorprenderlo y añadió:

»Te parece si regresamos, así pillamos a Jorge antes de que se vaya.

—Claro, yaya, vamos.

Se levantaron y caminaron charlando animadamente, entre la confianza y el cariño que manaban sin escatimar, y cuando estaban cerca de la escuela, Carolina escuchó:

—¿Te acuerdas de cuando me recogías en el colegio?

—Por supuesto. Salías rebosante de alegría y nos dábamos un abrazo.

—Era bonito, ¿verdad? Te buscaba entre los adultos que esperaban en la puerta, y al verte me preguntaba qué rica comida me esperaba al llegar.

—¡Vaya! ¡Qué alentador!

Ambas rieron, e intentó arreglarlo.

—No me malinterpretes. Me alegraba mucho porque estabas allí y te quería un montón, pero salía con hambre.

—¡Ya, ya! No cuela, muchachita.

Rieron nuevamente y continuaron conversando sobre los momentos compartidos. Cuando llegaron a casa de Carolina, Jorge preparaba la cena para dos. Como otras veces, no tenía idea de dónde o con quién estaba su esposa, pero, a menos que le avisara de lo contrario, siempre regresaba a tiempo de cenar juntos.

El ruido de la puerta principal lo sacó de sus pensamientos y saludó sin voltear.

—Hola, ¿a dónde has ido hoy?

Carolina no contestó y, Alessia, entró en la cocina.

—Hola, Jorge.

El saludo de la joven estuvo acompañado por una sonrisa. Y él, acostumbrado a las sorpresas de Carolina, imaginó que era alguna conocida de su mujer. Claro que la familiaridad con que la joven lo saludó, le hizo pensar que ella sí sabía quién era él.

—Hola. ¿Quién eres?

—Soy Alessia.

—Encantado.

—Hum, eso huele bien. Espero que llegue para tres.

—¿Te quedas a cenar?

—Parece que sí, y también a dormir.

Él, extrañado y algo molesto, dijo:

—Carolina, deberías de haberme avisado.

Al ser mencionada, intervino en la conversación.

—Es una sorpresa muy grata, y las sorpresas son eso, sorpresas, algunas gratas y otras no.

Jorge negó con la cabeza.

—Vaya, qué sorpresa que las sorpresas sean sorpresas. Vienes inspirada.

Ella rio porque le gustaba fastidiarlo de vez en cuando.

—¿Su nombre no te dice nada?

Él se encogió de hombros.

—¿Alessia?, qué me va a decir. Es la segunda que conozco. Primero nuestra vecinita y ahora esta joven.

Alessia sonrió porque la recordaba de niña, y aclaró:

—Soy vuestra vecinita, la que te escapaba porque creía que eras un vampiro.

Carolina soltó una carcajada y le dijo a su marido:

—Finalmente sé a qué te dedicas por las noches.

Él se quedó con que creía que era un vampiro, y no se dio cuenta de que hablaba con la pequeña Alessia.

Frunció el ceño y, entre conforme y sonriente, comentó:

—¿Ah? Así será lo que Carolina te contó de mí.

—¿Yo?, me parece que no has puesto atención. Quítale quince años a esta chica guapa y mira su carita de niña.

Jorge dejó lo que hacía, observó a Alessia durante un instante y dijo con estima:

—No puede ser. ¿Eres tú, chiquilla?

Ambas sonrieron. Carolina lo hizo emocionada, mientras que, Alessia, asintió feliz al saber que el hombre serio que le mostrara su cariño cuando languidecía entre dolor y soledad, mantenía vivo su afecto a pesar de que no se habían vuelto a ver y apenas se saludaran algunas veces por teléfono.

—Sí, soy yo.

Jorge sonrió, se acercó y la abrazó con ternura, como si fuera la niña de sus recuerdos.

Carolina bromeó:

—¡Déjala, déjala, murciélago!

Él, con molestia pretendida, dijo:

—Y dale con eso.

Alessia sonrió dulcemente.

—Lo siento, es que dormías de día y te ibas por las noches, y como los niños no entendemos y nos dejamos llevar por lo que vemos o nos dicen —se encogió de hombros.

—Vale, ahora tiene sentido. Salía cuando estaba oscuro y los cuentos infantiles a veces distorsionan la realidad.

—Fue idea de un amiguito del colegio. Mamá me dijo que trabajabas de noche, pero la fantasía pudo más. Aunque admito que en el fondo creo que sabía que no lo eras, porque te evitaba, pero no mucho, y confieso que no he olvidado el abrazo que me diste al morir mamá y el amor con que me trataste.

Las palabras de Alessia estuvieron acompañadas por un toque de misterio al principio y profundo agradecimiento al final, lo que motivó que Jorge se emocionara, pero disimuló.

—¡Y yo que pensaba que me escapabas por feo!

Los tres rieron y compartieron la cena conversando sobre las razones que la traían a Madrid. Después, él se fue.

Como era temprano, Carolina, que había entendido que quería recorrer sus lugares del ayer, sugirió:

—Imagino que quieres entrar en el apartamento donde vivías, si te parece bien lo hacemos ahora.

Alessia asintió. Sabía que sería doloroso, pero estaba dispuesta a enfrentarse a sus demonios y abrazar a sus ángeles, de manera que

consideró que cuanto antes mejor. Y dijo:

—Sí, si es posible.

Carolina admiró su valentía para encarar el duro momento que allí viviría, y comentó amorosa:

—Dame un momento, voy a hablar con Mari Paz para que nos permita entrar. Estoy segura de que cuando le diga quién eres no pondrá objeción.

—Yaya, quiero hacerlo a solas.

Carolina hizo un gesto de comprensión con su rostro.

—Te entiendo, cariño. Se lo aclararé.

4

La vida te sorprende

Carolina regresó pronto y le comentó que no había tenido que esforzarse para convencer a Mari Paz, su vecina, puesto que era la dueña del apartamento y conocía lo sucedido. Entonces lo alquilaba, pero ahora vivía allí porque había enviudado y la casa donde residía con su marido le traía muchos recuerdos, de manera que decidiera mudarse. También le acotó que no le había parecido una buena idea, pero que respetaba su decisión y colaboraba en todo lo posible.

Luego, a título personal, añadió:

—Os entiendo a ambas. A ella porque basa su opinión en la necesidad que tiene de superar la ausencia y el dolor que manan de su luto reciente; y a ti porque eras muy pequeña y consideras que visitarlo te puede ayudar a entender algunas cosas. Solo quiero asegurarme de que estés lista, recuerda que tenemos varios días.

Alessia la miró agradecida, y dijo decidida:

—Lo estoy, yaya.

Mari Paz la esperaba en la puerta del apartamento, y la saludó con dos besos y una sonrisa.

—Imagino que no te acuerdas de mí, pero nos vimos cuando vivías aquí.

Alessia le sonrió cordialmente.

—Lo siento, no lo recuerdo.

—No te preocupes, yo no te olvidé porque eras una niña preciosa, alegre y muy dulce. Carolina me explicó que quieres estar sola, pasa, tómate el tiempo que necesites y entra donde te haga falta. Esta será siempre tu casa. Yo me voy a charlar con ella.

Un sentir extraño y temeroso la detuvo al traspasar el umbral, como si el dolor del ayer permaneciera allí, atrapado, a la esperara de su regreso para arrebujarla. Dudó y quiso retroceder, pero recordó que llevaba muchos años esperando aquel momento y no podía ceder. Se armó de valor y avanzó.

Observó que la decoración del salón era diferente, sin embargo, el sillón estaba en el mismo sitio. Se sentó, cerró los ojos y se dejó envolver por la atmósfera que la trasladó al momento en que la preciosa risa de Lucía se volvió eterna.

Finalizaba el mes de agosto y ella y su adorada mamá estaban en el sofá, muy juntas a pesar del calor. Reían, jugaban, se abrazaban. Llovían besos tiernos y cómplices, y compartían el mayor tesoro que existe sobre la faz de la Tierra: el amor infinito.

Instintivamente, cruzó sus brazos para recibir el abrazo añorado, como si su madre la rodeara. Sintió su protección, su fuerza, su calor. Luego se le presentó la imagen del documental que veían entre diversión y cariño. En él había un felino, y evocó el diálogo que nunca olvidó.

—Mamá, ¿por qué es tan grande?

—Porque es un tigre de Bengala. Es grande, elegante y muy veloz.

—¿Elegante?, pero si no lleva traje.

Vio que su madre reía y la abrazaba, y ahora entendió que lo hacía por la inocencia de su comentario y el gran amor que las unía.

—No hace falta llevar traje para ser elegante. La elegancia está en la forma de ser, de expresarse, comportarse, etc.

—¿Tú y yo somos elegantes?

Lucía le sonrió con dulzura y contestó amorosa:

—Claro, cielo.

—¿Y cuándo nos ponemos vestidos nuevos y bonitos?

—Estamos guapas y elegantes. ¿Quieres un helado?

—¡Sí, sí!, ¿hay de fresa?

—Fresa para mi muñeca preciosa y chocolate para mí.

La imagen de Lucía, su entusiasmo y la devoción con que la trataba, motivaron que se enterneciera ante tan entrañable evocación. Empero, enseguida experimentó un escalofrío que no

pudo identificar si era producto de la felicidad, porque la mirada radiante y amorosa de su madre era la luz de aquella estancia en la que, a ojos cerrados, viajaba al pasado, o porque nadie la miraría jamás como lo hacía ella.

Tras fijarse en la sensación singular que la habitaba, volvió al ayer. Su mamá se levantó contenta y fue a la cocina, a buscar los helados, y ella quedó frente a la televisión. No quería perderse nada del documental para entender por qué el tigre de Bengala era elegante. Un instante después escuchó un golpe, al que su condición de niña no dio importancia. Empero, cuando consideró que su mamá tardaba, le preguntó:

—¿Qué haces, mami?

No recibió respuesta y creyó que no la escuchaba porque la televisión estaba encendida, de manera que fue a buscarla y la halló tendida en el suelo de la cocina.

»Mamá, ¿te lastimaste? Dame la mano. Te ayudo.

Pero Lucía no se movió. Estaba inerte, tenía los ojos abiertos, y su inocencia la llevó a creer que se había desmayado. La gente se desmayaba en las películas y la despertaban con agua, así que agarró un poco en un vaso, mojó sus deditos y le acarició la cara, a la vez que la llamaba.

»Mami, ¡mami!

Como seguía inmóvil decidió echarle encima el agua que quedaba, mas no logró que reaccionara. Ignoraba qué hacer, se acostó a su lado y la abrazó, esperando a que volviera en sí. Poco después, en su mente se presentó un nubarrón negro que la llenó de dudas, temor y dolor, y la llevó a preguntarse si estaría muerta. Rota y temerosa, le acarició el rostro y la besó una y otra vez, como su madre le hacía hacían cada mañana para despertarla.

Avivar aquella imagen desgarradora y lacerante, que llevaba incrustada en el alma desde hacía quince años, desató el llanto de la joven Alessia. Intentó limpiar sus lágrimas, pero brotaban en abundancia y no tenía pañuelo ni nada con qué embeberlas, así que

pronto sus manos estuvieron tan mojadas como sus mejillas y optó por darles libertad, con la esperanza de que con ellas se iría su dolor.

Su gran amor, su maravillosa mamá estaba tendida en el suelo, y ella no sabía qué o cómo hacer para que se levantara. Entonces, en medio de su desconocimiento, sentir e ingenuidad, recordó que Lucía le había escrito algo muy importante hacía tiempo: «Toma, tesoro, léelo si en algún momento no sabes qué hacer» —le había dicho. Sabía que estaba en el cajón de la mesita de noche, se levantó, lo buscó y leyó:

> «Mi tesoro precioso, si alguien intenta hacerte daño, pretende que hagas algo extraño, algo que consideres indebido, fuera de lo común o que no entiendes, haz todo lo posible por escapar. Corre, grita, pide ayuda.
>
> Y no le creas si te dice que me lastimará o me matará si no lo permites. No es verdad, solo quiere que le obedezcas y hacerte daño.
>
> Confía en mí y dime lo que sea que te ocurra o te inquiete, porque siempre creeré en ti, te defenderé y protegeré por encima de todo y de todos.
>
> Y si yo no estuviera cerca, busca a Carolina y dile lo que ocurre. Ella te ayudará, te defenderá y te cuidará.
>
> Eres lo más hermoso e importante para mí.
>
> Recuerda que te amo y te amaré siempre».
>
> Mamá

Su mami estaba cerca pero no podía hacer nada, así que salió al pasillo y le tocó el timbre a su yaya de corazón. Tan pronto le abrió, la tomó de la mano, y le dijo:

—Ven, mamá se cayó y tiene los ojos abiertos, pero no me contesta ni se mueve.

Carolina se preocupó y le apretó la manito instintivamente.

—¡Vaya por Dios! Qué asustada estás, pequeña. Vamos a ver qué le pasa.

Al llegar a la cocina, Carolina, se arrodilló al lado de Lucía, tomó su muñeca y enmudeció. Le cerró los ojos, corrió a hacer una llamada y, con voz entrecortada y el corazón roto por lo que acababa de descubrir, pidió ayuda.

Quince años después de aquel fatídico día, Alessia volvía a sentirse rota al evocar lo vivido entonces. Observarse a sus siete años, perdida, temerosa, intentando entender qué sucedía y sin saber qué hacer, pero haciendo, motivaba su infinita tristeza por la pérdida, y su satisfacción porque, a pesar de ser tan pequeña, había intentado todo lo posible.

Se vio nuevamente tendida al lado de su madre colmándola de caricias amorosas. Y en medio del dolor del presente, intentó dilucidar si entonces esperaba que despertara con su calor, su cercanía y amor, o si lo hacía porque en el fondo sabía que nunca más tendría la oportunidad de acariciarla. Pero no logró saberlo.

Vio como Carolina se le acercó, la levantó, la abrazó con amor, con ternura, con fuerza y, con inmensa tristeza, le dijo:

> —Tesoro, tu mamá se ha ido al Cielo y te cuida desde allí. Todo va a estar bien. Vivirás conmigo, me ocuparé de ti y te querré mucho.

Al escuchar a Carolina, la pequeña Alessia entendió lo que pasaba, más no la magnitud de sus consecuencias. Instintivamente, miró por la ventana hacia el cielo y lo halló cubierto de fuerte gris. El sol de la mañana ya no estaba, y la nube negra que visitara su mente para darle un mensaje, era real. Aun así, en lo profundo de su alma, alimentó la esperanza de que su mamá despertaría si lograba entrar en calor. Sabía que no le gustaba el frío, de manera que, si la levantaban de la baldosa y la ponían en la cama, volvería con ella. Se lo dijo a Carolina, y esta le explicó que debían de esperar a las personas que había llamado y estaban en camino. No obstante, ella no se resignó, se soltó del abrazo, fue a apagar la televisión, se dirigió a la habitación, cogió el cubrecama, volvió a la cocina, tapó a su madre, se acostó una vez más a su lado y la abrazó.

Alessia continuaba llorando ante el recuerdo de lo vivido, y observó que la yaya la contemplaba, seguramente, preguntándose qué hacer o decirle y, tras un silencio, le pidió que la acompañara porque tenía que despertar a Jorge y llamar a sus abuelos, pero la pequeña le dijo que no, porque su mamá necesitaba su calor. Y aquella imagen

desgarradora, que a su vez era la más pura e inocente expresión del amor verdadero, motivó el llanto de Carolina alimentó el de Alessia.

Después, la vio salir y dejar las puertas abiertas, y recordó que la había escuchado cuando, en su salón, convirtió el dolor que la aprisionaba en llanto y rabia. En un reclamo al destino por la desgracia que destruía el mundo de la niña que tanto quería, sin darse cuenta de que el oído joven de la pequeña y el silencio reinante, confabulaban para descubrir su sentir y entristecerla más. También la oyó hablar con Jorge, y escuchó que él se encargó de llamar a sus abuelos y les dijo lo que ocurría.

A medida que entendía lo que pasaba, su realidad se tornaba más sombría y se iba perdiendo entre la inmensidad de la nada. No quería oír más, ni saber. Su pequeño infinito se había muerto, y todo era negro, desconocido. Nunca había sentido algo así. Nunca había estado tan perdida.

Cuando Carolina regresó, se agachó, la acarició e intentó levantarla, pero desistió al escucharle decir:

—Mami tiene frío y tengo que darle calor.

Jorge hizo un nuevo intento, pero también se rindió porque obligarla era incrementar su dolor. Tiempo después sonó el telefonillo y subieron tres extraños que la apartaron sin muchos miramientos. Entonces, se fue al salón y ocupó el sillón en el que poco antes era feliz. Desde allí escuchó a alguien decir que no había nada que hacer, y entendió que la yaya tenía razón: su mami se había ido al Cielo, pero no era justo porque ambas se querían mucho y eran felices juntas. Reían, jugaban, bailaban y eran buenas, entonces: ¿por qué tenían que separarse?

Mientras ella se hacía preguntas, el apartamento se llenó de personas que entraban, la saludaban con lástima, hablaban con Carolina y Jorge, y se iban. Eran vecinos amables que se comunicaban entre sí, se acercaban a dar el pésame y se ofrecían en caso de necesidad. Los recordaba afectuosos, pero todo a su alrededor estaba lleno de sombras y en su evocación no había rostros, porque nada era importante si su mami estaba muerta y no podían devolverle la vida.

Cuando se la llevaron deambuló sin destino, hasta que sus ojitos, inundados por una tormenta salada que le dificultaba la visión, se toparon con la fotografía que decoraba la mesita de noche de la habitación. Sin titubear, la agarró y se sentó sobre la cama, con la esperanza de tener algo suyo que nadie le quitara.

La contemplaba con la indefensión, el dolor y el miedo de la tempestad sin fin, cuando, Carolina, la halló hipando, sumida en el desconsuelo y la impotencia. Intentó permanecer a su lado, pero estaba desbordada por la emergencia y le pidió a Jorge que la acompañara. Él no sabía qué ni cómo hacer con la pequeña que se descorazonaba sin poderlo evitar, y atinó a abrazarla; sin saber que aquel momento se convertiría en inolvidable para ambos.

Los abuelos llegaron horas más tarde y ella no pudo recordar si era de día o de noche, porque la luz exterior estaba tan apagada como la suya propia. Tampoco le pareció relevante, ya que lo único que le importaba era que su adorada mamá había muerto, y el dolor la aprisionaba como si una enorme losa de acero la estuviera aplastando.

Para otros niños, la presencia de sus abuelos hubiera sido un consuelo, pero a ella le dio igual porque significaban muy poco en su vida. Sin embargo, ahora, al evocar el pasado, Alessia se sentía afortunada por tenerlos, porque habían sido guía, cuidado, y amor.

Recordó los abrazos que le dieron al verla. Fueron tan fuertes que creyó que la iban a ahogar, primero la abuela y después el abuelo. Y le pareció raro porque no podían quererla tanto, ni tenían motivo para asfixiarla.

Cuando era niña y pensaba en ello, concluía que había podido respirar porque tenían la barriga blanda y lograra poner su cara de lado, ya que la apretujaran sin darle tiempo a voltear la cabeza.

El candor de estas memorias, combinado con su agradecimiento por una vida en la que siempre contó con alguien bueno cerca, detuvo su llanto y alivió lo sentido ante la visión de la pequeña Alessia y su mamá. Luego recordó que, entonces, prefería vivir con Carolina, porque la conocía, la quería, y sabía que la protegería y la cuidaría. Además, el abrazo de Jorge la había convencido de que no

le haría daño. Al pensarlo, una vieja fantasía asomó en su mente y sonrió levemente al recordar su pregunta inocente.

—Mamá, ¿Jorge es un vampiro?

Lucía la miró extrañada.

—Claro que no, tesoro. ¿De dónde sacas eso?

—Es que se va de noche y duerme de día, y Diego, mi amigo, me dijo que los vampiros hacen eso. No tiene colmillos largos, pero sale vestido de negro y lleva una bolsa, a lo mejor la capa está dentro.

Al escucharla, su madre se mostró enternecida, y ahora entendía que, seguramente, se debía a la ingenuidad de su razonamiento. Esto le llevó a reflexionar sobre la autoridad y el poder que tienen los adultos sobre los niños, y la indefensión y fragilidad de los pequeños ante lo bueno y lo malo. Lo fácil que es engañarlos. Inculcarles creencias y convicciones que los llevarán a vivir sometidos, temerosos..., o a tener decisión, actuar con valentía, discernir y elegir. A valorarse y valorar, respetarse y respetar. A defenderse y vivir en libertad.

Tras ello regresó al ayer, al momento en que su mamá le explicó que, Jorge, trabajaba por las noches, por eso salía cuando estaba oscuro y volvía a la mañana siguiente. A partir de entonces, la realidad convirtió aquella historia de misterio y miedo en una simpática interpretación infantil, con la que incluso a veces fantaseaba. Sin embargo, tiempo después, la vida le presentó al verdadero espectro y resultó ser terrorífico. Tanto que la había sumido en el dolor infinito al llevarse a su gran amor, su protectora, su seguridad, y la había dejado vulnerable, indefensa, perdida.

Después se acordó del momento en que adicionó nuevas interrogantes a las ya existentes. Deambulaba por su hogar cuando escuchó que los abuelos hablaban de llevarla a vivir con ellos, y se inquietó al preguntarse ¿qué pasaba si eran malos y por eso su madre no los visitaba? ¿Por qué no tenía un papá con el que pudiera vivir? ¿Por qué no la dejaban estar con la yaya si se conocían y se querían?

Suspiró y, de vuelta al presente, Alessia entendió que la vida le había enseñado que todo tenía su momento, por eso ahora podía contestar parte de sus interrogantes de entonces. Ya sabía por qué no había podido quedarse con la yaya, y también que sus abuelos eran buenos y la querían mucho, pero entre ellos y su madre habían surgido problemas que aún desconocía, y que los alejaran. Su padre era el gran misterio de su existencia, no obstante, había aprendido que lo importante era mantener la ilusión y ser feliz en una vida imperfecta. Una vida compuesta por instantes que se aderezaban con amor e ilusión, y se balanceaban entre deseos y realidades, luchas, dificultades y logros, y estaba muy cerca de conseguirlo.

Evocar lo sucedido durante los días siguientes le resultaba difícil porque todo había sido muy confuso, y cuando buscaba se hallaba perdida en una especie de inercia, carente de voluntad y decisión. Sabía que habían estado en un lugar del que regresaran con las cenizas su madre en un cofre, al que abrió a escondidas para ver cómo eran. Que los abuelos entraban, salían, recogían cosas y hablaban, mientras ella se refugiaba en Carolina, porque solo en ella hallaba un poco de su mundo. Un poco del calor conocido.

El abuelo se mostraba serio, sin embargo, había roto el hielo al llegar obsequiándole una galleta. La imagen de aquel instante era vaga, en cambio, recordó percibir algo en su mirada que la acompañó siempre. Algo que con el tiempo calificó de lástima y ternura, y se desprendía de unos ojos tan grandes y verdes como tristes, a los que, más tarde, vio brillar y sonreír al mirarla.

Recordó que, tras el abrazo asfixiante, metió su mano en un bolsillo de la chaqueta, sacó algo y le dijo:

—Toma, pequeña, espero que te guste.

No era de una de sus galletas conocidas y tampoco se sintió tentada a probarla. Le dio las gracias y, cual perrito escondiendo su hueso, la guardó debajo del cojín, en su rincón del sillón. Allí estuvo hasta el momento en que partieron para Altea. Entonces la cogió y decidió comerla en el tren, motivando la complacencia y una sonrisa disimulada en el abuelo.

Los pocos días que estuvieron en Madrid, tras el funeral, los vivió como si fuera la sombra de su yaya. Así se veía al recordar. Los

abuelos hacían sus mejores intentos para acercársele y ella los aceptaba, pero no los quería a pesar de que reconocía que le gustaban, un poco.

Recapituló que, la tarde antes de que se la llevaran, sentada en el sillón del salón de Carolina, su querida yaya la abrazó fuerte y con la mayor dulzura posible, a sabiendas de que los corazones de ambas se rompían, le dijo:

—Cielo, la partida de tu mamá significa que tus abuelos son la familia que te queda y con la que tienes que ir a vivir. Hubiera sido feliz de tenerte conmigo, pero no puede ser. Ellos te quieren y la ley los apoya. No hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—Pero me dijiste que estaría contigo, aquí.

—Lo sé, tesoro, y me gustaría que así fuera más que nada en el mundo, pero tus abuelos desean encargarse de ti y es su derecho.

—¿Y si le decimos a la ley que quiero estar contigo?

—La ley no escucha, es un reglamento escrito.

—Pues se lo decimos a ellos para que no le hagan caso.

—Solo lograríamos que se sientan mal porque creerán que no los quieres.

—Pero es que casi no los quiero.

—Dale tiempo. Son buenos y pronto te sentirás contenta a su lado. Incluso los querrás tanto como a mí. Además, te van a adorar porque eres un ángel de luz.

Una vez más, Alessia palpaba el dolor que había sentido entonces. Era pequeña para entender por qué no podía vivir con quien sabía que la quería. No comprendía que la ley la obligara a marcharse con unos abuelos a los que casi no conocía, y se sentía huérfana, rota, enfadada y adolorida.

—¿Estás segura de que son buenos, yaya?

—Estoy segura. A menos que me digas que te han hecho algo malo.

Ella asintió con la cabeza:

—Me querían asfixiar cuando llegaron, pero después me han tratado bien.

—¿Cómo que te querían asfixiar?

—Sí, me abrazaron muy fuerte y no podía respirar.

Alessia sonrió al recordar la expresión de Carolina ante su ocurrencia, y continuó rememorando.

—¡Ah! Eso indica que te quieren y se emocionaron al verte. Seguramente no se dieron cuenta de que te costaba respirar. Ya verás que vais a ser una familia y os querréis mucho. Irás a un nuevo colegio, tendrás otros amigos y vivirás cerca de la playa. Hablaremos con frecuencia y me contarás que te gusta mucho y te tratan bien. Estoy segura.

Ninguna razón mejoraba el sentir de la pequeña que estaba al borde del llanto, y replicó:

—Pero yo quiero quedarme aquí, contigo.

—Estaré contigo siempre, aunque me quede aquí y tú te vayas, solo tienes que llamarme y corro a buscarte.

—Entonces, ¿por qué me tengo que ir?

—Porque únicamente puedes estar conmigo si te tratan mal. Y te van a tratar muy bien y a querer mucho.

Carolina la abrazó fuerte y dijo:

—Seguro que también te parece que te quiero asfixiar, y la realidad es que te quiero hasta el infinito y más allá.

—¿Y dónde está más allá?

—Mucho más lejos de lo que puedes ver.

—¿Allí es dónde viven los abuelos?

La yaya sonrió ante el candor de la niña que rodeaba con sus brazos, y le explicó:

—No tan allá, tesoro. Viven en un lugar que te va a gustar y mi cariño llega hasta donde tú estés.

—¿Por qué los llamaste, me dijiste que me ibas a cuidar tú?

—Porque tu mamá era su hija y ellos tenían que saber lo que le pasó.

—¿Son tus amigos?

—A partir de ahora, sí.

—¿Y por qué tenías su teléfono si antes no lo eran?

—Tu mamá me lo había dado por si lo necesitaba en algún momento.

—¿Ella quería que estuviera con ellos?

Carolina asintió y sonrió levemente porque la notaba menos reticente, y quiso infundirle confianza.

—Claro, por eso me pidió que los avisara en caso de emergencia. Vamos a hacer una promesa las dos: si te hacen algo malo me llamas y corro a buscarte. ¿Estás de acuerdo?

Se encogió de hombros y dijo:

—No lo estoy. Me aprenderé tu número de teléfono.

—Perfecto. Tenemos un trato muy importante.

Carolina se armó de entusiasmo, y ahora, Alessia, se daba cuenta de que, dadas las circunstancias, era fingido, y añadió:

»¡Levántate, vamos la papelería a comprar el cuaderno que tenga la portada más bonita!

—¿Otro regalo de cumpleaños? Porque hace poco que cumplí siete, y aún me falta mucho para los ocho.

—Lo es, porque cuando cumplas ocho no estaré contigo. Así que te lo doy ahora para que anotes en él las cosas que hacías con tu mamá y te gustaban mucho. Todo lo que quieras poner o dibujar y que te la recuerde. Eso que guardas en tu corazoncito, y que con el paso del tiempo se te puede olvidar: los juegos, los paseos, los sitios que visitabais, las palabras bonitas que te decía. Todo lo que se te ocurra al pensar en ella. Y de paso te apunto mi número de teléfono, para que lo memorices y puedas llamarme. Ah, y no solo porque te hagan algo malo, también cuando estés feliz o quieras decirme cualquier cosa. Yo también te llamaré, verás que vamos a hablar muchas veces.

Alessia había colmado los días de Carolina con amor y le había dado mil motivos para sonreír; la derretía con su ternura y agotaba con su energía. Era una niña alegre, sonriente, dichosa, y de repente la vida la convertía en un ser indefenso, frágil y a la deriva, que tenía que navegar con desconocidos por un mundo que podía ser tan maravilloso unas veces, como incierto, despiadado y cruel otras, y las palabras de la yaya brotaron con la suficiente convicción como

para que la pequeña se tranquilizara e ilusionara con el regalo, y creyera que, aún en la distancia, ella podía ampararla de todo y todos.

—¿No puedo decir a nadie que tengo el cuaderno y tu número de teléfono?

—Sí, eso pueden saberlo. Lo que no vas a contar es que, si te hacen algo malo, me llamarás y te rescataré.

Con el instinto maternal que la vida le había permitido desarrollar gracias a ella, y de cuya magnitud no se había percatado antes, la abrazó contra sí con dolor, con ternura. Con el alma. Luego la apartó unos centímetros de su regazo, la miró a los ojos con dulzura y concluyó con determinación, con la autenticidad y confidencialidad del amor sin límites:

»No tengas miedo, son buenos, te quieren, y sé que vas a estar bien a su lado. Pero recuerda que, si no te sientes querida o te hacen daño, iré inmediatamente a buscarte y no habrá ley que impida que vivas aquí, con Jorge y conmigo.

Alessia recordó el tono, la convicción y decisión con que su yaya le habló, y sonrió complacida por la fuerza y disposición que mostrara la que, a partir de entonces, se convirtió en una súper yaya. La heroína que la rescataría de cualquier situación difícil. Ahora entendía lo complicado que le hubiera sido hacerlo, pero en aquel momento le había transmitido la confianza que necesitaba. La certeza de saber que no estaba sola, que tenía a alguien, aunque viviera lejos.

Sonrió agradecida porque los abuelos la acogieran con amor y respetaran siempre su sentir y necesidades. Y también porque la súper yaya no tuviera que hacer gala de sus súper poderes.

Después, su mente se trasladó de nuevo al ayer, al momento en que salió de la papelería con Carolina y su nuevo confidente.

Caminaba de la mano por la acera con la yaya, y esta dijo:

—Elegiste el más bonito. Ahora tienes que encargarte de convertirlo en mágico.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Anotando lo que te dije con mucha ilusión y amor. Así, él lo guardará con esmero y te dejará acariciarlo.

—¿Voy a acariciar al cuaderno? ¡Qué raro es eso!

Al decir esto, la pequeña se encogió de hombros y motivó la risa de Carolina, así como su propia sonrisa ahora.

—No acariciarás el cuaderno sino lo que escribas dentro. No me expliqué bien, lo que quiero decir es que después podrás leerlo y te ayudará a recordar todo lo bonito que viviste en compañía de tu mamá.

—Ah. Acariciaré las letras.

—No exactamente. Acariciarás lo que te hagan sentir al leerlas. No te preocupes, algún día me entenderás. Lo importante es que escribas, para que cuando crezcas lo puedas leer y te sientas contenta al recordar momentos felices que te llenarán de emoción.

—Pero viví muchas cosas con mamá y mi letra es grande. No me van a caber.

Carolina, resolutiva, dijo:

—Pues nos devolvemos y buscamos otro. Te compraría diez, pero los abuelos tienen muchas cosas que llevar, así que cuando los termines me encargaré de que tu abuela te compre más.

Ella dijo con entusiasmo:

—Voy a hacer muchos dibujos de colores.

—Y con lo bonito que dibujas y coloreas, van a ser unos cuadernos muy chulos y significativos.

—¿Qué es significativo?

—Que tiene un gran valor.

—Pero no los voy a vender.

Carolina sonrió.

—No, tesoro. Los vas a guardar toda la vida.

Ya estaban de nuevo en la papelería, y la yaya añadió:

»¿¡Sabes qué!?, vamos a comprar también lápices, bolígrafos y una caja de colores.

—Me gustan los bolígrafos que tienen dibujos y son de colores, como los que me compraba mamá.

—¡Perfecto, escógelos!

Regresaron a casa con una chispa de alegría. Carolina le anotó su número de móvil y el de Jorge en ambos cuadernos, y en el que habían comprado primero le escribió una carta.

Alessia regresó al presente con una sonrisa y pensó: ¡cómo no voy a querer a mi yaya si es maravillosa! Después, sacó su móvil y buscó entre las imágenes la foto que le había hecho a la carta, ya que pensara mostrársela cuando recordaran juntas, y la leyó.

> «Cariño, sé que no entiendes lo sucedido; que te preguntas por qué y quisiera aclarártelo, pero te confieso que no tengo la respuesta. Solo puedo decirte que cada final nos deja miles de recuerdos que atesorar. Que significa un nuevo comienzo. Que tiene un por qué y un para qué, aunque no lo sepamos ni lo entendamos.
>
> Para ti se inicia una vida muy distinta, en otro lugar y con unos abuelos que hoy son prácticamente desconocidos, pero tendrás un hogar, te cuidarán y os querréis mucho. A su lado aprenderás, crecerás hermosa y vivirás aventuras que te harán sonreír. Y, sabes qué, serás tan buena, sabia e inteligente, que seguramente serás tú quien halle la respuesta a lo que ambas nos preguntamos hoy.
>
> No me olvides, tesoro. Para mí serás siempre la felicidad, la ternura, la vida y la risa en el alma.
>
> Con todo mi amor, tu yaya Carolina».

Pensó que aún le faltaba sabiduría porque carecía de respuestas, pero sonrió por la que Carolina le entregaba en aquella misiva. Después recordó que dejó Madrid en compañía de los abuelos, y que durante años extrañó inmensamente. Lloraba en soledad y escribía. Escribía con la letra más pequeña que podía, porque tenía muchas cosas que no quería olvidar.

En cada página hacía uno o más dibujos de escenas vividas con su amada mamá. Algunos eran miniaturas que colocaba en los márgenes, y otros, un poco más grandes, encabezaban o concluían algún escrito. A veces dejaba volar la imaginación y la plasmaba vestida de ángel, estaba en el cielo y ella le hablaba desde la tierra, otras sonreían felices en días soleados, en compañía de flores, árboles, un arcoíris, e incluso el perro y el gato que no habían tenido. También se bañaban, jugaban, paseaban de la mano y hacían castillos de arena en la playa a la que nunca habían ido

juntas, pero a la que, en sus fantasías, acudían cuando visitaban a los abuelos, como Lucía le había dicho que harían.

A medida que escribía, imprimía mayor confidencialidad en sus anotaciones. Todas eran cortas y utilizaba vocabulario simple, rubricado con la intensidad del sentimiento y los matices del momento.

Había dejado en blanco la primera página para hacerle una portada bonita, porque quería algo especial, mas no se le ocurría nada mientras garabateaba en el interior. Varios años después, decidió dibujar dos corazones unidos y escribir, en colores, una pequeña leyenda en la que unió lo que le había dicho la yaya y su sentir. Cuando terminó, decía:

«Mamá y yo, siempre unidas en el amor infinito y más allá».

Continuó sentada, recordando, arropada por la emoción que le producía hablar con su madre en el lugar donde lo había hecho tantas veces, como si ella pudiera leerle el pensamiento. Y el dibujo de la playa la llevó a rememorar el vaivén de las olas que la arrullaban en la hermosa bahía de Altea, a la que conoció con los abuelos cuando aún le costaba compartir con ellos y se sentó a un lado, separada, acompañada por la tristeza y el lamento; porque su corazón embriagado de amor y ausencia, plañía por la compañera con la que había soñado vivir su primera y gran aventura junto al mar.

Después se vio cuando era adolescente y bajaba por las calles empedradas de la pequeña colina, para disfrutar de la calma y preciosidad de la ensenada. Le encantaba el saludo que el calmado litoral mediterráneo prodigaba a la graba de la orilla, porque añadía paz al paraíso que se había colado en su corazón y la invitaba a confiar. A sentirse en casa.

Caviló que su yaya la había iniciado en el abrazo a los recuerdos y ella los cultivaba con esmero, como hacía con la buganvilla que le acompañaba desde Madrid. No había querido regalársela a Carolina porque era de su mamá y tenía una historia que motivaba su apego. Lucía le había contado que llevara los esquejes de Altea, porque

quería tener un poquito de la alegría de su pueblo con ella. Años después, la vida había dispuesto que aquella planta regresara a Altea, con ella, y que se convirtiera en el recuerdo de Madrid.

Lucía le había enseñado a cuidarla: «Tiene vida y debemos de esforzarnos para que no se muera. Hay que hablarle, podarla, necesita luz y agua, pero no demasiada». Tenía las indicaciones anotadas ya que le encantaba su mata, alegre y colorida, como su mamá. Y en su rostro se dibujó una bonita sonrisa de satisfacción, porque había logrado mantenerla viva, como al gran amor que sentía por su mamá.

La buganvilla estaba hermosa y adornaba el balcón de la casa de los abuelos, su lugar favorito para dedicar tiempo al amor y a las reminiscencias. Para recrear momentos de soledad y encuentro en los que, de cuando en cuando, se acompañaba por temas que le hablaban de lo que sentía, pero, generalmente, elegía abrazar los recuerdos en silencio.

Ahora lo hacía en el salón del pequeño apartamento donde había sido feliz, y también donde sucediera la tragedia y, aunque había sido su refugio, ya no sentía lo mismo. Nada era igual. Su vida no estaba allí. Su hogar era otro.

Se quedó un rato más acariciando el llanto y las sonrisas, presa de la melancolía y arrebujada por el triste episodio que estaba dispuesta a dejar descansar para siempre. Después se levantó, dedicó un momento a observar la habitación y el baño, desde la puerta; se acercó a la cocina y pudo verla sin la aterradora imagen de Lucía tendida en el suelo.

Su madre vivía en su corazón y residía en su alma.

Las heridas sanaban, pasaban al recuerdo, y el recuerdo era eso. Darse cuenta y sentirlo motivó su complacencia por la decisión que había tomado: ir a Madrid, acompañar y acariciar con amor a la pequeña que había sufrido una experiencia desgarradora. Y hacerlo con el entendimiento de que la vida podía ser generosa después de haber sido terrible, le permitió cerrar su catarsis con una sonrisa.

Se dio cuenta de que estaba agotada física, mental y emocionalmente, y concluyó que necesitaba descansar porque su encuentro con el ayer apenas acababa de empezar.

Se despidió de su viejo hogar con cariño, y salió.

5

Conjugando amor

Alessia entró al piso de Carolina con la satisfacción de quien ha hecho lo que necesitaba y cerró una etapa. Mari Paz y su anfitriona la miraron sin saber qué hacer o decir, y ella se dio cuenta y les obsequió una sonrisa tranquilizadora.

—No os preocupéis. Me siento bien y quisiera darme una ducha, ¿puedo, yaya?

—Claro. Esta es tu casa, por lo tanto, eres libre de hacer lo que quieras y necesites. En el mueble del baño hay toallas limpias, y cuando salgas te tendré la cama lista para que duermas como un angelito.

Mari Paz no quería ser indiscreta, de manera que se despidió y regresó a su casa. Alessia se disponía a agarrar su ropa interior y el pijama cuando pensó en que la abuela debía de estar preocupada, así que la llamó para que supiera que estaba bien. Su interlocutora quería saber qué había hecho, cómo se sentía…, pero ella necesitaba su espacio, reflexionar bajo el agua y relajante, y le dijo que se lo contaría en otro momento porque estaba cansada y sensible, aunque feliz y satisfecha. Se despidieron y entró al baño.

El agua tibia caía gentilmente sobre su cabeza y hombros, otorgándole el masaje reparador que buscaba y se permitió durante largo rato. Se sentía tranquila, calmada bajo el manantial que, en cierta forma, arrastraba los restos emocionales que la habían desgastado durante años, y que acababa de liberar. Al terminar se secó el cabello y fue al salón. Allí la esperaba Carolina, imaginando lo duro que era lo que acababa de vivir.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—Agotada, pero bien.

Había sido un día atípico. Un día en el que las emociones se manifestaran con variedad e insistencia: tristeza, alegría, tensión, nervios, llanto, satisfacción... Un cúmulo de realidad, aventura y cambios que se tradujeron en cansancio, y motivaron que sus párpados se cerraran durante la charla, marcando la hora de acostarse.

Despertó a las nueve de la mañana y salió rápidamente de la cama, a buscar a su yaya que estaba en la cocina.

—¡Buenos días! —se dijeron sonrientes y al unísono.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Carolina.

—Como un angelito.

—Eso eres. El desayuno nos espera.

—Dame unos minutos.

Fue al baño y, cuando estuvo lista, regresó. El aroma a croissants inundaba el piso. Carolina los había rellenado con jamón y queso, y los sirvió acompañados por café con leche y zumo de naranja.

Mientras comían, la yaya puso cara de puchero.

—¿A dónde vas a ir hoy, porque imagino que sigues sin querer que te acompañe?

Alessia mostró su preciosa, dulce y cautivadora sonrisa.

—No es que no quiera, yaya, es que necesito ir sola, igual que anoche. Será un día intenso que iniciaré tan pronto cruce el umbral, porque voy a pasar por el colegio, tomar el metro y bajarme en la Plaza Cibeles.

Carolina le devolvió la sonrisa. La entendía perfectamente, aunque le hubiera gustado ser parte de su día. Luego pensó que ya lo era, porque la pequeña de su ayer había crecido y estaba allí, convertida en una mujer dispuesta a sanar sus heridas, a vivificar y atesorar lo bello del pasado, y para ello había elegido visitarla, compartir con ella y quedarse en su casa. Entonces, concluyó que la mejor forma de apoyarla era dejándola en libertad, sin inmiscuirse.

—No te preocupes, cielo, ya sabes que la yaya es un poco insistente, pero te quiere mucho, te entiende y sabe que tienes razón. Ve, vive y haz lo que necesites. Yo estaré aquí, esperándote con la comida lista y sin invadir tu espacio.

—Mejor con la cena, no quiero estar pendiente de la hora.

—¿Te preparo un bocadillo para llevar?

—No te preocupes, cuando tenga hambre comeré en algún lugar que me recuerde viejos tiempos.

—Me parece perfecto. Inmersión total en el ayer.

Al terminar de desayunar se arregló, se despidieron y salió. Caminó despacio por los adoquines que habían conocido sus primeros pasos, ceñida por el sol radiante que iluminaba su andar, la compañía de la brisa fresca y los rincones que le susurraban vivencias de tiempos lejanos.

Pasó junto a su antiguo colegio y se detuvo a observarlo. No era tan grande como en sus recuerdos, pero en el patio y las canchas había muchos niños alborozados, alegres, llenos de vida y sueños, como entonces, y se sintió contenta por los conocimientos allí recibidos y los juegos compartidos. Se acordó con cariño de algunos de sus maestros y estuvo tentada a entrar y preguntar por ellos, pero en su memoria solo halló rostros y momentos. Había olvidado sus nombres.

Ipso facto, se topó con la imagen del fantástico día en el que, Madrid, había sido cubierta por un hermoso manto de nieve. Sucedía pocas veces y por eso lo recordaba como algo extraordinario, inolvidable y divertido, y lo mantenía entre los tesoros que llevaba en su corazón y quería rememorar. Se sentó en un banco, cerró los ojos y viajó al pasado.

Culminaba la jornada escolar y salía con sus compañeritos rumbo a casa, cuando se toparon con una sorpresa maravillosa: los grandes pinos, los techos y el suelo del patio se habían engalanado con el níveo color que embellecía el paisaje, y al frío.

La novedad y preciosidad motivaron el asombro general. Reían, chillaban, jugaban con las bolas que hacían de aquella especie de sorbete que probaban y no tenía sabor, pero caía generoso. La emoción y diversión alborozaban a los pequeños corazones desbordantes de dicha, porque aquel día, muchos, incluyéndola, veían la nieve por primera vez.

Todo era perfecto y la felicidad se contagiaba sin que nada ni nadie pudiera detenerla, y ella estaba allí, maravillada, formando

parte de la algazara. Después de jugar un rato con sus amigos, se dirigió a la puerta donde suponía que la esperaba Carolina, para preguntarle si podía quedarse un rato más. Llevaba una enorme sonrisa y daba pequeños e involuntarios saltos de alegría al avanzar, sin imaginar que aquel día memorable le obsequiaría otra fantástica sorpresa: quien la esperaba era su adorada mamá, y la contemplaba dichosa.

El alborozo, sus amiguitos y la lluvia de copos pasaron a segundo plano en el mágico instante en que sus ojos se encontraron con los de Lucía. Su corazón dio un brinco de emoción, fue hacia ella, soltó la mochila, brincó a sus brazos y se fundieron en un abrazo de amor infinito y dicha sin igual.

—¡Mami, mami, has venido! ¡Mira, nieva!

—¡Sí, tesoro! Por eso estoy aquí. Es nuestra primera nevada y quería que la compartiéramos.

—¡¿Podemos hacer un muñeco de nieve?!

—¡Claro!

—¡¿Hoy no trabajas?!

—No. Pedí permiso para compartir esto contigo.

La pequeña rodeaba el cuello de su madre, que la sostenía en brazos, y la dicha de ambas se desbordaba transformada amor y risas, mientras que el sol ausente del paisaje brillaba a través de sus miradas radiantes, y sus voces expresaban la melodía más emotiva del momento.

Lucía la apretó contra sí. Quería aunar sus besos a la alegría rebosante de su maravilloso tesoro, pero se dio cuenta de que lo que su pequeña deseaba era vivir la gran aventura; de manera que la bajó, recogió la mochila, y compartieron su júbilo mientras caminaban tomadas de la mano por el paseo, bajo el gris que ponía el toque de sosiego.

Para ambas era un día perfecto, mágico, en el que hicieron el muñeco de nieve entre risas e intentos.

—¿Cómo le quieres llamar?

—Roger —contestó Alessia.

—¿Por qué ese nombre? ¿Quién es Roger?

—No lo sé.

—Está bien, me gusta.

Le hicieron la boca con hojas, el trozo de una pequeña rama fungió de nariz, y dos piedras sirvieron de ojos. Por último, Lucía se quitó sus complementos, y lo decoró con un gorro tejido en azul y beige y una bufanda a juego. Tras ello, posaron para dos fotografías que muestran un paisaje de postal, en el que ambas expresan su regocijo junto a Roger.

Al terminar su evocación, se dio cuenta de que había logrado rescatar la dicha y las sonrisas de aquel día, y se sintió feliz porque volvía a ser entrañable y divertido. Después respiró profunda y lentamente, a la vez que acariciaba sensaciones como la añoranza, el contento y una invitación sosegada a llorar, que rechazó.

Se levantó y continuó su camino hacia la estación del metro, acompañada por la tibia caricia que le prodigaba el día soleado y radiante; y se sintió arropada por el presente, aunque en su interior le parecía que el ayer era más brillante. Caviló que tal vez lo había idealizado. Que, quizás, la diferencia radicaba en la ausencia del ser maravilloso que la alimentaba entonces con sus cuidados, su amor y su presencia. Después se dijo que, probablemente, nada tenía que ver con sus recuerdos o su sentir, sino que el paso del tiempo dejaba su huella y afligía las edificaciones.

Ya en la entrada de la estación, concluyó que se trataba de la suma de todo. Bajó las escaleras, compró un boleto, continuó hasta el andén y tomó el tren que le correspondía. A medio camino hizo un trasbordo en el que se sintió algo agobiada, porque necesitaba ir despacio para seguir las indicaciones, pero apenas lograba divisar los carteles con la prisa que le imponían los múltiples caminantes apresurados, entre los que le pareció que si no iba a su paso la arrollarían. Los nervios jugaban en su contra, hasta que se percató de que quienes caminaban despacio tenían una opción, y continuó por la derecha, a su ritmo.

Sentada en el vagón, rememoró los dibujos tristes que hiciera al principio, en los que intentara plasmar su inmenso dolor. En uno de ellos sostenía la pequeña urna de Lucía en sus manos, en otro se hallaba sola en el parque, mirando hacia los columpios vacíos porque ya no estaba quien la empujaba, la abrazaba y le regalaba sonrisas y

miradas de amor. También trazó uno que no concluyó y tenía dos nombres: Lucía estaba sobre una nube, en el cielo; ella en la tierra, y ambas lloraban… A algunos los acompañaba por pequeñas frases como: «Te quiero», «Te necesito».

El gran dolor tardó en darle paso al color que dormitaba en su pequeño corazón, a la espera. Más tarde representó lo que hacía con Lucía, y lo acompañó por frases y oraciones que hablaban de lo vivido. Y, finalmente, ya en cuadernos comprados por los abuelos, aparecieron las ilustraciones alegres y los párrafos en los que contaba historias colmadas de amor, protagonizadas por su mamá y ella.

Una voz que anunciaba la llegada a su estación puso fin a los recuerdos. Bajó del vagón, caminó unos metros y escuchó una balada lenta que amenizaba el ambiente. La tocaban dos músicos y se dejó envolver por la armonía de las notas que la calmaban, y es que, a pesar de estar donde anhelaba, se sentía feliz e inquieta. Se detuvo a un lado para escucharla y, cuando terminó, recordó una antigua pregunta.

—Mamá, ¿por qué tocan aquí?, arriba es más bonito.

—Porque pasa mucha gente y eso le da mayor oportunidad de ser escuchados y recibir más dinero.

—Pero esto es feo y oscuro. No se ve el día.

Alessia sonrió ante su razonamiento porque oscuro no era, pero como si lo fuera. Nunca le había agradado estar bajo tierra. Depositó su contribución en el estuche del teclado pensando en que los músicos, probablemente, pasarían los mejores años de su vida tocando entre aquellas paredes. Su corazón hizo una mueca pesarosa, porque la vida no suele ser lo que se espera. Al hacerlo, fue obsequiada con las gracias acompañadas por sonrisas. Una actitud que la llevó a convencerse de que eran felices, puesto que hacían lo que les gustaba y seguramente no les molestaba estar allí. Se sintió reconfortada y los felicitó por la excelente interpretación que habían hecho de la bellísima "*Serenade*", de Johann Pachelbel. El mayor de ellos, que colocaba las partituras para el siguiente tema, le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, mientras que el más joven la miró complacido y añadió entusiasmado:

—¡Gracias!

Sonrió, les deseó mucha suerte y continuó su camino feliz, recordando que al abuelo le gustaba escuchar música clásica y por él había identificado tan hermosa composición. Enseguida, le vino a la mente la primera maestra que tuvo al llegar a Altea, porque mientras practicaban los adjetivos en clase, una de las niñas construyó una oración en la que calificó de feo y tonto a un compañerito, provocando las risas de los demás. Y la maestra le dijo que la oración estaba gramaticalmente correcta, pero había insultado, humillado y entristecido a su compañero con el propósito de divertirse y eso estaba mal, puesto que no había dicho algo gracioso, si no ofensivo. Las palabras de la maestra y la cara del niño, le enseñaran entonces la importancia de resaltar lo bueno de los demás, y se sentía feliz al hacer sonreír a los demás con algo sencillo y al alcance.

Subió las escaleras que conducían a la calle convencida de que la vida es un cúmulo de vivencias y aprendizajes, que se van engranando como si participáramos en una película en la que todo es perfecto: la música, las imágenes, las acciones y sentimientos que alimentan las almas y conducen al amor, al dolor, a la alegría, la nostalgia… A cada una de las emociones necesarias para sensibilizarnos, para hacernos más humanos. Y su corazón sonriente decidió que "*Serenade*" sería el tema con el que evocaría aquel día. Un día que se presentaba único y lleno de magia, en el que el presente pronto sería pasado, por eso quería palparlo lentamente, disfrutarlo despacio, vivirlo segundo a segundo. Hacerlo memorable, fascinante y elegante, como la preciosa melodía que aún sonaba en su cabeza.

Al encontrarse en la acera, la emotiva bienvenida del sol brillante y generoso se unió a su infinito deseo, y la impulsó a visualizar todo a la vez. Giró en redondo, como si fuera una niña y, sin haberlo planeado, se detuvo al encontrarse con su edificación favorita: el Palacio de Cibeles o antiguo Palacio de Comunicaciones.

Era lo que más recordaba del lugar donde se encontraba, y fue la primera imagen que buscó cuando tuvo acceso a internet. Había algo en él que lo hacía especial. Algo que no identificara de

pequeña, sin embargo, ahora estaba segura de que se trataba de la combinación entre su magnífica arquitectura y los secretos del pasado, contenidos en la infinidad de misivas que le habían dotado con el calor y el espíritu acogedor que desprendía.

Cartas que contaban historias y describían vivencias, que unían a los amores y amigos que estaban lejos, que sellaban negocios, alegraban fechas importantes. Amores, desamores, nacimientos, defunciones, ilusiones, éxitos, todo pasaba por allí. Buenas y malas noticias sobre acontecimientos y relaciones que construían mundo, cuando era sede de la Sociedad de Correos y Telégrafos de España.

Así daba inicio a su recorrido mágico, anhelado, esperado, y experimentaba una sensación de encanto exultante, a la vez que comprendía que la ciudad le ofrecía la combinación de movimiento y fascinación que llenaba sus expectativas por lo que estaba rescatando, y también motivaba su curiosidad y su deseo de aventura. Lo cual la llevó a inferir que vivía una andanza que la enriquecía, y que iba más allá del encuentro con su madre.

Entre el ruido de la transitada zona se colaba un arrullo suave y relajante que le llamó la atención, y dirigió su mirada hacia la fuente de Cibeles. La representación de la *Magna Matter* —Gran Madre—, el símbolo de la fecundidad, aderezó el momento incrementando la emoción que sentía ente la oportunidad de conocer y valorar lo que la vida le ofrecía.

El entorno la cautivaba por los recuerdos, y la deslumbraba por la luz, la arquitectura y lo que había leído al respecto, y se notó deliciosamente exaltada. Elevó la vista al cielo y lo halló engalanado por cúmulos de radiante blanco que la llevaron a colegir que todo era perfecto. Ralentizó los segundos y se dejó acariciar por el presente, a la vez que emprendió el caminó hacia la esquina en que su madre y ella se habían fotografiado.

Al llegar, se detuvo para dar vida momentánea a una imagen entrañable que guardaba con celo: Lucía se mostraba risueña, amorosa, dichosa, y la sostenía en sus brazos. Ella tenía aproximadamente dos años, le rodeaba el cuello con sus pequeños bracitos, miraba a la cámara y sonreía con la ternura y el candor de

su corta edad, mostrando sin reservas que se sentía amada, protegida, confiada.

Le encantaba aquella foto y la había contemplado tantas veces que su memoria la reproducía intacta, incluyendo la maravillosa sensación que creía haber vivido, porque de ella se desprendía la esencia del amor. Para hacerlo más real, su imaginación le añadía el aroma del perfume que usaba Lucía y que aún conservaba, aunque únicamente por lo que significaba para ella, ya que el contenido había perdido la fragancia original.

Era consciente de que en la ciudad había millones de personas, pero se sentía única. Increíblemente feliz por tener la suerte de estar allí, por realizar su sueño. Por experimentar la libertad, el amor, la satisfacción. El logro. Abrazaba el pasado, y de su presente emergía la dicha que le hacía creer que flotaba en un cielo infinito y radiante de luz.

Una mujer mayor la interrumpió, le ofreció su teléfono móvil y le dijo:

—*Picture, please.* —Foto, por favor—

Le sonrió, a la vez que la imaginó como una aventurera solitaria y valiente. La modelo hizo diferentes poses y ella tomó las correspondientes fotografías.

Al devolverle el dispositivo, la turista le dio las gracias amablemente, y ella aprovechó para pedirle que inmortalizara su momento. Había pensado hacerlo con varias imágenes de los lugares y algún autorretrato, pero incluir una fotografía tomada por alguien más le daba un toque de compañía y calor a sus memorias. El resultado motivó su regocijo, porque la dicha que sentía iluminaba su rostro y el hermoso entorno era el escenario ideal.

Tras agradecer a la artista por captar su momento de dicha, contempló nuevamente el palacio que tanto le gustaba y, tomándolo como punto de partida, inició un recorrido visual ordenado. Su mirada resplandeciente se posó entonces en la calle de Alcalá, y se sintió tentada a emprender camino hacia la emblemática puerta que lleva el mismo nombre, pero no lo hizo. Se disponía a guardar el teléfono móvil, sin apartar la vista del paisaje, cuando recibió una llamada.

—¡Oh! Hola, abuela. Disculpa, me olvidé de...

—No pasa nada —la interrumpió—. Pero estaba intranquila porque te llamé hace rato, y no me contestaste ni me has devuelto la llamada.

—Vaya, lo siento. Seguramente estaba en el metro porque no me enteré. Pero no te preocupes, estoy bien, no me va a pasar nada. Esto es alucinante y seguro.

—Hay peligro en todas partes, cielo. Me contenta que te guste tanto, aunque espero que no lo suficiente como para quedarte. ¿Qué tal vas con tus recuerdos?

—Muy bien. Me encanta lo que estoy viviendo.

—Me alegra mucho. ¿Dónde estás?

—En la Plaza de Cibeles, quiero que la conozcas. Estoy segura de que te encantará.

—A buena hora. Quería ir contigo, ¿lo recuerdas?

Alessia le habló con dulzura.

—Claro que sí. Y volveremos los tres, ya verás.

—Me contenta que tu viaje sea como esperabas.

—Lo es. Sabes, anoche hice lo más difícil: entré en el apartamento donde vivía con mamá, y repasé lo vivido cuando murió.

—¡Oh, por Dios! Me dijiste que estabas bien y tiene que haber sido muy fuerte emocionalmente.

—Lo fue. Duro, pero sanador. Creo que el paso del tiempo y la felicidad que me habéis dado vosotros curó la herida, y con esto cerré el capítulo del dolor.

Las palabras de Alessia tocaron el corazón de la abuela.

—Me alegro, cariño. Vive tu momento con independencia y a plenitud, pero envíame algún mensaje para saber que sigues contenta y, si es posible, alguna foto para imaginar que te acompaño en la distancia.

—Ahora mismo te mando una de las que tomé ayer con Carolina, y otra de ahora mismo.

—Perfecto, las espero.

—Recibirás más, ya verás. Abrazos para los dos y hasta más tarde. Os quiero.

—Disfruta, busca y encuentra, cielo. Te adoramos.

Le envió las fotos de inmediato y las acompañó por un corazón, después guardó el móvil. Levantó la vista y se encontró con una edificación que le pareció tan misteriosa como lo que había leído sobre sus moradores: el Palacio de Linares. Y razonó que la vida en sí era una sucesión de situaciones complejas, que muchas veces se tornaban enigmáticas. Algunas de posible interpretación y solución, como el distanciamiento entre su madre y sus abuelos; ignoraba el motivo, pero estaba segura de que no era nada grave porque todos eran buenas personas. También estaba el arcano de su padre, el gran desconocido que nunca había tenido la gentileza de acercársele, ni siquiera ante lo sucedido, y concluyó que las circunstancias y, sobre todo, las personas, hacían de las cosas simples algo bastante más enrevesado de lo que realmente era.

La bocina de un coche la sacó de sus cavilaciones, y se enfocó en observar el palacio que la había transportado a tal razonamiento. Tras un instante, se reafirmó en que la sobriedad de aquella arquitectura y la historia familiar convertida en leyenda urbana, según la cual, el fantasma de una niña que no era hija del matrimonio vagaba por el interior, la invitaban a interesarse en el misterio que se escondía tras aquellas paredes, y decidió visitar el interior en compañía de Carolina. Sabía que ella le describiría perfectamente todo lo relacionado con el lugar, incluyendo sus etapas de gloria, abandono, soledad y bruma, momento en el que avivara la imaginación de los creadores de mitos.

El colorido vivaracho y frondoso del paseo de Recoletos la guio hasta el Palacio de Buenavista o Cuartel General del Ejército de Tierra. Allí se topó con árboles centenarios que embellecían a la colina, a la vez que comentaban aconteceres con vecinos y visitantes. La primavera los había cubierto de hojas lozanas que armonizaban su danza al compás de la suave brisa. Al observarlas, se le antojó que eran conscientes de lo efímero de su duración, por ello ponían entusiasmo a su instante de presencia.

Escuchó nuevamente el tono de su teléfono móvil, miró quién era y contestó:

—Hola, yaya.

—Hola, cariño. ¿Cómo vas?

—Muy bien, ya estoy en Cibeles. Esto es precioso y me ha traído hermosos recuerdos.

—Me contenta mucho. Estaba algo preocupada por si te equivocabas al hacer el trasbordo.

—Me ha ido bien. Con tantos letreros no hay manera de perderse.

Carolina, convencida y sonriente, dijo:

—Sí, la hay, créeme, tu yaya lo ha hecho.

—Suena divertido, la próxima vez nos perderemos juntas.

Ambas rieron y, Carolina, añadió:

—Intencionalmente no tiene gracia. Y por equivocación tampoco, pero pasa. Bueno, ahora que sé que estás dónde querías y bien, te dejo tranquila con tu proceso.

—Gracias, yaya. Hasta la noche.

—Hasta la noche, cariño.

Alessia sonrió y pensó que era afortunada de tenerla, porque además de ser amor y cuidado había sido protección y apoyo cuando la muerte truncara todos los propósitos, planes y sueños de su madre, y sembrara la pérdida, el dolor y la ausencia en su pequeño corazón. Enseguida, recordó que le había dicho que mientras su mamá vivía era una niña dichosa, jaranera, que poseía tanto entusiasmo que contagiaba a sus amiguitos al jugar, y después de su fallecimiento se había vuelto observadora, silenciosa, reservada. Y concluyó que tenía razón, porque sentía temor a perder nuevamente lo que quería, y la cautela era su fórmula para evitar sufrir.

No obstante, quienes la conocían sabían que su sensibilidad estaba a flor de piel, que amaba intensamente, ayudaba, escuchaba y empatizaba con las penas y el dolor ajenos. Y ella era consciente de que la vida le había dado motivos para estar feliz y sentirse contenta con sus logros; y tener la oportunidad de recorrer sus lugares era uno de ellos. Sonrió al darse cuenta de que su corazón de niña se manifestaba emocionado, palpitaba con ilusión y se identificaba con el día primaveral que la arrullaba. Alegre, reconfortada, relajada y serena, navegaba entre el escenario, los recuerdos, y sus emociones y sentimientos.

Enseguida, deseó acercarse a los tulipanes y narcisos que recordaba preciosos, coloridos y animados, y al dirigirse a su

encuentro pasó frente al edificio del Banco de España. Se detuvo, lo observó y comprobó por qué los conocedores lo consideraban una de las construcciones más emblemáticas de la ciudad, y también por qué su madre había decidido hacer su carrera de arquitectura en Madrid: porque además de estudiarla la vivía. Y, a diario, tenía la oportunidad de palparla y empaparse de arte, creatividad, belleza y perfección.

También sobre él había leído cosas interesantes que le ayudaron a entender y a valorar lo que observaba; entonces, agradeció a la abuela por haberle enseñado a ser organizada, a buscar información y anticiparse. Acto seguido, curucuteó entre sus recuerdos infantiles, pero solo halló la amplitud del lugar interrumpida por la hermosa fuente, el gran palacio blanco, y las flores y verdes cubiertos por el cielo azul, bajo el que se sentía la niña más feliz del mundo en compañía de su preciosa mamá. Lo demás había sido irrelevante para la pequeña Alessia.

Avanzó confundida entre los viandantes, y buscó el paso de cebra con la seguridad y la plenitud que le daba saberse en el cometido de búsqueda que se había impuesto, y se traducía en el encuentro que necesitaba.

Sus múltiples acompañantes furtivos poseían mundos tan ricos como el suyo y pasaban a su lado embebidos en sus propios pensamientos. Por momentos, la dicha la impulsaba a querer saltar, como hacía quince años atrás, pero controlaba su anhelo. Vestía una delicada y vaporosa blusa blanca y pantalones vaqueros, a los que acompañó con un toque de locura: zapatillas deportivas azul oscuro con cintas de llamativo naranja, las más cómodas para caminar. Su cabello largo, castaño claro y ondulado se dejaba llevar por el viento y, de vez en cuando, le acariciaba el rostro suavemente.

En un instante determinado se dio cuenta de que era totalmente anónima, invisible, y le agradó. Después tuvo la sensación de ser y hacer algo importante, aunque era consciente de que solo era una más entre la multitud y hacía lo mismo que todos: buscar su camino, su felicidad, sobrevivir y transitar brevemente por el asombroso planeta Tierra. Entonces decidió sentir, valorar. Dejarse llevar por lo que le dictaba su corazón y abrazar su gran momento.

Este impulso trajo a su mente algo que le había repetido la abuela. Algo que había anotado para tenerlo presente, y rezaba así:

> «La vida es una sucesión de instantes, y la gran mayoría pasan como rutinarios. Al vivirlos no le damos la importancia que tienen, sin embargo, con el tiempo los echamos de menos y entendemos que construirlos y transitarlos era vivir, y también que con ellos se fueron las oportunidades y la juventud. Entonces, en un intento por tener una segunda oportunidad y apreciarlos, los evocamos como tiempos mejores y los elevamos a la gloria, aunque sea tarde. Por fortuna, existen los momentos realmente mágicos, esos que valoramos y convertimos en inolvidables al momento y nos alimentan siempre y por siempre. Y, claro está, tenemos que enfrentar algunos trágicos que nos marcan para siempre.
>
> Los mágicos se esfuman presurosos, tras alimentar el alma. Los trágicos, por el contrario, detienen el tiempo y parecen poner fin a la existencia, aunque sobrevivimos. Esta suma de experiencias y vivencias nos hace darnos cuenta de lo importante es aprender a valorar la cotidianidad. Esa rutina en la que empleamos la mayor parte de nuestra vida, porque es la que nos ofrece la oportunidad de ser felices, de aprovechar el tiempo que tenemos y llegar a la vejez con serenidad y sin lamentos, teniendo siempre presente que el futuro es incierto y que ahora es el momento, no importa la edad que tengamos o cuán complicados estemos».

El que vivía era mágico y experimentó la necesidad de un abrazo, porque vino a su memoria algo que decía su madre:

«En la tristeza un abrazo, en la dicha un abrazo. Y, sin razón alguna, un abrazo».

Y sonrió al rememorar el que le daba al decírselo.

Había llegado pletórica hasta el Paseo del Prado, y desde allí contempló una vez más el palacio de Correos. El excelso trabajo de quienes se habían encargado de su ejecución la llevó a razonar que, de niña, seguramente le había llamado la atención por su color y tamaño, y ahora le añadía un nuevo motivo.

El jardín del Paseo esperaba su atención, y se la dedicó en el preciso momento en que un soplo de viento le susurró que era hora de regocijarse con la hermosa amalgama de colores danzarines, cuya coreografía seguía el ritmo que, con experticia, le marcaba la

batuta de la brisa. La hechizante imagen motivó en ella la sensación de que el mundo era un lugar de preciosidad.

Sabía que no siempre era igual, pero en aquella estampa los mayores contemplaban la vida sentados en los bancos, y charlaban arrobados por los rayos de sol que se colaban entre los árboles, mientras que otros paseaban enganchados del brazo. Una imagen en la que halló la paz de la vejez. La justa recompensa al camino recorrido.

Tras su primera visión, se dio cuenta de que algunos de aquellos rostros le hablaban de decepción, sufrimiento, resignación, soledad. Y el contraste con el resto, en los que halló felicidad, satisfacción e ilusión, la llevó a concluir que cada vida era una historia que conjugaba el todo, pero sobresalía la huella de lo que la habitaba con mayor frecuencia e intensidad. Esta reflexión la condujo a abrazar el amor que sentía, la emoción bonita y la ilusión que había cultivado por su viaje, puesto que eran días extraordinarios entre su gran total. Era la vida que dejaba huella en su rostro, su corazón y su alma.

Un poco más lejos, divisó a una pareja con un niño pequeño de la mano y un bebé en su carrito, y su mente evocó varias palabras sueltas que su madre repetía con frecuencia y había anotado en uno de los cuadernos: protección, inocencia, corazón generoso, ser pequeñito, cuidado, amor, ternura.

Había visto a muchas familias paseando juntas y nunca se le había ocurrido unirlas, sin embargo, en ese momento se le antojó hacerlo y añadir su toque, concluyendo que la protección y el amor que emanan de un corazón generoso, al tener a un ser pequeñito a su cuidado, es lo más noble, intenso y hermoso; y la inocencia y la ternura hacen que todo resplandezca con su presencia.

Satisfecha y sonriente, continuaba su camino entre árboles y flores en dirección a la Plaza de Neptuno, cuando se le acercó una mascota alegre y entusiasta, que movía su rabo con energía en señal de amistad y la olfateó con deseos de que la saludara. Sin dudarlo, se agachó y la acarició. También ella era una criatura inocente, incondicionalmente amorosa y merecedora de todo el cariño y

cuidados que se le pudieran brindar, porque su existencia dependía del bien o mal que los humanos le quisieran hacer.

Así, sin prisa, entre pensamientos, análisis, razonamientos, deleite y observación, pasó por la Fuente de Neptuno y llegó a su siguiente destino. Allí coincidiría con un mensajero relacionado con un nuevo acontecimiento en su vida.

6

Pasado, presente y futuro

Se detuvo ante el Museo del Prado, lo observó, sonrió y se sintió feliz y exaltada porque sabía que albergaba una exposición de arte fascinante y extensa que le enriquecería. Amén de los recuerdos que manarían entre las estancias, donde la creatividad humana armonizaba a la perfección con el encanto envejecido. No obstante, su visita tenía un motivo adicional: contemplar una obra en particular.

La había observado en compañía de su madre, la halló en sus libros de texto y la convirtió en uno de sus íconos y objetivos, y sabía que se encontraba allí, en la magnífica pinacoteca a la que estaba a punto de entrar; de manera que se emocionó y apresuró el paso.

A medio camino se detuvo, porque recordó que había leído un pensamiento que decía que no siempre se llegaba a la cima, por eso lo importante era disfrutar el viaje, y se dio un momento para dejarse seducir por la fusión de naturaleza y arquitectura que tenía ante sí. En ese momento, la sencillez y sobriedad motivaron una impulsiva y exultante sonrisa que le resultó contradictoria. Estaba frente a una suma de belleza, elegancia, cultura e historia, y ella reía. Eso le hizo recordar lo que le había dicho su pequeño amigo, Santiago. Y concluyó que tenía razón: era rara. Sonrió nuevamente y continuó, satisfecha con su rareza.

Había cola para adquirir las entradas, y se entretuvo observando a los grupos de personas que se disponían a hacer lo mismo. Dedujo que unos eran turistas y otros amigos y familias. Y la confianza entre ellos le llevó a pensar en que, probablemente, sus sentimientos no

eran tan profundos como los de otras personas, porque tenía buenos amigos y los quería, pero no confiaba totalmente ni se entregaba a plenitud. Convivía con una especie de barrera que quería derribar, y creía que su viaje le permitiría avanzar en este propósito.

Una vez dentro, recorrió con interés las diferentes salas, y prestó especial atención a varias obras, pero, sobre todo, a la de sus recuerdos infantiles y a un retrato.

Al encontrarse con la primera, se dejó llevar por la memoria y el corazón y experimentó el contacto de una mano grande, suave y acariciante que sostenía a la de su pequeña Alessia. Allí estaban de nuevo, ella y su adorada mamá. Lucía contemplaba el total de la pintura, y ella a la niña.

—Mamá, ¿dónde está esa niña?

—En un palacio, tesoro.

—¿Vive allí?

—Vivía, porque es un retrato de hace muchos años.

—Entonces es una princesa.

—Es la infanta Margarita Teresa.

—¿Qué es una infanta?

—Es la hermana de quien hereda el trono.

—¿Y quién lo heredó?

—Su hermano, Carlos.

—¿Por qué no está en el cuadro? Si fue el rey debería de estar para que lo conozca. Así no sé cómo era.

Lucía sonrió ante su razonamiento, como también lo hizo ella al recordar.

—Ya te lo mostraré, cielo.

—¿Su padre es el que pinta?

—No, ese es el artista que hizo el cuadro. Su padre y su madre son los que se ven allá atrás, en el espejo.

—¿Y dónde están para que los veamos en el espejo?

—Aquí, donde estamos nosotras.

—Mamá, aquí no están.

—Estaban cuando Diego Velázquez pintó el cuadro.

Llena de razón, comentó:

—Esto es bonito y ese cuarto es feo. No estaban aquí.

Alessia recordó la risa espontánea de su madre y la forma de mirarla, y se sintió contenta porque mostraba orgullo, felicidad y ternura. Después le explicó:

—Tesoro, no se sabe realmente si el espejo muestra a los reyes porque el artista los estaba pintando, o si se ven porque estaban en este lado de la habitación donde estaban ellos. Pero tienes razón, no estaban aquí, en el museo. Y como es un misterio que únicamente el maestro nos podría aclarar y él murió hace mucho, cada quien lo resuelve como le parece.

Recordar o imaginar aquella conversación le produjo una bonita emoción. No estaba segura si sucediera así, o sus recuerdos habían sido modificados, pero lo que acababa de vivir motivó que emergiera la magia de entonces, y cuando la magia surgía, la vida era hermosa.

Experimentó en su corazón una gratitud infinita hacia su mamá, el ser maravilloso y ausente que estaba siempre presente. Le dio las gracias por los años compartidos, las inquietudes sembradas, las enseñanzas, el ejemplo, el amor, las risas y los cuidados.

Mientras lo hacía, echó de menos su abrazo físico, y recordó algo que tenía escrito en un papel pegado a la nevera con un imán. Su abuela lo había guardado, enmarcado y colocado en la cocina, decía:

«El mundo es el lugar en el que todos extrañamos, necesitamos y añoramos algo o a alguien. Es el espacio al que iluminamos cuando hay tinieblas; en el que sembramos vida y sentimientos. El mundo es, pero, sobre todo, el mundo somos, y juntos creamos su magia».

Lucía vivía en ella y entre las dos creaban la magia, pero sucedía solo en su imaginación y al pensarlo se entristeció. Sus ojos se aguaron y dos lágrimas estaban a punto de rodar por sus mejillas. Las limpiaba disimuladamente, cuando escuchó una voz envolvente.

—Disculpa la intromisión, pero me he dado cuenta de que esta maravilla te emociona e intuyo que es porque la conoces bien. ¿Me equivoco?

Alessia, extrañada, giró su cabeza y se topó con un joven que le sonreía gentilmente con la mirada. Lo miró dubitativa, y contestó:

—La conozco un poco.

—¿Podrías explicármela?

—¿En serio?

Aunque las respuestas de Alessia eran parcas, en su tono había amabilidad, y él añadió:

—Es que me gustaría contagiarme con el sentimiento que te trasmite al observarla. Sé que es una obra de arte excelsa, pero supongo que me falta información para emocionarme como tú.

Lo miró dudosa, puesto que su sentir no tenía nada que ver con lo que le podía explicar, empero, consideró que, como estaba interesado, no le costaba nada ser cortés y comentarle lo que sabía. Le contó que, originalmente, el cuadro de «Las Meninas» había recibido el nombre de «Retrato de la señora emperatriz con sus damas y una enana», y que también se le conociera como «La Familia de Felipe IV». Le habló del excelente pintor que había sido Diego Velázquez, de los personajes y la época en que vivieran, la luz y los diferentes planos…

Su interlocutor escuchó atento y concluyó que quien era capaz de apreciar el trabajo ajeno, prestaba atención a los detalles y lo comentaba con pasión, tenía un corazón noble. Después, agradecido y ocurrente, le dijo:

—Sabes que eres muy buena. Voy a pedir el libro de recomendaciones para proponerte como directora del museo. Pero mientras te nombran, ¿te importa si te acompaño durante el resto de la visita?, algo así como que seas mi guía.

Alessia sonrió.

—Gracias por tan gentil oferta, pero también soy turista.

—Entonces puedes unirte al grupo con el que entré, no creo que el guía se moleste.

Lo miró incrédula. ¿Acababa de escuchar que estaba con un grupo y se había quedado para hablar con ella, o había entendido mal? Si era así, ¿lo había hecho porque se diera cuenta de su tristeza y había querido distraerla, o estaba un poco perdido y buscaba entretenimiento?

Guardó silencio, y él insistió:

»¿Qué me dices, nos acompañas?

—Gracias, pero necesito ir sola y a mi ritmo.

—Está bien, no te importuno, pero nos vemos pronto.

Alessia concluyó que ese pronto no sucedería porque él se iría con quienes había entrado, mientras que ella continuaría a su ritmo, y le dijo adiós con una sonrisa suspicaz.

Tras ello, se enfocó en buscar en aquel cuadro al que había convertido en una especie de vínculo entre ella y su madre, algunos de los sentimientos implícitos en las palabras que había unido poco antes, cuando estaba en el Paseo, y halló el amor, representado por la imagen del espejo, ya que, a pesar de encargar a otros los cuidados de su hija, los reyes estaban vigilantes, y la emperatriz Margarita Teresa le inspiró la ternura. Lucía le había dicho que se parecía a ella y sonrió al recordarlo porque no era cierto, aunque tampoco le había mentido, ya que ambas eran niñas y seguramente compartían fragilidad, inocencia e inquietudes.

Enseguida, recordó al extraño y se sintió complacida porque, gracias a lo leído, había podido hablarle del contenido de la obra y explicarle como estaba representada la educación, los diferentes roles en la sociedad, el entretenimiento, la notable influencia de la religión en la época, el perro como símbolo de lealtad, el efecto de la luz, e incluso el misterio en torno a la cruz que colgaba del pecho del artista. Una cruz que aún no había recibido, pero deseaba.

Satisfecha, sonrió a los personajes que parecían observarla mientras los contemplaba, y también a la niña y a la madre que habían vivido aquel hermoso momento mucho antes. Juntas habían creado una preciosa historia, como había hecho el excelso pintor que firmaba el retrato y jugaba magistralmente con la imaginación del público.

Después reanudó su camino considerando que, probablemente, era la persona que más emociones mostraba en el recinto, lo cual no le importó porque creía que no había nada de malo en expresar el sentir, y se preguntó cuál sería el nombre del chico con el que había hablado. Como no lo sabía, se encogió de hombros y sonrió complacida por el encuentro.

Mientras investigaba para su viaje, Alessia había descubierto que la fundadora del museo había sido María Isabel de Braganza, la

segunda esposa de Fernando VII, puesto que se había ocupado de recuperar las obras de arte de la monarquía que, como secuela de la guerra de Independencia, se estaban deteriorando en el sótano del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Además de rescatarlas, Isabel quería exponerlas para que el pueblo las conociera, y el ilustre pintor, Francisco de Goya, le dio la idea de hacerlo en Madrid, ya que era el lugar donde tendrían mayor visibilidad.

Alessia estaba feliz por contarse entre los millones de visitantes de tan importante pinacoteca, y satisfecha al tener la oportunidad de acercarse y contemplar el retrato de su fundadora, que había sido encargado por el rey para rendirle homenaje póstumo, ya que ella falleciera un año antes de la inauguración.

Al estar frente a él, recordó que, de acuerdo a sus indagaciones, había sido expuesto en 1829, once años después de la muerte de María Isabel, y que el artista, Bernardo López Piquer, se basara en una fotografía del momento en que la joven llegara a la corte. Alessia apreció entonces la delicadeza y cuidado en los detalles, las texturas, las luces y sombras de aquella imagen, y le pareció que todo encajaba perfectamente para mostrar la timidez y tristeza infinitas que halló en el rostro joven de la reina, y que consideró un presagio del sufrimiento por el que tendría que pasar durante los dos años de su reinado, puesto que precisó ganarse la aceptación de los miembros de la corte y del pueblo, vivió la muerte de su pequeña hija, y falleció durante su segundo alumbramiento en circunstancias que, por el desconocimiento de entonces, motivaron una macabra leyenda que tocó el corazón de Alessia. Por fortuna, tiempo después halló que nuevas investigaciones atribuían su muerte a causas naturales.

En todo caso, le sobrevino una mezcla de pena y agradecimiento por la joven cuyo retrato tenía al frente, y la compensó al determinar que la esencia de la breve reina estaba avecindada entre aquellas estancias, porque su legado entrelazaba a los visitantes con la sobriedad de las épocas representadas en las obras, con los autores, el arte y el sentimiento, y su espíritu añadía ese algo especial que se respiraba e invitaba a volver.

Continuó su ruta complacida, envuelta por el cálido abrazo que había ido a buscar. Y al cruzar el umbral que la condujo a la salida, escuchó una voz que le resultó conocida.

—Te he esperado porque voy a estar solo hasta el domingo, y me ha parecido una buena idea que nos hagamos amigos. Eres una turista que sabe mucho y me agradaría que nos acompañáramos. ¿Qué me dices, aceptas?

Alessia se detuvo y lo observó interrogante. No tenía cara de loco ni de atrevido, y sus ojos marrones mostraban una bonita y franca sonrisa. Tras un instante, dijo:

—Tengo cosas que he de hacer sola y poco tiempo para ello. Además, no vine por turismo; lo que sé es porque indagué en internet, y no soy de aquí, bueno sí, pero no.

—Sí, pero no, ¿puedes aclarármelo?

—Todo se resume en que no puedo acompañarte, y tampoco enseñarte lo que no conozco porque hace mucho que no vivo aquí.

El chico insistió.

—Entonces, paseamos y descubrimos juntos.

—Dijiste que soy buena explicando, pero no entiendes que tengo cosas que hacer sola.

—Disculpa. No quería molestarte, solo que compartiéramos y nos conociéramos.

Alessia consideró que tal vez había sido cortante y aclaró:

—Todo está bien. Pero debo seguir mi camino.

Él puso cara de circunstancia.

—Lo entiendo, es una lástima. ¿Podrías indicarme algún lugar dónde comer?

—No tengo idea, pero al caminar encontrarás para elegir.

—Muchas gracias. ¿Ya comiste?

Alessia guardó silencio un instante y lo observó. Era insistente pero educado y le parecía sincero y ligero, así que le contestó con la verdad.

—No, voy a hacerlo ahora.

—¿Qué tal si nos unimos para descubrir la gastronomía madrileña?

Lo miró fijo durante un instante, y dijo:

—Te aburres en soledad, ¿verdad?

Él sonrió gentilmente, negó con la cabeza y contestó:

—Para nada. Insisto porque me gustaría que recordáramos algo más que el encuentro en el museo, que fue muy grato, más no mi insistencia de ahora al empeñarme en contar con tu compañía.

Alessia guardó silencio, y él añadió convencido:

»Lo digo en serio. Comer juntos nos da la oportunidad de conocernos en un lugar público, sin riesgo, lo digo por si te parezco sospechoso. Si después decides que no quieres saber más de mí, prometo no volver a molestarte.

Él levantó su mano derecha en gesto de promesa, y ella, disimulando que le agradaba la idea, se encogió de hombros y, con aparente desgano, dijo:

—No sé si creerte, pero acepto porque me parece que, aunque diga que no, te colarás donde quiera que vaya.

Él sonrió.

—Muy bien, ¿vamos?

—Espera, buscaré un establecimiento con buenas reseñas.

—Ah, tú tampoco sabías a dónde ir, o sea que estoy en manos de una improvisadora. Eso es emocionante.

Alessia estaba a punto de reír y dijo:

—Me preparé para aprovechar el viaje al máximo, pero el horario y lugar de la comida será cuándo y dónde surja.

—Muy interesante, ¿eres investigadora?

—Investigada.

Alessia contestó asintiendo con la cabeza y mostrando cara de preocupación. Él sonrió y añadió:

—No irás a decirme que delincuente, porque no te creo.

—Lo digo por tu insistencia y preguntas.

El chico le regaló su bonita sonrisa, y aclaró:

—Ah, admito que tienes razón. Pero las preguntas funcionan cuando se quiere saber algo o conocer a alguien, sobre todo si esa persona está reticente.

Ella consideró que lo que decía era lógico y sonaba sincero. Él extendió su mano y, con amabilidad y gentileza, añadió:

»Me llamo Marco.

—Alessia.

—*¡Sei italiana! ¡Sono portoghese!*

—Oh, oh. Estoy confundida, ¿eres italiano o portugués?

—Lo ves, tenemos algo que aclarar, ese es el indicativo de que comer juntos es una buena idea.

—Ya, pero no me has respondido.

—Cierto. Mi italiano debe de ser muy malo porque no me entendiste. Dije que eres italiana y yo portugués.

Alessia negó con la cabeza.

—Solo el nombre. Nací en Madrid.

—Entonces, ¿cómo es que no conoces la ciudad?

—Porque hace mucho que vivo en otra parte.

—¿Se puede saber dónde?

—Lo dicho. Me siento investigada y me atengo a mi derecho a guardar silencio.

Él chico rio.

—¿Abogado?

Ella quiso reír, pero dijo seria:

—Fiscal.

Marco no le creyó, pero le siguió el rollo.

—¿Tan joven? Supongo que eres una de esas personas sumamente inteligentes.

El hielo se rompía cada vez más entre los dos, y ella decidió liberar su sonrisa, aunque ligeramente.

—Otra forma de interrogarme disimuladamente, así que tampoco voy a contestar. ¿Qué te parece un bocata de calamares? Es típico de aquí.

—Excelente, Alessia. Está en mi lista de lo que quiero probar. Me llamó la atención porque Madrid no tiene mar.

Le pareció que su nombre sonaba dulce y melodioso en la voz de Marco y lo consideró tentador, por lo tanto, no debía de pasar mucho tiempo con él. Sonrió internamente, y dijo:

—Bien, pues ya nos falta poco para llegar a uno de esos bares típicos de la capital que la han hecho tan popular, y que, además, hay por doquier.

—¿Crees que me puedes aclarar un poco más eso de que eres de aquí pero no, y naciste aquí pero no vives aquí?

—Nací en Madrid, pero mi familia no es de aquí sino de un pueblo de la costa mediterránea, y vivo allí. Ahora creo que es hora de que intercambiemos roles: me dijiste que eres portugués, ¿de dónde?, ¿a qué te dedicas?, ¿por qué hablas tan bien el español? ¿Y qué haces por aquí?

—¡Vaya! ¡Debes de ser una fiscal brillante! Necesito tomar notas para recordar tantas preguntas, solo te faltó ponerme a jurar decir la verdad, solamente la verdad y nada más que la verdad —rieron, y continuó—: Nací y vivo en Lisboa, de allí es mi madre, pero mi padre es de León y, él y yo, siempre hablamos en español. Estoy aquí porque un amigo me pidió que lo acompañara en una misión. Soy matemático y me dedico a la estadística.

—¡Una misión! Eso suena importante.

—Lo es.

—Si un amigo te pidió que lo acompañaras, ¿por qué no estás con él?

—Porque venimos de países diferentes y él llega esta noche en un vuelo procedente de Italia. Yo tenía la posibilidad de venir por carretera, y lo elegí para disfrutar del recorrido y de un día adicional.

—¡Ah! Se trata de un reencuentro en un lugar neutral.

—En realidad no. Es cierto que nos vamos a volver a ver después de un año, pero lo importante es la misión que nos trae aquí.

—¿Cuánto tiempo os quedáis?

—Solo hasta pasado mañana.

Alessia comentó con la mayor naturalidad y sin pensar:

—¡Oh, vaya, qué misión tan rápida!

La reacción espontánea de Alessia le hizo sonreír.

—Sí. E incluso nos dejará tiempo libre porque se trata de entregar algo a una persona. En otro momento volveré para conocer la ciudad, porque me parece fascinante.

—Lo es.

Tras reafirmarlo convencida, añadió suspicaz:

»Dos amigos de diferentes países se encuentran en un tercero para hacer una entrega, es rápido, pero hacen falta dos. ¿Se trata de algo pesado o sospechoso?

Marco sonrió ante la ocurrencia, y aclaró:

—Ni lo uno ni lo otro. Lo siento, pero no habrá caso para la señorita fiscal. Aunque si lo medimos por el sentir de los involucrados puede ser maravilloso, o incluso triste…

Ante la seriedad de sus últimas palabras, Alessia dijo:

—Disculpa si he jugado con algo indebido.

—No te preocupes. Es que aún no sabemos qué consecuencias pueda tener.

—Tampoco bromeo con extraños, y menos si se muestran misteriosos, pero me dejé llevar por el halo del enigma.

Él sonrió.

—Extraño y misterioso, dos calificativos poco halagadores. Me parece que me va a costar ganar tu confianza.

—Hombre, no pretenderás que confíe en alguien que me ha dicho su nombre, suponiendo que sea el verdadero, y poco más.

—¿Poco más, dices?, pero si me has sometido a un interrogatorio. Ah, estoy aquí como traductor porque mi amigo no habla español.

Alessia vio el lugar al que se dirigían.

—Hemos llegado, espero que no necesitemos reservación para comer un bocata.

Era un poco tarde y quienes trabajaban ya habían vuelto a las oficinas, de manera que hallaron mesa sin problema y, mientras miraban la carta, ella dijo:

—Ojalá que los bocadillos sean grandes, tengo hambre.

—¡Una chica con apetito! —bromeó, Marco.

—Sí, la verdad es que disfruto la comida y se me antoja pedir algo más para probar cosas diferentes.

—Es una idea excelente, me preocupaba que el bocata no fuera suficiente.

Tras conversar las opciones, añadieron a su intención inicial: patatas bravas, aceitunas de Campo Real y oreja a la plancha, además de una botella de agua para calmar la sed del momento, y dos cervezas para acompañar a los bocatas de calamares. Una elección rápida y típica, según las indagaciones de Alessia.

Esperaban a que les tomaran la orden, y ella preguntó:

—¿Qué te parece lo que conoces de España, su gente y costumbres?

—Un país precioso con gente acogedora en su mayoría. Y digo en su mayoría porque alguien que me parece encantadora, a veces me rebota.

Ella dijo con picardía:

—Hum… Mira que puedo ser periodista, y si me enfadas escribo sobre mi encuentro con un viajero solitario, que se va a reunir con un aliado para cumplir una misión sospechosa. Eso pondría a la policía tras vosotros.

Él la miró interrogante y dijo:

—¿Pero no eras fiscal? He intentado esquivar la realidad para que no me investigues, y resulta que caigo en manos de la policía.

Ambos rieron. El camarero se acercó y pidieron. Enseguida, Marco volvió a sonreírle con la mirada y continuó:

»Espero que sea cierto que tienes nombre italiano, vives en algún lugar cerca del Mediterráneo y naciste en Madrid, porque cambias tanto de profesión que ya no sé qué creer.

Ella sonrió a la vez que asentía con su cabeza.

—Es cierto.

—Vamos mejorando —dijo complacido—. ¿Me puedes decir por qué te llamas Alessia?

Ella sonrió dulcemente.

—No tengo la menor idea. Supongo que es el nombre que le gustaba a mi mamá.

—¿No lo sabes? —comentó extrañado— Es raro, suelen contarnos la razón. En mi caso, me llamo Marco porque mi abuelo materno murió cuando mi madre estaba embarazada, y me pusieron su nombre.

—A pesar del triste motivo, es un tributo a tu abuelo. En mi caso no lo sé, lo digo en serio.

Se sintió incómoda porque no quería contarle su historia a alguien a quien acababa de conocer, de manera que, sin darse cuenta, al reafirmarlo hizo una mueca con el rostro y se encogió de hombros. Marco se dio cuenta e intentó cambiar el tema, aunque continuó con preguntas personales.

—¿Dónde te hospedas? ¿Por qué estás aquí?

Lo miró resignada. Haber aceptado comer en su compañía implicaba conversar, así que decidió bromear.

—¿Intercambio de roles?, ¿el señor agente secreto en misión interroga al fiscal?

Ambos rieron, y ella continuó:

»Me hospedo con mi yaya, se llama Carolina. Y Estoy aquí para recorrer los lugares de mi infancia.

—¿Es la primera vez que vienes desde que eras niña?

—Así es.

—¿Te trajo la nostalgia, la curiosidad o el placer?

—Un poco de todo, pero sobre todo la necesidad de hacer un viaje al ayer.

—Dicen que no hay que volver al pasado. Hacerlo suele decepcionar. ¿Es lo que sientes?

Alessia negó con la cabeza y se dio cuenta de que, a pesar de que no hablaba de temas personales con extraños, Marco le inspiraba confianza y le contestó con franqueza y un deje de nostalgia.

—No, no es lo que siento, pero tienes razón. Magnificamos lo vivido porque el amor y la necesidad de ser felices nos llevan a idealizar, por eso volver al ayer decepciona. En mi caso, la realidad fue hermosa y los recuerdos se van perdiendo, de manera que vine por una búsqueda personal.

Tan pronto terminó de decirlo se arrepintió, porque pensó que le iba a preguntar qué buscaba y no podía contárselo; así que dibujó una sonrisa espléndida. La había ensayado muchas veces frente al espejo, cuando su abuela le decía que la sonrisa era el mejor aliado. El mensaje más optimista que podíamos y nos podíamos dar. Sabía que la suya, además, tenía algo especial y la aprovechó para desviar la conversación. Entonces, añadió con entusiasmo:

»¡Ah! Pero tampoco han pasado tantos años.

La mirada de Marco mezcló sonrisa e interrogante al decir:

—Te creo, eres tan joven que te invito a ir al parque de atracciones al terminar de comer. ¿Aceptas?

Ambos rieron. Luego, Alessia, manifestó:

—A ver, ¿qué te ha hecho creer que pienso pasar el resto del día contigo?

La miró con curiosidad y concluyó con una sonrisa:

—Supongo que es un no y lo aceto, claro que tampoco tengo alternativa, así que, como tenemos poco tiempo, me gustaría saber qué haces, ¿estudias, trabajas?

La amabilidad que mostraba en su trato le hizo sentirse cómoda y, fingiendo algo de fastidio, contestó:

—A ver, don curiosidad, soy hija única, vivo con mis abuelos y trabajo en su taller de cerámica. Estudié Bellas Artes, y me gusta mucho lo que hago.

Marco sonrió complacido, y la llegada del camarero interrumpió la conversación personal.

Comentaron que olía de maravilla y seguro estaba todo delicioso. Tras apreciar el regalo a la vista y al olfato que acababa de llegar, dieron sus primeros mordiscos al bocata.

—Sé lo que estás pensando —dijo él.

—¿Ah sí?

—Que soy un calamar y te quiero atrapar con mis tentáculos, por eso muerdes el bocata con ganas de vengarte.

La seriedad, el dramatismo y la expresión en el rostro de Marco, motivaron la risa de Alessia. Enseguida, continuó:

»Pero si me permites pasear contigo el resto de la tarde, te demostraré que soy inofensivo.

—Lo siento. Me he propuesto visitar la Puerta de Alcalá y el Parque del Retiro, y es algo que tengo que hacer sola. Además, hicimos un trato, ¿recuerdas?

Él asintió con la cabeza, y manifestó:

—Tienes razón, pero lamento quedarme fuera porque es un plan fantástico.

Alessia quería desviar el tema, así que enfocó su mirada en la jarra de cerveza y se dejó llevar por el llamado del amarillo refrescante y su leve capa de escarcha. La agarró y bebió. Un gesto con el que mitigó el tiempo de pausa y el calor, y mientras paladeaba el amargor de su bebida, concluyó que el chico que tenía al frente era creativo, alegre, amable, respetuoso. Y se preguntó por qué había aparecido un día en el que tenía metas importantes que cumplir.

Enseguida, dio un nuevo mordisco a su bocata y dijo:

—Está delicioso, ¿verdad?

Él entendió que lo esquivaba, pero no se rindió e hizo un nuevo intento.

—Muy rico. ¿Sabes qué?, me gustaría darte mi número de móvil para que sigamos en contacto. He entendido que ahora no es el momento, pero, si te desocupas antes de mi regreso, será un placer volver a compartir contigo. También existe la posibilidad de que nos veamos en el futuro, cuando volvamos a Madrid, o quizás decida comprar un velero para navegar por el Mediterráneo. Y como no parece que estés dispuesta a darme el nombre de tu pueblo, atracaré en todos los puertos hasta encontrarte. Eso sí, arribaré hambriento y comeremos algo juntos para recordar este día y compensar mi osadía.

Alessia sonrió. Marco estaba un poco loco, pero era simpático y no había nada de malo en intercambiar sus números de teléfono, al final, podía contestarle o no, lo importante era que estaba dispuesto a dejarla en paz el resto del día. Y dijo con picardía:

—Me parece perfecto. Si dejas de ser tan pesado, es posible que nos veamos mañana.

—Mañana no creo porque estará aquí mi amigo y debemos de cumplir la misión que nos trajo hasta aquí, pero pasado mañana será un buen día.

—Ya ves, ambos tenemos algo inamovible en nuestra agenda. Estamos en Madrid para hacer algo tan importante que deja a todo lo demás en segundo plano.

—Así es. En nuestro caso, esperamos que sea bueno para alguien.

Habló convencido, su mirada brillaba y su expresión era la de quien se siente satisfecho y feliz. Alessia lo observó complacida. Le hubiera gustado saber de qué se trataba, pero no le preguntó. Si él no daba más detalles era porque no quería o no podía hacerlo y respetó su silencio, como quería que él hiciera con el suyo.

Tras un instante en el que comían callados, él introdujo un tema general.

—¿Te gusta viajar?

—Supongo, pero las veces que lo he hecho ha sido por razones que no tienen que ver con el placer o el conocer. La primera vez fue

cuando dejé Madrid y me sentía muy, muy triste. La segunda ahora, y es realmente gratificante.

Inmediatamente, Alessia cambió su tono, puso cara y voz de misterio, y continuó:

»¿Qué me dices de ti? Eres un agente encubierto que se dedica a recorrer el mundo para cumplir misiones con su amigo, y calcula las probabilidades de éxito gracias a la estadística, ¿cierto?

Marco rio, la observó complacido, y contestó:

—No exactamente, pero me has dado una buena idea para explorar un campo laboral poco explotado y, seguramente, bien remunerado. Investigaré al respecto, aunque me gusta dar clases en la universidad, es lo que siempre quise hacer.

Ella reaccionó divertida.

—¡Oh, oh! ¡Ahora entiendo varias cosas!

—¿Cuáles?

—Tus caras y gestos son típicos de los profesores simpáticos, y todos, sin excepción, preguntan mucho —rieron—. Ah, y ese instinto protector de querer ayudar por el que te acercaste a mí.

—Hum. Chica lista, que muy bien podría ser fiscal o periodista porque es detallista y saca conclusiones acertadas, sin embargo, halló su lugar y felicidad en el arte, la creatividad y el entorno familiar.

Ambos sonrieron y comieron en silencio durante un momento. Al fondo sonaba Bryan Adams con *Here I am*, y la cabeza de Marco se movía al ritmo de la música, lo que motivó que, Alessia, sacara a colación el tema musical. Se sentían tan bien que estiraron el tiempo degustando bartolillos recién elaborados, e hicieron una corta sobremesa en la que intercambiaron sus números de móvil. La despedida estuvo acompañada por la sonrisa que emana entre dos personas que se sienten complacidas de haberse conocido, y el deseo de volver a verse.

7

El abrazo del ayer

Alessia caminó despacio, quería disfrutar del entorno y se detuvo con la distancia suficiente para admirar, en su totalidad, la Puerta de Alcalá. Ante ella recordó que, por deseo o despiste del rey Carlos III, el robusto monumento tenía la particularidad de combinar dos diseños diferentes del arquitecto Francesco Sabatini, uno en cada fachada, y quiso detallarlos. Al hacerlo consideró que era difícil decidirse por uno de ellos, e infirió que no se trataba de un descuido, sino que lo había ordenado así.

Contenta con la deducción y en una especie de juego, se posicionó entre el arco central para apreciar las vistas de la calle Alcalá, la fuente de Cibeles y el edificio Metrópolis, y sonrió a la vida y a la oportunidad. No tenía recuerdos claros con su madre junto a la Puerta de Alcalá, pero sabía que habían estado allí y eso le bastaba. Además, cualquiera se sentiría feliz por tener el privilegio de conocer todo aquello.

Le dedicó un hasta luego contento, volteó y caminó hacia la entrada del Parque del Buen Retiro. Una vez en su interior, admiró el trabajo del hombre y la belleza de la naturaleza. Observó con calma, respiró profundo, se dejó llevar por el entorno, el sentir y el deseo, y dio nitidez a sus memorias. Se detuvo a la vera del estanque y halló en él el remanso de paz de su recuerdo. Había algo que quería hacer allí, y una sensación especial la embargó ante la visión de los barcos que navegaban entre sonrisas y entusiasmo.

Se dejó envolver por una emoción apacible y abrazante que se transformó en necesidad, y la impulsó a querer tomar uno de ellos para revivir una memorable aventura que la había hecho dichosa. Se

trataba de un paseo que jamás olvidó, en el que el bote y el lago eran el instrumento y escenario, para que el amor profundo navegara enlazado por la esencia de los sueños y las sonrisas en total complicidad.

Los rayos de sol proyectaban alegres diamantes sobre el agua, y el paso de los navegantes intensificaba su danza serena y alegre. Familias, parejas, amigos. Residentes y turistas, todos arrullados por la placidez y acogida gentil del bello paraje. Un paraíso de naturaleza en medio del concreto, donde la agitada vida hallaba esparcimiento y calma.

Sin dudarlo, se acercó al embarcadero y abordó uno de los botes. Nunca había remado, pero su motivación la impulsó, zarpó, y pronto tomó el ritmo.

Al llegar al punto donde creía que había sucedido, dejó de bogar para revivir momentos que quedaran registrados en dos viejas fotografías. En una de ellas, su madre estaba sentada de espalda a la popa de la barca, vestía pantalón vaquero y blusa de florecillas en tonos pastel, llevaba el cabello recogido y un sombrero. Su mirada y boca sonreían y transmitían la alegría que sentía su corazón, mientras que sus manos sostenían los remos. En la otra estaba ella, en el asiento de proa, lucía un sombrerito, una camiseta rosa de diseño infantil y un vaquero. Miraba a la cámara y abrazaba a la muñeca recién comprada, que aún conservaba.

Era un día de chicas, le había dicho su mamá. Al recordarlo se dio cuenta de que siempre compartían días de chicas, y sonrió al pensar que su madre ponía el toque que hacía especial cada momento juntas, y minimizaba interrogantes que quedaban sin respuesta.

Recordó que, allí mismo, le había preguntado por su padre.

—¿Por qué no tengo un papá?

—Claro que lo tienes. Lo que ocurre es que vive lejos, pero estoy ahorrando y lo vamos a visitar pronto.

—¿Dónde vive? —preguntó ilusionada.

—En un país muy bonito y con mucha historia, pero no tengo su dirección.

—¿Y cómo vamos a visitarlo?

—No te preocupes, cuando llegue el momento lo llamaré o le escribiré y nos la dará.

—¿Por qué no vamos ahora?

—Porque necesito ahorrar un poco más.

—¿Cómo se llama?

—Se llama como tú.

—Mamá, no se puede llamar Alessia, es un chico.

Lucía rio con orgullo y satisfacción ante el razonamiento de su niña que crecía. Sabía que tenía que contarle quién era su padre y decirle por qué no lo conocía; pero pensó que aún era pequeña para entender algunas cosas, y que tendrían tiempo para hablar; de manera que desvió la conversación.

Al recordarlo, se entristecía porque su madre se había ido con el secreto y nunca lo conocería, como tampoco las razones por las que, su padre, no estaba a su lado. Era consciente de la imposibilidad de hallarlo con lo que sabía, no obstante, mantenía un rayo lejano de esperanza.

En ese instante, se acordó de la leyenda que hallara en otra fotografía. Era un retrato del firmamento tomado bajo las ramas de dos árboles cubiertas de hojas verdes y jóvenes, el cielo que las cubría estaba vestido de gris oscuro, y hacia el horizonte destacaba una línea de luz radiante y blanca, que indicaba que el astro rey se encontraba oculto tras el marengo. En la parte de atrás de la imagen, Lucía había escrito:

> «La belleza persiste y busca la forma de manifestarse, incluso cuando la oscuridad se interpone».

Alessia estaba convencida de que era cierto porque hallaba belleza en la mayoría de las existencias, y entendía que lo sucedido había sido uno de los dolorosos aconteceres que se presentan durante nuestra estancia en la Tierra, de los que solemos salir airosos gracias al más hermoso y auténtico de los sentimientos: el amor. El que nos permite conocer el dolor y la dicha, y nos da el aliciente que necesitamos para seguir adelante a pesar de las adversidades. Al pensarlo, sonrió porque había vivido su duelo y

vadeado el sufrimiento, y hacía tiempo que se dedicaba a buscar y abrazar la felicidad.

A simple vista, el pequeño bote en el que se encontraba parecía tener una única tripulante, sin embargo, navegaba en compañía de su madre, de sus recuerdos, sus interrogantes. Escuchaba la risa que prevalecía en su memoria. La voz amorosa que le decía que no se inclinara por la borda, y ella la corregía:

—Se dice el borde, mamá.

Su observación fue recibida por una mirada reluciente y una sonrisa amorosa, que se tradujeron en la explicación de por qué se le decía borda y no borde.

Enseguida, revivió cuando su sombrerito voló lejos impulsado por el viento, entristeciendo su corazón de niña porque lo perdía y era igual al de su mamá. Lucía se percató de su pena, y le dijo:

—No te preocupes, tesoro, al terminar vamos a la tienda y te compro otro.

—Pero que sea igual al tuyo.

—¡Lo será, ya verás!

Cada remembranza era una caricia que le llegaba profundamente y añadía magia a lo vivido, hasta convertirlo en maravilloso. Era el paseo que más atesoraba, quizás por la conversación, por los detalles que prevalecían en su memoria… Tal vez porque había tenido lugar poco antes de la partida de Lucía.

Segundos después, recordó otra frase que su madre había escrito al dorso de una fotografía, en la que la había captado contemplando una hermosa rosa intensamente amarilla.

> «Cuando menos lo esperes, el camino te ofrecerá un presente que te contagiará con su lozanía y color, y te recordará que la vida te muestra la magia existente en su pequeña inmensidad».

Las dos últimas palabras eran contradictorias, pero recordó que, en algún momento, había concluido que su madre se refería a la inmensidad de lo cotidiano, y su corazón sonrió porque experimentó como la pequeña inmensidad de su paseo, la existencia de las fotos

tomadas años atrás, los escritos y sus vivencias atesoradas con amor, nutrían su alma y se transformaban en la guía y el abrazo que necesitaba, y que siempre hallaba al pensar en su mamá.

Miró al cielo a sabiendas de que su madre no era una de las estrellas que brillaban por la noche, como le habían dicho en algún momento; y que tampoco paseaba de nube en nube como, a veces, imaginaba al evocar los cuentos de su tierna infancia; pero quería contemplarlo porque se suponía que en ese infinito estaba el ser que más quería. Mientras lo hacía, concluyó que, ella, era la pequeña inmensidad que le había regalado la vida. La esencia y el amor que no morían porque residían en su alma y le hacían sentir la magia.

Sonrió y reconoció que solo a su lado había sido plenamente feliz, y únicamente lamentaba que, entonces, no le hubiera dicho qué había pasado con su padre. Divagó sobre la posibilidad de que él se alejara al saber que estaba embarazada, pero, si era así, carecía de sentido el propósito de visitarlo en el futuro.

Por más vueltas que le daba, la conclusión siempre era que el capítulo en el que se resumía la información sobre su progenitor, contenía una interrogante que se abría para todos los que creía que podían saber algo, le seguía su pregunta y se cerraba, pero la respuesta era siempre un espacio en blanco, de manera que decidió no elucubrar, sonrió al cielo, retomó los remos y continuó navegando entre reminiscencias y la gente que se mostraba animada y feliz, a la vez que se dejaba mecer por el grácil y suave balanceo del barco sobre el agua. Quería hacer que cada instante de su día contara y se convirtiera en memorable, y lo alimentó con entusiasmo, realidad y recuerdos.

Un rato después, el entorno arbolado trajo a su memoria la existencia del ahuehuete, más conocido como el Abuelo. El árbol valiente y fuerte, bajo cuya sombra merendara un día con su madre. Ella le contara que era un sobreviviente de la guerra, y como no recordaba de cuál, lo buscara y halló que se trataba de la de Independencia.

Se dirigió al embarcadero, entregó el bote y caminó pausadamente al encuentro del valeroso ejemplar. Le encantaba lo que sentía, crear

nuevas vivencias, experimentar diferentes sensaciones y añadir bagaje a sus aventuras. A sus recuerdos nítidos y a los ya desdibujados, a la vez que se dejaba embelesar por el precioso parterre.

En un instante pasaron por su mente tiempos de gloria, de crecimiento, riqueza, guerra y miseria. La reconstrucción había sido importante. La humanidad era quien edificaba y cuidaba, o destruía, y la naturaleza su mayor aliada tanto para lo uno como para lo otro. Sumergida entre reflexiones, divisó al gran ahuehuete que destacaba por su frondosidad, no en vano era el más anciano de los que crecieran en el parque.

Se le acercó entusiasmada y comprobó que su tronco era tan grueso como lo recordaba, y que las fuertes ramas, de forma curiosa, se mostraban complacidas porque de ellas brotaba el atractivo verde de la vida. Pensó en la pequeña Alessia; para ella el abuelo era un árbol heroico y enorme, bajo cuya sombra había hecho un divertido «picnic» con su madre, lo que le había convertido en el motivo de su visita actual, sin embargo, ahora advirtió que le hubiera encantado por su sola existencia, puesto que era majestuoso.

Tras un momento de embeleso y evocación del ayer, se dirigió al icónico Palacio de Cristal. Había pasado prácticamente desapercibido durante su infancia, en cambio, el legado fotográfico de su madre incluía un retrato que le llamaba la atención: era la postal de un bonito lago del que emergía un chorro de agua en vertical. Estaba rodeado por hermosos verdes y la curiosa edificación al fondo, adornada por radiante azul celeste. Una bella estampa que la invitó a volver para comprobar si le contaba algo personal. No lo halló, empero, recorrió la exhibición temporal de arte moderno que albergaba en su interior, e imaginó complacida el momento de su inauguración cuando, en 1887, albergara una exposición de plantas de Filipinas que lo había colmado de formas y colores tropicales.

Al salir, sonrió agradecida por la pasión que su madre sentía por el arte en sus diferentes expresiones, ya que gracias a ello contaba con las fotos que le ayudaban a conocer y a conocerla. A evocar hechos, lugares e incluso sentimientos. Y al analizarlas aprendió que una

imagen congelada contenía mucho más que la captura de un instante en el que la risa y la pose podían y solían ser fingidas, ya que en ella se retrataba una época con sus actitudes, cultura, costumbres, etc. Con estos pensamientos, se dirigió al lugar donde supuso que había sido tomada la imagen que la había llevado hasta allí. Quería observar, hacer su propia foto para el recuerdo y enviársela a la abuela.

Una vez la tomó, recordó que al abuelo le gustaban los vídeos espontáneos, sin poses ni imposturas, ya que captaban la esencia real de las personas, y ella estaba de acuerdo. Así lo aprendiera al ver el de su bautizo, en el que una sencilla reunión le mostró a su madre con vida y le permitió escucharla, contemplar su risa feliz y sus gestos amorosos; de manera que hizo uno del entorno y se grabó contándoles cómo se sentía, les dijo que los quería, y se lo envió a ambos.

Deseaba que supieran que era dichosa por lo que vivía y por tenerlos. Enseguida, con el alma sonriente y el corazón encantado, se percató de que los primeros destellos color naranja anunciaban la llegada del atardecer, y consideró que era la hora de emprender el camino de vuelta a casa de Carolina.

Mientras se dirigía a la salida del parque, experimentó la necesidad de regalarse un rato para entender y atesorar lo vivido. Y también para agradecer por tan hermoso día.

Un día pleno de emociones que fertilizaban el ayer y, a la vez, marcaban la creación de un nuevo capítulo en su vida, de manera que decidió enriquecerlo con un momento de reconocimiento a solas, en silencio y sin interrupciones. Tomó asiento en un banco y repasó experiencias y sensaciones.

Analizó los pequeños detalles y memorizó lo vivido al compás de la melodía del silencio. Lo hizo entre notas de amor eterno y abrazada por la luz y guía de Lucía, hasta que la pelota de un pequeño chocó con sus pies. Al devolvérsela, se percató de que el naranja había ganado intensidad y pronto se apagaría; entonces reparó en que le hubiera gustado detener el reloj para continuar retozando entre emociones y experiencias, pero era imposible, así que se levantó sonriente porque su día se coronaba con un espléndido atardecer, y

emprendió el camino pensando en saludar a las luces de la cuidad en su nuevo despertar.

No quería perderse la preciosidad del ocaso que aún persistía y teñía el paisaje con su acariciante luz, haciéndola incluso más cautivante a sus ojos, por ende, regresó a casa de Carolina en autobús. Se sentó junto a una ventanilla y dio rienda suelta a sus ojos para que la regocijaran con el entorno. El crepúsculo se fue apagando y la electricidad anunció la llegada de la noche, más su sentir risueño permaneció intacto, fertilizando el sublime amanecer que poetizaba.

La yaya esperaba ansiosa por conocer qué tal le había ido y la saludó feliz. Ella se solazaba entre lo vivido, y así se lo hizo saber.

—Hola yaya, ha sido un día extraordinario. Tal y como lo esperaba y necesitaba. Encontré, recordé, abracé, descubrí, y, sobre todo, sentí. Estoy muy feliz.

—Me alegra mucho. No sabes cuánto deseé que fuera así.

—¡Oh! Tengo que llamar a la abuela, porque para ella soy caperucita y el lobo feroz está en Madrid —rieron.

La llamó y le contó que le había ido muy bien. Era cierto. Había puesto vida y color a sus memorias y se había reencontrado con la magia, por eso tenía la grata sensación que se presenta cuando el alma y el corazón conjugan dicha y paz, y todo es grandioso. La abuela hablaba, no obstante, sin propiciarlo conscientemente, ella no escuchaba.

Finalmente, una pregunta, repetida dos veces, la trasladó al momento real.

—Alessia, ¿estás ahí?, ¿qué vas a hacer mañana?

—Oh, sí, sí, abuela. Aún no lo sé. Seguramente saldré con Carolina, pero acabo de llegar.

—Me parece perfecto que te acompañe.

—Ya verás, cuando vuelva os contaré muchas cosas y la próxima vez vendremos las dos o los tres.

—Excelente, me quedo con que pasaste un gran día. ¿Has comido?

—Sí, un delicioso bocata de calamares, aunque ya tengo hambre y aquí huele muy bien, seguro que mi yaya preparó algo rico, no te

preocupes.

—Vale, entonces hablamos mañana y espero tu regreso con ansia, entre otras cosas, para que me cuentes.

—Prometido. Os quiero.

—Y nosotros a ti, cielo. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Carolina la abordó tan pronto terminó la llamada, y la escuchó con atención y sin interrumpir mientras que, ella, le describía su día con emoción. Sin embargo, guardó para sí el sentimiento infinito que la desbordó en determinados momentos. No supo si lo hizo porque le resultaba imposible contagiar, expresar y transmitir algo tan personal, tan único. Algo tan maravilloso. O si quería que fuera solo suyo.

Y, como no deseaba ser abrumada con preguntas que alteraran la paz reparadora y serena que había hallado, obvió mencionar a Marco.

El corazón de la yaya sonreía con ternura y satisfacción, y su rostro lo mostraba. Estaba sentada a su lado en el sillón, encantada al saber que todo le había salido bien a su pequeña, ya que verla feliz era lo que más había deseado ante las numerosas dudas e interrogantes que se le habían presentado, tras el fallecimiento de Lucía.

Cuando Alessia guardó silencio le dio un abrazo efusivo, a la vez que imaginó el regocijo del ángel que la cuidaba, guiaba y acompañaba desde el más allá.

El sonido de su teléfono móvil interrumpió el abrazo y los pensamientos. Contestó y escuchó la voz de Jorge, quien quería saber si, Alessia, había llegado.

Tras finalizar la llamada, Carolina dijo, seria:

—Ha aparecido tu padre. Tantos años preguntándonos quién podría ser y lo tenía delante de mis narices.

Alessia estaba a punto de emocionarse, pero conocía las bromas de su yaya, y preguntó dudosa:

—¿Lo dices en serio? ¿Sabes quién es?

—Mi marido.

—¡Oh, vamos!, no juegues con eso.

Aunque creía que encontrar a su padre era misión imposible, no pudo evitar una ligera decepción que, Carolina, percibió y le hizo darse cuenta de que había metido la pata, de manera que intentó aligerar la situación.

—Pues acaba de llamar para saber si llegaste, por algo será, ¿no? Además, te pareces mucho a mí.

Alessia la miraba, sonrió, hizo un gesto de negación con la cabeza, y dijo burlona:

—Sí, sí, somos idénticas. Soy hija de Jorge, pero me parezco a ti —ambas rieron—. Si él fuera mi padre no habría tenido que irme.

—¡Qué distinta hubiera sido la vida! Y yo tendría un perro y un gato.

Alessia no aguantó la risa.

—¿Nos estas llamando perro y gato?

Carolina soltó una carcajada.

—Algo pelearíais, estoy segura. Lo dije porque de pequeña me preguntabas por qué no tenía un perro y un gato y, claro, al ser mi niña consentida te hubiera complacido.

—No lo recuerdo, pero en mi mente están momentos en los que te ayudaba a crear tus prendas de bisutería y, a veces, te acompañaba a entregarlas.

La yaya sonrió con satisfacción, se levantó del sillón, la tomó de la mano y le dijo:

—Juntas éramos un gran equipo, y no sabes lo feliz que me haces con tu presencia y estos recuerdos. Ven, vamos a cenar y seguimos; me encanta ver como el ayer que nos llenó de vida se vuelve «presente» al despertarlo.

Se regalaron una mirada dulce y amorosa, y caminaron hacia la cocina.

—¿Qué has preparado?

—Tu segundo plato favorito: lasaña con bechamel entre las capas y queso.

—¡Oh! ¡Eso merece una recompensa! Veré cuál.

Sus voces se unieron en una nueva carcajada y sus corazones se miraron en complicidad.

Durante la cena conversaron sobre momentos compartidos entre y con las pulseras y collares multicolores que creaban juntas, y modelaban con entusiasmo. Revivieron viejos momentos en los que, Carolina, trabajaba para cumplir los compromisos con sus clientes, mientras que ella se encargaba de complementar sus vestuarios, el de su madre, sus muñecas, y amigas del colegio.

Al terminar, Alessia se dio una ducha relajante y se sentó sobre la cama, recostada en el cabezal y con las piernas encogidas para poder apoyar el diario que había comprado, y lo estrenó. Sabía que su cerebro guardaría las emociones, pero que los detalles podían escapársele y eran muy importantes para avivarlas con intensidad, así que, además de contar con las imágenes visuales registradas en la cámara de su teléfono, dejó constancia por escrito en el sustituto de sus cuadernos.

Una vez más, el vocabulario que conocía le resultó insuficiente para plasmar lo sentido. Recordaba haberle escuchado a alguien que un buen escritor siempre encontraba cómo describir lo que quería, y pensó que ella no lo era porque los sentimientos siempre le resultaban más profundos que las palabras. Empero, sabía por experiencia que las anotaciones, la memoria y el corazón se convertirían en aliados al leer, y viajaría cuantas veces quisiera al momento tan importante como efímero e indeleble que estaba viviendo.

Leyó su crónica e hizo pequeñas notas en los márgenes, con algunas puntualizaciones que se le habían escapado. Al terminar la releyó y comprobó que cada momento importante del día estaba allí, incluido lo compartido con Marco. Pensó que conocerlo había sido la sorpresa inesperada que surge en todo plan y, sin proponérselo, remarcó suave y lentamente su nombre mientras experimentaba una especie de alegría nostálgica, porque el encuentro con aquel chico gentil de mirada transparente y sonrisa pícara y franca, podía ser tan fugaz como el humo de un café en invierno.

Cerró a su confidente, lo colocó sobre la mesita de noche, cambió de posición y se durmió arropada por el amor y colmada por la dicha de estar viviendo su anhelado sueño.

Eran las nueve cuando la despertó el sonido del teléfono. Había planificado levantarse temprano para aprovechar sus días al máximo, pero su cuerpo necesitaba un descanso y se lo tomó sin avisar.

—Hola abuelita, no te he llamado porque me acabas de despertar —dijo al contestar.

—Qué raro que hayas dormido tanto. ¿Estás bien?

—Sí, claro. Muy bien, a lo mejor por eso he dormido tanto.

—Yo creo que es porque te hacía falta para recuperarte del estrés que has vivido estos días. Has pasado por muchas emociones y roto con la rutina.

—Tienes razón, aunque quizás sea la suma de todo.

Ambas sonrieron internamente, porque complementarse en sus opiniones les resultaba una especie de juego ganar, ganar, que disfrutaban en complicidad.

—Alessia, cariño, ¿a dónde irás hoy, vas con Carolina?

—No lo sé, abuelita. Ahora le pregunto qué quiere hacer.

—Muy bien, me quedo tranquila al saber que vas con ella. Manda fotos y me dices dónde estáis.

—De acuerdo. La voy a sorprender cuando se lo diga.

—Estoy segura de que se contenta. Aunque pensé que podrías cambiar de idea para visitar otros sitios que recuerdes.

—Lo haré otro día, hoy quiero compartir con ella porque es muy buena conmigo.

—Me complace que así sea. Que os divirtáis.

Enseguida, la abuela añadió con preocupación:

»Volverás en la fecha prevista, ¿verdad?

Alessia notó su inquietud, y le confirmó:

—No te preocupes. Esto me gusta mucho, pero no me he planteado vivir aquí. Regresaré pronto, ya verás.

Alessia recordó que en algún momento se había dejado tentar por esa posibilidad, y empatizó con el sentir de su abuela. Madrid la invitaba a quedarse con más fuerza de lo que había imaginado, aun así, el tono de su voz y su respuesta resultaron convincentes.

—Menos mal —aliviada, bromeó—: Por cierto, estoy muy celosa de Carolina —ambas rieron.

—Eso me encanta.

La frase de Alessia mezcló amor y mimo. Y se despidieron.

Antes de dejar el teléfono móvil revisó el chat, y se topó con dos mensajes de Marco que motivaron su contento. En el primero le daba las buenas noches, y en el segundo los buenos días. Ambos estaban acompañados por una carita acorde al momento: una dormilona y otra muy despierta y sonriente.

Le devolvió los buenos días y pensó en esperar a ver si recibía respuesta, pero Carolina, que la había escuchado terminar su conversación, le tocó la puerta para decirle que el desayuno se enfriaba.

Cuando llegó a la cocina recibió otra alegría. Sobre la mesa había una taza de chocolate y un plato con churros, todo recién hecho por su yaya, incluida la masa de los churros. Desconocía su secreto, pero consideraba que nadie preparaba aquella deliciosa combinación como ella, y se lo agradeció con un abrazo efusivo.

—No me habías dicho que te apetecía tanto comerlos.

—Nunca te lo conté, pero uno de mis recuerdos especiales en esta casa incluye el olor a churros con chocolate, y tú y yo preparándolos. Más tú que yo, claro.

—¡Qué bonito! Aunque… ¡Yo siempre de cocinera, ¿eh?!, imagino que me veías como un plato de comida ambulante.

Ambas rieron y, la yaya, añadió:

»Me hacía feliz hacerlos contigo y para ti, aunque sucedía algo raro porque siempre imaginaba que los devorarías con gusto, pero los comías muy despacio.

—Es lo que hago con todo lo que está muy rico, así lo saboreo por más tiempo. Sabes qué, uno de estos días los vamos a preparar para aprender cuál es el secreto.

Carolina la miró con amor y una sonrisa.

—Querer mucho a la invitada, ese es el toque especial, así te sientes feliz al prepararlos y te deleitas al verla comer.

—Hay algo más, estoy segura. Yo me quiero mucho y no me quedan así —rieron—. ¿A dónde me vas a llevar hoy?

Carolina se sorprendió.

—¡¿Voy a ir contigo?!

—Sí. Es sábado y quiero que lo compartamos para recordarte cada vez que se inicie un fin de semana.

—¡Qué bonito! Eres un ángel. ¿Qué te gustaría hacer?

—Quiero ir a Segovia, Toledo, Aranjuez…

—Para, para —la interrumpió—. Por la hora, lo mejor será que vayamos hasta Aranjuez o paseemos por la ciudad.

—Hum, vale, entonces paseamos por la ciudad. ¿Estás de acuerdo?

—Perfecto. ¿A dónde quieres ir?

—Me falta mucho por recorrer, ¿qué te parece si caminamos por Sol, la Plaza Mayor y alrededores?

Desbordante de emoción, Carolina dijo:

—¡Muy bien! ¡Apúrate!

La yaya estaba tan contenta como un niño con juguete nuevo, pero, Alessia, quería curucutear en el pasado mientras paladeaba cada bocado de su desayuno.

—¡Qué rico está esto! Como ya sabemos qué vamos a hacer, dame un minuto de silencio para evocar mi infancia, y a la vez memorizo este fantástico momento. ¡Ah, y de paso te doy tu estrella «Alessín» y tu sol «Alessol»!

Carolina soltó una carcajada.

—¡Anda, zalamera!

—Es verdad, todo lo que haces es delicioso.

La yaya le hizo un guiño sonriente y pícaro.

—Lo que quieres es que mañana te los haga otra vez.

—No es necesario, pero, si quieres, por mí encantada.

—Claro que quiero, me siento feliz contigo aquí. Y no porque me des estrellas y soles por mis comidas.

Alessia apreció la ternura y el cariño en el tono de voz y la mirada de su yaya. Y dijo contenta:

—¿O sea que te gustó la sorpresa?

—Me encantó. Y me hace muy feliz ver que sigues siendo aquella niña noble y de gran corazón que compartía sus tardes y vacaciones conmigo.

Carolina expresó lo que sentía profundamente y, Alessia, le sonrió con agradecimiento y dulzura mientras pensaba que el tiempo había

transcurrido, ambas habían cambiado y las circunstancias también, pero el amor y la complicidad del ayer se mantenían en sus corazones porque habían crecido entre autenticidad, confianza, cuidado, y dedicación.

Alessia se olvidó del silencio que le había pedido para saborear su desayuno, y dijo con afecto sincero:

—Gracias, yaya. Quería venir para dar vida al ayer y suavizar la algidez de los últimos momentos. Necesitaba poner un destello de luz a lo vivido para matizar los días grises y gélidos que llegaron de repente. Aquel final que pretendíais suavizar cuando os convertisteis en ángeles y entonabais la composición que dirigía mamá. La melodía de amor y cuidados que no lograba su objetivo porque se topaba con la profunda soledad en que me había sumergido la pérdida. Aquel cosmos desgarrador en el que me sentía desvalida, temerosa, vacía y con infinitos deseos de llorar y volver a estar con mamá. Para colmo, dos de esos ángeles me llevaron lejos y volví a perder: perdí mi seguridad, a ti, a mi pequeño mundo.

Carolina posó la taza de chocolate que tenía en la mano, la miró con tristeza y dijo con sentimiento real:

—Fue muy duro, cariño. No sabes lo mucho que me hubiera gustado evitarte ese sufrimiento.

Ella sonrió dulcemente y asintió con la cabeza al decir:

—Lo sé, y por eso vine a tu casa sin avisarte. Sabía que sería bien recibida y, antes de que se me olvide, quiero darte las gracias por regalarme a mis confidentes.

—¿A tus confidentes?

—Sí. A falta de la confianza que hubiera hecho más fácil la convivencia con los abuelos, cuando necesitaba hablar volcaba mi amor y mi dolor en los cuadernos que me regalaste, y que hoy abrazo. Con el tiempo registré destellos bonitos que añoraba, y cuando necesité nuevas libretas incluí mis tardes contigo, tus comidas ricas, tu cariño, e incluso algunas de las payasadas que me hacían reír.

Carolina la miró con ternura infinita.

—¿No me digas que escribiste algo sobre las tonterías que hacía para que te rieras?

Alessia sonrió.

—Era una niña obediente. Me habías dicho que anotara mis momentos con mamá, y lo tomé en serio. En realidad, lo de las tonterías lo tengo en la mente.

—¡Ah, menos mal! Hacía el ridículo total, pero hallaba la dicha al verte reír a carcajadas con cosas tan simples.

Ambas se sonrieron cariñosamente. Después, Alessia dijo:

—Lo único que no me gustaba, aunque confieso que también lo eché de menos, era cuando me llevabas a la piscina y quería chapotear contigo en el agua, pero te negabas a salir de la sombrilla.

Con cara de circunstancia, Carolina matizó:

—Alguna vez me metía contigo, pero querías estar siempre bañándote y tu energía era muy superior a mi resistencia.

Alessia sonrió con picardía.

—Te estoy vacilando, yaya. Recuerdo perfectamente que jugabas conmigo, pero me divierte ver las caras que pones cuando te fastidio.

—Ah, pillina, me quieres hacer sentir mal —bromeó.

—Un poco.

Carolina sabía que no lo decía en serio, y los ojos de ambas se encontraron en una mirada pícara, sonriente y silenciosa, que fue interrumpida por el crujir del último trozo de churro que, Alessia, paladeó. Luego añadió:

»¿Cómo voy a querer que se sienta mal alguien que me quiere y me consiente como lo haces tú?

Una nueva mirada lo dijo todo. Se levantaron, y cada una se dirigió a su habitación para prepararse.

Alessia, sin embargo, tomó el teléfono móvil de la mesita de noche para ver si tenía mensajes. En realidad, buscaba uno que halló y abrió de inmediato.

Era de Marco, y le decía que su amigo, Giancarlo, y él estaban listos para cumplir su misión secreta.

Sonriente, pensó: «Bendita misión, ¿es realmente secreta o me está vacilando? En todo caso, hará feliz a alguien, aunque sea a ellos mismos».

8

Inesperada misión secreta

Alessia consideró que un halo de misterio envolvía a la misión que ocupaba a Marco y a su amigo. Sonrió porque alguien sería feliz cuando la cumplieran y pensó en que ya le contaría de qué se trataba, o no. En todo caso, acababa de conocerlo y no tenía que inmiscuirse en sus asuntos, así que no le volvería a preguntar. Con la misma sonrisa con que había leído el mensaje en el que le decía que estaban listos para cumplirla, les deseó:

«¡Mucha suerte! Ojalá que todo salga como esperáis».

Marco estaba en línea y contestó inmediatamente.

«Confiamos en que sí. ¿Qué harás tú?»

«Visitar la Puerta del Sol y su entorno, con Carolina».

«Excelente. Pasadlo bien. Lo de nosotros es algo incierto, puede ser corto o largo, un éxito o un fracaso. Te contaré».

«Será un éxito, y os ganéis el "Investigador del Año" de la Asociación Mundial de Detectives"».

Marco le devolvió dos emoticonos: una carita contenta y otra riendo, y añadió:

«No sabía que existía, pero si me lo dan te mencionaré en el agradecimiento».

Ella le devolvió dos caritas riendo, y escribió:

«Ni yo, lo acabo de buscar».

Luego puso una mano diciendo adiós. Él rio y repitió la mano en señal de despedida.

Tras cerrar la aplicación, metió el teléfono en el bolso y entró al baño. Se sentía feliz e ilusionada, lista para vivir una nueva aventura en la gran ciudad y, para ello, eligió un bonito vestido primaveral,

estampado en turquesa y blanco, al que acompañó con zapatillas deportivas, para caminar cómodamente. Dejó el cabello al viento, delineó sus ojos y se pintó los labios en rosa.

Carolina tardó unos minutos y apareció con un vestido de suave color esperanza y florecillas lila, que resaltaba su elegancia natural. Se mostraba pletórica de orgullo y contento por la compañía y por el día maravilloso e inesperado.

Alessia sonrió ampliamente al verla.

—¡Pero que guapa te has puesto!

Carolina, feliz por su reacción, bromeó:

—Tenemos que repartirnos las miradas, no pueden ser todas para ti.

—Pues me temo que no recibiré ninguna.

Ambas rieron y, la yaya, dijo:

—Vámonos. Estoy ansiosa por pasear contigo.

La tibieza estacional se había presentado, empero, la mañana requería el uso de chaqueta, las agarraron y salieron felices. Al cruzar el portal, Carolina se enganchó del brazo de Alessia y caminaron bajo la tenue luz solar que se abría paso entre nubes mañaneras, reticentes a retirarse.

Esta vez, quizás por la ausencia del fulgor dorado, Alessia percibió con mayor intensidad la muestra del envejecimiento en las fachadas de los edificios, en los adoquines y el pavimento de las calles. Notó también que, incluso con sus ganas y elegancia, la yaya carecía de la agilidad que le recordaba para caminar, se teñía el cabello, y su rostro mostraba las condecoraciones del inexorable paso del tiempo. El emocionado abrazo de bienvenida, aderezado por las ganas de verse y los hermosos recuerdos, daba paso la realidad que evidenciaba que el esplendor del ayer tan solo residía en sus corazones.

No estaba dispuesta a ponerse triste, de manera que concluyó que el amor, el momento y la compañía eran todo lo que necesitaba para ser feliz. Apretó el brazo de su yaya y caminó con ilusión.

Carolina estaba en su entorno diario, lo cual le permitía disfrutar, sin más, de la dicha que sentía porque los años habían convertido a su pequeña en una chica adorable que le regalaba vivencias

maravillosas. Ella era la novedad, la alegría. El regalo que alteraba su rutina y alimentaba sus ganas y risas. Y, aunque echaba de menos a la niña charlatana, preguntona y ocurrente de otro tiempo, le encantaba la joven dulce y decidida a buscar. A encontrar. Y se sentía plenamente complacida porque caminaba a su lado, la valoraba y le demostraba que la quería.

Al pensarlo, agradeció que los abuelos les hubieran permitido estar en contacto y alimentar lo que las unía porque, Alessia, era para ella mucho más que una pequeña a la que había cuidado. Había sido el insospechado rayo de luz que la sacara de la oscuridad, cuando se enteró de que la biología nunca le permitiría ser madre.

Ese era su más anhelado sueño, y la frustración ante la imposibilidad de realizarlo se transformó en una infinita tristeza que menguó con la presencia de la chiquilla, cuya ternura era el manantial de amor que la fertilizaba con ganas de ser y hacer cada día. Un sentimiento que incrementó al fallecer Lucía y verla desvalida, frágil y confundida entre la ausencia y la soledad.

Los pensamientos de ambas duraron instantes porque, inquieta y conversadora como siempre, Carolina dijo:

—No me has contado si sales con algún chico.

—Ahora mismo, no.

—No, claro, ahora estás conmigo —bromeó, y rieron.

—Ay, yaya. Te digo la verdad, soy una persona seria.

—¿Insinúas que yo no soy seria? Soy muy formal.

—Formal, sí. Seria…, no mucho. Me recuerdas a la premisa de Heráclito, pero al revés porque la constante es el cambio, pero tú no cambias.

Carolina se hizo la interesante.

—Uy, uy, uy, ese Heráclito… ¡Me gusta el nombre de tu novio griego!

Alessia carcajeó, y la siguió con alegría.

—¡Es una pena que no te lo pueda presentar!

—¡Ni quiero! Más de dos mil quinientos años son muchos.

—¡Que bueno, yaya! Estás muy enterada de los últimos aconteceres de la farándula —ambas rieron.

—No te me vayas por las ramas que el tal Heráclito no te sirve para desviar el tema. ¿Hay alguien o no hay nadie?

—En realidad no, pero a lo mejor sí. Aunque, quién sabe, y hasta es probable que te lo presente.

Estaban a la puerta de la estación y la yaya se plantó.

—¿Qué has dicho?, necesito que lo repitas.

—Más tarde, yaya, recuerda que tenías prisa.

—Sí, pero para pasear contigo y ya lo estoy haciendo.

—Solo dije una tontería. ¿Vamos?

—Sabes qué, no te creo, pero vamos.

Alessia rio con picardía, no era el momento ni el lugar para explicarle que había conocido a Marco y le agradaba. Entraron en la estación, compró su boleto y se apuraron para abordar el tren. Poco después, ya sentadas en un vagón del metro, Carolina la miró interrogante y retomó el tema.

—Entonces, ¿viniste acompañada o lo que me has dicho es un trabalenguas para marearme y que deje de preguntar?

Alessia le aclaró:

—Vine sola. Se trata de alguien a quien conocí ayer y, a lo mejor, podré presentártelo.

—¡Oh! Tenías que haberme avisado para ponerme guapa.

—Ya estás guapa. Además, no te preocupes, no será hoy.

Carolina puso cara de decepción.

—Vaya, es una lástima. ¿Dónde lo conociste?

—En el Museo del Prado.

—Ah. Un chico culto. Solo falta que estuviera de viaje de estudios. ¿Cuántos años tiene y qué hace?

—Le calculo unos veintitantos y es matemático.

—¿Lo comprobaste?

—Ay, yaya, ¿cómo lo iba a comprobar?

—Preguntándole qué opina de la serie de Fibonacci.

—¡Oh! No se me ocurrió. Si lo vuelvo a ver lo haré, aunque ahora parece que la matemática eres tú.

Carolina rio, y dijo:

—Supe que existía hace un rato, mientras escuchaba la radio, pero no me preguntes en qué consiste porque no me enteré. Tú ocúpate

de comprobar que el chico no sea uno de tantos disfraces que hay en circulación.

Alessia sonrió por el término empleado, aunque reconoció que tenía razón. Carolina añadió:

»Más tarde volvemos con el tema. Ahora dime qué quieres comer.

—Escoge tú. Eres la que conoce.

—¿Qué te parece un bocata de longaniza con remolacha y salsa inglesa?

Alessia la miró incrédula, pero decidida a no probar tan extraña combinación.

—Dejaré que disfrutes de esa exquisitez otro día en el que yo no esté.

—Vaya. No sabes lo que te pierdes.

—Seguro —afirmó con picardía—. Ahora ofréceme algo que me guste. Tú me conoces.

—Vale, te hago otra propuesta: un rico cocido madrileño. Nos sentamos en un restaurant y lo saboreamos con calma mientras charlamos, reponemos energía y tomamos un descanso. Ya no soy tan joven y lo necesitaré.

—Claro, no lo había pensado. Haremos lo que digas y necesites, hoy mandas tú. ¡Ah!, y recordaremos este día como el de las comilonas y los descansos —rieron.

—¿Entonces, un buen cocido?

—Excelente, ya lo estoy saboreando.

Salieron del metro en la Puerta del Sol y, Carolina, se enganchó nuevamente del brazo de Alessia. Quería regocijarse entre su cercanía y calor, a la vez que le regalaba su amor y charlaba nerviosa y emocionada.

Durante un instante de silencio, Alessia experimento una sensación conocida que la llevó al encuentro con vestigios de antaño, pero fue interrumpida por la voz de Carolina, de manera que decidió que volvería otro día en solitario. Después recordó que el abuelo le había narrado la historia del reloj que daba las campanadas en fin de año, y le pidió a la yaya que le hiciera una fotografía con la Casa de Correos a su espalda, para mandársela. Esperaba que al recibirla se acordara del momento que habían compartido, y sonrió porque le

gustaba escuchar con atención las historias reales que el abuelo convertía en cuentos interesantes. Posó con la sonrisa de cariño que le motivaba el fortachón que la había querido «asfixiar», pero también le obsequiara una rica galleta. Comprobó que el amigo que anunciaba la llegada del año nuevo se veía, y se la envió.

Luego, le pidió a un caballero solitario que pasaba por allí, que les tomara una foto a ella y a Carolina. Quería dejar y tener recuerdos más allá de los que permanecerían en los corazones y la memoria de ambas. Sin saberlo, aquel desconocido captó en una pose entrelazada y dos rostros radiantes, la expresión de la dicha y la complicidad que certificaban que cuando el amor es verdadero y se alimenta, resiste al devenir.

Compartió la imagen con la abuela, tal y como habían quedado. También a ella quería hacerla feliz porque sabía que, aunque muchas veces los detalles pasaban aparentemente inadvertidos, siempre eran importantes y sumaban.

—Yo también la quiero, no me dejes fuera —escuchó.

—¡Claro!, ¡¿cómo hacerlo si eres mi protagonista?!

Rieron y continuaron su camino. Pasearon divertidas, entraron en una tienda y compraron un obsequio, para cada una. Un presente que, junto a las imágenes y la memoria, les recordaría el emotivo encuentro durante años.

Su andar las llevó hacia la Plaza Mayor. Tomaron asiento en una de las terrazas y, Alessia, contempló el entorno. Se sentía como si formara parte de una película cuyo guion había leído, pero el director cambiaba durante la filmación para premiarla con gratas sorpresas. Imaginó que hacía de turista y vivía entre el placer de lo conocido y la aventura, porque estaba en su viejo mundo y a la vez todo le resultaba tan novedoso y especial, que la dicha iba más allá de los recuerdos y llenaba su realidad.

Carolina quería brindarle una estancia memorable y se esforzaba por hacerla reír, por ver su mirada brillar de emoción, de felicidad, a la vez que se consideraba afortunada por tenerla a su lado. Porque aportaba a su vida una luz tan intensa como la del día que ya se había despejado totalmente, e irradiaba todo su esplendor sobre el amplio espacio de la icónica plaza.

Alessia la miró y, al percibir su dicha, concluyó que su anhelada búsqueda era, además, un preciado tesoro para el alma y el corazón de ambas.

Un camarero se acercaba a su mesa, Carolina se dio cuenta y le dijo con picardía:

—Como es mi día, ¿qué tal si elegimos vermut rosado acompañado de queso manchego, queso azul y almendras?, pero pedimos lo que tú quieras.

Con su bonita sonrisa, Alessia giró el cuello a la vez que levantó la cabeza y se dirigió al hombre mayor que se había detenido entre las dos. Respondió al saludo de él y repitió la orden.

—Verás que te va a gustar la combinación. Además de que me viene bien esta parada, se nota que he pasado los treinta.

Se miraron con cariño jovial.

—¡Tantos! Te imaginaba de veintiocho. Menos mal que la diferencia de edad no impide que lo pasemos bien juntas.

—¿Solo bien? ¡Yo diría que de maravilla!

—¡Es verdad! Cuando vuelva el camarero le pido que nos haga el favor de inmortalizar este gran momento.

—Eso me encanta. Las quiero todas.

Alessia sacó su teléfono de la cartera, y al hacerlo observó que tenía varios mensajes. Abrió primero el de su abuela, quien le decía que estaba emocionada porque era feliz y la hacía partícipe de su dicha. Enseguida, escuchó el audio del abuelo, quien le daba las gracias por la foto, y le preguntaba si recordaba la historia que le había contado. Ella contestó a ambos con dos emoticonos: una carita sonrojada con corazones, y un abrazo.

Los demás eran de sus amigos y los dejó para cuando estuviera sola, porque quería disfrutar de la compañía.

—Me hiciste mucha falta, yaya.

—Y tú a mí, cielo. Me dio mucha tristeza cuando te llevaron lejos; quedé preocupada por cómo te sentirías y cómo te tratarían, porque ignoraba la razón, pero sabía que tus abuelos y tu madre estaban distanciados. A ella la conocía y era simpática, trabajadora, luchadora y muy buena persona, de manera que tenía mis recelos sobre ellos. Sin embargo, hoy me siento muy complacida porque

eres excelente y eso demuestra que te merecían, te han querido y tratado bien. Y sé que Lucía estará feliz, sobre todo porque sin tu naturaleza no hubiera sido posible.

Cerró sus palabras con un guiño y una sonrisa. Alessia entendió lo que escuchó, pero disimuló preguntando en tono vivaracho y con cara de pícara.

—¿Soy porque son? ¿Son porque soy?, si no fuera no sería. Ahora la confundida soy yo.

Carolina bromeó con agudeza y cariño.

—Me entendiste perfectamente. La lengua no se me traba, sobre todo porque ni siquiera ha llegado el vermut, pero no quieres darte por aludida porque eres una criatura rarita y sagaz.

Con cara y tono de asombro, fingidos, Alessia dijo:

—¡Oh! Eso no se parece a lo que me dijiste antes.

Ambas compartieron risas que interrumpió el caballero que traía sus bebidas, quesos y almendras, además de unas aceitunas, obsequio de la casa, que pusieron el toque refrescante e hicieron la combinación interesante.

Carolina tomó su vaso, extendió la mano, la miró a los ojos con amor y orgullo, e hizo un brindis.

—Por la vida. Por el momento en que llegaste a mí y por este ahora que compartimos.

Alessia añadió:

—Por ti y por la gente como tú. Ángeles que regalan amor y paz, y reconfortan y alientan con su existencia.

Chocaron los vasos y bebieron un sorbo dulcificado con el sentir del momento.

—¿Qué recuerdas de aquí?

—¿De esta plaza?, solo que he estado alguna vez.

—Entonces, quiero que cuando seas viejita y yo no esté, acaricies este momento al evocar tus bellos recuerdos.

—Falta mucho para eso, pero así será.

Las palabras de Alessia estuvieron acompañadas de ternura y un deje de tristeza, de manera que su acompañante tomó cartas en el asunto.

—¡Claro que falta mucho! Así que háblame del pintor.

—¿Qué pintor?

—El que conociste en el museo.

Alessia sonrió, no sabía si su yaya de verdad estaba confundida o lo hacía para meterse con ella, y dijo:

—No es pintor. Es matemático y da clases de estadística.

—Ah, es verdad, pero sin comprobar. Eso implica que aún puedo tener razón y pinta, da igual lo que sea.

Carolina sonrió con picardía. Alessia lo hizo con rendición.

—Siempre. Siempre puedes tener razón.

Sonriente y dichosa, Carolina inquirió curiosa:

—Entonces, ¿quién es el artista que pinta números y llamó la atención de mi pequeña?

—Se llama Marco.

Alessia matizó sus palabras con la sonrisa de la resignación. Sabía que su yaya la estaba fastidiando, e hizo una pausa para beber un trago de vermut y dar un mordisco al queso que sostenía con la mano izquierda.

Carolina, con su acostumbrada premura y vivacidad, puso fin al mutismo.

—Vale, como tú guardas silencio, infiero que ese tal Mario es un galán y te cautivó —Alessia rio.

—Es Marco. Lo conocí porque se acercó a mí cuando estaba en el Museo del Prado. Vive en Lisboa, su madre es portuguesa y su padre español.

—Y hace turismo en Madrid —completó Carolina.

—Además de cumplir una misión muy importante.

—¡Por supuesto, conocerte a ti!

Alessia sonrió y negó con la cabeza. Tomó un nuevo trago de vermut y cogió dos aceitunas.

—Eres incorregible, yaya. No te lo discuto porque sé que es imposible convencerte de lo contrario. Sin embargo, su misión real es otra que no me develó porque es secreta y está relacionada con un amigo.

Pensativa, la yaya comentó:

—Un poco extraño, ¿no? ¿Te hizo preguntas personales?

—Algunas, pero evadí las comprometedoras. Comimos juntos y hablamos de música y temas por el estilo.

—¡Comisteis juntos! O sea que resultó un día muy interesante del que solo me contaste la parte de tu madre.

—Es que fue la mejor. La más importante, entrañable y por la que estoy aquí.

—Tienes toda la razón.

Carolina tomó una almendra, la comió, y continuó:

»Hum, están muy buenas… Sabes, yo también tengo una sorpresa para ti.

—¡Ah, sí!, ¿cuál?

—¿Y estropearla? Únicamente te puedo adelantar que te alegrará tanto como Mario.

—Marco.

—Eso. Aunque no sé por qué no le llamamos Mario, solo cambia una letra y ya lo tengo aprendido.

Carolina se encogió de hombros y, Alessia, rio por la ocurrencia. Luego comentó:

—Intuyo que la sorpresa es una persona, ¿puedo saber de quién se trata?

—¡Umm! Me temo que como están de moda las misiones —le hizo un guiño—, y la mía es poneros en contacto. Lo descubrirás al llegar al restaurante.

—¡Madre mía, otra que trabaja para la CIA, menos mal que no tengo nada que ocultar! Por cierto, deberíamos de reservar, es sábado.

—Ya lo hice mientras te preparabas en casa.

La respuesta de Carolina estuvo acompañada de un guiño alegre.

—Ajá, ¿y si hubiera elegido el bocata estrambótico?

Carolina, con un gesto de convencimiento lógico, aclaró:

—Te habría dicho que yo quería el cocido y te recordaría que es mi día.

Alessia rio y, mientras negaba con la cabeza, dijo:

—Eres única, yaya. Me rindo —sonrieron.

—La sorpresa necesitaba saber a dónde dirigirse y escogí un restaurante que conozco, en el que se come muy bien y hay

variedad. Claro que a mí nadie me mueve del cocido.

Entre bromas y seriedad, continuaron conversando arrulladas por el encanto de la histórica plaza y la jovialidad de su memorable momento. Al terminar el aperitivo, retomaron su recorrido por calles llenas de gente que, como ellas, creaba nuevas vivencias en la gran capital. Trabajadores, locales y turistas confluían en una atmósfera de rutina, novedad, curiosidad y emociones, aderezada con misterio, belleza, encanto e historia.

Alessia deseó que todos estuvieran tan felices como ella. Le gustaba el paseo, la compañía, el caminar lento que contrarrestaba la velocidad del apurado. Los rostros contemplativos y también los sonrientes, porque apreciaban la aventura y ponían un toque de esperanza entre los preocupados, a los que le hubiera gustado poder otorgar algo más que su reconocimiento tácito.

Quiso detenerse a comprar dos vasos de chupitos y dos camisetas para los abuelos, se lo notificó a la yaya y entraron en una tienda de recuerdos en la que cambió de idea y eligió cinco tazas para te, chocolate o café con leche, dos de ellas para Carolina y Jorge. Pensó que era una forma de que todos se unieran en algún momento, tal vez durante una videoconferencia, o quizás sin saberlo, durante las tardes frías y melancólicas de invierno.

Mientras pagaba, escuchó la melodía que había puesto como tono de llamada en su teléfono y, al sacarlo de la cartera, descubrió que la llamada era de Marco.

La sorpresa motivó que se sonrojara, a la vez que lo saludó sonriente y su mirada se iluminó con un brillo que fue percibido por el atento escrutinio de Carolina, quien se alegró. ¿Cómo no hacerlo si su niña estaba ilusionada y el amor era algo hermoso? Después recordó que el chico era un desconocido y que vivía lejos, pero estaba totalmente convencida de que lo que estaba destinado a ser, era. Creía en el destino. Y consideraba que la incertidumbre del mañana formaba parte del encanto del presente, origen y motivo de sueños y luchas. El misterio en la gran aventura de la vida; y el ingrediente indispensable que la hacía interesante.

—Hola, Marco. ¿Qué tal ha ido el encuentro?

—No pudo ser porque, desgraciadamente, la persona que buscábamos murió hace años.

Alessia se entristeció al escucharlo.

—Lo lamento mucho. Ante algo así, imagino que lo que sea que os atañe no tiene solución.

—No. No la tiene. La parte positiva es que encontramos a alguien que dijo conocer a su hija y le entregará lo que trajimos. Quizás le importe saber que la buscábamos y por qué.

—Seguramente. Confío en que lo que hacéis es bueno.

—Lo es —dijo convencido—. Y como no tenemos planes para el resto del día, he pensado en que podríamos vernos.

Alessia dudó.

—¿Hoy? ¿Ahora? Es que estoy con Carolina.

—Está bien, entonces lo dejamos para mañana.

Mientras Marco decía esto, Carolina le hizo señas para que tapara el micrófono del móvil y la escuchara.

—¿Qué importa que yo esté si me muero por conocerlo?

Alessia sonrió porque su yaya no aguantaba la curiosidad.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no. Así, ambas tendremos nuestras sorpresas. Dile que se acerque al Palacio Real y nos espere en la esquina que da hacia la Almudena.

Alessia reflexionó un instante. No estaba segura de que las sorpresas fueran compatibles, pero decidió confiar.

—Cambio de planes. A Carolina le parece bien que nos vemos, ella incluida.

—Perfecto. ¿Dónde nos encontramos?

Mientras, Alessia, le daba las indicaciones, Carolina se percató de que no estaba muy convencida, y cuando terminó la llamada la animó.

—Cariño, cuando la oportunidad se da sin planificarla y la sensación que nos produce es buena, debemos aprovecharla. Eso sí, espero que sea como me lo has descrito: alto, atlético, con mirada profunda, risa franca, divertido, sincero, que recorráis el mundo y, sobre todo, que esté encantado de conocerme y me visitéis con frecuencia.

Alessia carcajeó y la miró.

—Ay yaya, a ver, ¿cuándo he dicho todo eso?

—No fue necesario que hablaras. Basta con la sonrisa que dibujaste y la mirada que te vi al contestar su llamada. Es todo eso y más.

Carolina tenía el don de ser luz y entusiasmo. Cargaba con sus penas, como todos; no obstante, callaba el llanto y sacaba su fuerza interior, su empatía y humor para entender y motivar, aunque hacerlo incluyera exagerar.

Al darse cuenta de que la había escudriñado, Alessia se sonrojó nuevamente y se inquietó al pensar en Marco y en la sorpresa de Carolina. Empero, como no quería que nada empañara su paseo, decidió no dar tregua a las cavilaciones y buscó la sonrisa de su yaya, la entrelazó con la suya y continuaron charlando mientras pateaban por calles y rincones, arropadas por placer y emotivas sensaciones.

Un poco más tarde, frente a la catedral de La Almudena, su corazón latió apresuradamente y su rostro se iluminó, al ver a dos chicos que conversaban animadamente porque uno de ellos era Marco. Él también estaba pendiente y, tras decirle algo a su acompañante, se pusieron en marcha con pasos largos y decididos, mostrando la camaradería que les unía. El amigo era más joven, un poco más alto y más delgado y la actitud de ambos la motivó a concluir que, a pesar del intento fallido, estaban felices.

Al darse cuenta de que dos chicos caminaban hacia ellas, la yaya supuso que se trataba de «Mario», y su amigo de la misión, de manera que miró de reojo a Alessia, y se contentó porque sonreía. Un momento después, Marco saludó afectuosamente a Alessia, les presentó a Giancarlo y, mientras le daba la mano a Carolina, le dijo su nombre.

La yaya apreció que ambos desprendían energía ligera y tenían sonrisas afables, sin embargo, contrario a lo esperado, quien llamó su atención fue el acompañante de Marco. Había algo en Giancarlo que le hacía preguntarse si lo conocía de antes o le recordaba a alguien, y averiguarlo se convirtió en un reto.

Era buena con las caras y, a pesar de que el nombre no le decía nada, en el rostro de aquel joven había algo que le resultaba familiar, y se propuso descubrir qué era y por qué.

Alessia se dio cuenta de que lo miraba con insistencia y le dio un pellizco suave para interrumpirla. Luego sugirió:

—Qué os parece si entramos en la catedral.

Los tres estuvieron de acuerdo. Entonces, Carolina, preguntó a los chicos:

—¿Queréis comer con nosotras?

Marco le preguntó a Giancarlo, y aceptaron. Ella añadió:

»Muy bien, entrad. Voy a llamar para ajustar la reserva y os alcanzo.

Alessia, que ya estaba más tranquila, quiso empatizar con el fracaso de la misión.

—Lamento que las cosas no salieran como habíais planificado. Me consta que estabais ilusionados, pero lo peor es que la persona haya fallecido.

—Así es, y murió muy joven. Ahora solo nos queda confiar en que lo que dejamos llegue a manos de su hija, porque imaginamos que se contentará al saber que su madre fue muy importante para alguien.

—¿Por qué no le pedisteis la dirección para llevárselo personalmente?

—No lo pensamos, además, dudo que nos la diera.

—Es verdad, aunque hubiera sido más cercano que hablarais con ella directamente.

—Sin duda, pero tampoco sabemos qué o cuánto pueda importarle. Quizás incluso no le agrade, o lo tome como una interrupción no deseada en su vida. Es complejo saber qué quiere o piensa otra persona. De todas formas, se supone que lo recibirá hoy mismo, y tiene nuestros números de teléfono por si quiere contactarnos.

Alessia guardó silencio. Él la miró con complicidad e interés, y añadió:

»Si llama hoy y le interesa vernos en persona tendrá que ser mañana, antes de nuestro retorno, por eso me contenta que

podamos compartir ahora.

Ella le regaló una sonrisa. Marco se la devolvió, y le preguntó a Giancarlo, en portugués, si había entendido. Como le dijo que no, le explicó de qué hablaban.

Conversaban y caminaban sin prisa, y Carolina los alcanzó un instante antes de entrar a la catedral. Estaba contenta y, mirando a Giancarlo, les informó:

—Listo. Después de esta visita vamos al restaurante para disfrutar de una exquisita comida española.

—Muchas gracias —dijo Marco, y lo trasladó a su amigo.

Alessia seguía extrañada por la insistente observación de Carolina y, mientras los chicos hablaban, la apartó y le llamó la atención.

—Yaya, ¿qué te pasa con Giancarlo?, no puedes pasar el día mirándolo. Puedo entender que es guapo, pero…

La risa de Carolina la interrumpió.

—¿Crees que lo miro por guapo?

—¿Dime por qué, entonces? E imagino que le molestará sentirse observado de esa forma.

—Lo siento. No quiero que piense ni se sienta mal. Lo que sucede es que hay algo en él que me es familiar. Creo que su sonrisa y algún gesto, e intento recordar por qué o por quién.

—A ver, no me parece que eso sea muy importante. Pero si te hace feliz, más tarde hacemos una foto en la que esté riendo y la contemplas toda la noche.

Carolina rio nuevamente.

—Es una buena idea. Ale, ya no lo miro más.

—Tampoco te vayas a los extremos. Recuerda que no habla nuestro idioma y debemos hacerle sentirse incluido, más no observado.

—Tienes razón. Prometo portarme bien, ya verás.

—¡Uy! Qué miedo me das. ¡Vaya reto te has autoimpuesto!

Ambas rieron, se acercaron de nuevo a los jóvenes, que conversaban con el entusiasmo de los buenos amigos que no se ven hace tiempo, y los cuatro caminaron hacia el interior de la catedral con pasos lentos, miradas contemplativas, y la voz de Carolina

enlazando en su narrativa, despacio para que Marco pudiera traducir, lo acontecido en la importante catedral a lo largo de su historia.

En un momento en el que guardaban silencio, Alessia aprovechó para decirles que, de acuerdo a lo que le había enseñado su abuela, al visitar un templo por primera vez podían pedir un deseo. Marco la miró curioso, se lo informó a Giancarlo y procedieron a hacerlo.

Al terminar la visita, Carolina miró su reloj y comentó:

—Chicos, es hora de dar diez euros a la guía turística.

Marco la miró confuso, y escuchó.

—Yaya, no te conocen y se lo pueden creer.

—¡Eso es lo que quiero!

Ambas rieron, y ellos se les unieron. Giancarlo no tenía claro por qué, pero se sentía cómodo en el grupo y aplicó aquello de: «allí donde fueres, haz lo que vieres».

La yaya se encogió de hombros y añadió resignada:

»Bueno, pues ya que no hay propina, vamos a comer.

Durante el trayecto al restaurante se dedicó a interrogar a Marco, y él le contestó amablemente. Al llegar, puso cara seria y le dijo:

—Hemos terminado.

No le dio tiempo a réplica o cuestionamiento, porque el caballero que estaba en la puerta la saludó amistosamente y se dedicaron unos minutos. Marco, extrañado y confundido, miró a Alessia. Esta se encogió de hombros en señal de resignación, y le aclaró.

—No te preocupes. Generalmente bromea poniendo cara seria y resulta difícil identificar cuándo lo hace y cuando no. En este caso, lo que ha querido decir es que no te va a seguir preguntando, pero no te ilusiones, volverá a hacerlo.

—Menos mal. Pensé que no era de su agrado.

—Eso me lo dirá a solas. De momento parece que sí.

Ambos sonrieron, y una mirada interrogante motivó que, Marco, le explicara a su amigo lo que sucedía. Entre tanto, Alessia participó de la conversación con su atención y una leve sonrisa, que le permitieron acercarse a Giancarlo. Además de que descubrió que entendía mejor el portugués de lo que pensaba.

Tras charlar con Carolina, el caballero los saludó y los cuatro lo siguieron hasta un rincón. Allí, en una mesa para seis, con cinco

servicios, les esperaba una mujer que se levantó de la silla mostrando su sentir a través de una sonrisa ilusionada y feliz. Dio unos pasos y se detuvo frente a Alessia, tomó sus manos y la contempló enternecida.

Transcurridos unos segundos, con la voz entrecortada por la emoción, le dijo:

—Cuánto has crecido y cuánto me recuerdas a Lucía.

Alessia se dejó contemplar en silencio, aunque algo incómoda por no saber quién lo hacía. Calculó que era unos años mayor de lo que hubiera sido su madre, de estar viva, y esto la llevó a considerar la posibilidad de que se trataba de su madrina, pero lo descartó al recordar que residía en Australia y no había vuelto a saber de ella.

Carolina rompió el silencio.

—¿Sabes quién es?

—La verdad es que no —respondió Alessia.

—Soy Adriana, tu madrina, y me muero por abrazarte.

Alessia intentaba hallar algo familiar en su rostro, cuando, Adriana, liberó su deseo y la abrazó. Los chicos observaban. Giancarlo perdido porque no entendía, y Marco un poco extrañado ante la situación. Le parecía raro que su joven amiga no reconociera a su madrina, cuando esta se mostraba emocionada y efusiva al verla. Mientras que, ella, estaba tan sorprendida que tardó unos segundos en reaccionar.

Adriana había sido alguien breve en su vida, solo habían compartido en persona durante cuatro años, y poco más de tres por teléfono. Sin embargo, su madre le había sembrado el amor hacia su madrina, y la había visto recientemente en alguna fotografía de su niñez y en el vídeo del bautizo, pero, de no haberle dicho quién era, no la hubiera reconocido. Transcurrido el momento del desconcierto inicial, consideró que su presencia era un nuevo motivo para estar feliz y tener esperanza.

El inopinado achuchón fue tan fuerte como largo y, mientras lo recibía, pensó en que no podía creer lo que le estaba pasando, porque su viaje la premiaba con más de lo que había ido a buscar. De haber podido elegir, le hubiera gustado vivir aquel momento a solas con Adriana, ya que la presencia de Marco y Giancarlo le daba

un poco de corte. Aun así, entendió que lo que vivía no se repetiría; se olvidó del mundo, correspondió a su madrina y se dejó llevar por el cariño que guardaba en un rincón del corazón, los escasos recuerdos y el sentimiento que le transmitía el abrazo de quien guardaba más memorias que ella.

Al separarse, Adriana saludó a Carolina con dos besos engalanados por las sonrisas de complicidad y satisfacción de ambas. Le presentó a los chicos, y se sentaron a la mesa.

Alessia sentía que vivía un sueño en el que únicamente faltaba su madre, de manera que la abrazó con el pensamiento y le dio las gracias por el insospechado presente. En ese instante aún no sabía que, Lucía, sería al nombre más recurrente durante la comida porque, Carolina y Adriana, hablarían de ella con frecuencia, ante la observación de Marco y el intento por entender de Giancarlo. En un momento, esbozó una sonrisa en solitario al pensar que la vida era un poco extraña, puesto que ella no había querido entrar en temas confidenciales con el chico que acababa de conocer, pero su yaya y su madrina le desvelaron más en un rato, que ella en el tiempo compartido el día antes.

Deseó poder ver de nuevo a Adriana, porque tenía mucho que preguntarle, más no podía hacerlo allí. Y, para cambiar de tema, comentó sobre la excelente elección que había hecho Carolina, porque la comida estaba riquísima y el local era interesante y acogedor. Su yaya se sintió feliz por el cumplido, y tanto ella como Adriana entendieron el mensaje. A partir de entonces, la conversación fluyó sin tocar aspectos que tuvieran que ver con su vida personal.

Adriana seguía trabajando en el estudio de arquitectura, pero ya no estaba en Australia si no en Milán. De manera que sus conocimientos de italiano le permitieron hablar en varias ocasiones con Giancarlo, quien se sintió cómodo y mostró su bonita sonrisa una y otra vez, atrayendo la mirada de Carolina. Le costaba mantener su propósito, de manera que, Alessia, se vio en la necesidad de darle nuevos toques con disimulo, a fin de que dejara a un lado la gran interrogante de su día.

Compartieron con armonía, y la hora y media que estuvieron allí concluyó con cafés y ricos postres, que contribuyeron a hacerla corta, dulce y deliciosamente entretenida.

Carolina pretendía invitar para celebrar que estaba muy feliz con la visita de Alessia, una dicha que se complementaba con haber contactado a Adriana, y que esta se trasladara de repente para darle la sorpresa a su pequeña, no obstante, los chicos, que también eran motivo de alegría, insistieron y pagaron su parte.

Ya en la calle, Adriana y Carolina se tomaron del brazo y apresuraron el paso, a la vez que charlaban entre ellas, con el propósito de ofrecer espacio y privacidad a los jóvenes, momento en el que, Alessia, aprovechó para interesarse por sus acompañantes.

—¿Cómo os habéis sentido?

Marco sonrió complacido, contestó que muy bien y trasladó la pregunta a su amigo.

—Giancarlo dice que le gustó la comida, el lugar, y que vosotras sois amables y simpáticas.

Alessia miró directamente a Giancarlo, y le dio las gracias con amabilidad. El joven le sonrió y, Marco, buscó la respuesta para la interrogante que rondaba en su cabeza.

—¿No tenías contacto con tu madrina?

—Ninguno desde que tenía siete años.

—Vaya, eso explica que no la reconocieras. Pero parece muy contenta de verte, así que lo que sea que os separó, ha desaparecido.

Alessia le devolvió una amplia sonrisa y asintió.

—La vida y sus misterios se encargaron de separarnos, y también de juntarnos. Claro que tengo que agradecer la intervención de Carolina.

—¿Un disgusto entre tus padres y ella?

Alessia dudó su respuesta un instante y, con seriedad y un deje de tristeza, se abrió.

—Que yo sepa, no. Creo que lo que ocurrió fue que, al morir mamá, mis abuelos me llevaron a vivir con ellos. Adriana vivía en Australia y no se conocían, de manera que perdimos el contacto.

Durante la comida, Marco se había enterado del fallecimiento de su madre, no obstante, consideró inoportuno interrumpir con comentarios o preguntas. Ahora, sin embargo, estimó que era el momento de entregarle su abrazo moral. Se detuvo, la miró a los ojos, y le transmitió su sentir:

—Lamento mucho que perdieras a tu madre tan pronto. Tiene que de haber sido muy difícil.

—No te imaginas cuánto. Quizás ahora entiendas mejor las razones de mi viaje. Por qué necesitaba venir, y por qué es importante que cuente con espacio y tiempo en soledad.

—Es difícil figurarse lo que has vivido y lo que sientes, pero, de estar en tu lugar, seguro que me haría falta lo mismo.

Marco estuvo a punto de abrazarla y preguntarle por su padre, pero como nadie hablara de él, estimó que podía ser una imprudencia.

Ella no quería que la tristeza ensombreciera su hermoso día, y decidió cambiar el tema. Miró a Giancarlo, y comentó:

—Debe de ser muy aburrido no entender, háblale. Yo me adelanto para charlar un poco con las chicas.

Les obsequió una sonrisa dulce, además de involuntariamente cautivadora, y apresuró el paso. Se colocó en medio de las dos y le dio las gracias a Carolina por la magnífica sorpresa, y a Adriana por haber viajado a Madrid para verla. Después añadió que estaba sumamente feliz, porque lo que le hacían vivir era mucho mejor de lo que había imaginado.

Como si hubiera sido planificado, frenaron su andar, la miraron, y las tres se fundieron en un abrazo cariñoso que dio tiempo a que los dos amigos las emparejaran.

Al soltarse, Adriana le dijo:

—¿Sabes? Dónde quiera que tu madre esté, estoy segura de que sonríe desbordante de satisfacción y orgullo al ver cómo eres y quién eres.

Alessia se sonrojó y, Carolina, aseguró:

—Es la mejor «nieta» que se puede tener. Ya no hay que cambiarle el pañal, me llena de cariño, entiende que no tengo su energía y me permite hacer paradas para comer.

Rieron, con Marco incluido porque las habían alcanzado, y los cinco continuaron su camino hacia el palacio.

Marco comentó:

—Es impresionante y está muy bien cuidado.

Esto motivó a Carolina para retomar su rol orientador y sentirse útil. Claro que, haciendo gala del refrán: «en casa de herrero cuchillo de palo», a pesar de residir en Madrid, únicamente había estado dentro del magno recinto una vez. Eso sí, conocía su historia.

Giancarlo pidió hacer la visita guiada para que su amigo disfrutara y aprendiera sin tener que estar pendiente de él y, Adriana, lo consideró muy buena idea, puesto que así no tendrían que hacer pausas para traducirle y todos podían centrarse en las obras de arte, que la mayoría se disponía a apreciar por primera vez.

Claro que, en realidad, ella y Carolina compartieron su atención con los gestos y conversaciones entre Alessia y Marco. E incluso les formularon preguntas aparentemente inocentes, para conocerlo un poco más. Alessia se dio cuenta y no le causó mucha gracia, pero, como no podía evitarlo, optó por consolarse pensando en que su aprobación indicaría que era un chico de fiar.

Al terminar el recorrido, hicieron una pausa para comentar lo interesante e ilustrativa que les había resultado la vista. Enseguida, Carolina sugirió acercarse al Templo de Debod, caminar por la plaza de España y terminar su paseo en la terraza del hotel vecino, para ver el atardecer y contemplar la ciudad vestida de colores radiantes, complacidos e intensos, a la vez que tomaban algo sin bajar de las alturas en que transcurría su aventura. Todos estuvieron de acuerdo.

Al caer la noche pasearon por la Gran Vía entre risas, sonrisas, y la camaradería que brotaba inagotable entre ellos. Les encantaba el ambiente, y también la arquitectura que perdía nitidez a la vez que ganaba brillo y elegancia entre las luces.

Entraron en un bar de tapas y paladearon distintos sabores típicamente españoles, acompasados por la sonrisa emocionada y resplandeciente de la anfitriona; quien mostraba su sentir jubiloso por tener la oportunidad de hacerlos felices con su guía y conocimientos, y verlos regocijarse entre lo que consideraba un

orgullo identitario: la comida, la gente, los lugares… El gran total de su preciosa y generosa ciudad.

Carolina quería que todos atesoraran su visita en la memoria, y confiaba en que así sería porque contaba con la mejor disposición de sus acompañantes, los veía compartir con armonía, hallaba franqueza en sus sonrisas, y las conversaciones surgían con espontaneidad y se convertían en la banda sonora que estimulaba la coreografía de sus pasos y gestos.

Cuando se despidieron, los chicos caminaron hasta el hotel donde se alojaban. Y ellas completaron su paseo entre charla, luces y vida, a bordo de un taxi en el que, Alessia, registró su contento al darse cuenta de que las tres llevaban el mismo destino, lo cual le daba la oportunidad de pasar más tiempo con su madrina; quien regresaba el lunes, temprano, a Milán, para asistir a una reunión que no había podido reagendar y a la que no podía faltar.

Entre tanto, Mari Paz había pasado el día elucubrando sobre algo que no dejaba de dar vueltas en su cabeza, y al escucharlas llegar salió presurosa al rellano. Las saludó y, turbada, dijo a Carolina:

—Necesito hablar contigo ahora mismo. Es importante, por favor, acompáñame a casa.

9

Una sospecha

El abordaje repentino y preocupado de Mari Paz les resultó extraño, y su petición de hablar inmediatamente y a solas con su vecina las inquietó y apagó el entusiasmo con que habían llegado. Carolina la acompañó, a la vez que preguntó:

—¿Le sucedió algo a Jorge?, ¿o a alguno de los tuyos?

—No, todos están bien. Pero he tenido una visita muy rara y espero que no implique algo malo.

—¿Por qué?, no entiendo.

—Te quería llamar, pero pensé que a lo mejor no era tan importante como para estropearte el día.

Carolina se impacientó.

—Habla mujer, me tienes alarmada y en ascuas.

Mari Paz le contó que tenía algo para Lucía, y que lo había recibido con el compromiso de entregárselo a su hija.

A Carolina le pareció muy extraño, y le pidió detalles.

Entre tanto, madrina y ahijada entraron a casa de su anfitriona, se sentaron en el salón y conversaron.

—Lamento mucho haber estado ausente durante tantos años —dijo Adriana—. Sé que no tengo disculpa y no la pretendo, pero me gustaría contarte mi versión de lo que pasó y cómo.

—No te preocupes, lo importante es que estamos aquí, pero si te hace sentir bien que sepa cómo fueron las cosas, dímelo.

Adriana asintió con la cabeza.

—Lo necesito. No busco excusarme, pero quiero que sepas que cuando mis compañeros de Madrid me informaron de que tu madre había muerto, pensé que había un error. No lo podía creer. Era imposible. Estaba segura de que alguien se había equivocado, así

que mi primera reacción fue llamarla a su número de móvil para comprobarlo. Contestó tu abuela, y mi mundo se vino abajo porque, al preguntarle por Lucía, me corroboró lo que me habían dicho. Ambas nos quedamos mudas, y cuando pude hablar le pregunté por ti. Me contestó que te habías dormido; que no entendías la magnitud de lo sucedido, pero sabías que era grave y estabas muy triste. Me costaba ordenar mis pensamientos, cómo proceder o decidir qué tenía que hacer, y atiné a decirle que era tu madrina y que llamaría al día siguiente para hablar contigo. Añadí que estaba en Australia y que iba a comprar un boleto para viajar lo antes posible y ocuparme de ti. Entonces, me indicó que no lo hiciera porque vivirías con ella y con su marido, ya que eran tus abuelos y a quienes les correspondía tenerte, pero, sobre todo, porque te querían y te iban a tratar muy bien, y a darte todo lo que necesitaras y estuviera al alcance de sus posibilidades. También me dijo que te podía llamar cuando quisiera, e incluso visitarte.

Adriana calló un instante, y ella corroboró:

—Lo hicieron. He sido afortunada por tenerlos, claro que he echado mucho de menos a mamá.

Adriana esbozó una media sonrisa, y dijo satisfecha:

—Me alegro de que me lo confirmes, ya que al escuchar a tu abuela entendí que lo mejor que podía hacer era aceptar, puesto que legalmente no tenía ningún derecho, y tú merecías y necesitabas crecer entre paz y amor en tu nuevo hogar. No obstante, lo que realmente me hizo sentir tranquila fue percibir que lo decía de corazón.

La tristeza se manifestó en su rostro, y continuó:

»En aquel momento afronté la llamada con valentía, sin embargo, el luto inicial fue incrementando alimentado por la decepción y el sentimiento de injusticia, y mis ganas mermaron. Hace tiempo que considero que no tenía que haberme dejado llevar, no obstante, entonces no tenía fuerza ni deseo de hablar con nadie. Era como si necesitara mi soledad y mi silencio para poder reponerme. Había perdido a una hermana que la vida me había regalado, y ella dejaba huérfana a su pequeña. Pensaba en ti constantemente, empero, la voluntad que me permitió llamarte de nuevo surgió tres días

después, cuando era muy tarde porque nadie contestó su teléfono. Insistí posteriormente, hasta que alguien respondió y me dijo que no la conocía. Que probablemente la línea de tu mamá había sido dada de baja y le había sido asignada. Entonces, le pedí a una compañera de Madrid que se acercara a vuestra casa… pero no encontró a nadie. Desde hace mucho sé que mi gran error consistió en no pedirle a tu abuela su número. Y la razón es tan simple como que no se me ocurrió.

Adriana negó con la cabeza, pensativa, reprochándose. E intentó minimizar la intensidad del momento.

»Hace tiempo que te busqué en las redes sociales, pero no te encontré. Supongo que te has puesto alguno de esos nombres extravagantes que usan los jóvenes para que solamente los reconozcan sus amigos: «Aless Pingüinisis» o «Alessatis».

Ambas sonrieron algo aliviadas y, Alessia, comentó:

—Mm…, lo de «pingüinisis» como que no, me da un poco de frío, el segundo suena interesante, ¿qué significa?

—Es una combinación que acabo de hacer con Alessia y *satis*, que en latín que significa bonita.

Alessia siguió la broma:

—Ah… De haberlo sabido, lo hubiera adoptado para que me encontraras con facilidad.

Sonrieron de nuevo y, Adriana, añadió:

—Hace apenas un mes tuve una brillante idea, ¡mira que tardé, eh! —rieron—: Cavilé que, tal vez tu cuidadora, pensé en ella así porque no recordaba su nombre, siguiera viviendo en el mismo lugar; de manera que, como sabía que era vuestra vecina, y yo vivía en Milán, mucho más cerca que Sídney, organicé un viaje y me presenté aquí cargada de ilusión, a fin de verla y que me dijera cómo podía contactar contigo. Tuve mucha suerte porque la encontré, pero la única información que me dio fue que estabas bien y que vivías con tus abuelos. No se parecía nada a la Carolina amable y simpática de ahora. Me recibió con tanta desconfianza, que cuando me llamó para que viniera a verte y me ofreció su casa, le contesté que no. Le dije que compraba el boleto inmediatamente, pero me hospedaba en un hotel, de ser posible en el que estuvieras

tú. ¡Ni por equivocación quería estar bajo el mismo techo que un rottweiler que me enseñaba los dientes!

Al decir esto, Adriana, hizo algo de teatro para ponerle gracia al momento. Rieron, y continuó:

»Todo cambió cuando me informó que te alojabas en su casa, entonces me dio igual su actitud, porque lo importante era compartir contigo lo más posible.

—Entiendo la analogía, la yaya es una gran defensora, y a veces parece que muerde —rieron—, pero es muy buena y estoy segura de que lo hizo para protegerme.

—Claro. No me conocía porque no recuerdo que nos viéramos en persona; aparecí después de muchos años diciendo que era tu madrina y le pedí información para localizarte, es lógico que reaccionara como lo hizo. Me dijo que ya os diría que había venido, que le dejara mi número y que vosotros decidiríais si merecía volver a tu vida o no. Por fortuna, algo pasó y, a principio de esta semana, me envió una foto de una jovencita preciosa, acompañada por una nota que decía que eras tú. Me contenté mucho al recibirla, entendí que se le ablandaba el corazón y la llamé de inmediato.

—Es extraño que te la mandara, no confía ni cambia de opinión fácilmente.

—Creo que habló con tu abuela porque me dijo que le había dado mi número de móvil, claro que también puede habérselo enviado en un mensaje. Eso sí, me comentó que, con todo lo que había tardado en buscarte, tenía que demostrar que te merecía. No me gustó mucho y pensé que eras tú quien debía decidir si querías o no estar en contacto conmigo, pero entendí que solo intentaba protegerte y eso demostraba que eras importante para ella. Reconocí que tenía razón en lo referente a mi tardanza y, como quería que me ayudara a reencontrarnos, opté por callar, enfrentar y superar la prueba que me pusiera. Al recibir la foto la llamé y me contó que hablabais con frecuencia, me dijo que vivías en Altea y a qué te dedicabas, pero no logré sacarle tu número de teléfono.

»Le pedí tu dirección para visitarte, y me dijo que no tenía autorización para hacerlo, así que, en vista de lo dura que es y lo que había logrado, decidí darle unos días de calma para que no se

agobiara y me mandara a paseo, eso sí, no pensaba rendirme. Lo que no imaginé fue que me llamaría tan pronto para decirme que estabas en Madrid, y podía venir a verte. Me llevé una sorpresa mayúscula, compré el boleto inmediatamente y, desde entonces, estoy dichosa y emocionada por este reencuentro maravilloso.

Adriana la miraba embriagada de felicidad, intentando leer qué pensaba o si, Alessia, podía entender lo sucedido. Ella la escuchaba con atención y, con una enternecida y cariñosa sonrisa, le dijo:

—Yo estoy encantada porque me has buscado y estamos aquí, juntas de nuevo.

Adriana liberó su sentir.

—Estoy segura de que esto es lo mejor que podía pasarme. Quiero abrazarte de nuevo.

Alessia bromeó:

—Puedes hacerlo. Pero eso no te librará del castigo de la yaya, e incluso de alguno mío.

Rieron y se entrelazaron. Mientras lo hacían, Alessia pensó que, quizás, su madrina podía develarle el gran secreto y dar respuesta a otras preguntas. Había esperado tanto que le parecía un siglo, y decidió aprovechar el momento.

—¿Cómo os conocisteis tú y mamá?

—En el estudio de arquitectura. Empezó de becaria al iniciar su carrera en la universidad. Sabía muy poco, pero era muy inteligente; le gustaba lo que hacía y lo disfrutaba, aprendía y colaboraba en todo y con todos, así que nos ganó de inmediato. Supongo que usar gafas me da un aire de maestra, porque cuando tenía alguna duda o pregunta solía dirigirse a mí y eso me dio la oportunidad de apreciar su valía, a la vez que propició que nos acercáramos. El tiempo pasó, el compañerismo se transformó en amistad, y empezamos a compartir más allá de la oficina.

—Ahora que lo dices, sí, tienes aire de maestra, de manera que tu castigo por desaparecer durante tanto tiempo puede consistir en dar respuesta a mis interrogantes.

Adriana se echó las manos a la cabeza y dijo, un poco en serio un poco en broma:

—¡Oh! Ese «tanto tiempo» me hace sentir mayor y tal vez pienses que tengo la sabiduría de los años… Desde ya te digo que no esperes demasiado, porque mis conocimientos son limitados y tu mamá era una persona reservada que sabía guardar secretos.

—Vaya…, reduciré las expectativas.

Las palabras de Alessia estuvieron acompañadas por algo de decepción, y una mirada sincera y llena de esperanza que despertó en Adriana el propósito de hacer su mejor intento.

—Prometo contestarte a lo que sepa con sinceridad.

Su tono fue serio y comprometido, sin embargo, enseguida le hizo un guiño, y añadió con picardía:

»Bueno, depende de lo que preguntes.

Alessia sonrió comprensiva.

—No te preocupes, no intentaré que cometas indiscreciones y respetaré tus silencios.

—¡Qué alivio! Creí que estaba en problemas — sonrieron.

Alessia sentía que la confianza entre ella y Adriana no era la misma que con Carolina, y esto la limitaba un poco. No obstante, recordó que se trataba de alguien muy importante para su madre, y decidió hacerle una de las preguntas que rodaba su cabeza desde hacía mucho.

—¿Sabes qué pasó entre mamá y los abuelos?

Adriana no quería hablar mal ni bien de dos personas que no conocía y que, viendo a Alessia, concluía que habían hecho una excelente labor.

—Puede decirse que sí, pero sé únicamente lo que me contó tu mamá, así que trataré de ser lo más objetiva posible. Es muy importante que, mientras me escuchas, tengas en cuenta que cada ser humano tiene un equipaje propio que difiere del nuestro, porque todos traemos una carga genética y, además, vivimos circunstancias individuales y colectivas que influyen en nuestra forma de ser, pensar y actuar, por eso nunca podemos esperar que otros hagan o digan lo que nosotros quisiéramos, haríamos o diríamos. Y viceversa.

—Lo sé y no pretendo juzgar, solo quiero saber.

—Bien. Verás: el problema fue con tu abuelo, y empezó a gestarse a raíz de un viaje de estudios en el que tu madre vino a Madrid.

Entonces era adolescente, y me contó que se enamoró de la ciudad por sus parques verdes y las amplias calles que le hacían sentir que estaba en un museo, por el arte que hallaba en los edificios. Le gustó tanto que decidió estudiar arquitectura, y quería hacerlo aquí. Al regresar se lo comunicó a sus padres, y a tu abuelo no le sentó bien. Eran una familia pequeña que vivía lejos de los suyos, y el trabajo y la distancia hacían que se comunicaran poco y se visitaran menos, de manera que no entendió que quisiera dejarlos y se autoconvenció de que la idea de Lucía era pasajera. Creía que se debía al deslumbramiento que le había producido la gran ciudad. No obstante, ella se mantuvo firme y llevó a cabo su propósito.

Alessia esbozó una dulce sonrisa.

—Todos me dicen que mamá era valiente y decidida.

Adriana asintió con la cabeza y añadió complacida:

—Lo era. Era valiente, decidida, soñadora, quería saber, le gustaba investigar y añoraba conocer mundo. Y él estaba feliz porque su niña quería ser arquitecto, pero consideraba que podía estudiar en la universidad de Alicante y compartir con ellos a diario.

—Es complicado, los dos tenían sus motivos. ¿Qué pasaba con la abuela?

—Tu abuela entendía el sentir de ambos y, personalmente, creo que también deseaba tener a su hija cerca, de manera que vivía una situación en la que se debatía entre callar u opinar. Y, cuando llegó el momento, Lucía se vino a Madrid gracias a que contó con una beca y el apoyo económico de su madre, más no tuvo el emocional. Recibió su abrazo amoroso y triste como despedida y escuchó el deseo de buena suerte, pero le faltó la fuerza, la efusividad y esa expresión sincera y poderosa que brota del convencimiento y del amor. Y en un momento tan emotivo y decisivo, te dice con convicción que todo irá bien, que lograrás lo que buscas porque eres buena, trabajadora y constante. Que vales y puedes.

»Oraciones que, sin ser mágicas, se recuerdan cuando es preciso transformar desanimo en optimismo, y se convierten en calor ante la gelidez y aliento entre las dificultades.

»De todas formas, Lucía era feliz aquí. Se mostraba alegre, sacaba buenas notas e incluso visitaba a sus padres de vez en cuando. Tan

pronto llegó el verano pidió unos días de vacaciones porque quería ir a verlos, y a su regreso la noté triste. No sé qué pasó y no quise ser indiscreta, sin embargo, unos días después me confió que estaba embarazada.

»Fue una sorpresa para todos, e imagino que tus abuelos se llevaron un gran disgusto porque era muy joven. A partir de ahí nos acercamos más y nos hicimos amigas; recuerdo que le pregunté por el padre de su bebé, y lo único que me dijo fue que había regresado a su país. La sobriedad de su respuesta me extrañó, y a la vez me indicó que era un tema personal del que no quería hablar, así que no insistí.

Tras un silencio en el que se mostró pensativa, añadió:

»Antes de eso recuerdo haberla visto hablando por teléfono con alguien que la hacía reír y la emocionaba. Estaba enamorada e irradiaba felicidad, pero nunca le puse atención a lo que decía y no escuché su nombre.

Alessia intentaba analizar y sacar conclusiones. Empero, comprobó que sólo los abuelos conocían lo que había pasado entre ellos; y que su padre era el gran desconocido. La interrogante para la que nunca tendría respuesta y sobre la que únicamente podía concluir que vivía en el extranjero, o no, ya que, quizás, había vuelto.

—¿Qué pasó con la abuela?, dices que era quien ayudaba a mamá, entonces, ¿por qué casi no sabía quién era cuando me vinieron a buscar?

—No lo sé. ¿Le has preguntado a ella directamente?

—Le pregunté a los dos varias veces, pero se aferran a que el pasado no se puede cambiar y debemos vivir el presente sin hurgar en él.

—Eso está muy bien cuando la mente está en paz, pero si nos hacemos preguntas es lógico que busquemos respuestas. Tú lo estás haciendo y te felicito por ello. En todo caso, nuestro paso por este hermoso planeta es tan breve que debemos emplear el tiempo en lo que nos da felicidad, siempre que sea posible.

»No fue ni es tu batalla, no la luches. Sé feliz con lo que eres y lo que tienes. Eso es lo realmente importante. Ten presente que tus abuelos te han hecho feliz, te han tratado bien, te han cuidado, te

quieren, lo que pasara entre ellos no es importante para vuestra relación.

Alessia le sonrió agradecida, y dijo convencida:

—Tienes razón.

Adriana, inclinó su cabeza hacia un lado haciendo una mueca con los labios, y añadió:

—A lo mejor…, tu abuela se decide y te lo cuenta. Es posible que aún te considere una niña, pero un día cualquiera se dará cuenta de que ya no lo eres y hablará.

Ambas estaban concentradas en su conversación y no se percataron de que, Carolina, entró preocupada, con cara de interrogante y caminando apresurada. Se detuvo frente a Alessia, le mostró el sobre que traía en su mano derecha, y manifestó:

—Toma. Mari Paz me dio esto, lo recibió hoy y está dirigido a tu madre.

Alessia lo agarró y, sin darle importancia, comentó:

—Qué raro, no tiene remitente y llega quince años tarde. Quién lo mandará.

Adriana, extrañada, bromeó:

—Anda, ábrelo, es sospechoso. A lo mejor tiene otro sobre dentro y resulta que es de la Agencia Tributaria.

Lo más importante para Alessia era continuar con sus preguntas, de manera que, indiferente y sonriente, dijo:

—¡Qué va! Si fuera de la Agencia Tributaria hubiera llegado hace mucho tiempo. Será algo de poca importancia que extraviaron en el servicio de paquetería.

Carolina, turbada y nerviosa, añadió:

—Mari Paz asegura que es importante. Quienes lo trajeron creían que, Lucía, estaba viva.

Al escucharla, Adriana se mostró preocupada y dijo:

—Ábrelo, por favor, Alessia. Si es una deuda la pagamos entre las tres, si explota morimos juntas, y si es una buena noticia la celebramos. Ábrelo y salimos de eso.

Alessia se extrañó porque su madrina le parecía muy ecuánime en sus reacciones. Miró el sobre con atención y corroboró lo que había visto al recibirlo: solo el nombre de su madre y la dirección

interrumpían la monotonía del tono amarillento que, a juzgar por la premura y nerviosismo de Carolina, guardaba un secreto. Esto la inquietó.

—¿Y si es una mala noticia?

Adriana contestó:

—La asimilamos y le buscamos la solución juntas.

Alessia mostró una leve sonrisa por el apoyo, abrió el sobre y sacó varios pliegos de papel que había en el interior. El primero de ellos era una carta manuscrita que se disponía a leer en voz alta, pero al ver el encabezado enmudeció.

> «Mi preciosa y siempre recordada Lucía, quiero que sepas que nunca he dejado de amarte».

Su corazón se aceleró y su vista pasó rápidamente por encima del resto del contenido, porque quería saber quién la enviaba, y se topó con el nombre de Alessandro Cavalli.

Ipso facto, llegó a su mente la respuesta que le había dado su madre: «Se llama como tú», y un halo de turbación indefinida se apoderó de su ser. Su rostro reflejaba lo que sentía y sus manos temblaban cuando, Adriana, rompió el silencio.

—¿Qué te ocurre? ¿Es una mala noticia?

Ella contestó dudosa:

—No. Quién sabe... Puede ser buena, mala, no sé.

Miró qué había tras la carta y encontró las impresiones de varios mensajes de correo electrónico, leyó los nombres de quienes los redactaban y a quienes iban dirigidos, y descubrió que se trataba de su madre y el autor de la carta. Y dijo:

—Lo siento, necesito leer esto a solas. No entiendo nada, pero al parecer llevo el nombre de quien firma esta carta.

Adriana y Carolina se miraron sorprendidas. Alessia se levantó y se fue a la habitación, a fin de examinar con calma y analizar sin interrupciones lo que acababa de recibir.

Su corazón estaba acelerado y la invadía una inquietud que no sabía identificar si era producto de nervios, susto, preocupación, la mezcla de las tres, o incluía algo más. Su desasosiego iba en aumento y decidió que necesitaba calmarse, de manera que caminó

hasta la ventana del cuarto en busca de la oscuridad celestial, porque su amparo le devolvía la quietud y la acercaba a Lucía.

Esta vez, sin embargo, no se encontró con su regazo, sino con diferentes preguntas y sus posibles respuestas. Quien firmaba la misiva se llamaba Alessandro y ella Alessia, ¿era una simple coincidencia? Tal vez había imaginado tantas veces conocer a su padre, que veía señales donde únicamente existían casualidades, sin más. ¿había perdido la oportunidad de saber quién era por no estar? ¿Por qué había dejado el sobre sin un teléfono ni una dirección para contactarle? ¿Por qué se presentaba después de tantos años? ¿Qué pretendía?... La única forma de obtener alguna respuesta a tantas interrogantes era a través de la carta y los correos, de manera que se sentó en la cama, respiró profundamente varias veces hasta calmarse un poco y comenzó a leer.

«Mi preciosa y siempre recordada Lucía, quiero que sepas que nunca he dejado de amarte.

Has estado presente en mi alegría y en mi tristeza, en el ayer y en el hoy. Tú, con tu risa esplendida y esa mirada dulce y triste que parecieran no pertenecer a la misma persona. Tú, desbordante de alegría y vitalidad, dispuesta a conquistar el mundo en la plenitud de tu eterna juventud. Estoy seguro de que lo has logrado y te imagino radiante, feliz. Con miles de sueños cumplidos y otros tantos por cumplir, convertida en la gran profesional que querías ser y embelleciendo a la ya hermosa ciudad donde nos amamos.

Hoy te escribo porque quiero intentar calmar mi anhelo de ir a buscarte. No lo haré porque seguro tienes una familia y una vida en la que no tengo lugar, sin embargo, ni el tiempo ni la distancia han podido borrarte de mí. Eres mucho más que un recuerdo, eres luz en la oscuridad, nostalgia en el alma y un ayer que quisiera convertir en hoy para cambiar el futuro.

Un futuro en el que todo seguirá igual porque, a pesar de escribirte esta carta, no la leerás. La duda me asalta y debo mi respeto a tu silencio ante mis llamadas, aunque confieso que nada me gustaría más que volver a verte. Eres la protagonista de muchos de mis pensamientos, pero, sobre todo, eres el recuerdo y el amor. La frescura y la ilusión.

Y, en medio de todo eso, tú y yo somos felices porque te sueño. Te sueño en mi vida. Y en mis fantasías somos todo lo que tuvimos y lo que no pudimos tener. Todo lo que me gustaría que viviéramos a partir de

ahora y que antes no fue posible. Sí, lo sé, tuve la culpa y por eso es solo mi sueño.

Nunca logré entender tu silencio, aunque quizás sea el momento de conformarme con haberte perdido, no sin antes pedirte perdón por el dolor que te causé sin querer y sin ser capaz de evitarlo. Perdón por el pasado y también por el presente, por no ir hasta tu puerta y decirte lo que siento en persona. Perdón por pensar en ti, aunque no tengo derecho a hacerlo.

No me despido porque te escribiré más cartas que tampoco enviaré. Que no recibirás, pero imaginaré que un día las leemos juntos, abrazados frente al calor de nuestra chimenea; y a partir de ese momento transformaremos el tiempo en la felicidad que aún sueño. A tu lado».

Alessandro Cavalli

Cuando terminó de leer la misiva, Alessia lloraba sin poder explicarse la razón de su llanto. Consideró que lo motivaba el recordar a su madre tal y como él la describía. Aunque, tal vez la había emocionado el que su viejo amor la tuviera presente. Quizás el pensar en que su fallecimiento le había impedido hacer realidad miles de sueños. Acaso era porque él la imaginaba feliz y llena de vida, como a ella le hubiera gustado que estuviera… O porque quien sentía algo así, después de tanto tiempo, tenía que conformarse con perderla por segunda vez.

Después, se preguntó qué era eso tan grande que los había separado, ¿por qué su madre guardaba silencio ante sus llamadas? ¿Por qué le había puesto su nombre?

Finalmente, concluyó que lloraba porque lo leído le había tocado el alma por su profundidad, por la belleza del sentir, y porque la historia de amor que vivieran Lucía y Alessandro, había tenido un triste final.

Tras calmarse, tomó los correos electrónicos y advirtió que estaban colocados en orden cronológico. Habían sido escritos en días consecutivos y databan del año dos mil uno, cuando su madre estaba embarazada. Al principio, Alessia se extrañó de que usaran el correo electrónico para comunicarse, pero luego entendió que eran otros tiempos en los que no había teléfonos inteligentes con

mensajería instantánea, las llamadas eran más costosas y, por lo visto, al menos a Alessandro, le gustaba escribir cartas de amor.

Él enviaba el primer mensaje, era largo, tenía fecha del treinta de junio y detallaba los pormenores de su llegada a Roma. Le decía también que convencería a sus padres para que le ayudaran económicamente y volvería lo antes posible, porque ansiaba estar con ella. Luego de darle detalles sobre el encuentro familiar, se despedía diciendo:

> «Nuestro amor es tan grande y auténtico que merece ser vivido mucho más que un año, mucho más que una vida. Merece la eternidad».

Alessia estaba a punto de plañir una vez más. Se encontraba extremadamente sensible y lo que leía le parecía precioso, no obstante, su dolor se desbordaba al pensar en lo que podía haber sentido su madre, y en una separación de la que poco sabía, pero que consideraba injusta puesto que ambos se querían. Si se tratara de una novela le hubiera tocado el corazón; y pensar que podía tener que ver con su propia historia la sumía en la tristeza, además de que le parecía retorcido que tanto amor tuviera como destino vivir entre ausencia, necesidad, recuerdo y muerte.

Cada día había un mensaje de Alessandro a su madre, y cada día uno de ella para él. Eran extensos y se contaban el día a día en detalles y con emoción, a la vez que se declaraban su amor y manifestaban el deseo de reunirse de nuevo.

Los dos últimos eran lacónicos: Alessandro le decía que la llamaría esa noche porque se había enterado de la existencia de alguien, y debían de modificar sus planes. Le aclaraba que al principio podía parecer complicado, pero no tanto como para interponerse en su relación.

Lucía, le respondía que esperaba su llamada y que no se preocupara porque entre los dos lo solucionarían. En caso de que no contara con el apoyo de sus padres para regresar a Madrid, dejarían asignaturas y trabajarían más horas para salir adelante. También le aseguró que estaba dispuesta a irse a Roma, ya que además de su amor los unía una maravillosa sorpresa.

Alessia no tuvo la menor duda: le quería decir que estaba embarazada, por lo tanto, Alessandro era su padre.

Le faltaba mucho por conocer y entender de aquella historia que seguía siendo una interrogante, pero que, finalmente, empezaba a desvelarse porque el gran enigma tenía un nombre, aunque su existencia le importara tan poco que nunca se hubiera interesado por saber cómo estaba. Aunque ni siquiera la nombrara en su carta.

Un poco decepcionada, se preguntó qué le habría hecho o dicho Alessandro, para que su madre lo condenara al silencio, como él decía en su misiva de amor. Suspiró por la complejidad de la vida en determinados momentos, y recordó algo que decía la abuela:

«No se trata de gastar energía y tiempo escudriñando en el pasado que nos impide avanzar, porque es imposible cambiar el pretérito. Estamos aquí para construir camino con quienes nos quieren, nos valoran y comparten nuestro día a día. Con quienes merecen que apreciemos y atesoremos su abrazo sincero, amoroso y reconfortante. Ese que alivia las preocupaciones y nos da la fuerza, la ilusión y la fe para creer y superar los momentos difíciles».

Después recordó lo que le había dicho su madrina:

«No fue ni es tu batalla, no la luches. Sé feliz con lo que eres, con lo que tienes. Eso es lo realmente importante».

Guardó todo en el sobre, se levantó, volvió a la ventana y se topó con la luna llena. Se mostraba radiante en compañía de la gigante pequeña que la seguía y rutilaba en el infinito.

Aquella estampa la llevó a uno de los momentos en que todo era hermoso. Los ratos maravillosos en que, Lucía, le contaba alguna de las historias de la familia que habitaba su libro de cuentos favorito, y esbozó una sonrisa porque al crecer descubrió que contenía un único relato, pero su madre lo reinventaba cada noche para ella. Era como si aquel ejemplar delgado, en cuya portada mostraba un sendero que parecía conducir hacia el mundo de las aventuras, no tuviera fin.

Alessia mantuvo su sonrisa a pesar de recordar que un día, de repente, el libro se terminó. No hubo más cuentos, sin embargo, cada vez que miraba al cielo y se topaba con la bella luna y su

acompañante, pensaba que su madre era el ángel que la guiaba y se animaba a vivir con ilusión el siguiente episodio real.

Esta vez, el firmamento, le ofrecía algo nuevo, misterioso e interesante: el nombre de un caballero enamorado que podía ser su padre. No obstante, lejos de calmar sus dudas, el hallazgo añadía nuevas interrogantes a su vida. «A lo mejor, él ya sabía que estaba embarazada y lo que mamá le iba a decir era otra cosa. Quizás acababan de conocerse, había sido un amor a primera vista y ella no era su hija, por eso él ni siquiera la mencionaba, pero, entonces, cuál era la maravillosa sorpresa que los unía…».

Se preguntó si sus deseos de encontrar y las bonitas historias de su niñez la llevaban a fantasear, a inventarse una situación irreal, porque incluso existía la posibilidad de que hubiera sido prematura y su madre no estaba embarazada cuando se escribía con Alessandro. Todo eran dudas que añadían nuevas interrogantes a su existencia.

De todas formas, sabía que en la vida real las oportunidades eran contadas, que el dolor podía durar años y la felicidad ser efímera, y deseó que, Alessandro Cavalli, conservara el correo electrónico que aparecía en los mensajes, ya que estaba decidida a comunicarse con él.

Se sentía nerviosa y no paraba de elucubrar: «Tal vez se había asustado al saber que iba a ser padre, porque era muy joven para asumir una familia. Quizás le había sido imposible regresar. A lo mejor… Tenía que contactarlo y escucharle. Sí, tenía que hacerlo».

Con esta conclusión y un fuerte agotamiento, consecuencia de experimentar un cúmulo de emociones seguidas, se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era acostarse a dormir, o al menos intentarlo; no obstante, recordó que su yaya y su madrina esperaban para saber qué contenía el misterioso sobre, y regresó al salón.

Adriana escribía en su teléfono y Carolina estaba en la cocina. Esta la escuchó y dijo:

—¡Nada de hablar sin mí! ¡Esperadme!

Alessia tomó asiento en el sofá grande, al lado de Adriana, ambas sonrieron al escuchar a Carolina, y le dijo:

—No te preocupes, yaya, te esperamos.

Adriana notó en su voz y rostro que había llorado, y no se contuvo:

—¿Por qué esa carita? ¿Qué ha pasado?

Alessia quiso contestarle que estaba muy confundida y que no sabía si quería dormir durante varios días seguidos o desahogarse, empero, no pudo hacerlo porque, Carolina, escuchó la voz de Adriana e interrumpió.

—¡No me habéis escuchado! Os arriesgáis a que no os dé infusión.

La amenaza de la yaya resultó insignificante para ambas porque, Alessia, experimentaba la imperiosa necesidad de un abrazo fuerte y largo que, como tantas otras veces, calmó en silencio y soledad. Entre tanto, Adriana mostró su preocupación; tomó la mano de Alessia y la miró con cariño.

Desconocía su sentir y su carencia, pero sabía que bastaba una mirada de amor para acariciar un alma sensible, y que sostener una mano en un momento de duda, confusión y tristeza, significaba brindar apoyo total e incondicional.

Arropada por el contacto silente y la caricia de amor, que se prolongaron gracias a la tardanza de Carolina, Alessia recuperó el sosiego necesario para contarles con serenidad lo que creía haber descubierto.

Carolina estaba ansiosa, de manera que decidió servir las humeantes infusiones acompañadas por galletas de almendra y canela, que había preparado días antes y guardaba en el «escondite de las galletas». Era un envase opaco y hermético que Alessia no podía abrir cuando era niña, por eso le pedía que le diera de las galletas que estaban en el escondite. Al crecer las sacaba ella misma, pero el tarro ya tenía un nombre con el que le denominó siempre. Al evocar este recuerdo, y pese a estar nerviosa y apurada, la yaya extrajo y colocó las galletas en la bandeja con una sonrisa.

Se sentía exaltada y preocupada por el contenido del misterioso sobre, y una emoción extraña la recorrió al llegar al salón con la fuente y darse cuenta de que los ojos de su niña estaban húmedos y enrojecidos, y sus párpados mostraban la huella del llanto reciente.

Intentó animar la situación, y comentó:

—Aquí tenemos con qué relajarnos y combatir cualquier mala noticia que hubiera en ese dichoso sobre. Y si no es suficiente, me lo

das con todo lo que tenía dentro y lo quemo en la hoguera de San Juan.

—No es malo, yaya. Aunque tampoco sé si será bueno.

—Bueno no es porque te hizo llorar, a menos que sea de felicidad y no lo parece. Cuéntanos, ¿de qué va?

—Hay una carta que escribió un tal Alessandro Cavalli, y varios correos electrónicos que se enviaron él y mamá. La carta es reciente, los correos son de antes de que yo naciera.

Carolina la interrumpió:

—¿Qué dice la carta?, ¿qué relación tenían?

—Por lo visto, la quiso y la sigue queriendo.

Los ojos de Alessia se aguaron de nuevo y su voz se quebró. Respiró profundo, se calmó y continuó:

»Le dice que la imagina feliz, que la llamó y le escribió sin tener respuesta. Le pide perdón por el pasado y por el presente. Dice que sabe que no leerá su carta, pero que continuará escribiéndole porque sueña con que un día las leerán juntos. Es muy raro, ¿para qué la trajo entonces?

Adriana y Carolina se miraron, y esta dijo:

—Vaya, es raro, sí. Y, Mari Paz, me comentó que cuando dijo que tu madre había muerto se sorprendieron.

—Ah, vino acompañado —murmuró Alessia.

—Sí. Lo que no me cuadra es que al parecer es joven. Si tuvo una relación con tu madre, deberían de ser más o menos contemporáneos.

Adriana y Alessia la miraban a la espera de que dijera algo más, Carolina guardó un instante de silencio, se encogió de hombros a la vez que hizo una mueca y, enseguida, añadió:

»Pensándolo bien, para Mari Paz y para mí cualquiera es joven. Basta con que tenga unos años menos.

Alessia asintió con un gesto, y complementó:

—Tiene sentido.

Carolina hacía las preguntas. Adriana escuchaba.

—¿Qué decían los correos?

—No estoy segura, pero creo que Alessandro puede ser mi padre.

Adriana no pareció muy sorprendida, pero Carolina se levantó de un impulso y, feliz, dijo:

—¡Lo dices en serio! ¡Al fin podrás conocerlo!

—No lo sé. No creo que esté interesado porque ni siquiera me nombra.

—Vaya. Eso no me gusta. Hum, tendremos que ir con pies de plomo porque hay mucho estafador por el mundo. ¿Qué piensas hacer?

—Mandarle un correo a la dirección de los mensajes a ver si me contesta.

—Puedes llamarlo, es más rápido. Para eso está la nota que dejó con su número de teléfono. Eso sí, nada de reunirte con él o con ellos tú sola. Te acompañaremos las dos.

—¿Qué nota?, no había ninguna.

—Ay, que despistada, no te la di. Espera.

Carolina buscó en los bolsillos de la chaqueta que llevaba puesta al llegar, pero no estaba, miró en su bolso y tampoco.

»Vaya, ¡qué tonta! Fue tanta la impresión al saber que alguien buscaba a tu madre después de tanto tiempo, que seguramente la dejé en casa de Mari Paz. Con el tiempo que ha pasado ya debe de estar dormida, y como es muy tarde para hablar con el tal Alessandro, se la pido en la mañana y lo llamas temprano.

Adriana intervino:

—Alessia, dinos qué te hace pensar que ese hombre es tu padre.

—Que los mensajes coinciden con el embarazo de mamá. Pero tengo dudas porque nunca hablan de mí. Lo que he podido saber es que él estudiaba en Madrid y al concluir las clases regresó a Roma, con su familia. Desde allí le comenta a mamá que va a pedirle ayuda a sus padres para volver. Son correos electrónicos llenos de amor por ambas partes; pese a ello, pasa algo que él tiene que contarle a mamá, y le dice que necesitan hablar por teléfono. Ella le contesta que lo solucionarán, y que lo importante es que estén juntos porque los une una maravillosa sorpresa. A partir de ahí no hay más mensajes, así que no puedo saber qué fue lo que hablaron, pero ambos tenían algo importante que decirse.

Adriana quería cerciorarse de lo que había escuchado.

—Estás segura de que las fechas corresponden.

—Totalmente, lo calculé dos veces.

Entonces, dijo pensativa:

—Tiene sentido. Alguna vez me llamó la atención que hablara de Roma, e incluso la vi mirando fotos en internet. Lo recordé cuando estuve allí y sentí nostalgia por los viejos tiempos. Imaginé lo bonito que hubiera sido que visitáramos juntas la Ciudad Eterna. Lo que no sabía era que en su sueño había un acompañante.

Carolina era consciente del complicado momento que vivía su pequeña grande, y decidió alegrarla. No podía permitir que la ilusión que había puesto en su viaje se transformara en nuevas interrogantes, si no que mirara hacia el futuro que se le abría de improviso, y dijo:

—La vida es difícil, complicada y extraña, pero además de eso, es bonita, apasionante y sorprendente. ¿Te imaginas que ese Alessio sea tu padre? Tenemos que buscarlo. Estoy segura de que cuando te conozca te querrá. Eso sí, le voy a halar las orejas. ¡A quién se le ocurre perderse tantos años y vivencias maravillosas contigo!

Alessia agradeció sus palabras, pero no pudo sonreír ni dijo nada a pesar de que sabía que le había cambiado el nombre para jugar al despiste, y lo de halarle las orejas era un comentario con el que pretendía hacerla reír. Sus pensamientos estaban centrados en la extraña emoción que experimentó al ver la firma de la carta por primera vez y recordar lo que le dijera su madre, y en la coincidencia de las fechas de los correos electrónicos con el momento de su gestación, a lo que, ahora, le sumaba el comentario de Adriana. Tras un instante, concluyó que solo eran conjeturas, y que el único que podía acallar sus elucubraciones era Alessandro Cavalli, lo que le reafirmó en que tenía que contactarlo, aunque él la ignorara.

Por su parte, Adriana escudriñaba en los momentos. Quería hallar algo más que asir, a fin de armar el rompecabezas. Algún detalle que le diera nuevas pistas, empero, su amistad con Lucía se desarrollara partir del momento en que supo que estaba embarazada y la encontró triste, preocupada, y bastante hermética.

Ante el mutismo de sus compañeras, Carolina experimentó el impulso de levantarse, lo hizo y, vestida de falso entusiasmo, añadió:

»La impaciencia me altera y parece que las infusiones y las galletas no han resultado atractivas, así que voy a buscar un bote de helado, que debe de tener un siglo en el congelador, para hacer como en las películas, a ver si funciona. Lo ideal sería despertar a Mari Paz, que nos dé el papel y llamar al misterioso posible padre. ¿Qué decís, lo hago?

Adriana la miró. Agarró una galleta, la mordió, y concluyó:

—Está deliciosa y la infusión nos relaja. Esto es mejor que el helado. Tenemos que intentar dormir unas horas y cuando despertemos pensaremos con más claridad. Hay momentos en que la oscuridad es total, entonces, lo mejor es reposar el cuerpo y dar calma y tiempo a la mente, porque la tranquilidad es amiga de las buenas decisiones.

»Tú misma dijiste hace un momento que era muy tarde, y es cierto. No se llama a quien no se conoce a las tres y dieciocho minutos de la madrugada, así que no hacemos nada con tener el número de teléfono.

Carolina se sentó de nuevo.

—Tienes razón. Además, con la prisa que tuvo para encontrar a Lucía y lo que se preocupó de Alessia, no creo que espere un contacto inmediato.

Alessia estuvo de acuerdo con ambas. Luego probó las galletas y comentó que estaban muy ricas, le pidió la receta y, tras conversar durante un rato sobre otros temas para intentar distraerse, decidieron acostarse.

Gracias a que estaban cansadas por el recorrido del día y con ayuda de la infusión, lograron dormir. La primera en despertar fue Carolina. Aún estaba oscuro cuando se fue a la cocina, cerró la puerta para no despertar a sus huéspedes y preparó el desayuno para los cuatro, incluido Jorge. Así calmaba el ansia que sentía, mientras esperaba a que llegaran las siete para tocarle la puerta a Mari Paz, y recuperar la nota que le había dado con el número de teléfono de Alessandro.

La encontraron en el suelo, semi escondida debajo del mueble del recibidor, lo que las llevó a concluir que se le había caído al intentar guardarla en el bolsillo de la chaqueta.

Jorge llegó mientras, Mari Paz y Carolina, charlaban y, aunque intentó hacer el menor ruido posible, Alessia y Adriana, que se habían dormido en alerta por del acontecer del nuevo dí, despertaron. Se levantaron, lo saludaron, y recogieron el sofá cama del salón, en el que había dormido Adriana.

Carolina entró con la nota en la mano, doblada tal cual Mari Paz se la diera la noche antes y la acababa de encontrar, y se la entregó a Alessia. Ella la abrió y se topó con dos nombres y sus respectivos números, y no supo si enfadarse o reír.

—¡Es una broma, ¿no?!

—¿Qué es una broma?

—Lo que me has dado.

Carolina, extrañada, dijo:

—No entiendo. Es lo que me entregó Mari Paz.

La seriedad de la yaya la llevó a experimentar una sensación extraña que la recorrió de pies a cabeza. Una especie de escalofrío turbador y emocionado. No sabía qué pensar. No sabía qué creer, y quiso asegurarse.

—Vamos, yaya, deja de hacerte la graciosa. Esto tiene que ser otro de tus chistes.

—Te aseguro que no estoy jugando.

Adriana intervino:

—¿Qué ocurre, chicas? Me estáis preocupando.

Alessia se acercó y le extendió el papel.

—Mira esto. Se supone que es el número de móvil que dejó Alessandro.

Tras ver lo que ponía, Adriana dijo:

—Carolina, no tienes remedio. Venga, mujer, esto es serio. Dale el número del tal Alessandro.

Carolina, intrigada, se acercó a ver qué decía la bendita nota. En todo caso, si alguien se hubiera confundido de papel había sido Mari Paz. Al leer, puso su mano derecha en la frente y exclamó con sorpresa:

—¡No puede ser! ¡Son los nombres de tus amigos turistas!

Alessia la miró fijamente. Carolina estaba realmente extrañada y sorprendida.

—¿Entonces, es cierto? ¿Son ellos? ¿Esta era su misión?, ¿pero, por qué no vino el propio Alessandro? No entiendo nada —concluyó Alessia.

Adriana, con el aplomo de quien está acostumbrado a dirigir y a superar momentos de estrés, la tranquilizó.

—No te preocupes. Solo tienes que marcar el número de Marco y podrás resolver este misterio, pero aún es muy temprano para hacerlo.

—¿Temprano, dices? Esta llamada tuvo que haberse hecho hace muchos años —comentó Carolina.

—No lo sabemos, recuerda que mamá y Alessandro hablaron aquella noche e ignoramos qué pasó.

—Pues en caso de que lo supiera y te haya ignorado, es hora de que te diga qué motivo o motivos tuvo para ello.

Adriana intervino.

—Chicas, vamos a desayunar, así le damos más tiempo a Marco para que esté bien despierto, y nosotras nos serenamos —miró a Alessia y continuó—: Tan pronto terminemos marcas ese número y salimos de dudas.

Carolina miró a Alessia y añadió:

—Me parece perfecto. Preparé algo que te va a gustar y te dará la energía y fuerza necesarias para afrontar lo que la mañana traiga consigo.

Se dejaron tentar por el aroma de las tortitas que las invitaba a entrar en la cocina y que, la yaya, había preparado mientras elucubraba sobre el presente y recordaba a la pequeña que le ayudaba a inventar mientras las hacían en el pasado. Planeara acompañarlas por una buena charla en la que combinarían ayer y hoy, sin embargo, la conversación giró en torno al enigma del pretérito que se hacía presente y le ofrecía una posible respuesta a Alessia.

Jorge salió de la ducha y se les unió. Sentía curiosidad por conocer la razón para el barullo que había escuchado, y pidió que lo pusieran

al tanto del acontecer.

A las ocho menos diez sonó el teléfono de Marco y, entre adormilado y sorprendido por la hora, se preocupó al ver que quien le llamaba tan temprano era ella.

—Buenos días, Alessia, ¿ha pasado algo?

—Hola. Sí —dijo convencida—: No sé bien qué, pero necesito saber quién es Alessandro Cavalli.

—Ah. Es el padre de Giancarlo —aclaró con naturalidad.

Ella experimentó una emoción de desasosiego que se mezcló con alivio, preocupación y esperanza, y repitió en voz alta lo que acababa de escuchar. Necesitaba estar segura y a la vez informarle a Carolina y Adriana, que estaban pendientes.

—¿Es el padre de Giancarlo?

Ambas se miraron sorprendidas, no podían creer que el mundo fuera un pañuelo tan grande como para envolver las infinitas sorpresas de la vida, y tan pequeño como para unir tantos caminos. Adicionalmente, hacía tiempo que el destino se había vuelto loco y lo enredara todo a capricho en la viada de Alessia, y ahora que las cosas parecían irle bien, la convertía en el centro de una telaraña sin sentido. Guardaron silencio y se centraron en prestar atención a lo que podían escuchar de la conversación.

Marco contestó:

—Así es.

—¿No quieres saber cómo sé su nombre?

Él seguía adormilado y, sin darle importancia, dijo:

—Ah, claro, sí.

—Porque él es quien suscribe una carta que me entregó anoche la vecina de Carolina, Mari Paz. Estaba dentro de un sobre en el que también había varios correos electrónicos. Todo es muy extraño, pero lo más sorprendente es que esta mañana recibí una nota en la que hay dos números de teléfono móvil, uno es el tuyo y el otro está acompañado por el nombre de Giancarlo.

Marco, boquiabierto, saltó de la cama.

—¡¿Qué dices?!

—Que la persona que buscabais y no encontrasteis era mi madre. Se llamaba Lucía, y el lugar en el que dejasteis el sobre es la

dirección del apartamento donde vivíamos. Pero lo que importa ahora, es que mientras leía los correos hallé coincidencias importantes.

Marco la interrumpió.

—Espera, espera. Sí. Ayer tus amigas dijeron el nombre de Lucía en algún momento al referirse a tu madre, pero no puede ser la misma Lucía. ¿Estás segura?

—Totalmente.

—Entonces tengo que decírselo a Giancarlo.

—Sí, claro.

Alessia guardó silencio y, sin cortar la llamada, Marco se dirigió a su amigo en el idioma que ambos conocían.

—¡Giancarlo, despierta, la hemos encontrado! Encontramos a Lucía.

Giancarlo, soñoliento, confuso e intentando entender la reacción de su amigo, le preguntó:

—¿Pero no estaba muerta?

—Sí, está muerta. En realidad, estoy hablando con su hija.

—Bueno, era de esperarse que llamara si la mujer le daba el sobre, lo que no imaginé es que fuera tan temprano.

—Ni yo. Pero lo que viene te va a sorprender aún más.

Antes de que Marco continuara, Giancarlo interrumpió.

—¿Quiere vernos?

—Imagino que sí. Está tan asombrada como nosotros.

Giancarlo, que quería dormir un poco más, añadió:

—Dile que me gustaría conocerla. Aunque si te dice que no, no insistas.

Marco se dirigió de nuevo a Alessia.

—¿Sigues ahí?

—Sí, claro. Marco, necesito hablar con vosotros en persona. Esto es muy importante.

—Perfecto. ¿Qué sugieres?

Alessia reflexionó un instante y decidió que lo mejor era que se reunieran en un lugar en el que nadie los interrumpiera ni opinara.

—Mándame la ubicación del hotel, y cuando llegue buscamos alguna cafetería cercana para reunirnos.

—Muy bien. Te esperamos.

10

Un hermano… ¿tal vez?

Adriana y Carolina entendieron la decisión de Alessia. Tenían claro que era su momento y, aunque la seguían considerando su niña, la joven que tenían delante ya no lo era, de manera que le desearon suerte y le recordaron que, en caso de necesitarlas, solo tenía que llamar.

Su idea inicial era trasladarse en metro, pero mientras iba de camino vio que se acercaba un taxi y lo tomó. Le pareció una buena idea con la que evitaría preocuparse por los trasbordos o estar pendiente de las estaciones, ya que, como resultado del desasosiego que sentía, podía equivocarse.

Al subir, saludó, le dio las indicaciones al chofer y, enseguida, le vino a la memoria algo que decía la abuela:

«No hay que juzgar, porque cada quien tiene sus razones y condiciones, y desde afuera todo se ve muy fácil».

Asintió con la cabeza y decidió que escucharía serena. Con la mente y el corazón abiertos para entender y empatizar.

La abuela se había hecho presente con su consejo, lo cual le recordó que tenía que reportarse para que no se preocupara, pero no quería hablar, de manera que tomó una foto desde la ventanilla del coche y se la envió con un mensaje:

«Buenos días, abuelita. Mi aventura en la ciudad de las sorpresas continúa. Voy de camino al centro. Hablamos más tarde. Os quiero y os abrazo a los dos».

Poco después escuchó su tono de recepción de mensajes y miró por si era ella, pero se encontró con que, Marco, le enviaba una nueva ubicación y le decía que estaban en una cafetería al lado del

hotel, de manera que no tuvo que cambiarle las indicaciones al conductor que, al observarla tan pensativa, le buscó conversación para distraerla. Ella se lo agradeció y logró desligarse un poco de sus propios pensamientos, sin embargo, la agitación volvió al escuchar que habían llegado, y al bajarse sintió que la superaba a tal punto que creyó que las piernas no iban a sostenerla. Consciente de que tenía que afrontar lo que creía haber descubierto, se detuvo un momento, respiró profundo y se animó diciéndose que todo saldría bien porque la vida era una sucesión de pruebas y, llegado el momento, se superaban incluso varias a la vez. Luego llegaba la siguiente y se enfrentaba con más sabiduría porque las experiencias, aunque negativas, siempre aportaban algo positivo.

Estaba convencida de que era así, no obstante, su desasosiego continuaba. Respiró profundo, caminó, y entró.

Buscó con la vista a los dos amigos y los halló ocupando una mesa apartada. Aparentemente se mostraban tranquilos, y entendió que era lógico puesto que ella era la única que creía que, Alessandro, podía ser su padre.

Era quien tenía dudas, buscaba respuestas personales y había sacado conclusiones.

Cuando Giancarlo la vio caminar hacia ellos, dijo entre asombrado y extrañado:

—¡¿Alessia?! ¡Qué coincidencia!

Marco entendió que le sorprendiera y procedió a aclararle que no se trataba de una coincidencia, si no que estaba allí porque era la hija de Lucía. Y le comentó que ella era quien había llamado y se lo iba a decir mientras la tenía al teléfono, pero se distrajo cuando él le preguntó si quería verlos.

Giancarlo reaccionó incrédulo:

—¿Qué? ¿Ella es la hija de la novia de mi padre?

Marco asintió con la cabeza a la pregunta de su amigo, y le reconfirmó.

—Sí.

Alessia se acercó despacio, pensaba qué decir en medio de la situación atípica y desconcertante que enfrentaban los tres; sin embargo, al saludarse surgió espontáneamente la cordialidad que les

unía. Ninguno era culpable o responsable de la situación. Todo lo contrario, ellos viajaran con un objetivo altruista: cumplir una misión que creyeron traería felicidad. Y ella añoraba encontrar y parecía haberlo logrado, a pesar de compartir emociones de felicidad, inquietud y extrañeza.

Tras el cordial saludo, Marco fue el primero en hablar.

—Esto es tan atípico que no sabemos qué decir o cómo proceder. Vinimos a buscar a alguien para devolverle la ilusión al padre de Giancarlo, te conozco de una manera inusual y resulta que eres su hija, pero nuestro intento ha sido inútil porque tu madre murió hace mucho. Queremos que sepas que lamentamos de verdad si esto te incomoda o es motivo de tristeza para ti, aunque ya sabes que lo hicimos con la mejor intención.

Alessia, comprensiva, dijo:

—Lo sé, recuerdo lo ilusionado que estabas antes de ayer. En mi caso, desde niña tenía pendiente una búsqueda personal que me trajo a recorrer viejos lugares y, sin que ninguno lo imaginara, me habéis aportado un nombre que puede ser la respuesta a la gran incógnita de mi vida.

Marco no comprendió lo que le quería decir, pero recordó la pregunta que le había hecho por teléfono.

—¿El nombre del padre de Giancarlo?

—Efectivamente, Alessandro Cavalli. ¿Tiene más hijos?

—No, solo a Giancarlo.

Alessia asintió y manifestó nuevas interrogantes:

—¿Por qué buscáis a mi madre?, ¿por qué ahora? ¿Por qué no está él aquí?

—Alessandro no vino porque está en el hospital. Tuvo un accidente de automóvil hace tiempo y ha tenido muchos problemas de salud desde entonces.

»Por qué la buscamos y por qué ahora, pues todo empezó un día en que, Giancarlo, llegó de improviso al hospital y encontró a su padre escribiendo la carta que encontraste en el sobre. No tendría nada de particular que se entretuviera en ello, si no fuera porque se puso nervioso y la guardó rápidamente. Su reacción despertó la curiosidad de mi amigo y le preguntó para quién era. Alessandro le

contestó que para alguien que no la leería porque, a pesar de ser muy importante en su juventud, habían perdido el contacto.

»Giancarlo le comentó que, si le interesaba, podía recuperarlo, ya que mucha gente se reencontraba gracias a las redes sociales. Su padre le dijo que lo sabía, pero que era mejor dejar todo como estaba. Días más tarde, mientras le hacían unas pruebas, Giancarlo quedó solo en la habitación y pensó en que esa persona podía ser un aliciente para que recobrara su alegría. Buscó la carta, le hizo una foto y me la envió para que se la tradujera.

»Mientras lo hacía me di cuenta de que estaba en un compromiso, pero tenía que decirle la verdad. Giancarlo se molestó por lo que su padre sentía. Empero, días después, concluyó que, ya que aún pensaba en Lucía, encontrarla sería positivo para su recuperación; claro que tenía que contactarla sin decir nada, puesto que no sabía cómo reaccionaría ella, ni si estaba casada o tenía a alguien.

»Desconocía sus apellidos o cualquier otra pista que le ayudara a dar con Lucía, de manera que decidió indagar entre las cosas de Alessandro. Sabía que no estaba bien, pero se convenció de que era por una buena causa. Al hacerlo halló los correos electrónicos y la dirección. A partir de ahí planificamos llevar a cabo la misión, fallida, que creímos que traería felicidad.

Marco entonó el final de su explicación con lamento y, Alessia, balanceándose entre la pena y la esperanza, dijo:

—Puede que no sea fallida del todo. Quiero agradeceros que hayáis dejado el sobre y vuestros números de teléfono, a pesar de que la interesada hubiera fallecido.

Marco se alegró al escucharla.

—Me complace saber que no metimos la pata, debe de ser bonito saber que alguien tan cercano tuvo la oportunidad de vivir un amor así.

Alessia sonrió levemente, asintió con la cabeza, y aclaró:

—En el contenido del sobre todo parece ser muy bonito, pero en la realidad hubo algo más.

—Lo siento, ¿qué pasó?

Ella hizo un gesto de resignación y, mirando a Giancarlo, contestó:

—No tengo la menor idea. Quizás él lo sepa, ¿te importaría preguntarle?

—Por supuesto, aunque estoy convencido de que si hubiera algo malo no habría iniciado esto, créeme.

Marco conversó con Giancarlo durante unos minutos, los necesarios para ponerlo al tanto de la duda de Alessia, y que le contara lo que sabía del pasado de su padre con Lucía. Su información era escasa, ya que conocía lo que le habían dicho sus padres y en ningún momento ahondaran en la relación. No obstante, tras escucharlo, Marco pudo dar algo de luz a la interrogante de la joven.

—Todo lo que sabe es que su padre y su madre habían sido novios desde muy jóvenes, y que lo dejaron cuando él se vino a hacer un erasmus en España. Mientras estaba aquí se enamoró de una chica llamada Lucía, y al terminar el curso volvió a Roma con la idea de convencer a sus padres para regresar a Madrid, pero se encontró con que era padre de un bebé de meses. Como es lógico, quiso que creciera cerca de él, así que se quedó y, con el tiempo, se casó con Giulia, la madre de Giancarlo. Él era el bebé.

Alessia guardó silencio. Entendía que Alessandro antepusiera su condición y su amor de padre por encima de todo, pero ella también era su hija, ¿o no lo era?

Tras un instante de silencio, porque ellos la miraban a la espera de que hiciera algún comentario, y ella se debatía entre dudas y sin saber qué decir, Marco hizo un intento para aligerar un poco el momento, dibujó una leve sonrisa y añadió:

»La verdad es que no me extraña, porque Giancarlo me ha contado que su padre es una buena persona y su madre era increíble, así que él debe de haber sido un bebé encantador. Claro que es una lástima que haya crecido y cambiado tanto.

Giancarlo no entendió y, Alessia, continuó en silencio durante un instante, hasta que se dio cuenta de que había hablado de Giulia en pasado.

—¿Su madre también falleció?

—Hace un año. Giancarlo estaba estudiando en Portugal y recibió una llamada en la que le comunicaron que sus padres habían tenido

un grave accidente de coche. Por desgracia, su madre murió al momento, y su padre quedó tan mal que ha sido sometido a tres operaciones complicadas desde entonces, por eso está en el hospital.

Alessia empatizó con lo que había vivido Giancarlo y se entristeció. Conocía el dolor de perder a una madre y, por si esto fuera poco, su padre había quedado mal física y emocionalmente, de manera que hizo una mueca involuntaria de pesar con el rostro, y manifestó:

—Es horrible recibir una noticia así, tiene que haber vivido un año muy duro. ¿Puedes decirle que lo siento de verdad?

Marco le explicó a Giancarlo lo que acababan de hablar, y él la miró y pidió a su amigo que le transmitiera su agradecimiento y disculpas.

—Dice que gracias, y te pide disculpas por importunarte con una historia que pertenece al pasado.

Alessia, con cara de circunstancia y resignación al principio y pensativa al final, comentó:

—Dile que puede que la historia no pertenezca totalmente al pasado, y coméntale que, tras este año tan duro y a pesar de saber que será triste para su padre saber que mi madre ha muerto, puede que haya algo que le alegre, o no.

Al escuchar esto, Marco quiso conocer la razón para la posible alegría de Alessandro:

—¿A qué te refieres?

—A que él es la única relación conocida de mamá, hasta ahora.

—Además de tu padre —Marco puntualizó.

Alessia no estaba segura si era oportuno develar lo que pensaba, pero había sido ella quien llevara la conversación hasta el punto en que se encontraba, de manera que decidió seguir adelante. Se armó de valor y seriedad, y le explicó:

—Es posible que mi padre y Alessandro sean el mismo.

Marco, sorprendido, guardó un silencio interrogante. No quería interrumpirla y cortar lo que tenía que decir, de manera que la miraba expectante. También lo hacía Giancarlo, para tratar de entender algo. Y ella calló a la espera de que su interlocutor opinara sobre lo que acababa de decir: un gesto o una palabra, aunque

fuera de asombro… Una pregunta, quizás. Empero, se instauró una mudez que pareció más larga de lo que en realidad fue. Finalmente, Marco tomó la iniciativa:

—¿No conoces a tu padre?

—No.

—¿Qué te hace creer que es Alessandro? Puede que tu madre tuviera alguna relación que no conocieras.

—Tampoco conocía esta, pero están nuestros nombres: Alessia…, Alessandro —dijo entre dudosa y concluyente.

—Tienes razón, es una pista, aunque es un nombre bonito que pudo gustarle sin más.

—Cierto. Sin embargo, un día, mientras navegábamos en el Parque del Retiro, le pregunté cuál era el nombre de mi padre y me contestó que se llamaba como yo. Era pequeña y me hizo gracia, así que le dije que era un chico y no podía llamarse Alessia, y ella rio divertida por mi respuesta, no obstante, ahora la suya tiene sentido. Claro que, dado lo mucho que se quisieron, puedo ser sietemesina y habérmelo puesto para recordarlo. Pero, entonces, ¿por qué esa respuesta?, quizás porque yo era pequeña y creyó que no entendería otra explicación…

Alessia hizo un gesto de duda con sus hombros, cara y cabeza, y continuó:

»Aun así, lo que más fuerza tiene en mi cabeza es que la fecha de los mensajes coincide con el inicio de mi gestación; adicionalmente, en el último correo electrónico ambos tienen algo muy importante que decirse.

Alessia hizo una pausa y bebió un sorbo del zumo de naranja que había pedido, mientras ellos la miraban y escuchaban con atención, aunque solo Marco era consciente de la importancia de lo que decía, y su rostro mostraba la expresión de quien acaba de darse cuenta de que su misión había dado un vuelco total. Tan trascendental, que no quiso aventurarse a calificarlo de positivo o negativo; pero se preguntó cómo tomarían Giancarlo y Alessandro la noticia, de ser verdad lo que ella decía.

Pensó en la poca gracia que le había hecho a su amigo el saber que su padre seguía enamorado de alguien que no era su madre, y

ahora tenía que transmitirle que ese amor tenía consecuencias. Era algo complicado y precisaba comunicárselo con la misma calma y franqueza con que, Alessia, acababa de decírselo, lo cual era muy difícil, puesto que las palabras de ella estaban impregnadas de nostalgia, temor, inquietud y sentimiento, ante el hallazgo de lo que siempre había buscado y una posible realidad que cambiaría su futuro, mientras que él vivía un momento cuya única consecuencia era una emoción que le conmovía, más sabía pasajera.

Experimentó la necesidad de abrazarla y decirle que no se preocupara, que sus sospechas se aclararían y, de ser cierto, era algo bueno, pero se contuvo; luego quiso levantarse y salir a la calle para tomar aire. Él mismo necesitaba tiempo para pensar, pero sus amigos estaban expectantes y desistió.

Giancarlo lo miraba interrogante, ansioso por saber qué pasaba y, Alessia, se mostraba angustiada, sensible. Él dudaba qué hacer, pero tenía claro que les brindaría su apoyo incondicional porque estaba seguro de que le acompañaban dos corazones nobles que merecían ser felices y, de ser hermanos, se encontrarían con una realidad muy importante y positiva que traería cambios a sus vidas.

Hizo señas a una camarera, y preguntó a sus acompañantes qué querían. Alessia contestó que estaba bien con su zumo, mientras que, Giancarlo, pidió un café; empero, Marco le aconsejó que lo cambiara por chocolate, ya que era estimulante y a la vez relajante. Había llegado el momento de traducirle lo que acababa de escuchar y necesitaba que su amigo recibiera la noticia con entusiasmo y sosiego.

Giancarlo lo observó dudoso, desconocía el motivo por el cuál debía de tomar algo estimulante y relajante. Marco le sostuvo la mirada y le hizo un gesto de convencimiento con la cabeza. Él se encogió de hombros porque confiaba en su amigo y la sugerencia también le gustaba.

—Chocolate —dijo.

Alessia intentaba aparentar una calma que no sentía y, sin darse cuenta, hacía tirabuzones con su cabello, se tocaba la cara... Marco se percató, y en un instante en el que puso una de sus manos sobre

la mesa, aprovechó para colocarle la suya encima, mirarla a los ojos y aseverar:

—Tranquila, todo va a salir bien. De ser ciertas tus sospechas, Giancarlo se contentará al saber que tiene una hermana, y tú contarás con el mejor de los hermanos.

—Aunque así sea, todo esto es muy extraño. Desde niña deseaba saber quién era mi padre, y ahora que creo haberlo descubierto me inquieta lo que pueda pasar.

Marco empatizó con su temor e intentó serenarla. La miró con seguridad y dulzura, le sonrió, hizo un gesto afirmativo y dijo convencido:

—Verás que son buenas personas. Además, si resulta que son tu familia, habrás añadido a tu vida un tres por uno, puesto que tu medio hermano viene con amigo incluido.

Ella esbozó una leve sonrisa y él se mostró complacido al ver que se sentía algo más cómoda. Enseguida, decidió que era el momento de hablar con Giancarlo, y la conversación transcurrió bajo la mirada atenta de Alessia, quien halló entre ellos la complicidad y el afecto que había percibido el día anterior, cuando todo era diversión.

Al cabo de un momento, en medio de la conversación, Giancarlo exclamó en su idioma natal:

—*Cosa stai dicendo?! È mia sorella? Non ti credo!* —¡¿Qué dices?! ¿Ella es mi hermana?, ¡no te creo!

Habló rápido y en italiano y, Marco y Alessia, no entendieron lo que dijo, pero comprendieron perfectamente su tono y reacción, ya que hubiera sido la suya propia, de ser al revés.

Giancarlo se percató, lo dijo en portugués, y aclaró que su padre era un hombre de familia, responsable, sincero y honorable, que nunca hubiera ocultado que tenía una hija.

Marco intentó calmarlo adicionando que se trataba de una sospecha de Alessia, basada en concordancias que había hallado al leer la carta y los correos que le habían dejado, de manera que no tenía que ofuscarse porque, seguramente, su padre despejaría las dudas con una buena explicación o aclaratoria al respeto.

Era consciente de la extraña e injusta situación que vivían sus amigos, y lamentaba que ambos estuvieran pasando por algo así, de

manera que se esforzó en hacer su mejor intento para que se entendieran las posturas de cada uno y, con calma y la certeza de que lo que ella le había contado tenía lógica, le explicó los detalles que concordaban.

Por fortuna, a medida que Marco hablaba, Giancarlo se iba calmando y pasó a contemplar la posibilidad de que la chica que estaba sentada frente a él, fuera su hermana. Al hacerlo, confirmó que hablaría con su padre y confiaría en lo que le dijera, porque solo él tenía la verdad y las respuestas. Y, como viajaba esa tarde a Roma, iría directamente desde el aeropuerto al hospital.

El nerviosismo de Alessia, quien observaba el tono de voz, la expresión del rostro y los movimientos de Giancarlo, así como la afabilidad y seguridad con que se expresaba Marco, incrementó cuando entendió que su posible hermano decía que hablaría con Alessandro esa misma noche y, aunque era lo que deseaba que hiciera, saber que sería tan pronto suscitó sus dudas y conclusiones: ¿A caso estaba equivocada y veía lo que no era? Si lo negaba y rechazaba conocerla, nunca podía comprobar si estaba en lo cierto o no…

Una melodía conocida puso fin a sus cavilaciones momentáneas, y al sacar su teléfono móvil del bolso vio que quien llamaba era Carolina. No quería interrumpir la conversación de los chicos, de manera que se levantó para contestar, y se alejó mientras hablaba.

—Hola yaya, todo bien. Estoy reunida en una cafetería con Marco y Giancarlo.

—La sonrisa. Su sonrisa.

—Yaya, ¿de qué hablas?, no estoy viendo el cuadro de la Mona Lisa.

—Es eso, lo noté desde que lo vi. Ambos tenéis la misma sonrisa, la forma de la cara y algunos gestos.

—¿Ambos? ¿Quiénes?

—Es verdad, tú y Giancarlo sois hermanos. ¿Os lo ha confirmado Alessandro? ¿Ya lo conoces?

Carolina hablaba con tanta prisa y nervios, que no escuchaba y atropellaba a Alessia.

—Yaya, cálmate y escucha. Estamos en una cafetería, pero únicamente Giancarlo, Marco y yo. Alessandro está hospitalizado en Roma.

—Vaya. ¿Qué le pasa?

—Tuvo un accidente automovilístico.

—Típico, cuando la gente se está muriendo mira hacia atrás y quiere arreglar las cosas. Yo creo que, sin perder tiempo, tienes que ir a Roma, no vaya a ser que para luego sea tarde. Seguro que Adriana te acompaña.

—Tranquila, yaya. Iré, pero antes he de contarle a los abuelos lo que ocurre. Es cierto que está en el hospital, pero el accidente fue hace un año y se está recuperando.

—Nunca se sabe. A los abuelos se lo puedo decir por teléfono. Si envió a los chicos a buscar a tu madre es porque está grave y quería veros.

Alessia dijo con determinación:

—Yaya, por favor, esto es cosa mía. Y en cuanto a que quería vernos, sería a mamá porque a mí ni siquiera me menciona. Los chicos vinieron por iniciativa propia, no porque él se lo pidiera, así que, al parecer, la única interesada en que nos conozcamos soy yo.

Carolina, cortada, dijo:

—Caray, parece que estoy equivocada en todo —luego, continuó decidida—: Bueno, pero si quieres conocerlo, es mejor que lo hagas cuanto antes. Además, si vinieron ahora, es porque este es el momento. No lo pienses y ve a Roma.

Enseguida, sin darle tiempo a replicar, cortó la llamada. Alessia había caminado mientras hablaba y se encontraba en la acera, delante del café, donde permaneció pensativa.

Había imaginado que el encuentro con su padre sería tranquilo; los dos estarían felices, hablarían, aclararían y se contarían muchas cosas. Al pasar el tiempo crecería el cariño y compensarían la ausencia, o no, pero iniciarían un camino en el que sus manos estarían tendidas en caso de necesidad.

Ahora le asustaba pensar que ese día estaba cerca y que, además, tenía un posible hermano. No obstante, todo podía ser un espejismo.

Por otra parte, Carolina tenía razón, la vida le había enseñado que bastaba un segundo para que el momento oportuno quedara en el ayer, para que fuera irreversiblemente tarde. Empero, también le había demostrado que todo llegaba a su momento, y que quienes nos amaban merecían respeto y consideración.

Se dio cuenda de que estaba inquieta y divagaba entre conjeturas, sospechas y realidades, y echó de menos la intimidad de su balcón para serenarse. Contemplar el Mediterráneo y dejarse llevar por el abrazo plácido que la envolvía en La Perla de la Costa Blanca. Quería recuperar la calma, sosegar la zozobra que le producía la posibilidad de conocer y descubrir la verdad que le contaría Alessandro. Y también la que le generaba el imaginar cómo lo tomarían los abuelos. Luego consideró que, Giancarlo, seguramente estaba tan confundido como ella.

Estaba a punto de entristecerse, cuando se fijó en los pequeños arbolitos que alguien había plantado, en fila, muy cerca del borde de la amplia acera que la sostenía. Eran jóvenes, hermosos y daban color, vida y movimiento al concreto y al asfalto. Los halló frágiles, e incluso solitarios por la separación entre ellos. Sin embargo, el conjunto dibujaba una preciosa línea que obsequiaba la afable sonrisa que muchos necesitaban, ella incluida; y se la devolvió suave e involuntariamente. Tras contemplarlos un instante, encontró firmeza en los troncos que, aunque delgados, resistían una y otra vez al gélido invierno y se robustecían año tras año. La presencia de las hojas, con su movimiento y su verde joven y vivaz, le recordó que la vida persistía, que era fecunda y se embellecía, por ello se habían cubierto de flores preciosas y frágiles, cuyos tonos, blanco y rosa, añadían luz al momento. Sonrió y, justo entonces, empezó a llover y motivó que se resguardara bajo la cornisa de la entrada.

Desde allí, sus ojos se posaron en un diminuto parque para niños que estaba al otro lado de la calle, en el que pequeños y grandes corrían para guarecerse. Aquella imagen trajo a su memoria una fotografía en la que estaba a punto de lanzarse por un tobogán, en cuyo reverso su madre había escrito:

«Aunque el mundo esté patas arriba. Aunque el dolor sea profundo, la lucha ardua no de resultados, la esperanza se debilite y el miedo te paralice, ten presente que tu misión en la vida es seguir adelante porque eres única, valiosa, importante; y porque más allá de las tinieblas hay luz. Una luz que se manifiesta en formas y momentos que no imaginamos ni esperamos, pero nos devuelve la sonrisa. Confía»

Asintió con la cabeza y sonrió porque allí estaba la respuesta que necesitaba. Ignoraba por qué su madre acostumbraba a escribir mensajes en las fotos, también desconocía si eran de su autoría o se trataba de algo que había leído y lo anotaba para recordarlo, pero estaba segura de que, a pesar de irse tan joven, en su legado le había dejado una guía de vida. La abrazó mentalmente, respiró profundo y entró haciendo uso del consejo: confiada.

La interrupción había dado tiempo para que los chicos conversaran a solas y, al volver, Giancarlo se había calmado y la recibió con una mirada interrogante y gentil. Marco le regaló una sonrisa comprensiva, y le dijo amablemente:

—No sé qué propones, pero nosotros consideramos que lo más conveniente es esperar a que, Giancarlo, hable con su padre. Es probable que nos hayamos metido donde no debíamos, pero también existe la posibilidad de que se contente con tu existencia, de manera que, una vez le cuente lo que hicimos y lo que encontramos, le preguntará si quiere conocerte. ¿Estás de acuerdo?

Alessia sonrió nerviosa, era lo que deseaba, y dijo:

—Lo estoy. Necesito saber qué pasó y, si es mi padre, me gustaría que nos relacionáramos. Claro que, en caso de que no esté de acuerdo, respetaré su decisión.

Marco percibió una mezcla de sentimientos en sus palabras, y dijo en tono comprensivo:

—No te preocupes, todo va a salir bien. Estoy seguro de que hay una buena razón para que no haya formado parte de tu vida, y también de que, en caso de que sea tu padre, estará contigo de ahora en adelante.

Ella sonrió levemente y con preocupación.

—Ojalá sea así. Pero si algo saliera mal, me gustaría continuar la relación con Giancarlo.

Marco bromeó.

—Te vas a arrepentir, te lo aseguro. Yo le huiría mientras sea posible, porque me dijo que también quiere estar en contacto contigo. Si te arriesgas, te compadezco.

Ambos rieron. Luego, Marco, convencido y en son de chanza, concluyó:

»En realidad es un chico fantástico y os vais a llevar bien. ¡Ah! Y no olvides que me necesitáis como traductor, e incluso como intérprete para suavizar vuestras broncas, que desde ya te advierto que serán muchas.

Al finalizar sus palabras, Marco mostraba una amplia sonrisa y un guiño con los que le infundió tranquilidad. Ella le devolvió la sonrisa y miró a Giancarlo, quien, sin entender el motivo, se les unió porque quería y necesitaba ser parte de lo que estaba sucediendo. Alessia lo tomó como la señal de que estaba dispuesto a aceptarla en su vida, y se alegró.

Enseguida, Marco lo puso al tanto y él manifestó que lo había pensado mejor y, antes de hablar con su padre, debía de consultar con su médico si estaba en condiciones de recibir una noticia así, dado el impacto que podía causarle el saber que Lucía había muerto y que había una chica que decía que era su hija. Sus amigos estuvieron de acuerdo en que, dadas las circunstancias, era lo mejor y lo correcto.

Mientras Marco ejercía de traductor con Alessia, Giancarlo se preguntó qué había pasado para que su padre no supiera que tenía una hija. Estaba seguro de que era así, o se lo hubiera dicho. Inconscientemente, gesticuló negando con la cabeza, como si tratara de autoconvencerse, y recordó que las personas buenas, algunas veces, hacen cosas malas sin quererlo ni pensarlo, que pasan por momentos extremadamente duros que no merecen, y que también se equivocan. Entonces, su amor de hijo le llevó a concluir que había una explicación y necesitaba conocerla sin sacar ningún tipo de conclusión o juzgar con anticipación.

Alessia quería aportar algo de luz al misterio que intentaban desvelar, pero era tan ignorante de lo sucedido como Giancarlo, de manera que la situación derivó en silencio y, tras un momento que se le hizo eterno, Marco cambió el tema de conversación. Poco a poco, contar con alguien que ponía todo su empeño para amenizar el encuentro, terminó por hacerles vivir un memorable primer acercamiento como posibles hermanos.

Lo fueran o no, Marco los observaba atentamente y comentó que, a pesar de no haber tenido contacto alguno previamente, compartían opiniones, gustos, gestos y sonrisa. Entonces, motivó la risa de los presentes al puntualizar, y traducir inmediatamente, que no entendía como la sonrisa de Alessia le podía parecer preciosa y seductora desde el primer momento, mientras que la de Giancarlo solo era una sonrisa que conocía hacía tiempo y en la que se acababa de fijar buscando parecidos.

El resto de la conversación fluyó con el buen ánimo, la afinidad y confianza que habían compartido antes de que se presentara la tensión por el descubrimiento. Giancarlo y Alessia acordaron que necesitaban aprender un idioma común para comunicarse, porque no siempre iban a tener al traductor con ellos. Tras pensarlo un momento, él confirmó que aprendería español, y ella italiano. Marco acotó que era una pésima idea porque lo dejaba fuera, de manera que, la condición para contar con sus servicios hasta que pudieran entenderse, era que pactaran hablar en español cuando estuvieran los tres. Rieron, y lo hicieron.

Después decidieron llevar a Giancarlo a conocer la zona de Cibeles. La lluvia había cesado y el sol mostraba una capital llena de esplendor. Ese que se percibe y aprecia cuando el ambiente es limpio, despejado, y permite que sobresalga la luz diáfana, radiante y acogedora. Sin dudarlo, decidieron vivir el frescor luminoso del momento porque querían crear, atesorar y llevarse los mayores recuerdos posibles del viaje que, sin lugar a dudas, recordarían siempre.

Alessia se percató de que su ánimo se cubría con matices de optimismo y esperanza. Era como si la precipitación se hubiera

llevado sus preocupaciones y, cuando el suelo mojado les ofrecía algún pequeño charco en el que se reflejaban los tres, le parecía gracioso y raro, pero, sobre todo, novedoso y sorprendente.

Los chicos eran prevenidos, habían entregado la habitación temprano y depositaran el equipaje en el coche de Marco. A las cuatro de la tarde lo abordaron y llevaron a Alessia hasta el portal de Carolina, después continuaron rumbo al aeropuerto para que, Giancarlo, tomara su vuelo a Roma, y Marco emprendió su vuelta a Lisboa, por carretera.

Le hubiera gustado quedarse y acompañar a Alessia o viajar con Giancarlo. Quería apoyarlos, pero tenía agendado un examen a la mañana siguiente y era muy tarde para hacer cambios.

La abuela la había convencido de que todo pasaba por algo, aunque muchas cosas escaparan a su comprensión y, al bajarse del vehículo, en lugar de llamar para que le abrieran, Alessia se desvió y caminó hacia el parque. Sentía la necesidad de reflexionar y quería hacerlo a solas. Precisaba analizar y visualizar sus posibilidades entre la soledad y el silencio que la vida le había dado por compañía, en los momentos importantes.

El reencuentro con Carolina y Adriana le resultaba fantástico, sin embargo, se sentía presionada ante la determinación de la yaya. Tenía que hacerle entender que no podía irse sin más. Sin hacer a los abuelos partícipes de lo que ocurría, y tampoco podía presentarse donde no sabía si la querían ver. Todo requería su tiempo. Tiempo para contarle a sus abuelos que creía haber encontrado a su padre, y tiempo para irrumpir en la vida de Alessandro.

«Tiempo», escuchó el pastor alemán que olisqueaba la pata húmeda del banco en que estaba sentada, y se fue, como si le hubiera entendido y quisiera darle lo que pedía. Acto seguido, consideró que viajar con Adriana podía ser una buena idea, puesto que conocía Roma, hablaba italiano y le agradaba su compañía, lo cual la convertía en un excelente apoyo. Sin embargo, al pensarlo, se dio cuenta de que era una de tantas ideas de Carolina, puesto que acababa de enterarse de que, Alessandro, no estaba allí, por lo tanto, necesitaba que la propia Adriana le confirmara que quería y

podía hacerlo. Adicionalmente, estaba casi segura de que la abuela querría acompañarla y, de ser así, ella tenía la prioridad. Claro que también podían ir las tres.

Era consciente de que vivía una situación en la que precisaba ser cuidadosa para que todo saliera bien, y a la vez le ilusionaba la posibilidad de conocer a su posible padre lo antes posible, sobre todo porque la yaya le había sembrado el gusanito de que posponerlo podía implicar llegar tarde. Entonces, recordó la costumbre de su madre y el escrito en el anverso de otra fotografía. Como el resto, estaba en un álbum con el interior de plástico transparente, y carecía de la compañera del reverso, lo que le permitía leer lo que había puesto. Por un instante divagó con que, tal vez, plasmaba el sentir que le embargara al tomarla, o el que le producía verla.

Esta vez era una imagen de las dos, ella tenía pocos meses y su madre la sostenía en brazos. No le había puesto fecha y tampoco identificaba el lugar dónde había sido tomada.

> «Cuando sientas que los caminos se complican, ten presente que las decisiones forjan destino y elige. No temas equivocarte porque hacerlo es parte del vivir, y agradece por tener la oportunidad de escoger, ya que quien no la tiene es porque enfrenta una situación muy triste. Y si tienes duda, recuerda que el amor te llevará a la gloria, elígelo siempre».

Por primera vez, se percató de que su madre y su abuela se parecían en su costumbre de filosofar sobre la vida. Luego concluyó que lo mejor era dejar los pensamientos en reposo, porque al retomarlos vería las cosas de forma diferente, con más claridad, e incluso consideró que el acontecer le daría alguna señal.

Se levantó y caminó hasta el portal de Carolina, pulsó varias veces el botón del telefonillo, pero nadie contestó. Jorge dormía plácidamente, acostumbrado a ignorar el sonido que, de hacerle caso, le impediría estar despierto y atento en su trabajo. Entonces, sacó su teléfono móvil y vio que tenía dos llamadas perdidas de su abuela, pero pensó que no era momento para hablar con ella porque aún no sabía qué hacer, y marcó el número del móvil de Carolina.

Adriana y ella merendaban en una panadería cercana y le envió la ubicación. Aunque había decidido no pensar, por el camino escuchó a su corazón y tomó una decisión. Al llegar se topó con un lugar tranquilo y sencillo, que la reconfortó nada más entrar. Se dirigió a la mesa donde estaban y las saludó contenta, mostrando, sin darse cuenta, la satisfacción que sentía.

—¡Hola!, aquí estoy, lista para someterme al interrogatorio, así que espero que no sea muy largo y me dejéis en libertad sin fianza ni condiciones.

Adriana y Carolina rieron, y la primera bromeó:

—Ve al mostrador para que te deleites con las opciones, y elige más de una porque vas a necesitar fuerzas.

Alessia le hizo caso. Y, mientras le ponían lo que pidió, se entretuvo escuchando la letra de *El Mundo,* el tema de Jimmy Fontana que sonaba de fondo. Pensó que tenía una letra real como la vida misma, porque el mundo giraba con amores que comenzaban, con amores que se habían ido, no se paraba ni un momento, y al morir la noche llegaba el día. El mensaje le resultó muy oportuno, y le reforzó la decisión que había tomado. Regresó a la mesa con una sonrisa, pensando en que era el momento de enfrentarse al «cuestionario policial», aunque hubiera preferido hacerlo en la privacidad de la casa de Carolina.

Tal como esperaba, su yaya preguntó primero.

—¿Todo bien?

Alessia asintió con la cabeza y una sonrisa, y dijo:

—Todo bien.

—¿Cuándo os vais a conocerlo?

Contestó con dulzura y firmeza:

—Aún está por definir quién y cuándo.

—Claro, lo habláis ahora y decidís.

Alessia pensó que no había esperado para ponerla en la tesitura de decidir, y quiso hacerle entender que no había que apresurarse.

—Yaya, hemos avanzado mucho. Ayer a esta hora no tenía idea de quién era mi padre, y ahora estamos hablando de ir a conocer a quien probablemente lo sea. Es algo increíble, sin embargo, hay

circunstancias que debo respetar y cosas que tengo que hacer primero.

Adriana intervino con su aplomo característico.

—Estoy de acuerdo, no hay que apresurarse. Cuéntanos, ¿qué habéis acordado?

—Giancarlo va a hablar con su padre, contarle que mamá murió y preguntarle por qué no le habló de mí, ya que, de ser mi medio hermano, no tenía la menor idea de mi existencia. Y, claro está, Alessandro es quien confirmará nuestras sospechas, decidirá si quiere o no conocerme y despejará otras incógnitas. Sin embargo, su estado de salud no es el ideal. Ha sido operado tres veces en un año, permanece en el hospital y está triste por la pérdida de su esposa, de manera que su hijo hablará con él cuando el médico lo autorice. Una vez lo haga, y en caso de que quiera conocerme, tendrá lugar el viaje a Roma, pero no puede ser de inmediato ni por sorpresa.

Adriana y Carolina escuchaban atentas, y esta dijo:

—Vaya, es una situación complicada a la que se suma el enterarse de la muerte de Lucía, el pobre se va a llevar otro disgusto.

Adriana, primero compungida y luego con esperanza y convencimiento, comentó:

—Tienes razón. Otro dolor más para él. Aun así, ha tenido una vida sin Lucía durante muchos años, y es posible que combine su pena con alivio al saber que Giancarlo conoce su secreto y no se lo recrimina. O eso parece, puesto que todo fue bien durante la conversación. Además, a pesar de lo que pueda o no reprochársele cuando sepamos qué pasó, ha sido un buen padre porque su hijo parece una buena persona, de manera que seguramente lo conoceremos. Viajaremos a Roma, y será pronto.

Carolina intervino:

—¿Qué tiene?, ¿por qué sigue en el hospital?

Alessia paladeaba uno de los pequeños dulces que había elegido y corroboró lo que le dijera su madrina: estaba muy rico. Al tragar, respondió la pregunta de Carolina.

Contó lo que sabía sobre el accidente de Alessandro, les dijo que en él había muerto la madre de Giancarlo, y las puso al tanto de las

operaciones y la tristeza en la que estaba sumido desde entonces. No obstante, la curiosidad de ellas era mayor que la suya y le hicieron preguntas para las que no tenía respuesta, en consecuencia, llegó un momento en el que bromeó con que se declaraba culpable, puesto que necesitaba terminar con la interpelación.

Las tres reían cuando su teléfono sonó.

—Hola, abuela. ¿Cómo estáis?

—Estamos bien, ¿qué tal tú?

—Contenta. Acompañada por Carolina y Adriana en una panadería. Ha sido un día intenso y necesito contaros algo, así que regresaré mañana.

Adriana y Carolina la miraron sorprendidas, y la abuela se preocupó

—¿Qué te pasó?

—Tranquila, no es lo que me pasó, es que creo haber descubierto algo muy importante, y tenemos que hablar sobre ello personalmente.

—Me estás asustando. ¿De verdad estás bien?

—Sí, claro que sí, muy bien. Para que me creas, te voy a mandar una foto de las tres con lo que queda de mi infusión y los deliciosos pastelitos que estoy disfrutando. Ah, te aclaro que los platos y tazas de Carolina y Adriana están vacíos porque llegaron antes.

—¿Hoy no estuviste con ellas?

—No, abuela. Me ocupé de ese descubrimiento que te mencioné.

—¿Y no piensas contarme de qué se trata?

—Mañana, abuelita, por eso quiero volver pronto.

La abuela, conforme, dijo:

—Si no queda más remedio…, te noto contenta y eso es lo importante. Ojalá que hayas encontrado las respuestas que buscabas.

—Es probable que incluso más.

Resignada, comentó:

—Ahora te has puesto misteriosa, pero como sé que cuando no quieres no dices nada, ya nos contarás.

—Hasta mañana.

—Espera —dijo preocupada—. No puedes hablar porque estás con ellas, pero te pasa algo, ¿es eso?

—No me pasa nada malo, abuelita, créeme, estoy sorprendida y un poco dudosa, pero bien. ¿Quieres que se ponga Carolina y te lo confirme?

—No te preocupes. Si tú me lo aseguras, te creo.

Al terminar la llamada, Alessia, se dio cuenta de que sus acompañantes la miraban interrogantes. Les sonrió dulcemente, tomó un sorbo de su infusión, y dijo:

—Sé que esto no tiene nada que ver con lo planificado y no esperabais que me marchara tan pronto, pero necesito hablar con mis abuelos.

Ambas le devolvieron la sonrisa y asintieron con la cabeza en señal de entendimiento. Luego, Carolina añadió amorosa:

—Prométeme que volverás pronto. Me había hecho mucha ilusión tenerte aquí.

—Lo prometo, yaya. No hay nada mejor que compartir en persona. Y me has mimado tanto que volveré muy pronto.

Alessia habló con el corazón, y sus palabras estuvieron acompañadas por una mirada en la que pudieron leer que lamentaba irse, pero era lo que debía y quería hacer.

Adriana puntualizó:

—No te preocupes, te entendemos perfectamente. Ya me había hecho a la idea de que volaríamos juntas en mi regreso a Italia, pero te esperaré allí el tiempo que necesites y te acompañaré a conocer a tu padre.

—¿También tú estás convencida de que lo es?

—Totalmente. Conocí a tu madre y sé que es él.

—¿Y si no lo es y por eso no volvieron a hablar?

Carolina, con el propósito de despejar las dudas y levantar el ánimo, acotó:

—Ya te dije que tu sonrisa y algunos gestos son iguales a los de Giancarlo. Si el tal Alessandro no es tu padre, es tu tío o tu abuelo. No sé qué, pero algo es.

Alessia entendió que acicalaba sus palabras con entusiasmo, un guiño y una sonrisa, para alegrarlas y desviar la pena que le

producía el saber que pronto se separarían.

Adriana tomaría su vuelo temprano, como estaba previsto; y ella cambiaría su billete de vuelta a casa por uno inmediato, para hablar con los abuelos cuanto antes. La fecha del siguiente encuentro quedaba en el aire, a la espera de que se dieran las circunstancias.

Y también la de su próximo destino, porque dependía de Giancarlo y Alessandro.

11

Un mar de dudas

Adriana, Alessia y Carolina vivían los últimos momentos de un fin de semana lleno de emociones, de encuentros inesperados e incógnitas que dejaban huella en sus corazones y marcaban un antes y un después en la vida de la joven, quien sentía que lo más importante era averiguar si Alessandro era su padre y, de serlo, si la quería en su vida. Esto le recordó que necesitaba aclararle algo a su madrina, la miró, y le dijo:

—Cuando mi abuela se entere de que voy a ir a Italia, lo más probable es que quiera acompañarme.

—Es perfectamente entendible. Si tuviera una hija o alguien a mi cargo, también haría lo posible para que no viajara sola a encontrarse con un supuesto padre, que vive en otro país y cuya existencia acaba de descubrir, y dos chicos que aparecieron casual y recientemente en su vida. Pero recuerda que necesitas a alguien que te ayude con el idioma, y ahí entro yo. Os acompañaré a las dos y así la conozco.

Enseguida, con un guiño y una sonrisa cómplice, comentó:

»A menos que quieras que Marco ocupe mi lugar.

Carolina miró a Adriana con picardía, y acotó:

—Apostaría a que lo prefiere, yo lo haría.

Alessia se sonrojó, y aclaró:

—No estaría mal, pero no habla italiano y eso complicaría la comunicación con Alessandro. Por mí, puede ir quien quiera, incluso te puedes unir tú, yaya.

—No, yo no me apunto. Le tengo pánico a las alturas y al encierro, así que conmigo no contéis. Me hubiera gustado, pero no puede ser.

—Te vienes en tren —dijo Adriana.

Carolina bromeó:

—¡Ah, eso es brillante! Se lo digo a Jorge de inmediato.

Alessia intervino:

—¡Puf! Pobre Alessandro, entre la abuela y vosotras. Tres a interrogarle, no sé yo. Solo falta que se una el abuelo para que el hombre salga corriendo del hospital.

El resto del domingo transcurrió en medio de planes, bromas, risas, inquietud e incertidumbre, y en la madrugada del lunes decidieron dormir unas horas. Al despertar, Jorge llevó a Adriana al aeropuerto para que tomara su vuelo de regreso a Milán.

Poco después, Carolina acompañó a Alessia hasta la estación y allí, tras cambiar la porción restante de su billete para poder abordar el primer tren, se despidieron con un abrazo fuerte en el que estaban implícitos el cariño que las unía, la sensación de no saber cuándo se volverían a ver, y la sonrisa cariñosa, agradecida y complacida que brotaba de sus corazones por los días y sorpresas que habían compartido. Al soltarse, la yaya la miró con amor y convencimiento, y le confesó que su visita había sido lo mejor que le había pasado en años. Había sido tan maravilloso tenerla con ella que le había devuelto la ilusión y solo podía pensar en que la volvería a ver pronto. Así evitó el significado del adiós y se centró en la dicha que sentía por lo vivido en compañía de aquella jovencita, a la que quería y sentía como si llevara su sangre.

Alessia partió esperanzada. Tras vivir su sueño, confiaba en que regresaría pronto y tenía su fe e ilusión puestas en el futuro. Notificó a la abuela su hora de llegada y, aunque sabía que ella se lo decía al abuelo, le envió un mensaje cariñoso también a él porque lo imaginó extrañado por su repentino regreso. Una vez más, su día incluía un coctel de sentimientos que iban desde la tristeza por las despedidas que disfrazaban, hasta la felicidad que le propiciaba lo que había descubierto, pasando por la inquietud que le generaba la reacción de los abuelos o lo que sentiría al ver a su padre.

Imaginó que, tal vez, era el chico que le había comentado la abuela. Al que había visto hablar con su madre y, probablemente, la había animado a marcharse a Madrid. De ser así, quizás no les

agradaría mucho que lo hubiera encontrado, y menos que viviera en Italia, pero apostaba por un entendimiento entre todos.

Casi no hablaba de la partida de su madre con ellos, porque sabía que era un tema que motivaba la tristeza en sus corazones. Adicionalmente, tenía la sensación de que en el abuelo habitaba el sentimiento de culpa, de manera que evitaba indagar para que no se sintieran mal. Sin embargo, había llegado el momento de ir directo al grano porque, una vez más, la vida le demostraba que tenía sus propias reglas, sus caprichos. Y los imponía.

El regreso, que imaginara hacer complacida, relajada y plena de satisfacción pensando en los recuerdos recuperados de los momentos hermosos vivido en su infancia, transcurrió entre miles de incógnitas en las que su querida mamá asomaba, más no era la protagonista, y alguna cabezada producto de las emociones vividas y el cansancio que la dominaba tras dos noches sin dormir suficiente.

Había curado una vieja herida, recibido y atesorado el añorado abrazo de su madre en algunos de los lugares que pertenecían a ambas, y la magia de lo vivido luchaba por aflorar y apoderarse de su sentir, de sus evocaciones. Sin embargo, las nuevas inquietudes surgían una y otra vez, y se posicionaban en primer plano.

Mantuvo una lucha para entender cómo algo tan maravilloso y esperado, podía ser opacado por la incertidumbre que le producía lo que creía haber descubierto. Caviló sobre la alternativa de no decir nada a los abuelos, enviarle un mensaje a Giancarlo y pedirle que no hablara con su padre, pero consideró la posibilidad de que ya lo hubiera hecho. Quizás lo mejor era dejarlo todo como estaba, y con el transcurrir del tiempo lograría calmar el vendaval y autoconvencerse de que no era hija de Alessandro, por eso no había formado parte de su vida. Después volvería a Madrid y daría a sus hermosos recuerdos el lugar que merecían, el que soñara y quería.

Podía seguir con su vida, con la que tenía y conocía...

No. Ya no, porque tenía frente a sí la oportunidad que siempre había deseado, y le resultaba imposible renunciar a ella. Era el momento, su momento.

Hizo los trasbordos sin darse cuenta y al llegar a Altea experimentó el abrazo de la bienvenida. Fue tan fuerte que la distrajo de sus cavilaciones. Estaba en casa. En el lugar en el que había recibido calor durante su invierno, donde todos la trataban con cariño y le brindaban amistad desde que llegara, a pesar de que al principio elegía abrazar la soledad con frecuencia. Y, sobre todo, estaban ellos: los abuelos que tanto la querían y a los que amaba, aunque a veces discreparan.

Caminó hacia la playa, su playa. La hermosa ensenada con canto rodado en lugar de arena, en la que no había podido construir el castillo que soñara hacer con su madre, pero en cuyas piedras hallaba la talla del paso del tiempo y los aconteceres que atestiguaran en el río cercano, y contaban al mar que las bañaba. El mismo que se llevara sus lágrimas y su dolor. Y volvían a estar ellos: los abuelos que la condujeran a diferentes bahías de preciosos turquesas, en las que le habían ayudado a edificar sus castillos de blanca arena.

Al llegar al boulevard se detuvo para impregnarse con la visión y el olor del Mediterráneo. Después caminó por el paseo, y esbozó una sonrisa ante la sensación que la envolvía, la generosidad, la paz y el arte que le rodeaban. Arte era la palabra con que solía resumir el agasajo que Altea brindaba y, por primera vez, pensó que ambos nombres se parecían.

Instintivamente, giró para buscar una de las estrechas calles que le llevarían a su destino final: la pequeña casa blanca que habitaba sobre la colina. Su refugio.

Había leído que el hogar no era un lugar si no un sentimiento, y se encontró con su conexión especial. Avanzó feliz y entusiasmada, regocijada entre saludos de vecinos y turistas. En unos hallaba rostros serenos, complacidos, en otros alegres, encantados. Algunos vestían con sencillez, otros con elegancia. Escuchaba diferentes idiomas y todos coincidían en un pequeño rincón de la geografía, en el que hallaban y manifestaban su dicha sin escatimar.

Le encantaba fijarse en la felicidad que mostraban los visitantes, y sentir la satisfacción y amabilidad de los lugareños. Caminar entre las casitas blancas y las plantas verdes y floridas, que ponían el

toque de color a la nívea paleta donde creaba su realidad y sueños. Y se emocionó al pensar que su rinconcito era totalmente diferente a la resplandeciente capital, y eso lo hacía entrañable, acariciante. Suyo.

La arquitectura popular de estilo mediterráneo, la trasladó un instante al lejano ayer de sus habitantes. A un pasado de paz y pobreza material, en el que abundaban la vida y riqueza espiritual. Un pequeño paraíso. Ahora su edén.

Le faltaba poco para llegar cuando decidió detenerse en uno de los miradores; desde allí observó el horizonte y se dejó llevar por la agradable sensación de seguridad que le producía lo conocido, aun cuando lo desconocido le aguardaba. Este pensamiento despertó el desasosiego y no quería permitir que le invadiera, de manera que buscó en su memoria con qué despistarlo, y halló las risas que alborotaban el pequeño apartamento de Madrid, cuando su madre y ella cantaban y bailaban las canciones de las películas infantiles. Lo pasaban tan bien, que agarró su teléfono y puso una de ellas. La eligió al azar, la cantó con la mente y contuvo sus ganas de danzar, a la vez que sonreía porque su adorada mamá vivía en ella y con ella; y compartían la eternidad del amor. Sabía que le gustaba mucho Luis Miguel y, al terminar «*Sueña*» entendió por qué.

Hizo un gesto complacido, casual y relajado con su rostro, y pensó en que quería quedarse a reflexionar sobre la mejor manera de darle noticia a los abuelos. Lo había intentado repetidas veces durante el trayecto y aún no estaba segura, en ese momento, escuchó el tono de su teléfono móvil. Creyó saber quién era y contestó sin mirar.

—Hola, abuela, ya estoy llegando

Del otro lado sonó una voz masculina que mezcló italiano y español:

—*Ciao, sono Alessandro*. Oh, *scusa*, hola, soy Alessandro.

Alessia enmudeció al escucharlo, y se dejó llevar por la presencia de una sensación que combinaba susto, escalofrío y nervios. Tras un momento, intentó saludarlo, pero no le salió la voz.

Alessandro también se encontraba ante una situación nueva y extraña, de manera que, aunque hablaba bien el español, el desasosiego que sentía le impedía emprender una conversación en

calma con la chica que decía ser su hija, y cuya existencia acababa de conocer. Finalmente, con una mezcolanza y marcado acento, que para Alessia resultaron amables y simpáticos a la vez, dijo:

—Imagino *che tu sia* sorprende *dalla mia* llamada, *quanto me* saber *che* existes. *Lo giuro che non* tenía la menor idea hasta que Giancarlo *mi ha parlato di te*. —Imagino que te sorprende mi llamada tanto como a mí saber que existes. Juro que no tenía la menor idea hasta que Giancarlo me habló de ti—.

Alessia poco entendió. Respiró profundo y recuperó la voz, más siguió sin poder pensar en lo que decía con aplomo y balbuceó algo que, tan pronto salió de su boca, consideró que podía haber esperado un poco.

—¿Quieres conocerme?

—*Certo che lo voglio*. —Claro que quiero—.

Alessandro estimó que tenía que calmarse o no lograría que le entendiera. Era un hombre aplomado y decidido, empero, se sumaron una situación complicada y la similitud de la voz de Alessia con la de Lucía, que aún recordaba, y no pudo evitar alterarse. Respiró profunda y lentamente, contó hasta diez tratando de serenarse, y aclaró en español:

»Sí, quiero conocerte. Anoche me enteré de tu existencia y no he podido dormir pensando en ello. Te aseguro que no sabía nada. Giancarlo me comentó que estás dispuesta a venir y me gustaría que lo hicieras lo antes posible, porque ambos necesitamos aclarar esta situación, de ser cierto lo que dices, ya hemos perdido muchos años.

Alessia se contentó con lo que acababa de escuchar, y experimentó el impulso de darle las gracias efusivamente y saltar de alegría. No obstante, se controló para que, Alessandro, no pensara que estaba loca, así que se limitó a exclamar en su mente: ¡Gracias, gracias!

Recuperó el sosiego, y dijo:

—Iré, claro que iré. Imagino que también te comentó que mamá falleció hace quince años.

Él guardó silencio un instante. Luego, pensativo y pesaroso, contestó:

—Sí, me lo dijo. Lo que no supo decirme fue cuándo. Lo lamento profundamente. No imaginas cuánto. Nunca lo hubiera imaginado.

La última vez que nos vimos era tan joven, tan hermosa y tenía tanto por vivir. Sus miles de sueños por realizar quedaron pendientes… Me cuesta mucho creer que se haya ido tan pronto.

Hizo una pausa, y continuó:

»Ahora, tú y yo tenemos que vernos y conversar sobre muchas cosas. Quiero saber qué te hace creer que eres mi hija, aunque, Giancarlo, me dijo algo, pero quiero hablar contigo, que me digas qué pasó, cómo murió, quién cuidó de ti. Qué haces, cómo eres. Te vi en una fotografía, pero sé que eres mucho más que una jovencita *bella* y tengo montones de preguntas sin respuesta.

—Me temo que hay muchas que no podré contestarte.

—No te preocupes. Si eres mi hija, lo cual es muy posible, para mí será suficiente verte y ser parte de tu vida.

El móvil de Alessia le dio aviso de que tenía otra llamada, pero la ignoró.

—Yo también busco respuestas, al menos en lo concerniente a ti y a mamá.

—Te daré todas las que pueda, aunque no logro entender por qué no me enteré antes de que existías.

—Quizás porque nadie sabía quién eras y ella no esperaba morir tan pronto. Me había dicho que un día te visitaríamos, pero no pudo ser.

El teléfono continuaba indicándole que tenía llamada y, aunque no pensaba contestar, comentó sin querer:

»Alguien llama con insistencia.

Él le dijo amablemente:

—No te preocupes, contesta. Te vuelvo a llamar, cuenta con ello. Hasta mañana.

Alessia quería seguir hablando, pero dudó sobre qué decirle y atinó a despedirse.

—Vale, hasta mañana.

Mientras hablaba con él caminaba de un lado a otro del mirador, para calmarse, y al terminar continuó haciéndolo. Su excitación se mantenía mientras repasaba lo conversado, a la vez que se sentía satisfecha por la llamada recibida, y encantada de que quisiera conocerla.

Su corazón le decía que era su padre, y parecía que él así lo sentía; de otra forma no se hubiera molestado en llamarla tan pronto. Enseguida, caviló que había imaginado muchas veces encontrarlo y nunca le había puesto rostro, y se preguntó por qué no le había pedido a Giancarlo que le mostrara una foto. En todo caso, lo importante era que estaba interesado en conocerla y hablarían nuevamente.

En medio de su felicidad, se percató de que no habían necesitado traductor y, sonriendo por el despiste, se dijo en voz alta: «¡Claro!, tenía que haberme dado cuenta al leer los correos y la carta.

Dejó pasar un momento para que bajaran las pulsaciones que se le habían acelerado al escucharlo, y se dispuso a grabar su número, pero no lo hizo porque vio que la había llamado desde el teléfono de Giancarlo. Le pareció lógico, por si no contestaba a desconocidos. Miró de quién era la llamada que había acelerado el fin de la conversación, y la devolvió.

—Hola, ¿dónde estás?

—En el mirador Blanco, abuela.

—Es que tardaste y me preocupé.

Alessia miró al horizonte, respiró profundamente, como si quisiera internalizar el calor de hogar que se le ofrecía generoso, e inhaló la paz, la calma y la seguridad que le brindaba el entorno querido y conocido.

—Es que necesitaba mi paisaje y me distraje.

—No pasa nada, a lo mejor estoy algo ansiosa.

Alessia la conocía bien y sabía que su viaje repentino la había inquietado, pero no podía contarle por teléfono lo que creía haber descubierto.

—¿No será que estás más impaciente por saber que preocupada?, hemos hablado dos veces hoy.

—Tienes razón. Es la consecuencia de que me tengas en ascuas desde ayer. ¿Te vienes?

—Sí, claro. Nos vemos en un momento.

Envió un mensaje a Carolina y otro a Adriana para decirles que ya estaba en La Cúpula del Mediterráneo, y continuó su camino en dirección a casa. Le faltaban unos metros para llegar cuando recibió

otra llamada. Creyó que era Carolina, pero miró la pantalla antes de aventurarse a saludarla, y sonrió. Había estado tan entretenida con sus cavilaciones, e incluso buscando información sobre Roma, que casi no había pensado en él. Sin embargo, su mirada se iluminó con el resplandor de la ilusión y su corazón latió con emoción. Contestó, giró y caminó en dirección a la iglesia Nuestra Señora del Consuelo, y a la plaza.

—¡Hola, Marco! —dijo emocionada.

—Hola. ¿Cómo está tu sonrisa?

No pudo evitar que incrementara, y contestó:

—Dudosa y temerosa, pero ilusionada. Titubea entre mostrarse o esconderse hasta tener repuestas. Y elige mostrarse.

—Dale libertad, es cautivadora y preciosa. Un regalo que embellece el entorno.

—Gracias —dijo feliz.

—¿Dónde estás?

—Llegando a casa. ¿Y tú?

—Terminé la jornada y voy en el coche, de regreso.

—¿Qué tal el día?

—Un poco cansado, sin embargo, muy gratificante porque siempre hay estudiantes que me hacen sentir orgulloso por sus logros; y hoy han salido bien la mayoría de esos a los que le cuesta más y requieren ayuda, paciencia y dedicación.

—Qué bonito, motiva a enseñar.

—Es la gran recompensa. Claro que otros no nos hacen caso y hay que estar preparados para no rendirse, porque incluso sin que se den cuenta les estamos enseñando. No hace falta explicarles nada, las acciones y los conocimientos transmiten y se transmiten; y también hay alumnos que disimulan, que parece que nos ignoran y se hacen los rebeldes, sin embargo, con el tiempo nos sorprenden.

—Hum… No lo había pensado, pero tienes razón.

—Cuéntame, ¿qué parte de Madrid recorriste hoy?

—Ninguna. He vuelto a mi casa, en Altea.

—¿Qué pasó, por qué regresaste tan pronto?

—Porque necesito hablar con los abuelos para ponerlos al tanto de mis sospechas y, por si esto fuera poco, también he de decirles que

mi posible padre vive en Italia y debo viajar para conocerlo.

Marco notó su preocupación, asintió con la cabeza, como si lo estuviera viendo, y dijo empático:

—Te entiendo, es una situación compleja que necesitas tratar con urgencia y delicadeza, pero estoy seguro de que llegado el momento todo saldrá bien. No te preocupes, solo deja que suceda.

—No creo que sea tan fácil.

—Lo será, ya verás. Hay amor entre tú y tus abuelos, y cuando hay amor solo es preciso ser sinceros para que la confianza se convierta en apoyo mutuo, y nos de la seguridad de que todo saldrá bien porque, aún si no es así, el amor nos mantiene a flote.

—Supongo que otra vez tienes razón.

Marco sonrió al escucharla, ya que, a pesar del supongo, entonó sus palabras con credulidad, y pensó en distraerla.

—¿Aún te parezco sospechoso?

—¡No lo dudes!, aunque un poco menos.

—¡Bien!, me alegra escuchar que mejoro con el tiempo. Inclúyeme en la lista de los extraños que vas a mencionar, para que sepan que existo.

—Hum… No estoy segura, porque sé que al hablarles de Giancarlo y Alessandro se van a preocupar, imagínate si encima te incluyo. Además, se enredarían con el recorrido geográfico: Madrid, León, Lisboa, Roma y Milán.

—Puedes omitir Madrid, ya saben que estabas allí y también a León porque de momento no es relevante. Ah, e incluso a Milán, puesto que conocen a Adriana.

—No, a ella no la conocen.

—Es cierto, me lo habías comentado. Veamos… ¿Qué tal si les dices que en cuatro días de viaje han aparecido cuatro personas en tu vida, todas sospechosas, y que debes visitar las capitales de dos países?, eso lo resume. Es cierto que no los tranquilizará, pero les dará en qué pensar y no sabrían qué decirte, al menos al principio.

Ambos rieron.

—Ya, ya. Se nota que no los conoces. Con que les diga que creo haber encontrado a mi padre ya no podrán dormir, y eso que ha sido una bendición dada la escasa información que tenía.

—Puedo imaginarlo, entenderlos y entenderlo, aunque poco sé de lo que pasó y lo que habéis vivido. En todo caso, ahora lo importante es comprobar si tus sospechas son ciertas o infundadas, como las que tienes sobre mí.

Ella sonrió y dijo:

—Espero que sean ciertas.

—Yo también. Vamos a esperar a que, Giancarlo, hable con su padre, y después planificamos los pasos a seguir.

—Ya habló.

—¡Ah! Esa es una buena noticia. ¿Cómo te enteraste?

—Porque, hace unos minutos, me llamó Alessandro.

—¿Cómo se lo tomó?

—Parece que bien, está de acuerdo en que nos veamos.

—¡Eso es fantástico! Aunque lo imaginaba porque él es el referente de Giancarlo, y mi amigo es muy buen chico. Cuando planifiques el viaje me informas para organizar mi agenda, precisas un traductor fiable.

Ella bromeó:

—Siento decirte que habla muy bien el español, así que me parece que eres prescindible.

—Vaya, es triste saberse de un solo uso, pero en Lisboa me necesitarás.

Ella sonrió y dijo:

—Es probable que nos encontremos antes en Madrid. Quiero volver, después de ir a Roma.

Tras un breve instante de silencio, él añadió:

—O en Altea.

Alessia tenía la sonrisa a flor de piel, y la mostró de nuevo.

—Me agrada esa opción. Cuando hayas comprado el velero te mando la ubicación. Ahora me despido, porque llegué hace un rato y la abuela seguramente se preguntará por qué tardo tanto.

—Perfecto. Todo va a salir bien. Hasta mañana.

—Gracias. Hasta mañana.

Eran casi las nueve y cuarto de la tarde, el día estaba radiante y, Alessia, añadía dicha al entorno con la espléndida sonrisa que le dejó la llamada de Marco. Se sentía feliz porque se habían despedido

con un «hasta mañana», además, contemplaba la opción de visitarla y la invitaba a ir a Lisboa. No obstante, sin saber qué le deparaba el futuro, lo que más le ilusionaba y agradecía era que la apoyara incluso desde la distancia. Conocía muy poco de su vida, empero, cada vez que hablaban o estaban juntos se sentía segura, confiada.

Recorrió lo que le faltaba distraída y entretenida, pensando en él, y al acercarse a su morada la invadieron de nuevo la inquietud y los nervios.

Los abuelos se debatían entre la emoción y la curiosidad por conocer el motivo de su repentino regreso, y se encontró con que habían cerrado la tienda antes de la hora acostumbrada; de manera que entró por la puerta lateral y subió las escaleras que daban a la parte alta. A pesar de lo que había reflexionado y los escenarios planteados, no estaba segura de qué decir, así que optó por confiar en que fluiría espontáneamente, porque, llegado el momento, todo lo hacía… ¿o no?

A medida que avanzaba, flotaba entre el olor de la deliciosa paella que la abuela preparaba para las ocasiones especiales; y sonrió con amor y ternura al pensar que la querían tanto como para considerar su vuelta un gran evento, cuando tan solo se había ausentado unos días.

Al llegar al recibidor divisó al abuelo en el salón comedor. Veía una de las series policíacas que tanto le gustaban, y se preguntó si no habría sido más feliz como policía o investigador, porque disfrutaba un montón al analizar los detalles y descubrir a los culpables.

Le dijo hola entusiasmada, pero él no la escuchó porque tenía puestos los auriculares inalámbricos. La abuela cantaba en la cocina y, ella, sonrió complacida porque estaban contentos. Dio gracias por contar con tantos motivos para ser feliz, y los repasó: la vida, la salud, el techo, el sustento, sus amigos... Una madre infinitamente maravillosa, unos abuelos que la habían colmado de amor y cuidados, la yaya que continuaba tan cercana como cuando la cuidaba, el bueno de Jorge, y recuperar el contacto con Adriana. Por si esto fuera poco, estaba a punto de conocer a su posible padre y, de ser así, tenía un hermano. Además, había llegado a su vida un

chico que despertaba sus emociones, se preocupaba por hacerla feliz y le parecía sincero.

Enseguida, se colmó con el placer de la cotidianidad, soltó la pequeña maleta y el bolso que la habían acompañado en su aventura, y se acercó al abuelo. Este, al verla, se levantó de prisa, llamó a su esposa, y los tres se fundieron en un abrazo amoroso que devolvió la tranquilidad a Leopoldo y a Esperanza, y a ella le reconfirmó que eran quienes estaban y estarían a su lado en las buenas y en las malas.

Él fue el primero en hablar:

—¿Cómo te fue, pequeña?, cuéntanos.

—Muy bien. La verdad es que resultó incluso mejor de lo esperado.

—Por fin nos vas a aclarar por qué has vuelto tan pronto. Estamos en vilo desde ayer —dijo la abuela.

—Sentaros, lo vais a necesitar.

El abuelo comentó:

—Nos estás asustando. Espero que no sea para decirnos que te devuelves.

Ella sonrió dulcemente y los tranquilizó negando con la cabeza, luego añadió:

—Se trata de algo que ni remotamente se nos hubiera ocurrido que sucedería, y menos así y ahora.

La abuela, impaciente, inquirió con una sonrisa:

—Sé rápida, tesoro, se nos enfría la paella.

Alessia bromeó:

—Déjate de excusas, lo que quieres es saber ya.

Conocedores de que esa era la verdadera razón, rieron.

—Es cierto, pero es que ya he esperado mucho.

—Sentémonos, porque es largo e importante

—lo hicieron y continuó—: Veréis, Carolina casi no me recibe porque cuando le hablé por el telefonillo no creía que era yo, pero decidió bajar al portal y, al verme, se puso muy feliz. No podía creer que estuviera allí y me abrazó fuerte, me preparó mi plato favorito y compartimos la tarde del jueves paseando por el barrio, comimos helado y conversamos. Al volver, Jorge preparaba la cena y no me

reconoció, pero se acordaba de la pequeña Alessia y eso me hizo feliz.

Los abuelos sonrieron porque había sido bien recibida, y ella se sintió complacida por el bonito y afectuoso recuerdo, y por verlos felices. Enseguida, continuó:

»Los dos me trataron de maravilla. Y esa noche superé la parte más dolorosa: entré al piso dónde viví con mamá y repasé los detalles de su fallecimiento. Lo que recordaba y lo que vino a mi mente mientras estaba allí. Fue muy fuerte y triste, pero tenía que hacerlo. Quería hacerlo y fue positivo porque acaricié a la niña solitaria y desconsolada de entonces; la que no entendía nada y tenía miles de preguntas. La abracé con amor, experiencia y conocimientos, y entendí reacciones y hallé algunas respuestas…

Alessia se dio cuenta de que los abuelos se enlutaban y no era eso lo que quería, así que no profundizó más y pasó a su gran día. Cambió el tono y habló con entusiasmo.

»El viernes fue celestial e inolvidable, tal y como lo había soñado y planeado. Recorrí algunos de los lugares emblemáticos en los que había estado con mamá y sentí su abrazo, su cercanía, vi su risa, escuché su voz. Resultó extraordinario. El ayer se hizo presente y lo viví intensamente, tanto que quiero volver a hacerlo y, además, lo necesito, así que volveré a Madrid. El sábado…

La abuela interrumpió:

—¡Cómo que el sábado! ¿No vas a darnos más detalles del viernes? ¿A qué lugares fuiste, qué hiciste, en qué te ayudó? A todo le pasas por encima.

—Cuántas preguntas. Recuerda que tú misma me dijiste que fuera rápida.

—Exacto, dije que fueras rápida, no breve.

A pesar de sentirse rodeada de amor y seguridad, el calor del hogar no logró disipar la inquietud que le producía tener que hablarles de Alessandro y, a medida que se acercaba el momento, crecía su necesidad de abordarlo lo antes posible para salir de ello, de manera que dijo:

—Esos detalles os los cuento con calma después de cenar. Ahora, debido a su relevancia, quiero deciros lo que descubrí el sábado en

la noche.

Resignada, se encogió de hombros, y aceptó:

—Habla entonces. Pero no creas que los detalles del viernes pasarán por alto, ni tampoco lo que hiciste el sábado todo el día.

Sonrieron y, tras asentir con la cabeza, Alessia dijo:

—Bien, os cuento qué hice el sábado durante el día. Sabéis que salí con Carolina y paseamos por la zona del centro, fuimos a la Puerta del Sol, estuvimos en la Plaza Mayor, visitamos la Almudena, y a la hora de comer recibí una bonita sorpresa: Adriana nos esperaba en el restaurante.

El abuelo interrumpió:

—¿Quién es Adriana?

—Mi madrina.

—¿Por qué yo no lo sabía?

La abuela aclaró:

—Porque nosotros no la conocimos. Llamó cuando estábamos en Madrid por el fallecimiento de Lucía, y habló conmigo. Quedó en que volvería a comunicarse, pero nunca más supe de ella hasta que, el lunes pasado, Carolina, me dio su teléfono. Me dijo que buscaba a Alessia y me preguntó si me parecía bien que la contactara. Le dije que se lo diría y que ella decidiría lo que quería hacer, pero como coincidió con el viaje me ganaron la preocupación y la intranquilidad y se me olvidó.

—Ah, normal —dijo Leopoldo.

Esperanza miró a Alessia, y se disculpó.

—Cielo, lo siento mucho.

—Oh, vaya. No te preocupes, ya nos vimos y fue genial.

—Dormías, cuando llamó, y no te desperté porque pasabas por algo tan duro y te veía tan triste y frágil, que no quise interrumpir el momento en el que no tenías contacto con la realidad. Tampoco recuerdo que la mencionaras de pequeña, y puede que eso contribuyera a que no le diera la importancia que en realidad tenía para ti.

—Ella me explicó que se entristeció mucho al enterarse de la muerte de mamá. Días después recuperó el ánimo y llamó varias veces, pero le fue imposible contactarnos porque habíais dado de

baja el número de mamá, y desconocía el tuyo, de manera que le pidió a un compañero de trabajo que se acercara a nuestra dirección, pero no había nadie. Sé que era buena conmigo, e imagino que no la mencionaba porque a quien necesitaba era a mamá.

—Tienes razón, cielo, discúlpame. Nada me hace más feliz que tu dicha, y te aseguro que, ahora, me despisté con lo que vivíamos.

—Lo sé, abuela, no te preocupes. Tú misma dices que todo pasa por algo y ya ves, se dio la oportunidad y nos reencontramos. Puede que, de haber hablado, no nos viéramos. El momento era ahora, en persona y nuevamente en Madrid.

El abuelo interrumpió:

—Y el de la cena también, pero aquí. Se va a impacientar el Mencía y tendré problemas para beberlo.

Con una sonrisa dulce y pícara, porque entendió que su abuelo quería noticias nuevas, continuó:

—Al principio no reconocí a Adriana, pero cuando supe que era ella me contenté mucho. Es cercana, afable, me trató con cariño y viajó desde Milán expresamente para verme, lo cual indica que le importo. Y como también se hospedó con Carolina, estuvimos juntas hasta esta mañana. Fue bonito porque lo pasamos muy bien las tres.

La abuela, entusiasmada, dijo:

—Me contenta. Supongo que, Carolina, le avisó que estabas allí, no creo que se tratara de una casualidad, lo cual indica que se tuvo que apurar para verte.

—Así es, lo supo cuando la llamó Carolina, y el sábado estaba en Madrid. Las dos me colmaron de atenciones y todos me trataron muy bien, incluido Jorge, él la fue a buscar al aeropuerto y la llevó de nuevo, sacrificando su sueño diurno.

La abuela inclinó su cabeza hacia la derecha y sonrió, aunque no pudo evitar que asomara un deje de tristeza.

—Me reconforta saber que tu madre contó con buenas personas a su lado.

Leopoldo añadió, pensativo y triste:

—No todas. Algunas no supimos entenderla y no aceptamos sus elecciones, y hubo quien la abandonó.

El mutismo se apoderó del momento. Alessia se percató de que el abuelo se refería a su padre, y consideró que iba a ser complicado que entendiera lo que tenía que decir. Enseguida, concluyó que la reflexión acerca de lo sucedido entre ellos y el reconocer que no había sabido entenderla, eran indicativos de que se había vuelto más sensible y comprensivo, lo cual era favorable. No obstante, el que considerara que había sido abandonada por Alessandro, complicaba su deseo de conocerlo. En todo caso, no podía echarse atrás.

Había llegado el momento más importante e impactante y se dio cuenta de que tenía mucha sed, así que decidió hacer una breve pausa para beber y respirar profundo.

—Voy a tomar agua, ¿queréis?

—Sí —contestaron al unísono.

Se levantó y fue a la cocina. Bebió despacio, inhaló y exhaló varias veces, regresó con el agua para los abuelos y retomó la conversación. Lo que les iba a contar podía significar un punto de inflexión entre el ayer y el mañana, en el que se incluía una gran distancia geográfica, pero, sobre todo, emocional. Y así, sin poder ocultar cierto temor en su semblante, contó:

—El viernes, en el Museo del Prado, tuve un primer encuentro curioso con alguien a quien vi de nuevo el sábado y el domingo, y estas dos veces estaba en compañía de un chico que puede ser muy cercano a mí. Bueno, también el que conocí en el museo, pero ya os hablaré de él, ahora lo primordial es lo que os voy a contar.

Los abuelos se miraron preocupados. No entendían lo que decía y tampoco tenían idea de a quiénes se refería, esto motivó que en la mente del abuelo asomara el fantasma que se repetía y le inquietaba, a pesar de que ella lo había negado.

Al ver sus rostros, Alessia se percató de que estaban desconcertados e inquietos, y se dio cuenta de que lo que les había dicho era confuso, de manera que intentó aclararlo para evitar pensamientos que, muchas veces, pueden ser más tormentosos que la realidad.

Mientras ella maquinaba cómo ser más explícita y concisa, el abuelo dejó salir su inquietud.

—Te vas a Madrid. ¿Te enamoraste de ese segundo alguien o te ofreció un trabajo? ¿Es lo que tratas de decirnos?

Alessia lo miró con cariño y dijo:

—No, abuelo, confiad en mí. Madrid es fascinante, ya lo he dicho, pero se trata de algo muy diferente.

Calló de nuevo, intentando elegir las palabras para continuar. La abuela puso sus palmas hacia arriba e imploró firme:

—¡Dinos lo que pasa ya, por favor! ¡me tienes en ascuas, cielo!

Alessia sonrió dulcemente porque parecía que la reprendía, e incluso al hacerlo le entregaba su amor.

—Voy a intentarlo de nuevo. El paseo del sábado, en el que compartí con Carolina, Adriana y las dos personas que mencioné, se alargó y regresamos de noche.

La abuela protestó:

—Pero bueno, aún vamos por el sábado. No das detalles, pero tampoco avanzamos, y lo importante parece haber sucedido ayer; por eso decidiste tu regreso inmediato.

Alessia, cariñosa, dijo:

—Es que lo importante comenzó la noche del sábado. Cuando regresamos de pasar el día fuera y Mary Paz abordó a Carolina para decirle que necesitaba hablarle a solas. Ellas entraron en su casa y, Adriana y yo, en el piso de la yaya. Después de un rato, apareció Carolina con un sobre que era para…

El abuelo interrumpió:

—¿Quién es Mari Paz?

—La dueña del apartamento dónde vivíamos mamá y yo. Ahora vive ella allí y me permitió entrar el jueves para que pudiera recorrerlo y rememorar lo que necesitaba.

—Ah, vale, ¿y por qué nos importan Mari Paz y un sobre que le dio a Carolina? Muchas mujeres, ¿no?

La abuela comentó algo molesta:

—No se puede ser breve si preguntas tanto.

—Es que me pierdo. Menos mal que aún no empecé la botella del Oporto, porque le echaría la culpa.

—Claro, la culpa sería del vino y encima hablarías en portugués. Pero habías dicho que era un Mencía.

Al escuchar a la abuela, Alessia pensó en Marco y dibujó una bonita sonrisa.

El abuelo se encogió de hombros y dijo a su esposa:

—Ha pasado tanto tiempo que ya me olvidé qué dice la etiqueta. A lo mejor es un Albariño.

El toque de humor y complicidad los relajó y, Alessia, retomó su relato con mayor serenidad.

—Os cuento qué había en el sobre antes de que nos mareemos con tanto Rioja —risas—. Ah, pero primero tenéis que saber que el sobre no era para Carolina, si no para mamá.

Ambos la miraron sorprendidos, y la abuela intentó descifrar el enigma.

—Será que dentro tenía algo que Mari Paz había encontrado en su casa y pertenecía a Lucía, pero no se había acordado de entregarlo hasta que supo que estabas por allí.

Alessia sonrió porque su abuela era resolutiva y le encantaba dilucidar y mediar, aunque no siempre acertaba.

—No, abuela. Se lo habían dejado dos chicos esa misma mañana. Después de tantos años, se presentaron en Madrid con la misión de encontrar a mamá, porque el padre de uno de ellos fue su novio, está hospitalizado y no la ha olvidado.

El abuelo, convencido, dijo:

—Pues con lo que tardaron en buscarla, me parece que tanto no la quería ni la recuerda.

Alessia consideró que era hora de detener las conjeturas, de manera que fue directa.

—No sabemos lo que pasó entre ellos, abuelo, pero dentro había una carta reciente y varios correos de entonces, los leí, y estoy segura de que se querían de verdad. Es más, sospecho que el autor es mi padre.

El abuelo la miró interrogante, y la abuela reaccionó.

—¡¿Qué?! ¿En qué te basas para decir eso?

—Abuelita, tú dices que la vida siempre nos da sorpresas.

Esperanza asintió y ella continuó:

»Pues esos chicos buscaban a mamá y se llevaron un chasco al enterarse de que había muerto, sin embargo, como Mari Paz les dijo

que tenía una hija y podía entregarle el sobre, se lo dejaron pensando en que me contentaría saber que alguien la había querido mucho y que aún lo seguía haciendo.

—Bueno, digamos que eso puedo entenderlo, pero ¿por qué piensas que el enfermo es tu padre?

—Porque los correos electrónicos coinciden con el inicio del embarazo de mamá, y en los del último día ambos manifiestan que tienen algo muy importante que contarse, de manera que acuerdan hablar por teléfono. No tengo idea de lo que pudieron decirse, pero Adriana aportó algunos detalles que complementan mi sospecha.

—O sea que no hay nada sobre ti en los correos, ¿te menciona en la carta?

—No. Él no sabía de mi existencia.

El abuelo dijo, convencido:

—¿Has pensado que todo puede ser un cuento?, recuerda que hay mucha gente engañando a otra con propósitos oscuros y esto es muy extraño. Por ejemplo, ¿por qué la tal Adriana, si es tu madrina, no se presentó antes en casa de Carolina? Dices que no la reconociste, ¿cómo sabes que es realmente ella? ¿Qué pruebas tienes de que los correos son reales? Lo crees porque lo dijeron esos desconocidos que aparecieron de la nada, con un sobre cuyo contenido es un cuento de amor de alguien que está en un hospital. Esto me huele a complot para embaucarte.

Esperanza miró a su marido, y concluyó:

—Ves muchas películas, pero admito que tu versión me parece más real.

Luego se dirigió a Alessia, y preguntó:

»¿Carolina y Adriana se conocían cuando eras niña?

—Creo que no.

—Entonces puede estarla engañando a ella también.

—No me parece, abuela, porque la recibió en su casa y ambas tenían como único propósito el hacerme feliz y enaltecer el recuerdo de mamá.

El abuelo intervino:

—¿Qué hay de los chicos? ¿Hablaste con ellos o simplemente dejaron el sobre y desaparecieron?

—Hablé con ellos. Además del sobre dejaron sus números de teléfono, llamé y nos encontramos en una cafetería cercana al hotel en el que se hospedaron.

—¡¿Hotel?! ¿De dónde son? —interrumpió Leopoldo.

—Uno de ellos se llama Giancarlo, vive en Roma y es hijo de Alessandro, el que podría ser mi padre, y el otro, Marco, es de Lisboa.

El abuelo comentó un poco disgustado:

—¡La Comunidad Europea en pleno! ¡¿Estás segura de que fuiste a Madrid y no a Bruselas?! Parece una organización delictiva internacional.

Al escuchar el nombre de Alessandro, la abuela lo relacionó con el de Alessia y se turbó. Enseguida, le pareció que lo había visto escrito en el libro que su hija dejara en el cajón de la mesita de noche al partir y, en un impulso, se levantó para ir a comprobarlo.

Alessia estaba atenta a la seriedad y enfado del abuelo. Lo había escuchado con atención y permaneció en silencio, porque consideró la posibilidad de que tuviera razón. Y la abuela se arrepintió y volvió a sentarse, para escuchar y participar en la conversación. Más tarde comprobaría lo del nombre, sin embargo, el subconsciente la traicionó y, sin querer, balbuceó titubeante:

—Es posible…, lo es.

—Abuela, ¿tú también crees que pueden ser delincuentes?

—Ambas cosas, cariño.

Ahora era Alessia la que no entendía.

—¿Cuál es la otra?

—Puede tratarse de unos embaucadores, y también es posible que ese hombre sea tu padre. Lo digo por la coincidencia entre vuestros nombres y, tal vez, por una pequeña pista.

Alessia quería decirle que ya se había dado cuenta de los nombres, cuando el abuelo interrumpió.

—¡Vaya tontería, si la quieren timar averiguaron su nombre y el tal Alessandro puede llamarse Estanislao, Pantaleón o Hermenegildo!

La abuela comentó:

—Tienes razón, pero es que encontré ese nombre escrito en el libro que Lucía leía antes de irse, y lo tengo guardado. En su

momento creí que así se llamaba alguno de los personajes y lo anotara con bolígrafo porque le había gustado, así que no le di la relevancia que probablemente merecía.

Alessia, pensativa, dijo:

—Era lógico, abuela, también podía haberlo escuchado en la tienda, en una película, en fin.

El abuelo concluyó:

—Me acabáis de dar la razón, el nombre no quiere decir nada. Un farsante que dice estar hospitalizado, una supuesta madrina y dos emisarios, todos interpretando sus personajes. ¿Qué aspecto tienen?

—Adriana estará cercana a los cincuenta, y los chicos son algo mayores que yo, pero no mucho.

La abuela, que intentaba atender y no podía evitar cavilar por su cuenta, intentó aclararse.

—¿Cuál es el hijo del tal Alessandro?

—Giancarlo, abuela. Vive con su padre en Roma, y Marco en Lisboa. Este vino para acompañar a su amigo y servirle de traductor porque, Giancarlo, no habla español.

El abuelo intervino.

—¿Carolina los conoció?

—Sí, podéis llamarla y preguntarle qué le parecieron.

Él refunfuñó:

—Tampoco es garantía, porque metió a Adriana en su casa sin saber si es o no es quien dice ser.

—¿Qué te dijeron los chicos sobre la relación de tu madre y tu supuesto padre?

—Nada, abuela. Ellos tampoco tenían información, porque el de la idea de buscar a mamá fue Giancarlo. Y se le ocurrió porque un día en el que visitó a su padre, a una hora imprevista, lo encontró escribiendo una carta. Nada hubiera sido extraño si no fuera porque, al verlo llegar, Alessandro, se puso nervioso y la guardó. Él le preguntó para quién era, y su padre le contestó que para alguien del pasado. Entonces, Giancarlo, le comentó que podía buscarle a través de las redes, pero, Alessandro, le dijo que era inútil y cambió el tema.

Alessia hizo una breve pausa por si alguno quería añadir algo y, como reinó el silencio, continuó:

»Días más tarde, mientras le hacían pruebas a Alessandro, su hijo buscó la carta con la idea de ayudarle a encontrar a la persona con la que, seguramente, podría evocar gratos momentos. Creyó que sería un viejo amigo con el que recordaría sus años mozos, y que hacerlo le ayudaría a superar la gran tristeza que sentía. Sin embargo, se encontró con que la carta era de amor y estaba dirigida a una chica llamada Lucía, lo cual le molestó y decidió desistir.

»Al calmarse, retomó la idea de dar a su padre un poco de alegría, y consideró que el reencuentro con la chica a la que amaba era una apuesta segura, así que decidió indagar entre sus cosas en busca de información que le permitiera hacer la búsqueda en internet, y se topó con varios correos electrónicos, de los que no pudo extraer lo que necesitaba, pero junto a ellos había una dirección de Madrid. Imaginó que si la guardaba era porque tenía idea de volver a verla, y continuó con su propósito. Como no habla español, le pidió a su amigo, Marco, quién ha sido su traductor desde el principio, que lo acompañara, y se embarcaron en la aventura, o misión, como ellos le llamaron.

»El resultado es que sabemos que mamá ha sido el gran amor de Alessandro, y él de ella. Y creemos que, por alguna razón que desconocemos, dejaron de escribirse tras hablar por teléfono. En todo caso, lo relevante ahora es que en ese momento mamá estaba embarazada de mí, y él afirma que desconocía tanto mi existencia, como la muerte de mamá.

El abuelo negó con la cabeza y dijo:

—Se escribían y hablaban por teléfono, pero no le dijo que iba a ser padre. El tal Giancarlo busca a una mujer que no es su madre, para que se reencuentre con su padre y le dé un aliciente, teniéndolo a él. Por lo menos el tal Marco se entiende con ellos y contigo, porque yo no entiendo nada ni a nadie. Todo esto es muy sospechoso.

—Marco se entiende conmigo en español y con Giancarlo en portugués. No ha hablado con Alessandro, pero podría hacerlo en nuestra lengua.

—Ahora el que necesita traductor soy yo.

—Es que Giancarlo hizo un erasmus en Lisboa, en la universidad donde trabaja Marco, allí se conocieron y entre ellos hablan en portugués, y conmigo lo hace en español porque su padre es de León.

La abuela los miraba y escuchaba atenta, intentando seguir el hilo a ver si podía contribuir con algún recuerdo. El abuelo se levantó del sofá, gesticuló con los brazos y manos, y dijo con ironía y marcando comillas con los dedos en dos frases:

—Me puedes explicar por qué ese hijo «tan generoso» le busca a su padre triste «el amor de su juventud» y, ¿qué piensa su madre de eso?, o también es otro hijo no reconocido al que encontró veintidós años después, y con el que emprende su campaña de recolección de hijos «cuya existencia desconoce», pero que aparecen casualmente.

La abuela interrumpió:

—Cálmate y déjala hablar. No podemos decir que todo es falso sin haber escuchado y comprobado. Sabes que Alessia no te va a enfrentar, pero creo que estás haciendo una película dramática.

—Me preocupa que la engañen y le arruinen la vida. Hay demasiada maldad en el mundo y ella es noble y confiada. Además, qué falta de respeto es esa para su mujer, o es que Giancarlo también es huérfano.

La abuela asintió con la cabeza, y concluyó:

—En eso tienes razón.

Alessia intervino:

—Sí, Giancarlo también es huérfano. La diferencia es que él es un hijo reconocido, sus padres se casaron y creció con ellos. Lamentablemente, su madre murió en el accidente de tráfico por el que, Alessandro, sigue en el hospital.

Se hizo un silencio, y el abuelo reflexionó:

—Es reconocido, creció en una familia estructurada y seguramente feliz, su padre está mal y, como su madre murió, él quiere darle un poco de alegría para que se recupere. Así no suena tan ilógico, pero sigue siendo sospechoso el que aparezcan cuando estás sola y lejos. ¿Estás segura de que nadie sabía que ibas a Madrid?

Alessia negó con la cabeza a la vez que dijo:

—No, nadie lo sabía, solo mis amigos y vosotros.

Él añadió convencido:

—Entonces, o lo comentaron tus amigos o te siguieron el rastro por internet cuando te metías a buscar información.

Alessia no quería continuar con el tema, conocía al abuelo y sabía que no llegarían a ninguna parte, así que dijo:

—Ay, abuelo, mis amigos no tenían por qué hablar con otras personas de mi viaje, no era un asunto relevante para nadie más que para mí, y ¿quién me iba a espiar?, ni que fuera un objetivo importante. En todo caso, lo primordial ahora es que quiero comprobar lo que creo haber descubierto, y para ello necesito conocer a Alessandro.

Alessia calló. Esperanza y Leopoldo se miraron y el mutismo se hizo eterno, hasta que la abuela lo rompió.

—Supongo que estás convencida de que es tu padre y decidida a tener contacto con él, pero, ¿qué hay de él, también quiere saber de ti?

—Sí, me llamó cuando venía. Giancarlo regresó ayer a Roma y hablaron. Le contó que había estado en Madrid, buscando a mamá para darle una sorpresa, pero se encontró con que había muerto y yo existía, así que me llamó hace un rato y me dijo que lamentaba mucho el fallecimiento de mamá, y que quería conocerme. Fue muy amable y se mostró interesado y afectado.

El abuelo seguía preso de las dudas y la desconfianza.

—¿Se enteró ahora o todo estaba planificado? ¿Seguro que no sabía que su hijo había venido a buscar a tu madre o es lo que te cuentan? ¿Cómo hablaste con él?, con ese nombre y viviendo en Roma es italiano y tú no hablas italiano. Además, fingir dolor y decir que pasan por situaciones difíciles, es típico de los estafadores para lograr la empatía de sus víctimas.

—A ver, de acuerdo a lo que me comentaron, Giancarlo le dijo que iba a Portugal por algo relacionado con sus estudios, para poder ausentarse y darle la sorpresa. Alessandro me llamó por teléfono hace un rato y habla bien el español, aunque con acento marcado. La verdad es que todos me han parecido sinceros, pero puede que tengas razón. Desde que leí el contenido del sobre he fantaseado

con la posibilidad de haber encontrado a mi padre, y ahora todo son sospechas. Me siento realmente confundida y no sé qué pensar, pero algo me dice que confíe.

El abuelo negó con la cabeza y alegó:

—Lo que faltaba, un hijo que miente a un padre que está hospitalizado. ¿Y si hubiera muerto mientras él andaba de viaje?

Ella se encogió de hombros e hizo un gesto con el rostro en señal de titubeo y aceptación.

—Supongo que no está tan mal como para morir, abuelo. Sé que nada de lo que diga ahora te hará cambiar de opinión, pero me encantaría que estuvieras dispuesto a darnos una oportunidad porque quiero conocerlo, y confirmar o descartar lo que pienso.

Él estaba empeñado en no creer nada, y gruñó:

—Esto es una farsa perfectamente orquestada. Vale que quitemos a esa madrina desaparecida del combo, pero de los otros no me fio nada.

12

La tempestad se calma

En medio del mar de dudas que acechaba al abuelo y desgastaba a Alessia, la abuela decidió hacerle una videollamada a Carolina. Consideró que, ante la situación, lo mejor era hablar con ella viéndose las caras. Tras los cordiales saludos, los abuelos le hicieron múltiples preguntas que respondió con el aplomo de los años y la confianza que le habían generado los jóvenes, a quienes observara con atención, sobre todo a Giancarlo.

Les confirmó que Adriana era la amiga de Lucía y madrina de Alessia, y para asegurarlo se basó en que, días atrás, después de recibir su visita sorpresa, se había presentado en el estudio de arquitectura donde se suponía que trabajaba, a fin de comprobar que era quien decía. Y, una vez allí, lo corroboró por dos fuentes: a través del chico que la atendió, y en un folleto publicitario que tenían en recepción, en el que aparecía su fotografía entre la de otros integrantes de la empresa. Al escucharla, Alessia comprendió por qué había cambiado de actitud y la recibiera en su casa.

El abuelo cuestionó:

—Pero si tal Adriana trabaja en la Cochinchina o más allá, ¿cómo aparece en un folleto de aquí?

—Era un folleto global en el que salían las tres oficinas de la empresa, y ella es parte de la directiva. Estuvo en Australia y ahora está en Milán —aclaró Carolina.

—Ah —dijo él—. Tenéis solución para todo.

Carolina lo ignoró y explicó que no podía saber con qué intenciones se habían presentado los chicos, pero estaba segura de que Giancarlo y Alessia se parecían. Los dos eran altos y tenían el

pelo del mismo color, lo cual no era muy significativo, sin embargo, compartían gestos, rasgos y, sobre todo, tenían la misma sonrisa preciosa y seductora, y le constaba que la de Alessia no se parecía a la de ninguno de ellos ni a la de Lucía, de manera que, probablemente, la había heredado de su padre.

El abuelo le dijo que se dejaba llevar por la posibilidad de que fueran hermanos y por eso veía coincidencias, pero mucha gente en el mundo hacía gestos similares y tenía la sonrisa parecida. Carolina estaba segura de que no era así, de manera que le comentó que había conocido a Giancarlo antes de que Mari Paz le diera el sobre y, sin saber quién era, le resultaba tan familiar que lo miraba embobada tratando de descubrir por qué.

Al escuchar esto, la abuela aseveró:

—Embobamiento tenemos nosotros, que nos hemos perdido en qué momento lo conociste antes de recibir el sobre. ¿A caso acompañó a Adriana la primera vez?

Carolina se dio cuenta de que había metido la pata y calló, ya que desconocía lo que les había contado Alessia.

Las miradas interrogantes de los abuelos se posaron sobre su nieta, y les aclaró:

—Lo que pasa es que os hablé de ir directamente a la noticia más importante y es lo que hice. Ahora os cuento que conocí a Marco, el viernes, durante el recorrido que hice por el Museo del Prado. Se me acercó mientras contemplaba el cuadro de las Meninas y, más tarde, me contó que estaba en Madrid para cumplir una misión con un amigo, pero no me dijo cuál era la misión. Al día siguiente, sábado, como él y su amigo no encontraron a la persona que buscaban, o sea a mamá, me llamó para ver si podíamos vernos. Carolina y yo estábamos paseando por el centro y le dije que no, pero ella quería conocerlo y me hizo señas para que le dijera que sí. De manera que nos encontramos con él y con su amigo, Giancarlo, y a la hora de la comida nos reunimos con Adriana. Después recorrimos parte del centro histórico, y el sobre lo recibimos esa noche, al volver a la casa de la yaya, por eso dice que ya lo había visto antes y que le recordaba a alguien, pero no se percató de que era a mí. Se dio cuenta al día siguiente.

La abuela dijo:

—¿Cómo no se iba a dar cuenta si ambos estabais con ella?

Carolina intervino:

—Supongo que porque es algo que no me imaginaba y entonces no tenía sentido.

El abuelo se dirigió a Alessia, y concluyó convencido:

—¡Bah! Os parecéis tanto que ni siquiera se dio cuenta cuando os vio juntos. Más tarde aparece una historia de ficción en la que sois medio hermanos y ¡ala!, idénticos. Lo peor es que no quiero ni imaginarme para qué armaron todo esto. Cómo llegaron a ti no lo sé, pero fíjate que te abordó uno de ellos cuando estabas sola y todo avanzó de acuerdo a algo fríamente orquestado. Ahora tú, joven, guapa e inocente, irás a visitar a tu supuesto padre y no sabremos más de ti. ¿Es tan difícil de entender que ninguna lo veis?

Carolina añadió:

—No tiene que ir sola. Aunque estamos casi seguras de que son fiables y no es un cuento, Adriana puede acompañarla y me parece una buena idea porque vive en Italia. No conoció a Alessandro cuando salía con Lucía, pero ir con alguien de confianza y que habla el idioma le dará seguridad, y a nosotros también.

La abuela afirmó con la cabeza, a la vez que dijo dudosa:

—Puede ser, pero hay que pensarlo más.

—A mí no me parece, en caso de que Alessia se empeñe en ir la acompañaré yo, para eso soy su abuelo. Esa tal madrina sin ejercer es una desconocida, aunque la hayáis visto.

—Pero Leopoldo, si tú nunca has querido ir a ningún lado, fuiste a Madrid cuando murió nuestra hija porque no tenías más remedio.

—¡Ahora parece que tampoco lo hay!

El abuelo fue tajante, mientras que, Alessia y Carolina, no sabían qué decir y guardaban silencio, aunque reconocían un avance. Si él estaba dispuesto a viajar, podría hacerlo ella sin generar incomodidad por irse contracorriente.

La abuela concluyó:

—Alessia es mayor de edad y tiene la última palabra sobre quién la acompaña. Eso sí, estoy de acuerdo en que no debe de ir sola ni con alguien a quien no conocemos.

El abuelo, que estaba preocupado, expresó, enfurruñado:

—Pues si no se me permite ser su acompañante seré su guardaespaldas o iré como investigador privado contratado por mí. No me lo podréis prohibir.

Alessia intervino:

—No te tienes que enfadar, abuelo, iremos tú y yo, pero prométeme que no vas decir nada desagradable antes de escuchar lo que tenga que decir Alessandro. Desconocemos qué y cómo sucedieron las cosas, y es posible que sea cierto lo que dice y no supiera que mamá estaba embarazada. Es preciso que nos presentemos con serenidad. Que le demos el beneficio de la duda y la oportunidad de hablar.

—Dudar de él y de los otros es lo que hago. En fin, me adaptaré a lo que pidas.

La abuela aprovechó para unirse al viaje. Su objetivo era apoyarla en todo lo que considerara importante, de manera que quería participar en el esperado momento en que se reuniría con el que creía su posible padre, tanto por si era una andanza hacia la gloria como si resultaba un chasco.

Al ver que el abuelo se tranquilizaba, Carolina sonrió complacida porque confiaba plenamente en que estaba equivocado, y se sintió feliz al ver que, Alessia, contaba finalmente con el apoyo que necesitaba.

Charlaron un poco más, se despidieron de la yaya, y degustaron la paella de las celebraciones entre paz y armonía; maridada con un vino en cuya etiqueta nadie se fijó porque, Alessia, tomó la iniciativa y les contó lo que había investigado durante su regreso en el tren, para el gran viaje que deseaba hacer. El abuelo escuchó resignado, y la abuela con cierta ilusión.

Las aguas habían retomado su cauce. O eso parecía, ya que las dudas no se desvanecieron del todo y, antes de dormir, los tres le daban vueltas al futuro. El abuelo mantenía sus sospechas, pero estaba seguro de que estando él con su pequeña nadie podría hacerle daño. La abuela se debatía entre la suspicacia de su marido y la confianza que apreciaba en su nieta y en Carolina, y deseaba

que todo fluyera para viajar pronto y terminar con las dudas. Por su parte, Alessia entendía la desconfianza del abuelo, a la vez que creía que sí, que Alessandro era su padre, y como vacilaba entre una y otra posibilidad, decidió pensar en Marco. Él era real, amable, tenía la mirada limpia y parecía sincero, al igual que Giancarlo, entonces, no podía tratarse de una trama.

Acababa de concluirlo cuando le llegó su mensaje. Se contentó, sonrió y leyó.

«¿Cómo estás, ya hablaste con tus abuelos?»

Ella contestó:

«Sí. Ha ido bien, aunque estoy cansada y confusa».

Esperaba conversar un poco más con él, sin embargo, Marco lo tomó como que necesitaba descansar y se despidió.

«Me alegro de que haya ido bien. Descansa y mañana hablamos. Hoy ha sido un día difícil para vosotros, pero muy importante».

A pesar de que hubiera querido contarle, pensó en que, dadas las dudas del abuelo, era mejor así. Además, estaba agotada, sobre todo mentalmente.

«Gracias por estar pendiente. Hasta mañana»

Acompañó sus palabras de dos caritas, una feliz y otra durmiendo. Releyó la conversación y tomó el mensaje de Marco como una señal de confirmación a lo que había pensado sobre él. Después sonrió, puso el teléfono móvil en modo avión y lo dejó sobre la mesita de noche, dio media vuelta y se durmió.

Despertó temprano, llena de energía, con muchas ganas de hacer cosas y una conversación en la cabeza: «Se llama como tú», acompañada por la risa de dicha, amor y ternura que motiva una respuesta inocente en un ser que nos ama: «No se puede llamar Alessia, si es un chico».

Con la bonita sonrisa que esto le producía, se fue a la cocina y preparó el desayuno para los tres.

—Buenos días. Huele muy rico —dijo la abuela.

Alessia tenía los cascos puestos y escuchaba «*Somewhere only we know*» con la banda británica Keane. Al verla, detuvo la música y se quitó los auriculares.

—Hola, abuela. ¿Qué has dicho?

Se lo repitió, y ella le sonrió.

—Hago un revuelto normal, de cebolla, pimiento, tomate, y huevos.

—Hum. Un rico desayuno.

Le pareció que la voz de la abuela carecía de la alegría usual, y al observar su rostro halló la presencia de la tristeza. Dejó lo que hacía y la abrazó.

—Abuelita, quiero conocer a Alessandro para saber si es o no es mi padre, pero no estés preocupada porque vosotros siempre seréis mis grandes amores.

La abuela sonrió complacida, aunque seguía compungida.

—Gracias por querernos tanto y devolvernos la vida y la ilusión, tesoro. Ahora es tu momento y debes valorar y decidir lo que consideres conveniente para ti.

El abuelo hizo acto de presencia y manifestó:

—Yo también quiero un abrazo. ¿A qué se debe?

La abuela contestó:

—A todo y a nada. No hace falta una razón porque las tenemos todas: nos queremos y estamos juntos, eso es más que suficiente para un abrazo.

Él se acercó y se les unió, a la vez que dijo:

—¡Ah! Me parece muy bien, aunque debo disculparme con Alessia, porque ayer fui un poco duro.

Tras permanecer enlazados un instante, Alessia lo miró a los ojos.

—Sé que es una situación extraña y es lógico que te preocupes, abuelo. En el momento me pareció exagerado, pero estoy contenta porque vamos a ir los tres a Roma. Sigo creyendo que Alessandro es mi padre, pero en caso de que no lo sea, tras la decepción, nos quedará el recuerdo de haber viajado juntos por primera vez, así que, ¿qué os parece si planificamos quedarnos una semana para conocer la ciudad? Mamá hablaba de ir, tal vez eso haya influido en que me ilusione tanto. ¿Estáis de acuerdo?

La abuela dijo de inmediato:

—¡Sí! Es una excelente idea.

El abuelo guardó silencio. Le atraía la idea de hacer un viaje en familia, pero le gustaba estar en lo suyo y le preocupaba el trabajo.

—No creéis que es mucho tiempo para ausentarnos. ¿Qué va a pasar en verano si no tenemos mercancía qué vender?

Contenta porque la negativa no había sido rotunda, Alessia solucionó.

—A partir de ahora trabajaremos una hora extra cada día y así cubriremos esa semana. Creo que nos da tiempo, lo voy a calcular. Y si hace falta haremos dos.

La abuela intervino.

—Buena idea. Además, tenemos souvenirs de otros años.

—Lo ves, abuelo, es factible. Di que sí, anda.

A pesar de su carácter fuerte, Leopoldo se rendía a las peticiones de su nieta, sobre todo cuando se ponía mimosa y acababa de hacerlo, de manera fingió estar dudoso e incluso algo molesto, y dijo:

—Parece que tendré que adaptarme, sois mayoría.

Ellas se miraron y sonrieron. Lo conocían y sabían que en realidad estaba ilusionado con la idea de unas vacaciones que recordarían siempre. La mesa ya estaba puesta, las tostadas hechas y el revuelto se pasaba, así que se sentaron a desayunar e iniciaron sus planes de viaje. El entusiasmo de Alessia y la abuela terminó por contagiarle, incluso a pesar de que los tres tenían cierto temor motivado por la incertidumbre del futuro.

La abuela manifestó su deseo de cumplir lo que había visto en un documental: mirar a través de la Cerradura de Roma y, Alessia, agarró su teléfono y buscó en internet un artículo al respecto. Lo leyó en voz alta y estuvieron de acuerdo en incluirlo en la lista de visitas.

El abuelo las miraba con disimulo, complacido mientras planificaban con apasionamiento, y al preguntarle qué quería hacer, dijo que ir a la Fontana de Trevi, lanzar una moneda y pedir que Alessandro y su entorno fueran personas decentes, y no timadores.

Alessia sonrió porque bajaba la guardia, y le comentó:

—De acuerdo a la leyenda, se lanzan de una a tres monedas de espalda y con la mano derecha sobre el hombro izquierdo, porque así se pasa el brazo por delante del corazón. La primera moneda es para regresar a Roma, la segunda para encontrar el amor y la

tercera para casarse. No se cumplen deseos en contra de sinvergüenzas.

—Espero que no necesite volver a Roma y tengo esos deseos cubiertos, así que haré mis propias peticiones o no lanzo nada. ¿Estuviste planificando el viaje durante la noche?

—No, que va. Después de tantas emociones dormí como un angelito; lo que os digo sigue siendo parte de la información que busqué en internet mientras venía en el tren, como estaba nerviosa me distraje en algo útil y así vamos dándole forma a lo que queremos hacer.

La abuela dijo con ilusión:

—Pues sigue indagando, programa lo que quieras y nos vamos. Desde hace mucho sueño con que hagamos un viaje y me parece que es el momento oportuno. La vida nos regala el ahora y los motivos.

—Excelente, abuelita. Cumpliremos los deseos de los tres. Lo que visitemos será en consenso, y en caso de que uno de nosotros quiera hacer algo que a los demás ni fu ni fa, el resto estaremos listos para sacrificarnos y hacerle feliz, no nos va a costar mucho —rieron—. Lo que me preocupa es que los hoteles son bastante caros. Se me ocurre que le puedo preguntar a Alessandro el nombre de alguna zona que esté cerca del hospital y tenga buena comunicación para ir al centro, así no tendremos que desplazarnos mucho para visitarlo y ahorraremos en transporte.

El abuelo intervino.

—¿Lo vas a llamar?

—No, él dijo que me llamaría.

Acababan de levantarse de la mesa cuando sonó el teléfono de Alessia. Era un número desconocido y dudó en contestar, porque quería apurarse para ir al taller y plasmar lo que sentía en un diseño que le recordara su momento mágico. Quizás un ambiente de libertad, amplitud y hermoso colorido, al que impregnaría con la ilusión que le hacía viajar por primera vez con los abuelos, conocer a su padre, tener un hermano, y contar con un chico que se colaba en sus pensamientos y la hacía reír. Concluyó que tenía sobradas

razones para estar feliz, y que todo era un regalo de su madre, puesto que le había llegado tras ir a su ciudad.

Esperanza y Leopoldo sentían una alegría contradictoria, y habían pasado la noche en vela pensando en que, de ser cierto lo que su adorada nieta sospechaba, podía marcharse con su padre y su hermano, y dejarlos. Pero tenían que apoyarla, darle libertad y la oportunidad de tener una familia, puesto que, además de ser su derecho, eran conscientes de que se hacían mayores y no querían dejarla sola cuando les llegara la hora de partir.

—¿No vas a contestar? —Le preguntó el abuelo.

—Es un número que no conozco, pero contestaré.

Lo hizo con manos libres para no dejar lo que hacía, y los tres escucharon.

—Hola, Alessia, soy Alessandro, buenos días. ¿Cómo estás? Te estoy llamando desde mi teléfono para que tengas el número y puedas contactarme cuando quieras o necesites.

Gratamente sorprendida, dijo:

—Hola, Alessandro, estoy bien. Cuando terminemos de hablar creo el contacto con tu nombre. ¿Qué tal te sientes?

—Contento e ilusionado, esperando el momento de tu llegada para conocernos.

—Es posible que viajemos pronto. Me acompañarán mis abuelos, y de paso aprovecharemos para tomar vacaciones y conocer Roma.

Él reaccionó con entusiasmo.

—Perfecto, será un placer recibiros, compartir con vosotros y ver de nuevo a tu abuela.

Los tres se miraron sorprendidos, y continuó:

»Imagino que Giancarlo te contó mi situación. No podré serviros de ayuda, pero hablaré con él para que organice sus obligaciones y os acompañe, a menos que no queráis.

El abuelo se preguntó por qué había dicho que vería de nuevo a su mujer. ¿Cuándo la había visto? No obstante, le agradó el que se mostrara contento porque viajaban los tres.

La abuela se trasladó inmediatamente al ayer, en busca de algún Alessandro, pero, una vez más, solo se topó con el nombre en el libro de Lucía. Sin embargo, se le ocurrió que, tal vez era el chico

con el que la había visto hablando divertida, el mismo en el que había pensado otras veces.

Alessia se extrañó por el comentario, y pensó que, más tarde, le preguntaría a su abuela qué había querido decir con verla de nuevo.

Enseguida, contestó:

—Vale, lo hablamos y te confirmo, porque va a ser difícil que nos entendamos con Giancarlo.

—Tienes razón, no se me había ocurrido.

Alessia sonrió y se ilusionó porque quería que compartieran y, sin darse cuenta, le hizo partícipe de sus planes.

—Él va a estudiar español y yo italiano, pero tardaremos en poder comunicarnos.

De nuevo, Alessandro mostró su satisfacción y, con tono de estar sonriente, añadió:

—Es una gran idea que ambos estudiéis el idioma del otro, y sí, imagino que a vuestra llegada aún no os podréis comunicar. Espero que sea pronto, ya que lo que se deja sin hacer en el momento, puede no hacerse nunca.

—Es verdad —asintió, pensativa.

—Seguiré llamándote hasta que os vea.

—Está bien. Te diré cuándo estemos listos para ir y, si puedes, me gustaría que me facilites el nombre de alguna zona para hospedarnos, que no sea muy costosa. Al elegirla, ten en cuenta que nos moveremos en transporte público y cualquier ahorro es importante.

—Vivimos en Tiburtina. No es el casco histórico, pero está bien comunicada, es relativamente económica y estaréis cerca del hospital. Ahora tengo que despedirme porque me llevan a hacer una tomografía, pero al regresar te paso la dirección de casa y la ubicación de aquí, así podrás buscar hospedaje cerca. Acuérdate de guardar mi número.

—Perfecto. Que salga bien.

Al finalizar la llamada, el abuelo dijo:

—Parece amable, y puede que también me agrade ese tal Giancarlo, al parecer habló bien de ti.

La abuela comentó:

—No es de extrañar, ¿dime el nombre de alguien que hable mal de Alessia?

—Alguno habrá, abuela. Nunca se es monedita de oro para todo el mundo.

Esperanza sonrió.

—En eso tienes razón. Ahora vamos a trabajar que pronto estaremos de vacaciones.

Los abuelos se ocuparon en sus labores cotidianas, y ella se centró en crear el diseño que le haría recordar el momento especial que vivía.

Preparó su boceto en una hoja de papel y lo pintó con lápices de colores. El resultado fue una pradera a la vera del mar, tan detallada, armoniosa y luminosa, que el abuelo la animó a enmarcarla y guardarla de recuerdo. Luego hizo el escueto y precioso diseño final y, mientras lo plasmaba en un jarrón, pensó en obsequiárselo a Alessandro. Empero, un instante después, volvió a su idea inicial: guardarlo como recuerdo de su sentir, y elegir para él y para Giancarlo obsequios diferentes que le hablaran del precioso paisaje marino de La Perla de la Costa Blanca. Esta decisión trajo a su mente las palabras: «Ver de nuevo a tu abuela», y consideró que podía ser el forastero del que le había hablado años atrás, de manera que bajó a la tienda.

—Abuela, tú también crees que, Alessandro, es el chico que viste hablando con mamá. Lo digo por lo que comentó a cerca de verte de nuevo.

La abuela había estado esperando la pregunta. Le parecía normal que su marido se olvidara de hacerla, pero sabía que ella lo recordaría, así que le había dado vueltas a la cabeza, por si se le ocurría que podía ser alguien más.

—No lo sé, cariño. Es posible. Por lo visto ha estado aquí, puesto que yo no fui a Madrid. Sin embargo, lo único que te puedo decir es que tu madre no solía entretenerse a hablar con los clientes, y me llamó la atención porque le dedicó un buen rato.

—Puedo llamarlo y preguntarle de qué te conoce.

—Por las ganas te diría que lo hagas. Pero creo que es mejor esperar a que lo vea, puede que lo reconozca y así no creerá que

fue tan insignificante que ni siquiera lo recuerdo.

—No se trata de que sea insignificante, es que mamá no os presentó.

—Es verdad, pero él se acuerda de mí.

—Abuelita, ves a mucha gente en la tienda, mientras que para él eras alguien especial puesto que estaba interesado en mamá. De todas formas, tienes razón, mejor esperar por si lo recuerdas cuando lo veas, así que me voy al taller para culminar mi magna obra de arte.

Hizo algo de teatro al decir esto, y las dos sonrieron.

—Tu abuelo me dijo que pintaste un paisaje muy bonito, pero complejo para plasmarlo en un souvenir.

—Ya lo simplifiqué, y a lo mejor un día pinto el original con acrílico sobre lienzo. Pero antes tengo que hacer el lago del Retiro.

—¡Ah!, ¿nos vamos a retirar junto a un lago?

—Hablo del parque.

—Claro, ¡qué despistada!

Ambas rieron. La abuela había entendido perfectamente, pero estaba contenta y bromeaba.

Alessia regresó al taller, terminó su trabajo y volvió a mostrarle el jarrón. Y la abuela Esperanza, sonrió complacida.

—Es precioso, sin embargo, no creo que sea un diseño que estandaricemos porque no nos identifica. Podría ser una edición limitada para conmemorar este año, en caso de que, Alessandro, resulte ser quien imaginamos.

Alessia entendió que su abuela tenía razón, sonrió ante la idea de que fuera algo tan suyo como una edición especial, y dijo convencida:

—Y si no lo es también. Es un año importante porque hice realidad mi anhelo, aunque tenga que volver; me reencontré en persona con Carolina y Adriana; y nos vamos de viaje, así que se merece esa edición especial. Claro que sería fantástico si, además, encuentro a mi padre.

—Pues ya está, tenemos nuestra edición conmemorativa de un año extraordinario. Ah, y acuérdate de llevarle algún presente a Alessandro y a su hijo.

—Sí, claro. Pero, ¿y si no es mi padre?

La abuela contestó con naturalidad:

—Te vuelves a traer los obsequios —ambas rieron.

—Hum... Sabes qué, en vista de que quiere conocerme y como, Giancarlo, es un buen chico, se los dejaré igualmente.

—Ya está, asunto solucionado. Hoy hemos avanzado: nos vamos a Roma, sabemos dónde buscar alojamiento, que Alessandro me ha visto, aunque tal vez yo a él no, y vas pensando en sus regalos.

—Así es. Ahora necesitamos fijar la fecha del viaje.

—Muy importante, ves, sin ella todo sigue igual.

Rieron, la abuela la miró con amor, se le acercó, la abrazó, y añadió:

»¡Qué falta me haces, preciosa! Eres la vida, la ilusión.

—Y vosotros a mí. Y me encanta ver que somos un gran equipo que tiene como prioridad estar unidos y apoyarnos a pesar de las diferencias. Ahora voy a mirar alojamientos, qué lugares visitar, cómo movernos, dónde comer, etc. Hum, ya estoy saboreando una deliciosa pizza.

—Es una gran idea, encarga una de tamaño familiar para la cena, así nos ponemos en ambiente.

Esa misma noche, ante una apetitosa representación de Italia en su mesa, acordaron viajar en dos semanas. Había llegado el buen tiempo y querían estar de vuelta lo antes posible, por la afluencia de turistas.

Alessandro le envió lo acordado, y ella le comunicó la fecha en que estarían en Roma. Ambos estaban contentos. Alessia buscó, investigó y tomó notas de los monumentos que querían conocer, el costo de las entradas, los horarios, etc. Todo parecía ir sobre ruedas y, al cabo de dos noches en las que poco durmió, los planes quedaron listos y contaron con la aprobación de los abuelos. Quería que su primer viaje en familia resultara un auténtico deleite para los tres, y estaba encantada porque se mostraban emocionados, opinaban, rechazaban o aceptaban lo que les sugería.

Entre el programa incluyó dos visitas a Alessandro, y comentó con ellos que, según como resultaran las cosas, se producirían más o,

quizás, ni siquiera el segunda. Esperanza y Leopoldo estuvieron de acuerdo.

En un momento, reflexionó que había hablado cuatro veces por teléfono con él y seguía siendo el hombre sin rostro. Podía inferir un poco su sentir, pero lo que sabía de su físico era que tenía su sonrisa. Ni siquiera si su cabello era castaño claro, porque Giancarlo podía haberlo heredado de su madre y ella de su abuela Esperanza, de manera que buscó su foto de perfil en la aplicación de mensajería, pero la que tenía pertenecía a una empresa, seguramente la suya o para la que trabajaba. Acto seguido, experimentó la tentación de pedírsela, no obstante, se contuvo y optó por esperar y sorprenderse al verlo en persona. Le faltaba poco.

Marco y ella hablaban cada noche, y las llamadas se alargaban entre charlas y risas que los hacían felices, y transformaban las conversaciones en allegros compuestos con notas de sinceridad y espontaneidad. Así, sin que se dieran cuenta, llegaron las confidencias y compartieron planes y emociones. Él la escuchaba con ilusión, como si fuera partícipe viajero en la aventura de conocer a Alessandro y disfrutar de una ciudad alucinante; mientras que, Alessia, se sentía en confianza, cómoda y afortunada por contar con alguien que la entendía, la animaba y compartía su dicha sin temores. Poco a poco, los temas pasaron a ser variados y manaban con espontaneidad, al punto de esperar con emoción la hora de la siguiente llamada, que solía producirse en la noche. No obstante, de vez en cuando, alguno recibía una bonita sorpresa a cualquier hora del día.

El miércoles de la semana siguiente, Giancarlo le envió un mensaje que la descolocó, porque le pedía que aplazaran el viaje para estar el ocho de junio en Roma. Le preguntó por qué, y él respondió que había una razón importante sobre la que no podía hablarle. Esto la preocupó y quiso saber si el motivo era la salud de Alessandro. La respuesta fue negativa, y le aclaró que su evolución era muy satisfactoria. Como le costaba entenderse y con frecuencia recurrían al traductor para comunicarse, ella no insistió y él no comentó nada más.

Alessia entendió que surgieran imprevistos que, Giancarlo, no le pudiera comentar, empero, su inquietud persistía y se lo comunicó a los abuelos. Consideró que ellos, con su larga experiencia de vida, le podían aportar motivos lógicos y simples que la tranquilizaran, además de que tenía que avisarles.

La abuela concluyó:

—Seguro que es por algo referente a sus estudios, le habrán puesto exámenes o trabajos para la fecha prevista.

—Eso podría decírmelo.

—Sí, o no. Como le cuesta hacerse entender, puede optar por resumir. Otra opción es que ese día sea el cumpleaños de su padre y le quiera hacer una fiesta sorpresa, en ese caso, no te lo dice para evitar que se te escape alguna pista que lo haga sospechar.

—Hum, está bien, abuela. Le preguntaré cuándo cumple.

El abuelo bromeó con ironía.

—Yo creo que nos están preparando el recibimiento con una banda y fuegos artificiales, y necesitan más tiempo.

Alessia entendió que hablaba con doble sentido, y añadió con resignación:

—Cielos, abuelo, aún no crees que son buenas personas.

—Sí, sí. Pero ya empiezan a manipular la fecha.

La abuela quiso restarle importancia a lo que acababa de escuchar.

—Seguro que se trata de algún imprevisto sin importancia, ya verás. ¿Qué os parece si nos vamos el día seis?, así tendremos tiempo de conocerlos antes del ocho misterioso.

—Me parece bien —dijo el abuelo—. Si no nos gustan, no tenemos que ir a su fiesta.

Alessia entendió que todo era tan raro y complicado como se quisiera ver. De manera que decidió no preocuparse, salió a su rincón de libertad y sueños y, en soledad, se dejó llevar por la calma y el sentimiento que le transmitían varias canciones que hablaban de un gran amor y que, de vez en cuando, le dedicaba a su amada mamá: *A thousand years*, de Christina Perri, aunque esta vez puso la versión de Lucy Thomas, *Right here waiting*, con Richard Marks, y

concluyó con *If I knew*, interpretada por Matteo Bocelli y Sofía Carson.

La magia de la música y el amor de Lucía le devolvieron el sosiego, las ganas y la ilusión, y se ocupó de hacer los cambios para viajar el seis de junio.

13

El encuentro

Una vez más, Alessia se hallaba a la espera del paso del tiempo, ese proceso que se resume en una frase simple, pero que incluye acontecimientos tan vitales e importantes que transforman el mundo individual y colectivo. Al perder a su madre, le decían que con su transcurrir aminoraría el dolor, pero su triste sentir instauró en ella la orfandad que, quince años después, aflora sin pedir permiso ni ser llamada, aunque con menor frecuencia e intensidad. También dio cabida a que, además de un día a día de aprendizajes y crecimiento, soñara con su viaje a Madrid, lo planificara plena de ganas e ilusión y lo llevara a cabo. Y ahora esperaba para conocer, descubrir y poner rostro al desconocido que jugara un papel indispensable en su existencia, pero por el que sentía más curiosidad que afecto, aunque la actitud que mostraba los iba acercando.

Sabía que el tiempo volaba y estaba segura de que todo saldría bien porque con Giancarlo se sentía cómoda y confiada, y Alessandro mostraba su interés a diario. De manera que imaginar lo que viviría le llevó a hacer los cambios con entusiasmo, y a motivar a los abuelos con ánimo y pequeños adicionales, como una rica pasta preparada por ella, viejas canciones en italiano, vídeos sobre los lugares que pronto visitarían y algún que otro helado artesanal, aunque no tenía idea si su sabor era parecido al del *gelato*.

Finalmente, llegó el gran día en el que tomaron el vuelo desde Alicante a Roma. Los tres estaban emocionados y temerosos con la novedad, con lo que les esperaba. Con su gran aventura. Era la primera vez que viajaban en avión y no les gustó mucho el encierro ni lo que podría pasar si se presentaba un fallo, pero el abuelo les

recordó algo en lo que creía firmemente: «Nadie muere antes de que le llegue su hora, y no es común que la de una familia se presente a la vez». Entendieron que tenía razón e hicieron todo lo posible por crear momentos graciosos y dichosos, con los que disfrutar de la travesía y tener recuerdos que rememorar en el futuro. Soñaron con lo que les esperaba al aterrizar. Se apoyaron, comentaron, y sus miradas mostraron la complicidad y el amor con que estrechaban los lazos que los unían.

Compartieron ilusión y emociones que posicionaron en segundo plano al temor, del que evitaron hablar. A simple vista todo parecía fantástico, no obstante, en su interior avivaba de vez en cuando el desasosiego, puesto que su andanza podía tener un resultado maravilloso, pero también convertirse en un fiasco y, de cualquier manera, trastocaría sus vidas para siempre.

El abuelo temía que su pequeña grande se marchara lejos, como había hecho su madre. Sin embargo, perder a Lucía le enseñara que los sueños merecían cada intento, cada afán, e incluso importantes renuncias para hacerlos realidad, porque nunca se sabía el tiempo que nos quedaba. Y se autoconvencía de que su deber era apoyarla.

La abuela trataba de mantenerse serena. Siempre había guardado sus deseos en el rincón del corazón que hacía honor a su nombre: el de la esperanza. Y se sentía emocionada porque la vida le premiaba con algo que anhelaba desde hacía años: viajar en familia.

Quería que compartieran y disfrutaran los tres más allá de la rutina, como no había hecho con su hija, y el acontecer les asignó el momento y el destino, por lo se propuso vivirlo con alegría e ilusión. La Ciudad Eterna era el sueño de cualquiera, y allí les esperaba un añadido tan importante como, hasta hacía poco, insospechado; de manera que se centró en ello y evitó pensar en lo que podía venir después. Transitar el sendero le había enseñado que evadir y fluir ante lo que no estaba en sus manos, y evitar elucubraciones negativas que, generalmente, poco se parecían al acontecer, eran buenos aliados en los momentos difíciles.

Alessia evocó el deseo de su madre de ir a Roma. No tenía claro a qué, pero había algo en aquel propósito que la motivó a querer llevarlo a cabo, y volaba hacia su segundo destino en medio de una

realidad que le resultaba tan auténtica como increíble. Después reflexionó sobre la magia ¿existía siempre y la rutina motivaba que se ignorara su presencia? Seguro que sí, más no era el momento de dilucidar ni de filosofar, sino de sentir y palpitar con emoción, y se dedicó a ello.

El vuelo se hizo corto y el aterrizaje avivó los nervios emocionados, de manera que recorrieron la zona de desembarque entre inquietud e ilusión. Giancarlo los esperaba, tal como había dicho, y sonrió al verlo. Aquel chico que parecía reservado, pero se expresaba en confianza y libertad con Marco, le inspiraba cariño y confianza. Al encontrarse, se saludaron cordialmente y le presentó a los abuelos. La abuela le sonrió encantada, mientras que el abuelo fue cortés, pero distante, aunque reconoció que le agradaba su mirada directa y la seguridad con que daba la mano.

El momento fue breve y estaban muy entretenidos, de manera que ninguno se acordó de reparar en la sonrisa que atrajera a Carolina.

Alessia caminaba por la vida inmersa en la nube de confianza y esperanza que reinaba en su interior. Estaba segura de que Giancarlo estaría allí, no obstante, sabía que existían los imprevistos y por eso se contentó al verlo. Consideró que el retraso en la fecha del viaje había sido productivo para que ambos crecieran en sus conocimientos de la nueva lengua, más no lo suficiente, porque durante los preparativos había tenido que acudir al traductor e incluso le pidió ayuda en varias oportunidades a Marco. Al pensarlo, sonrió con dulzura y picardía porque le había agradado tener una razón, e incluso la excusa para hacerlo. Por fortuna, ni los abuelos ni Giancarlo se percataron de su sonrisa sin motivo aparente.

El joven los llevó al aparthotel que habían reservado para que se registraran y dejaran el equipaje. Después fueron a un restaurante en el que hacían pasta artesanal, que él había elegido; y les explicó la carta lo mejor que pudo, además de recomendarles para que eligieran y su bienvenida les dejara un buen recuerdo.

El abuelo probó un plato típico napolitano, *vermicelli con le vongole*, y la combinación de pasta y almejas con ingredientes que no identificó, acompañada por una copa de vino blanco de la

Toscana, sugerencia del camarero, le resultó exquisita. La abuela quiso inaugurar su estancia con algo típico de Roma y pidió un *bucatini all'amatriciana*, una elección que incluía dos ingredientes que le encantaban: tomates Cherry y queso Pecorino, además de *guanciale*, que probaba por primera vez; le resultó delicioso, y la combinación con la compañía y el ambiente del lugar, motivaron que atesorara su primera comida en Italia como inolvidable. Alessia no necesitó orientación, tenía en mente una rica lasaña y convirtió su deseo en realidad. Giancarlo pidió de último y aprovechó para comer algo que preparaba su madre por Navidad, faltaba mucho para diciembre, empero, verlo en la carta le impulsó a paladearlo y se dejó llevar: *Tortelli di Zucca*. No les explicó sus motivos, más les dio a probar. No degustaron segundo plato, pero sí un rico postre que varió entre *panna cotta*, *torta caprese*, *tiramisù al limone* y *profiteroles*. Alessia quería pedir *gelato*, pero Giancarlo le sugirió ir más tarde a una *gelatería* para saborearlo en el ambiente ideal.

Durante la comida, les comentó que su padre aspiraba verlos esa misma tarde, no obstante, ellos decidían cuándo. Los abuelos miraron a Alessia en silencio, con la única expresión facial de quien espera serenamente a que otro elija sin ningún tipo de presión, y ella se decantó por el motivo que los había llevado a Italia tan pronto.

A pesar de que tomó la decisión que acostumbraba cuando tenía algo pendiente, que consistía en llevarlo a cabo lo antes posible, a partir de entonces se sintió nerviosa porque en unos minutos, tal vez un poco más, conocería a Alessandro. Era lo que deseaba, pero hacerlo la pondría ante una realidad que le permitiría dar pasos en firme, tanto hacia una nueva relación como hacia el desengaño, y esto la inquietaba.

Tras finalizar los apetitosos postres, la abuela y ella fueron al baño y, como terminó primero, aprovechó para enviarle un mensaje a Marco. Le dijo que habían llegado bien, que se sentían felices y que el abuelo parecía tranquilo. Marco le contestó de inmediato; le dijo que se contentaba y que no se preocupara porque todo iba a salir bien y el viaje sería bonito y memorable. Enseguida, le pidió que le

enviara fotos en las que, de ser posible, estuviera ella, puesto que los lugares y monumentos tenían historia y eran impresionantes, pero su imagen en solitario se convertía en algo similar a una postal, por lo que carecía de energía y emociones, en cambio, la presencia de alguien querido les añadía vida, calor, sentimiento, significado y esencia.

Al leerlo, Alessia no pudo evitar que la luz de su sonrisa se reflejara en el espejo que tenía delante, y la abuela, que acababa de salir e iba a lavarse las manos, la miró con amor y pronunció un nombre entre picardía y felicidad.

—Marco.

Ella afirmó, feliz:

—Sí.

—Te he observado cuando hablas con él, y la verdad es que no sé cómo te escucha con lo bajito que lo haces, sin embargo, esa actitud y tus gestos me indican que en ti hay algo más que amistad, y espero que seas correspondida.

—Vive muy lejos, abuela. Te parece raro porque ahora hablamos con más confianza y libertad de lo que lo hacíais vosotros, por eso crees que siento algo más. Es genial, más solo un amigo.

—Vamos, vamos. ¿Cómo crees que la humanidad llegó hasta hoy? También nos enamorábamos, hacíamos cosas a escondidas, y fíjate si hacíamos que hasta nos casábamos y teníamos hijos —ambas rieron—. Di lo que quieras, pero me quedo con que es genial.

Alessia la miró y le sonrió con dulzura, se despidió de Marco y regresaron a la mesa.

Entre tanto, Giancarlo había llamado a Alessandro para notificarle que salían del restaurante e iban directamente al hospital. Contento e inquieto por la visita, se vistió con ropa de calle para darles una buena impresión. Después esperó ansioso: caminaba de un lado a otro de la habitación, salía al pasillo, miraba por la ventana…

Poco más de media hora después, Giancarlo cruzó el umbral del cuarto del hospital, y Alessia y los abuelos esperaron en el pasillo. Al ver que su hijo entraba solo, le preguntó por qué no lo acompañaban, y él le contestó que habían acordado darle un minuto

para arrepentirse. Ambos rieron, y le explicó que aguardaban su autorización.

Alessandro llamó a Alessia, y los abuelos la siguieron hasta la puerta para observar cómo reaccionaban. Querían estar atentos a cada gesto y detalle. Giancarlo también.

Mientras se le acercaba, Alessandro, la miraba a los ojos con dulzura y curiosidad, y esbozó una sonrisa emocionada porque le recordó a Lucía. Al hacerlo mostró el gran parecido físico que los unía, y los abuelos se percataron de inmediato y sus miradas se encontraron. De haberse podido comunicar por telepatía, la abuela se hubiera adelantado: «Sí, son padre e hija», el abuelo, de acuerdo a su usual costumbre de contradecirla, hubiera acotado: «Es casualidad».

Enseguida, la abuela recordó que, según él, lo había visto, pero no logró reconocerlo. Podía ser el joven que hablaba con Lucía en la tienda, sin embargo, el rostro que tenía a escasos metros no le parecía el mismo. Claro que habían pasado los años y a ello se unía su mala memoria para las caras.

Alessia y Alessandro sostuvieron un momento de contemplación mutua, silenciosa y de sonrisa leve y nerviosa, antes de saludarse. Tras hacerlo, él indicó a los abuelos que se acercaran, se presentaron e hizo una deferencia a la abuela.

—Hubiera sido capaz de reconocerte en cualquier parte. Es como si el tiempo no pasara para ti.

Ella sonrió, sabía que intentaba ser cortés, y le dijo:

—En cambio, yo no estoy segura de que seas quien pienso. Mi memoria no es tan buena, lo siento.

—No te culpes por no reconocerme. Nunca fuimos presentados y no tenías idea de quién era, en cambio, yo te recuerdo porque sabía que eras la madre de Lucía.

Ella asintió con una amable sonrisa, e improvisó:

—Mi nieta ha heredado tu sonrisa.

La mostró una vez más, asintió complacido, y comentó:

—A mí me recuerda mucho a Lucía, pero sí, se parece a mí en la sonrisa y en algo más: está apoyada en el borde exterior de los pies, como hacía solía hacer en mi juventud.

Las miradas se pusieron sobre los pies de Alessia. Ella los colocó bien, y la abuela sonrió a la vez que comentó:

—Hum… otro misterio que se aclara. Siempre me pregunté a quién se parecía en algo tan poco común.

—Seguro que tenemos mucho más y lo iremos descubriendo a medida que nos relacionemos.

Tras estas palabras se produjo un silencio motivado por la situación tan nueva como extraña que vivían, en la que ninguno sabía bien qué decir. Finalmente, él rompió el hielo.

»¿Qué tal el viaje?

—Entretenido y agradable —contestó el abuelo.

—Tenemos que darle las gracias a Giancarlo, es un excelente anfitrión —dijo Esperanza.

Alessandro le tradujo a su hijo lo que acababa de decir la abuela y, Giancarlo, sonrió y añadió que haría lo posible para que al partir continuaran pensando lo mismo.

Complacido, Alessandro transmitió la respuesta de su hijo. Luego, miró a Alessia, y añadió a título personal:

—Ya compró las entradas para…

Giancarlo no entendía todo, pero captó lo suficiente para interrumpirlo de pronto y en su lengua:

—*Cosa stai facendo, papà? Mantieni un segreto*. —¿Qué haces, papá? Guarda el secreto—.

Los abuelos no comprendieron, empero, Alessia escuchó que hablaban de un secreto y le pareció extraño. La premura y de la intervención de Giancarlo, les hizo entender que, Alessandro, no comentaría nada más al respecto, no obstante, lo miraron y él lo tomó como que debía aclarar lo sucedido, y disimuló.

—Lo siento. He metido un poco la pata. Mi hijo ya compró las entradas que vais a necesitar, e incluso alguna más, pero no quería que lo dijera.

La abuela le agradeció directamente a Giancarlo, mientras que, Alessia y el abuelo, le dedicaron una sonrisa. Enseguida, Leopoldo le preguntó cómo y cuándo había sido el accidente, y recibió una explicación detallada, tanto del choque como de las operaciones, lo

cual motivó que se sintiera un poco más tranquilo y su desconfianza en el recién conocido titubeara un poco.

A continuación, Alessandro, observó a Alessia con dulzura durante un instante que nadie interrumpió, y comentó que tenía la mirada de su madre. La abuela estuvo de acuerdo y añadió otros parecidos, incluyendo algunos sentimientos. Seguidamente, y aunque tenía muchas ganas de saber sobre lo vivido por Lucía y lo que había pasado entre ellos, le dijo a su marido que la acompañara a la salita de espera, porque necesitaba sentarse. Era la excusa para dejar que Alessandro, Alessia y Giancarlo, charlaran a solas. El abuelo no estaba de acuerdo, pero pensó que no debía de contradecirla en público, además, como la sala se encontraba justo al lado de la habitación podía mantener la vigilancia, y aceptó. Aunque no salieron porque, Alessandro, le ofreció la poltrona y, a pesar de que Esperanza la rechazó, él se sentó en la cama y terminó por aceptarla.

Al quedarse sin excusa, la abuela optó por preguntarle si quería hablar a solas con Alessia, y él aseveró:

—Por mi parte no es necesario, estoy dispuesto a contar y contestar todo y a todo con la mayor sinceridad posible.

Sus últimas palabras sonaron al compás de la melodía que indicaba que, Alessia, tenía una llamada, y al sacar el teléfono del bolso se contentó porque era Adriana, con quien estaba en contacto desde que se vieran en Madrid.

—Hola, Adriana, ¿cómo estás? —contestó con alegría.

—Feliz, ¿y tú? ¿Ya estáis en Roma?

—Sí, llegamos hace rato, fuimos al aparthotel, comimos y ahora estamos en el hospital, con Alessandro.

—¡Ah! O sea que ya os conocéis. ¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

—Entonces hablamos en otro momento. Pero antes de colgar, te cuento que, como quiero aprovechar cada oportunidad para pasar tiempo contigo, vuelo a Roma el sábado. Nos vemos, compartimos, conozco a tus abuelos e incluso puede que estreche la mano de Alessandro, si me dices que se lo merece, claro. Si no se porta bien, churros.

Le habló con entusiasmo y alegría, y motivó su sonrisa.

—Excelente. Giancarlo me dijo hace días que tiene el sábado comprometido y no estaremos con él hasta la noche, de manera que nos sugirió conocer el Coliseo y algunos de los monumentos cercanos. Me parece un buen plan para hacer contigo, y como ya compró nuestras entradas, tendrías que encargarte de las tuyas.

—Perfecto, mándame la información para adquirirlas a la misma hora y nos vemos el sábado. ¡Vamos a pasar un día fantástico!

Alessia mostró su preciosa y emocionada sonrisa, y dijo:

—¡Me encanta! ¡Hasta el sábado!

Alessandro, al observarla tan contenta, le preguntó quién era Adriana.

—Es mi madrina. No nos habíamos visto ni hablábamos desde que mamá murió, pero durante mi viaje a Madrid retomamos el contacto.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por un trance tan duro y perder tanto. Eres una jovencita muy valiente.

Las palabras de Alessandro brotaron acompañadas por sinceridad y, Alessia, se sonrojó a la vista de Giancarlo, quien prestaba la mayor atención en su intento por entender lo que decían, y de Esperanza y Leopoldo, que estaban pendientes del menor detalle que pudiera decirles algo.

Alessia le dio las gracias, miró a los abuelos, y dijo cariñosa:

—Tuve la gran suerte de que aparecieron dos ángeles en mi vida.

Ellos sonrieron enternecidos. Después miró nuevamente a Alessandro, y añadió:

»Esta conversación es muy importante, así que quiero que la empecemos por el principio.

Él entendió la inquietud que había tras las palabras que acababa de escuchar y, comprensivo y dispuesto, dijo:

—Te entiendo perfectamente. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo os conocisteis mamá y tú?

La mirada de Alessandro mostró el brillo de los hermosos recuerdos, la profundidad del amor y la presencia de la nostalgia. De su corazón brotó, complaciente, la sonrisa interesante y cautivadora que había legado a sus dos hijos, y dio inicio a la historia de amor que Alessia quería conocer. El gran misterio que se develaba por fin

para ella, y también para unos padres añorantes que arrastraban la pena de un ayer por resolver.

—Un buen día, cuando aún era estudiante universitario, mis mejores amigos y yo decidimos pasar un verano diferente y emprender un viaje en tren por la costa, desde Roma hasta Lisboa. Planeamos visitar ciudades como Mónaco, Marsella o Barcelona, y también diferentes pueblos cuyos litorales eran bañados por el Tirreno, el Mediterráneo y el Atlántico. Queríamos vivir la gran aventura de nuestras vidas, y la vida me sorprendió con un amor inolvidable.

Alessandro miraba a Alessia, y ella percibió en su rostro la luz que irradia la dicha del ayer.

»En medio de nuestra andanza, nos topamos con un pequeño pueblo blanco erigido sobre un cerro impregnado de brisa marina y saludos gentiles. Nos registramos en un hostal, dejamos nuestras cosas y transitamos por callejuelas a las que llamaban carreras, llegamos a una plaza en la que había una bonita iglesia de cúpulas azules, y un mirador al que nos acercamos para ver las vistas. Al hacerlo, pasamos junto a un grupo de jóvenes entre los que había una chica cuya risa llamó mi atención. Era guapa y se mostraba muy alegre. Me pareció que era feliz. Vestía un short color melón y una camiseta blanca con un corazón de rosas azules.

Esperanza interrumpió sin querer.

—Le gustaba mucho esa combinación. Y se parecía a ella por la calidez, la alegría y los sueños inalcanzables, pero también por el amor eterno, la persistencia y el logro.

El sentimiento de madre se reflejó en su rostro y su voz estuvo acompasada por la presencia del amor infinito del que hablaba. Al escucharla, los cuatro se sumieron en un silencio en el que cada uno acarició su propia nostalgia por el ayer en compañía de Lucía.

Giancarlo los observaba sin entender. Y, Alessandro, dijo:

—Ignoraba el significado, pero recuerdo que llevaba con elegancia su ropa sencilla y pensé que le lucía; después supe que ese era su nombre. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos me fijé en su mirada dulce y triste, y el contraste con su risa alegre me cautivó.

Aunque tal vez ya lo había hecho antes… Y por eso la miré a los ojos.

Alessandro parecía vivir lo que contaba. En su voz había nostalgia, sentimiento, anhelo; su mirada estaba perdida en un lugar lejano, observando a la joven del mirador, y en su rostro mostraba lo que había en su corazón: la sonrisa perenne que afloraba al recordar a Lucía.

Asintió con la cabeza y concluyó convencido:

»Me cautivó Lucía, sin más y con su todo. Y en ese momento decidí que tenía que conocerla. Le dije a mis amigos que nos veíamos al final del día en el hostal. Me preguntaron por qué y les contesté que acababa de encontrar a la chica de mis sueños —negó con la cabeza y añadió—: Lo dije como lo sentía, sin pensar y a pesar de que tenía novia. Ellos rieron, bromearon, y nos separamos.

Alessandro hizo un nuevo y breve silencio en el que incrementó su sonrisa.

»Me acerqué a Lucía y le pedí que me ayudara con una dirección, se apartó unos pasos del grupo y me preguntó a dónde necesitaba ir. Los italianos solemos comer pizza en la noche, era poco más de mediodía, y mi duda fue:

—Dónde puedo comer una pizza sin salir del casco antiguo.

Ella rio divertida y dijo con gracia y espontaneidad, como si no pudiera creer que le preguntara tal cosa:

«Pero si tienes varias, a tu derecha y a tu izquierda».

»Por un momento no supe dónde meterme. Efectivamente, las había visto, y es posible que eso motivara mi pregunta tonta.

Alessandro hizo un gesto con la cara, se encogió de hombros, sonrió y añadió:

»La invité a comer y me dijo que no, de manera que le saqué conversación hasta que logré que aceptara, y al terminar disfrutamos de una tarde inolvidable recorriendo Altea. Yo había aprendido algo de español porque, tras las vacaciones, iniciaba un erasmus en Madrid, y cuando me contó que acababa de terminar bachiller y quería estudiar arquitectura en la capital, me entusiasmé al pensar que tendríamos la oportunidad de volvernos a ver.

»El tiempo voló a su lado y al día siguiente partía con mis amigos, de manera que le confirmé que pasaría a despedirme. Sonrió y dijo:

> «Estaré castigada porque tenía que haber ayudado a mi madre en la tienda y he pasado la tarde contigo, así que necesitarás hacer una compra grande para agradarle. Aun así, no hay garantía de que me avise cuando le preguntes por mí».

»Me dio el nombre de la tienda para que intentara despedirme, y acepté el reto.

La última oración de Alessandro estuvo acompañada por una sonrisa pícara, motivada por el recuerdo de las travesuras de Lucía. Y se perdió entre divagaciones secretas.

Sus acompañantes lo observaban con sigilo, sin apresurarlo ni interrumpir su narrativa. Empero, como el silencio se prolongó, Alessia habló con impaciencia, a la vez que se vistió con su mirada expectante y jovialidad.

—¿¡Puedes continuar!? ¡De esta historia depende mi vida!

Los abuelos y él rieron por lo que escucharon, los gestos y la reacción. Y, Giancarlo, por su monería y entonación.

Alessandro respondió a la petición, aún carialegre.

—Claro, lo siento, me distraje recordando trastadas que hacía Lucía. A la mañana siguiente fui a la tienda para despedirme —miró a Esperanza, y continuó—: Estaba tu abuela y, como no la vi, recordé lo que me había dicho y seguí su consejo. Mis amigos me esperaban y yo no acostumbraba a comprar más que mi ropa, así que no me detuve a ver qué había ni a pensar si lo que agarraba podía gustarle y serle útil a mi madre o no, simplemente me dediqué a acumular, sobre el mostrador, tazas, cuencos, adornos… y objetos que no sabía ni para qué servían. Dispuesto a comprar todo para congraciarme con la dama que atendía, y de paso preguntarle si podía ver a su hija.

»De repente, pensé que aquel gasto extra e innecesario me haría tener que recurrir a mis amigos en algún punto del viaje, pero me animé ante la oportunidad de despedirme de la chica que me había deslumbrado. Acto seguido, me di cuenta de que no podía llevar

tantas cosas en la mochila y el bolso de mano y, dadas las características del viaje, no iba a andar cargando con una caja de porcelanas, así que, instintivamente, me eché las manos a la cabeza.

Esperanza reía en silencio, aunque su semblante la delataba cuando él la miró. Le dedicó una sonrisa avergonzada, y continuó:

»Tu abuela estaba ocupada con otros clientes, pero me dedicaba miradas curiosas y esporádicas, y una de ellas tuvo lugar en ese preciso momento. No sé qué pensó, pero se me acercó y me preguntó si quería que me embalara todo junto o por partes. Al escucharla sentí ganas de salir corriendo, miré hacia la calle, y vi a tu preciosa madre, estaba de pie en la puerta, mirándome y tapándose la boca con una mano. Supongo que contenía las ganas de reír.

Todos rieron, y explicó:

»Me sentí aliviado por no tener que hacer la compra, pero abochornado con tu abuela. Agarré dos tacitas del montón y, cabizbajo, le pedí:

—Solo estas dos, por favor.

Ella me miró extrañada y las envolvió, le pagué y salí al encuentro de tu madre, que se había devuelto y la encontré muerta de risa, aun lado de la entrada.

La abuela, que hacía rato había caído en cuenta, pero se contenía para dejarlo hablar; liberó sus ganas, alzó las palmas y dijo divertida:

—¡Finalmente se descubre quién era el loco de los souvenirs! ¿¡Cómo no te reconocí al llegar!? Nunca tuve otro caso igual, y mira que han entrado clientes singulares en la tienda, pero como tú ninguno.

Alessandro quería disculparse, no obstante, las risas le impedían ser escuchado, así que terminó por unírseles.

Esperanza, aún sin tranquilizarse totalmente, continuó:

»Agarrabas y agarrabas cosas. Primero imaginé que tenías mucha gente a la que llevarle presentes y me alegré porque nos habías elegido. Cuando el mostrador estaba casi lleno, me fijé en tu aspecto bohemio y se me ocurrió que podías ser un decorador al que le parecía horrorosa mi exposición, y la iba a mejorar. Incluso consideré

decirte algo, pero amontonabas con tanto afán, que terminé concluyendo que eras un revendedor al que le había gustado nuestra mercancía, y me sentí orgullosa. Empero, cuando te echaste las manos a la cabeza dudé de tu cordura, así que me acerqué por si se te ocurría tirar todo al suelo con la misma rapidez con la que lo habías puesto allí, y al decirme que te envolviera solo las dos tacitas me convenciste de que estabas chiflado, por eso me quedé calladita —risas.

»Había visto a Lucía en la puerta y pensaba decirle que pusiera todo en su lugar, pero mientras te cobré desapareció, de manera que me tocó devolver los enseres a su sitio. Eso sí, lo hice rezando para que no se te ocurriera volver.

Lo contó con tanto gracejo que motivó nuevas risas y, Alessandro, aclaró con alegría:

—Volví, pero no entré en la tienda por temor a que me echaras.

Esperanza dijo convencida:

—Ya, ya, pues como, Lucía, no nos presentara inmediatamente, menudo susto me llevaría al pensar que volvías para llevar a cabo tu ritual de compra —risas—. Por cierto, ¿qué pasó con las tazas, llegaron a Roma o se perdieron en el viaje?

—Llegaron, le gustaron mucho a mi madre, y aún existen.

—Me contenta. Y confieso que no te relacioné con Lucía porque no os vi juntos. Tampoco recordaba tu cara, sino tu prisa por acumular objetos y tu compra final. Fue un chasco, pero, como ves, cuando lo recuerdo todavía me río.

—Te entiendo, y lo siento.

—No te preocupes, las risas lo recompensaron.

Alessia sonreía por la situación y porque su abuela le había contado la andanza del loco de los souvenirs, y le parecía divertido que fuera él. Giancarlo se mostraba expectante ante las risas y, Alessandro, lo miró y le dijo que cuando estuvieran solos le explicaría el motivo. Enseguida, retomó el hilo de la narrativa que los ocupaba.

—A partir de aquel día, tu madre y yo mantuvimos contacto telefónico, pero, como era costoso, al volver a Roma, nos dimos las direcciones de correo electrónico y nos escribíamos con frecuencia.

Así supe que su padre estaba molesto porque se iba a estudiar a Madrid, a pesar de tener la posibilidad de cursar la carrera en Alicante.

Leopoldo lo miró interrogante, necesitaba saber si le había contado algo más y, Alessandro, añadió:

»Le decías que era muy joven para volar y, como padre, puedo entenderte. Lucía era un ángel y los ángeles tienen alas, sin embargo, cuesta reconocerlo y permitirles usarlas en libertad, porque pensamos que sucumbirán en las tormentas. Creemos que están más seguros cerca nosotros, cuando lo único que les ofrece seguridad y confianza es su temple, ese que forjan al enfrentarse a cada una de las batallas que encuentran en el camino.

El abuelo Leopoldo apretó los labios, le mantuvo la mirada, asintió con la cabeza y guardó un silencio que, Alessia, interrumpió.

—¿Por qué no estaban esos mensajes en el sobre que dejó Giancarlo?

—Porque siguen en mi correo personal. Los que viste son los que nos enviamos a través de la cuenta de la universidad, y los imprimí antes de cerrarla.

—Comprendo. O sea que os conocisteis, vivisteis vuestro amor mientras estudiabas en Madrid, ¿y…?

Alessandro explicó en tono agridulce:

—Y…, había una chica en mi vida. Éramos novios desde la adolescencia y la quería mucho. Compartíamos gustos, aficiones, confiábamos plenamente uno en el otro, nos divertíamos... Era hermosa, tenía un corazón enorme y se llamaba Giulia. Habíamos hablado de hacer juntos el erasmus, pero cuando llegó el momento de presentar los papeles, ella no lo hizo porque su familia pasaba por un momento complicado y la necesitaba cerca.

»Mi solicitud fue aprobada, y ese verano viví mi gran aventura y conocí a Lucía. En septiembre viajé a Madrid, para cursar un año de ingeniería de telecomunicaciones, a la par que tu madre emprendía su camino en la facultad de arquitectura. La novedad nos encantaba y nos reuníamos con frecuencia para estudiar en la biblioteca y conocer la capital. Éramos dos forasteros aventurando en libertad.

La sonrisa evocadora de Alessandro y el resplandor de los sueños en su mirada, rubricaban las vivencias de los dos enamorados creaban una inolvidable historia entre descubrimientos y complicidad.

»Pronto nos dimos cuenta de lo que sentíamos y nos dejamos llevar por su intensidad y grandeza. Conocimos la dicha, tocamos el cielo y, como decía Lucía, nos abrazó la magia. Una magia a la que ella podía dar rienda suelta, empero, yo tenía a alguien que me esperaba. Una chica excelente con quién no tenía un compromiso formal, pero con la que poco antes imaginaba que me casaría. No podía engañar a ninguna de las dos, de manera que se lo conté a Lucía, y aproveché las vacaciones de Navidad para venir y hablar con Giulia.

La mirada de Alessandro regresó al presente y buscó la de Alessia. Era el narrador de la historia que todos los que le acompañaban querían conocer, pero también uno de los protagonistas. Por eso divagaba, cual viajero en el tiempo.

»Al vernos le conté que me había enamorado de Lucía. Ella lo entendió y quedamos como los buenos amigos que habíamos sido desde niños. No obstante, calló que estaba embarazada, y la ropa de invierno le ayudó a guardar el secreto. Ignoro qué habría pasado de haberme enterado, pero lo cierto es que nos unía un lazo irrompible. Años después, me confesó que lo había hecho para evitarme un compromiso indeseado, y que en el fondo confiaba en que volveríamos al concluir mi tiempo en Madrid.

Alessandro hizo una nueva pausa silenciosa, giró su cabeza hacia Giancarlo, y las miradas de ambos se encontraron para hablar del amor y orgullo que se profesaban, motivando que los abuelos y Alessia sonrieran ante la imagen de complicidad y dilección que iluminó el momento.

Era una tarde de emociones, en la que se sentían dichosos al escuchar la única versión que conocerían sobre un amor tan intenso, cercano y a la vez desconocido. Un amor que trascendía en el tiempo y la distancia, y al que, Alessandro, imprimía en su narrativa

el sentir de quien había vivido un una historia preciosa y breve, que le dejara recuerdos tan maravillosos como para soñar con retomarla.

Durante los silencios daba rienda suelta a su mente y le permitía volar al ayer. A un pasado que atesoraba claro, vívido, en el que se encontraba con Lucía. Y al hablar, sus ojos centelleaban a medida que las palabras manaban con la autenticidad de quien nada tiene que esconder, motivando que, Alessia y los abuelos, se sintieran abrazados por la pasión, la belleza, la realidad, los sueños…

Para ella primaban emociones hermosas que se traducían en la infinitud del amor. En cambio, Esperanza y Leopoldo combinaban al unísono: arrepentimiento, agradecimiento y lamento.

Enseguida, se dio cuenta de que los cuatro lo observaban expectantes, y admitió pensativo:

»Giulia tenía razón, tomar la decisión me hubiera puesto en un compromiso indeseado.

El abuelo, que no se había bajado por completo de sus trece, puntualizó:

—El tiempo demostró que no era tan indeseado, puesto que formasteis una familia.

Alessandro aceptó con un movimiento de cabeza y, para no entrar en polémica, continuó su relato.

—Regresé a Madrid ignorando que iba a tener un hijo, y Lucía y yo vivimos nuestro recién estrenado amor a plenitud. Y cuando terminó el cuatrimestre viajamos juntos a Altea. Quería que me conocierais —miró a Leopoldo—, pero como su relación contigo seguía tensa, decidió presentarme como un amigo con el que había coincidido al llegar al pueblo, puesto que no quería añadiros la preocupación de que tenía novio. Visité la tienda en diferentes oportunidades, empero, por alguna razón no coincidimos —posó sus ojos en los de la abuela, y añadió—: Quizás, en el fondo era lo que deseaba, porque me daba vergüenza que me reconocieras.

Alessia bromeó con ironía:

—Seguro que lo hubiera hecho. Es muy distraída con las caras, pero nunca olvida a los clientes que le dejan una buena ganancia.

Rieron todos menos el abuelo, que se preguntaba cómo era posible que no lo hubiera visto y, a pesar de haber bajado la guardia

en determinados momentos, mantenía su desconfianza, escrutinio y seriedad.

La abuela elucidó:

—Todo pasa por alguna razón, incluso si no la vemos ni imaginamos y, en este caso, es posible que se tratara de la salvación de la escoba porque, si no podía impedirte la entrada, te hubiera sacado a escobazos.

Mientras chanceaban, Alessia recordó que, Alessandro, había hablado de su madre en presente, y le preguntó si vivía.

—Sí, y mi padre también. Espero que conozcas a ambos antes de irte. Además, tengo una hermana, tres hermanos y doce sobrinos. Somos una familia grande, sin contar a los tíos y primos, es posible que necesites anotar sus nombres para no confundirte y, al principio, no sabrás de quién se trata, porque la mayoría se parecen e incluso hablan a la vez.

Alessia sonrió al imaginarlos reunidos como en las películas italianas, y le gustó que quisiera que se relacionaran. El abuelo los devolvió a lo que le interesaba.

—Antes de conocer a la familia en Italia, tenemos que terminar vuestra estancia en Altea, quiero saber cómo es posible que no te viéramos.

—Pasamos una semana en la que me mostró sus lugares favoritos a la vez que vivíamos nuestro amor secreto, lo cual convirtió la estadía en interesante y apasionante. Nos divertía escondernos de los conocidos, subirnos en el tranvía y escaparnos a alguna cala distante, a Benidorm, Alicante…; nos sentábamos separados, como si no nos conociéramos, y al llegar al lugar elegido caminábamos abrazados. Pasamos días maravillosos en los que dimos rienda suelta al nuestro sentir, a la vez que palpamos la emoción de jugar al despiste. Soñábamos mirando al mar y creábamos nuestra infinidad… Se terminaba febrero y aquella aventura invernal es un recuerdo primaveral, porque la alimentamos con la luz y la ilusión del amor verdadero.

A medida que escuchaba, Alessia sonreía al imaginar las andanzas que el emocionado relator describía, y envolvía a sus padres en halos de amor.

»Tu abuela no se había opuesto a que tu madre estudiara en Madrid, entendía sus sueños de juventud, sus ganas de volar. Sus deseos de ser y hacer y, Lucía, le hubiera dicho la verdad, pero consideró que si la ignoraba le evitaba problemas con tu abuelo, y estaría más tranquila. Así era ella, quería vivir e intentaba no lastimar, aunque le resultara difícil.

Al decir esto, la nostalgia se apoderó de Alessandro. Calló, contrajo los labios y elevó las cejas en señal de resignación. Luego lamentó:

»Pensó tanto en los demás, que ahora que conozco tu existencia me doy cuenta de que su bondad, su espíritu de sacrificio y su silencio, a pesar de ser cualidades, impidieron que los tres fuéramos felices, juntos...

»Tras unos días increíbles volvimos a la capital, para hacer el siguiente cuatrimestre. Me faltaban apenas dos para graduarme como ingeniero, pero ella apenas iniciaba su carrera, de manera que nos planteamos seguir viviendo en Madrid. Allí nos sentíamos bien, podíamos trabajar, salir adelante, y estábamos lejos y a la vez cerca de todos.

Al terminar las clases vine a Roma. Quería ver a mis padres y pedirles que me echaran una mano para hacer las asignaturas que me faltaban. Lucía trabajaba en el estudio de arquitectura y yo era camarero los fines de semana, por lo que nos bastaba con poco. En caso de que me dijeran que no podían, nos planteamos que trabajaría más horas y cursaría menos materias. También contemplamos la posibilidad de venirnos aquí y vivir con mis abuelos, ya que tenían una casa grande y se habían quedado solos. Empero, tu madre quería sanar la brecha con tu abuelo y sabía que la distancia no ayudaba, sino que la agrandaba.

Alessia asintió comprensiva, y dijo:

—Es cierto.

Alessandro afirmó con la cabeza, y continuó:

—Cuando le conté a mis padres lo que me proponía, me miraron extrañados y me preguntaron si no había visto o hablado con Giulia. Les dije que no, porque ya no estábamos juntos. Se miraron extrañados y me urgieron a que lo hiciera antes de tomar cualquier decisión. No entendí por qué tenía que verla o hablar con ella si

habíamos terminado, y pensé que creían que lo que sentía por Lucía era un capricho, así que ignoré su apremio. Unos días después, durante el desayuno, retomé el tema de volver a Madrid. No quería rendirme, puesto que tampoco me habían dicho que no me apoyaban.

Alessandro miró nuevamente a Giancarlo con amor infinito y, sin apartar sus ojos de él, continuó:

»En ese momento me dijeron que, ya que no contactaba con Giulia, tenía que saber que eran abuelos de un chiquillo encantador, del que yo era el padre. Llamé a Giulia para vernos de inmediato y al encuentro acudimos tres, porque ella traía en brazos a un bebé de meses, que era mi hijo. Sabía que tenía una madre excelente, sin embargo, era tan pequeño, frágil, tierno y adorable, que en ese instante supe que no podía irme y dejarlo.

Giró su cabeza hacia Alessia, y contó:

»En ese momento pensé en que la solución era que Lucía se trasladara a Roma. Sin embargo, tras la alegría inicial de la noticia, reflexioné sobre cuál sería su reacción al saber que tenía un hijo. Alguien tan importante e inocente que merecía y necesitaba mi amor, mi presencia y mis cuidados. También quería que entendiera que no había estado con ella y con Giulia a la vez, sino que las había amado y respetado a ambas, a cada una en su momento, y que ella era mi presente y mi futuro, incluso a pesar de ser a quien lastimaba sin querer y sin poder evitarlo. E incluso a ti, sin saberlo.

Alessia, intentando empatizar y aliviarle, dijo:

—No te preocupes por el pasado, quedó atrás y no podemos cambiarlo, lo importantes es aceptar, reconocer, crecer y continuar sin lamentarnos, porque, como dijo la abuela, todo pasa por y para algo, incluso si no lo entendamos.

Alessandro la miró agradecido.

—Tienes razón, pequeña filósofa.

Ella le mostró una leve sonrisa, y él continuó:

»Tan pronto terminó mi encuentro con Giulia y el pequeño Giancarlo, quise llamar a Lucía y contarle lo que había descubierto, pero no tenía idea de cómo decírselo y estaba alterado, necesitaba serenarme, así que le envié un correo en el que le asomaba la

urgencia y le decía que la llamaría en la noche. Cuando lo hice, recuerdo que después de saludarnos me dijo:

—Habla tú primero, te escucho con atención.

Escuchar con atención era uno de sus dones y no entendí que ese «primero» llevaba implícito algo tan importante como podía ser que estaba embarazada… De manera que me armé de valor y le conté que tenía un hijo, un pequeño de tres meses que había sido concebido el verano anterior, antes de conocernos ella y yo, que su madre era Giulia y acababa de enterarme que era padre. Guardó silencio un instante, y luego me dijo:

> —Eso lo cambia todo. Tu deber es estar a su lado, verlo crecer y ser el padre que merece. Yo te amo y lo sabes, pero no estoy segura de que deba irme. No sé qué hacer. Creo que mi lugar está aquí, cerca de los míos.

En silencio, Alessandro, se preguntó una vez más ¿por qué no había esperado a decírselo personalmente, para convencerla de que juntos ganarían las batallas que la vida les pusiera? Y la respuesta fue la misma de siempre: había querido decírselo sin demora, porque siempre había sido sincero.

Enseguida, continuó:

»Quizás no sabía que estaba embarazada, porque habíamos estado juntos pocos días antes y no se le notaba nada. Tal vez lo que quería decirme era otra cosa. Es posible que en el momento pensara que mi relación con Giulia había sido más de lo que le había contado, y concluyó que lo mejor era dejarme libre…

Hizo una pausa en busca de posibles razones, pero no halló más. La tristeza había invadido su corazón y todos lo notaron porque se reflejó en su rostro.

»Nunca sabré qué pasaba por su cabeza mientras le aseguraba que la amaba, y le pedía que se viniera para que yo pudiera cuidar de mi hijo y verlo crecer. Tampoco sé si me creyó cuando le aseguré que entre Giulia y yo únicamente existía el cariño de dos buenos amigos, pero recuerdo claramente parte de sus últimas palabras:

> —Tu sitio está ahí, en el lugar donde eres necesario y tienes a tu familia, pero el mío no. A pesar de ello y por duro que

nos parezca vivir esto ahora, estoy segura de que un día, tal vez no muy lejano, nos volveremos a ver.

Alessia le observó pesaroso, y dedujo:

—Era complicado. Algo así como una familia entre tú, Giancarlo, Giulia, y ella. Sin duda, se encontró frente a una situación tan inesperada como difícil de aceptar, en la que ni siquiera podía verte a los ojos para hallar en tu mirada la confianza y la seguridad que necesitaba. Por si esto fuera poco, le tocó enterarse y asimilarlo embarazada y, en consecuencia, con las hormonas alteradas. Para estar contigo, tenía que mudarse a un país que no conocía, donde no contaría echaría de menos su rutina, sus costumbres y a sus seres queridos, en el que le sería difícil continuar con su carrera y debía encajar con una familia que esperaba que te casaras con otra persona. Además de eso, puede haber pensado que, tal vez, no habías olvidado del todo a Giulia.

Alessandro la miró en silencio, comprensivo, y dijo:

—Tienes razón, además del impacto psicológico y sentimental, estaba el escenario del diario vivir. No obstante, te aseguro que, Giulia, era una gran persona y que no había más que amistad entre nosotros. Tu mamá hubiera contado con todo mi amor respeto y apoyo.

La abuela intervino:

—Y qué pasaría con tu familia, parece que querían mucho a la madre de Giancarlo.

—Sí, la querían, aun así, estoy seguro de que hubieran tratado bien a Lucía, además, ella era encantadora y se los ganaría fácilmente.

La abuela hizo un gesto de duda, aunque dijo:

—Lo era. Y también era joven e inexperta, es lógico que tuviera dudas; y también que, junto al temor, marcaran su decisión en un momento tan determinante.

—En eso tienes razón —dijo resignado—, aún no tenía veinte años.

—¿Cuántos tenías tú? —Preguntó Alessia.

—Veintitrés.

—Algo no me cuadra con el espíritu aventurero del que todos me habláis, pero entiendo que hay cosas que se escapan a la lógica.

Dijiste que mamá conocía la existencia de Giulia, ¿cierto?

—Sí, entre nosotros no había secretos.

Alessia apretó los labios, asintió con la cabeza, e infirió:

—Estoy segura de que cuando le hablaste de ella, mamá, percibió que era alguien tan importante y especial en tu vida, que le hizo pensar que debía de apartarse. Quizás el sentimiento que mostraste y su intuición le dijeron que vuestra relación tenía posibilidades de volver a ser, como sucedió. Además, estaban tu hijo, tu familia, tus lugares, tu país… Puede haber sentido que este era tu mundo y que ella se sería una forastera en él, de manera que guardó su secreto para que fueras feliz.

Alessandro la miró pensativo, y añadió nostálgico:

—Me hubiera hecho feliz saber que iba a ser padre, tu padre, y que decidiéramos nuestro futuro juntos. Hubiera hecho todo lo posible para convencerla de que ella era mi mundo, y que únicamente teníamos que adaptarnos a las sorpresas del camino.

—Tal vez eso fue lo que no quiso: que la convencieras, o que al saber que estaba embarazada te alejaras de Giancarlo para estar con nosotras. También es posible que aún no supiera que me llevaba en su vientre, y lo que quería contarte era que estaba decidida a venir a Roma…

Alessia se encogió de hombros, hizo un gesto de quién duda con la cara, y añadió:

»A lo mejor, únicamente había pensado en venir unos días para disfrutar de otro viaje memorable, como el que hicisteis a Altea, y le parecía que era algo maravilloso porque así conocería tu entorno, incluyendo a tu familia, lo cual os uniría más. Sin embargo, al enterarse de que tenías un hijo, su mundo se vino abajo y no supo qué hacer o decir, de manera que apoyó tu decisión de verlo crecer.

—En caso de que entonces no lo supiera, pudo habérmelo comunicado al enterarse.

—Es cierto, pero tal vez había pasado algún tiempo, imaginó que ya tenías algún compromiso con Giulia y tu pequeño, y no quiso complicarte la vida.

Giancarlo los miraba extrañado. Sabía que hablaban de su madre y de él y quería entender, pero no interrumpió y esperó para hablar a solas con su padre. Los abuelos escuchaban con atención y admiración por la madurez con que, Alessia, razonaba y planteaba diferentes escenarios sobre una situación de la que no sabía nada. Y, Alessandro, expresó el sentir de Esperanza y Leopoldo.

—Es posible. Veo que eres bastante madura para tu edad.

Alessia, ruborizada, dijo:

—Gracias. Cuéntame qué más os dijisteis aquella noche.

—Hice lo que estaba en mis manos para convencerla de que viniera, y creo que estuve a punto de lograrlo. Quizás por eso terminó diciéndome que lo mejor era que dejáramos de hablarnos un tiempo, porque ambos necesitábamos olvidar y rehacer nuestras vidas. Y, antes de despedirnos con el adiós que se convirtió en definitivo, añadió el destello de esperanza que siempre le ponía a todo:

> —Hablaremos de nuevo cuando deje de dolernos, y volveremos a vernos.

Al escucharlo, Alessia se emocionó a punto de llorar porque consideró que, a pesar de la posibilidad que poco antes le había expuesto a Alessandro, su madre lo sabía y había renunciado a ser feliz. Además, tal y como le había dicho, pensaba llevarla a conocer a su padre.

Con la voz entrecortada, le preguntó:

—¿Insististe? ¿La volviste a llamar?

—Sí, durante un tiempo la llamé varias veces y no contestó. También le envié correos que supe que leía porque iban con acuse de recibo, pero nunca obtuve respuesta.

—Debe de haber sido una renuncia muy dura para ella. Estoy segura de que no te contestaba porque le dolía, lo cual era lógico puesto que tú, que tuviste otra familia, la sigues recordando.

Alessandro la miró y esbozó una sonrisa de comprensión y tristeza.

—Tienes razón... Con el tiempo dejé de insistir, me refugié en Giulia e hice mi vida con ella y con Giancarlo.

—Ambos conocisteis la felicidad después del gran amor que os llevó a disfrutar de la dicha, tú con tu familia y ella conmigo.

Él asintió con una leve sonrisa.

—¿Tuvo alguna pareja?

—No, siempre fuimos ella y yo.

—Era tan especial que merecía un nuevo amor y hacer realidad sus sueños.

Alessia le sonrió afectuosa, y dijo radiante:

—No te entristezcas. Mamá te amaba, te necesitó y estoy segura de que no te olvidó, pero también fue muy feliz conmigo. Compartimos momentos maravillosos y nuestro amor fue y es infinito, eterno, dichoso y desbordante de ternura y sueños. Algunos incumplidos, como venir juntas a Roma, seguramente a conocerte a ti, pero ahora está aquí, conmigo y en mí. Vive en nosotros cuatro, y sonríe por ello.

Alessandro y el abuelo tragaron saliva al escucharla, y la abuela, que la miraba con embeleso, no pudo contenerse, se acercó conmovida, y la abrazó.

Alessia le correspondió, sonrió dulcemente y continuó:

»En el equipaje he traído algunas fotos y te las mostraré durante nuestra próxima visita, ya verás que esa mirada que, según vosotros era triste, se mostraba radiante a mi lado, y su sonrisa era la más espléndida y bonita del mundo. Mamá era amor y alegría, nunca la vi triste, ni siquiera cuando le hacía preguntas sobre mi padre desconocido, de quien me dijo que se llamaba como yo, que era bueno, y que algún día viajaríamos juntas a conocerlo y me querría.

Él sonrió complacido, y dijo:

—Ese día llegó, y ahora me gustaría abrazarte.

Alessia entre jovialidad y entusiasmo, manifestó:

—Está bien, pero aún te queda mucho por contar.

—Seguro que sí, esto ha sido solo el principio.

Ambos se acercaron y se abrazaron bajo la mirada feliz y enternecida de la abuela, la observación del abuelo; y la complacencia de Giancarlo, quien se sentía orgulloso del resultado

de una búsqueda que despertaba la alegría de su padre, aunque le resultaba extraño tener una hermana tan grande, tan desconocida, y que había salido de la nada.

14

Amor y familia

Mientras Alessandro y Alessia se abrazaban, el abuelo consideró que solo una prueba veraz lo convencería de que eran padre e hija, y le daría la seguridad que necesitaba para convencerse de que su nieta iba a estar bien cerca de su nueva y supuesta familia, de manera que lo manifestó presuroso:

—¡Eh! Nada de abrazos antes de que os hagáis una prueba de ADN para comprobar que eres su padre, no vaya a ser que estemos equivocados.

La abuela lo miró desconcertada.

—Pero bueno, no paras. No entiendo por qué eres tan desconfiado.

Alessandro, tras un silencio, dijo:

—Estoy de acuerdo. Si apareciera alguien diciendo que es el padre de Giancarlo, también pediría una prueba fiable. Enfoquémonos en ello a ver si tenemos los resultados mientras estáis aquí. Él y Alessia pueden buscar un laboratorio en internet y van juntos para que les tomen las muestras. Así se sabrá si son hermanos y, por lo tanto, es mi hija.

El abuelo manifestó su disconformidad:

—Prefiero una muestra tuya, como debe de ser. Puede resultar que no sean hermanos y no ser indicativo de que seas o no su padre. No quiero más sorpresas, aunque esta vez no tendrían que ver conmigo.

Alessandro y Giancarlo no entendieron lo que quiso decir. Empero, la abuela y Alessia se miraron y negaron con la cabeza, pensando en lo terco e indiscreto que podía ser.

Alessia opinó:

—Me parece bien. Giancarlo y yo nos encargaremos de buscar un laboratorio que esté cerca.

Alessandro comentó:

—Se me ocurre que también podéis preguntar aquí, en el hospital, a lo mejor os recomiendan alguno.

Alessia y Giancarlo lo consideraron una buena idea y se acercaron hasta el puesto de atención, pero quienes estaban en ese momento no les supieron informar, de manera que optaron por sentarse en la sala contigua a la habitación, buscar y hacer una cita.

Mientras tanto, Alessandro inició y animó la conversación entre él y los abuelos, mostrándose cercano y abierto. Comenzó por contarles que había estado a punto de meter la pata porque, además de las entradas para los museos y monumentos, Giancarlo había adquirido otras para que asistieran a un concierto que tenía lugar el sábado, y no quería que Alessia lo supiera porque se trataba de una sorpresa especial para ella. Añadió que por eso les había pedido retrasar el viaje, y les pidió que guardaran el secreto.

La abuela sonrió.

—No te preocupes, no le diremos nada. Es un bonito detalle de su parte y la hará feliz.

Alessandro iba a aclarar algo, pero el abuelo lo interrumpió al pedirle todos los detalles del concierto: qué grupo se presentaba, hora, lugar, dónde quedaba ese sitio del que no había escuchado antes, etc. Y como no le supo contestar todas las preguntas, entre ambos se ocuparon de indagar lo que les faltaba. La abuela, al verlos manos a la obra, sonrió y negó con la cabeza, porque nada convencía a su marido de que estaban ante buenas personas que no tramaban nada raro.

Al finalizar la investigación, Alessandro dijo:

—Quiero reiteraros que no tenía idea de la existencia de Alessia, y hubiera seguido mi vida al lado de Lucía, con o sin nuestra hija, pero ella se apartó para que pudiera cumplir con Giancarlo, y no quiso venirse porque os quería mucho y anhelaba hacer las paces con vosotros. Soñaba con graduarse y que os sintierais orgullosos de sus logros, aunque quería vivir donde a ella le gustaba, como es lógico.

La abuela, pensativa, comentó:

—Yo también soñaba con que nos acercaríamos de nuevo y compartiríamos mucho más. No obstante, y lamentablemente, la verdadera lejanía tiene más que ver con las decisiones humanas que con la distancia física.

Alessandro y Leopoldo guardaron silencio, y los chicos entraron diciendo que ya tenían una cita para el día siguiente, a las nueve. Lo cual les daba tiempo de buscar el kit en el laboratorio, acercarse al hospital para recoger la muestra de Alessandro, volver a entregarla y tener el resto del día libre para visitar el parque *Villa Borghese*.

Alessia lo había elegido porque imaginaba que a los abuelos les cautivaría la *Piazza del Popolo*, subir al mirador del *Pincio* para contemplar las fantásticas vistas de Roma, y luego pasear por los espléndidos jardines del parque y perderse entre los verdes intensos que había visto en internet, y escaseaban en la entrañable y preciosa Cúpula del Mediterráneo. Había curucuteado entre fotos y vídeos, y sabía que la realidad siempre era mejor porque embriagaba con sensaciones imprevistas y auténticas, con aromas y emociones que surgían al dejarse llevar por el momento, la belleza y la historia.

Todos estuvieron de acuerdo, y la abuela sugirió:

—Creo que va siendo hora de que dejemos descansar a Alessandro.

La miraron sorprendidos, y añadió:

»No lo toméis a mal, sé que este es uno de los mejores encuentros de nuestras vidas, si no el mejor. Incluso el más deseado por Alessia e inesperado para todos, pero incluye una intensa carga emotiva y por eso considero que es suficiente por hoy. Es importante dejar que los pacientes descansen para que evolucionen positivamente.

Alessandro inclinó su cabeza hacia la derecha y subió un poco el hombro en señal de conformidad.

—Aunque se me ha hecho el tiempo corto, es muy posible que mis médicos estén de acuerdo con lo que dices. No sé qué planes tenéis, pero os sugeriría que vayáis a conocer la *Fontana di Trevi*. Aún podréis verla de día, pasear por su entorno, cenar algo típico cerca

y, luego, admirarla bajo la iluminación de la noche. Será una experiencia inolvidable.

Sonrieron complacidos, aceptaron, se despidieron y partieron en compañía de Giancarlo.

La *Fontana di Trevi* les resultó impresionante, y se dejaron cautivar por el hermoso contraste de las aguas turquesa que bañan su base, su gran tamaño, y la preciosidad del diseño de Nicola Salvi, así como el excelente trabajo realizado por él y por los artistas que, a su muerte en 1751, se encargaron de terminarla y añadir su aporte. Era uno de los lugares que no podían perderse, de manera que, Alessia, había indagado y recaudado abundante información, entre la que incluyera el nombre de Giuseppe Pannini, quién cerró la obra en 1762, o que debe su nombre al hecho de encontrarse en la confluencia de tres vías. Por si esto fuera poco, Giancarlo adicionó su entusiasmo y esfuerzo para hacerse entender, y les explicó detalles que apreciaron y valoraron mucho más al contemplarlos in situ. Un total que superó sus expectativas y motivó que la catalogaran como extraordinaria e imponente.

Obviamente, los visitantes cumplieron con la tradición de arrojar las monedas. Después pasearon por la zona y entraron en la Galería Alberto Sordi, donde experimentaron una especie de viaje en el tiempo que los llevó al siglo pasado. Ante la sensación, Alessia ralentizó su andar para admirar la vista y la arquitectura, mientras preguntaba a Giancarlo sobre la historia, ya que no la había incluido en su búsqueda. Mantuvieron una conversación divertida entre gestos y palabras, en uno y otro idioma, en la que incluso le pidió opinión sobre algo típico y especial para llevarle a Carolina. Algo con lo que expresarle su cariño y, a la vez, mostrarle que había estado presente en el momento en que había conocido a su padre. Entre señas y risas, Alessia se dio cuenta de lo mucho que se alegraba de contar con su recién descubierto hermano.

En medio de su felicidad, observó que los abuelos se habían adelantado y disfrutaban del viaje como niños. No paraban de sonreír y mirar a todos lados: techos, suelos, paredes, tiendas e incluso a la gente. Verlos así le encantó y lo atesoró en su corazón.

En un momento, se percató de que el rostro de Giancarlo mostraba la nostalgia que le embargaba, y pensó que, seguramente, se le había presentado alguna reminiscencia de viejos momentos compartidos allí con su madre.

Lo miró con ternura, y le dijo:

—En este lugar has disfrutado momentos felices en el pasado, ¿cierto?

Él asintió con la cabeza, y ella añadió:

»Quiero que sepas que estoy aquí para ti. Conozco el dolor que sientes y puedo entenderte perfectamente. Aunque lo viví hace mucho, es algo que siempre está latente y basta con una pequeña chispa para que se haga presente, por eso, cuando quieras hablar, cuenta conmigo. Incluso puedes hacerlo ahora, si quieres.

Giancarlo le devolvió una sonrisa.

—Conversaremos tan pronto podamos entendernos mejor en uno de los dos idiomas, ahora me cuesta expresarme y sería difícil que me comprendieras.

Alessia estaba segura de que le bastaba una palabra para captar su sentir, pero no insistió porque consideró que, tal vez, necesitaba más tiempo para confiar en ella; de manera que lo miró dulcemente, sonrió y asintió, como si firmaran un acuerdo.

Poco después, sacó su teléfono y se ocupó de grabar a los abuelos, desprevenidos, con la intención de mostrarles el vídeo al regresar y que recordaran lo bien que lo habían pasado. Mientras lo hacía, consideró que una foto de los cuatro podía distraer a Giancarlo de sus pensamientos, y se lo sugirió. Él estuvo de acuerdo, apuraron el paso hasta alcanzarlos, y le pidieron el favor a una persona que pasaba por allí. Tras ello, comentaron el resultado, divertidos, y continuaron con el paseo hasta salir de la galería.

Ya en la calle, entraron en una tienda de artesanía donde la abuela compró un recuerdo que le evocaría los bonitos momentos que vivían, el abuelo se dedicó a observar los materiales y a tomar ideas, y los jóvenes eligieron el presente de Carolina.

Era la hora de cenar, de manera que, Giancarlo, los llevó a un lugar especializado en risottos, y las ganas de conocer y aprender los motivaron a pedir al centro para disfrutar de la variedad. Como hacía

calor, al terminar la sobremesa paladearon un delicioso *gelato*, y después recorrieron las callejuelas bañadas por la luz tenue del crepúsculo, admirando como las lámparas se encendían ante la llegada de la noche, y recreaban en Roma un cuadro típico de Eugene Lushpin.

Casi sin darse cuenta, llegaron de nuevo a la Fontana di Trevi y se deleitaron con su impresionante vista nocturna. La hallaron estoica y poco concurrida, y se convirtió en el extraordinario regalo de despedida de un día mágico e inolvidable que exhalaba su último suspiro, pero que permanecería en el asombroso rincón cerebral donde residen memorias y sentimientos, aunque a los últimos se le agrega el toque romántico al direccionarlos al corazón.

Finalmente, ya cansados, emprendieron el camino de regreso. Durante el trayecto agradecieron a Giancarlo por su compañía y atenciones, y también por su tiempo y el esfuerzo que hacía para comunicarse. Se despidieron en la entrada del aparthotel y, al hallarse en su estancia, Alessia y los abuelos compartieron impresiones sobre Alessandro. Ellas estaban encantadas con el recibimiento y el trato, y creían firmemente que no tenía idea de su existencia. El abuelo aún manifestaba dudas, y dijo que ya se vería si era o no su padre.

Tras las relajantes duchas correspondientes, Leopoldo y Esperanza se acostaron y ella se asomó a la ventana del salón y llamó a Marco. Le encantaba extender su vista hacia la distancia y disfrutar de la sensación de libertad con que acompañaba las conversaciones que, paso a paso, mudaban en una especie de placer y aliciente para ambos; algo así como la antesala para dormir felices y soñar bonito.

Esta vez, Alessia, tenía mucho que contarle, y él escuchó con atención y compartió su emoción con entusiasmo, aunando la novedad, la ilusión, y el sentir que crecía y les hacía vibrar, a la quietud de la noche.

El viernes fue un día importante. Giancarlo los esperaba a la hora acordada, pasaron por el laboratorio, recogieron el kit, fueron al hospital, tomaron la muestra de Alessandro y la entregaron para que la procesaran con la de Alessia. Después iniciaron su paseo. Al llegar a la *piazza del Popolo* vieron el obelisco egipcio y, Giancarlo, les

contó que era uno de los trece que decoraban la ciudad desde la época del Imperio Romano, contemplaron las iglesias gemelas y subieron a la colina de Pincio para disfrutar de la magnífica vista sobre Roma. El sol brillante y cálido de la mañana le daba un halo de postal, y el abundante verde de la Ciudad Eterna acentuaba los colores de su paleta. De pronto, la abuela le pidió a Giancarlo que les tomara una foto a los tres, con la preciosa capital al fondo.

Se sentía plena, feliz. Más allá de las dudas y los temores, quería disfrutar de cada instante y recordar el viaje que tanto había soñado. El joven realizo varias tomas y ella quedó encantada porque así podría elegir la que más le gustara, imprimirla, enmarcarla y ponerla en el salón para evocar los inolvidables momentos que vivían. Se sentían afortunados, la dicha manaba con naturalidad y sus rostros resplandecían, esto la convenció de que era una buena idea hacer portarretratos e incluirlos entre su oferta de souvenirs. Estaba segura de que Leopoldo protestaría, pero tenía la prueba tangible de que el júbilo que se presentaba en vacaciones transformaba a la gente, y merecía tenerse presente.

Luego disfrutaron del arte y la naturaleza en el parque *Villa Borghese*; pasearon entre sus árboles, edificios, fuentes y esculturas, y cuando llegaron al *Tempio di Esculapio*, Alessia se detuvo a contemplar a las familias y parejas que navegaban por el lago en pequeñas barcas de remos. Aquella imagen familiar se convirtió en evocadora de la entrañable travesía que había vivido junto a su madre, en el parque El Retiro, y también a la más reciente, en solitario, pero acompañada, a la que había llegado llena de incógnitas y marcara un antes y un después. Sonrió, miró al cielo y dijo: «Gracias, mamá, por ser el ángel de mi vida y traerme hasta mi padre». A penas culminó, escuchó la voz de Giancarlo.

—¡Tenemos que irnos, vamos a llegar tarde a la sesión en la Galería!

Los condujo apresuradamente y arribaron poco antes de que iniciara. Después se perdieron nuevamente entre los verdes hasta que él consideró que debían abandonar el parque, para cumplir con lo programado, y salieron por la puerta que da a la *Piazza di Spagna*. En ella, la abuela experimentó una bonita conexión con el entorno, y

quiso eternizar el momento y el lugar con una fotografía de los cuatro frente a las escalinatas, de manera que mostró su bonita sonrisa e intentó practicar un poco el italiano con una chica que estaba cerca.

—Nos puedes hacer una foto, *per favore*.

La joven contestó en perfecto español:

—¿Por supuesto, y después me tomas una panorámica a mí, *per favore*?

Rieron, hicieron las fotos, comieron y pasearon plácidamente por la *Via Condotti* y alrededores, ya que, Giancarlo, como el excelente guía que demostró ser, se ocupó vigilar una vez más la hora, a fin de regresar a tiempo de contemplar el precioso atardecer desde el mirador de Pincio.

A pesar de alimentarse bien y hacer pequeñas pausas, el cansancio se manifestó en los abuelos y, Leopoldo, hizo gala de su costumbre de refunfuñar:

—Me parece que nos va a faltar tiempo, porque aquí hay que verlo todo dos veces, una de día y otra de noche.

—Mejor, así no se nos olvida —le dijo Esperanza—. Ya estamos mayores y necesitamos poner doble atención.

—Cuando tienes razón hay que dártela —admitió él.

La ruta de cada día estaba prácticamente organizada antes de que dejaran La Perla de la Costa Blanca, porque durante las visitas que le hacía Giancarlo a Alessandro, este llamaba a Alessia y les servía de traductor y orientador en la planificación. Así, además de incluir los deseos de los visitantes, añadían las sugerencias e incluían las opiniones de padre e hijo. Todos querían que el viaje resultara inolvidable, de manera que ponían su ilusión y empeño en ello.

Giancarlo les había dicho que, al día siguiente, sábado ocho, no podía acompañarlos porque tenía un compromiso, en consecuencia, abuelos y nieta se levantaron temprano para aprovechar el tiempo, se trasladaron en metro hasta la estación *Piazza del Colosseo* y, al salir, observaron con asombro el impresionante monumento que tenían al frente.

Alessia no pudo contener la emoción, y comentó:

—¡Es increíble! ¡Imponente! Cuántas generaciones lo han observado antes que nosotros, aunque muy triste saber a qué se dedicaba. También es una pena que el terremoto de 1349 le haya hecho tanto daño, pero lo importante es que se ha convertido en la muestra de que todo puede cambiar, y ahora es un lugar de encuentro y convivencia entre la historia y el presente que nos hace felices.

El abuelo añadió:

—Es verdad. Y menos mal, porque si fuera lo que era, no estaríamos aquí ni por equivocación.

La abuela y Alessia sonrieron y confirmaron al unísono:

—Cierto.

Tal y como había acordado por teléfono con Adriana, Alessia le había enviado la información de las entradas y su madrina estaba allí, esperándolos. A penas los vio llegar se les acercó, saludó a su ahijada con un abrazo fuerte y una sonrisa cariñosa y emocionada, y se presentó a los abuelos.

—Encantada de conoceros. Soy Adriana, la madrina de esta preciosa jovencita que tan bien habéis cuidado.

La abuela catalogó su mirada como limpia y sincera, mientras que el abuelo intentaba hallar algo que alimentara sus sospechas. Los dos estaban entretenidos con sus pensamientos, y le dieron la mano como autómatas, sin decir sus nombres. Alessia se dio cuenta e intervino.

—Mis abuelos: Esperanza y Leopoldo.

La abuela se disculpó con gracia y los cuatro rieron. Después entraron al *Colosseo*, lo admiraron, comentaron, aprendieron, y al salir caminaron hacia la *Piazza Navona*.

Cada paso y cada mirada los sumergía un poco más en el amplio mundo de arte e historia que los rodeaba. Adriana les contó que el Panteón era su lugar favorito y, al conocerlo, quedaron maravillados. Tanto, que el abuelo dijo:

—Esta vez soy yo el que quiere repetir.

En ese momento, Alessia contemplaba la cúpula que le había impresionado, y comentó sonriente:

—Lo haremos, es impactante.

Lo mismo les sucedió con el *Monumento Nazionale a Vittorio Emanuele II*. Los cuatro estaban pletóricos, se sentían cómodos, conversaban y disfrutaban en la histórica ciudad donde, durante un instante, Alessia, pensó que faltaba su madre. Enseguida, recordó que lo que ella más quería era que fuera feliz, de manera que miró al cielo, sonrió, y se dedicó a serlo.

La hora de la comida trajo consigo la tranquilidad y la intimidad en la que surgió el nombre de Lucía, y la abuela aprovechó para preguntarle a Adriana por su vida en Madrid. Quería saber cómo era, si había pasado por estrecheces, conocer sus avatares... Era consciente de que las pocas veces que hablaba con su hija, esta evitaba entrar en temas personales, e intentó despejar sus dudas.

Adriana, ataviada con el cariño, la sonrisa y los hermosos recuerdos de lo vivido con su querida y breve hermana de vida, habló de ella con el corazón y les contó lo que sabía desde el respeto y la admiración que sentía por Lucía.

Los abuelos escucharon con atención, él observante, ella emocionada. Ambos con sus culpas y arrepentimientos inconfesos. La abuela lamentaba en lo más profundo haber permanecido a la espera de que la situación mejorara, porque, al igual que su nombre, mantenía la esperanza de que las diferencias entre padre e hija pasarían. Pero las segundas oportunidades no suelen ser una constante, así que cuando tuvo que sobrevivir al inmenso dolor de la pérdida, aprendió que tenía que haber actuado más y esperar menos.

Desde entonces convivía con la tristeza infinita y silenciosa que llevaba en el alma, y que al escuchar todo lo hermoso que, Adriana, contó sobre Lucía, afloró sin que la pudiera contener, porque su hija la necesitaba y ella no había estado, amén de perderse algo tan importante como los primeros años de su nieta.

Una aflicción que se manifestaba cuando pensaba en que podía haber cambiado muchas cosas, por ello, a pesar de saber que no había vuelta atrás, la culpa y las dudas resurgían y la hundían en el profundo pesar que se adueñaba de su sentir.

Adriana conocía que le había brindado su apoyo con dinero cuando le hacía falta, y también que hablaban de vez en cuando, de manera que, al darse cuenta del sufrimiento que se reflejaba en su rostro, le dijo que su hija siempre la nombraba, que le agradecía cada instante de amor y apoyo, y que los quería mucho.

El abuelo también se había puesto triste porque, además del dolor de la pérdida, llevaba consigo la pena de haber sido el obtuso e intransigente que no había sabido comprender y aceptar. El tiempo y la ausencia le habían cincelado la certeza de que tenía que haber respetado la voluntad de su hija, y cargaba en silencio sus errores y remordimiento, cual merecido castigo. Esto influyó para que, al escuchar las palabras de Adriana, repletas de cariño y admiración hacia Lucía, se acentuara y manifestara lo que sufría por lo sucedido. Entonces, miró a su nieta desde el alma, y ataviado con sus ojos vidriosos y enrojecidos, se desarmó y reconoció:

—Siempre supe que tu madre era fantástica, fuerte. Sabía que era capaz de construir su camino con independencia y creo que su valentía me dio miedo. Miedo a perderla. Nunca se lo dije, y mi deber era hablarle con el corazón, pero mi estúpido orgullo no me permitió reconocer mi temor. Ahora sé que es muy tarde para aceptar que me equivoqué, porque ya no puedo pedirle disculpas ni abrazarla, y tampoco decirle lo mucho que la he querido siempre. Sin embargo, necesito que sepas que, incluso sin merecerlo, me hizo el más increíble regalo de amor y vida que pueda existir: tú. Una nieta tan maravillosa, que ni siquiera soñándote te hubiera podido imaginar.

Por un momento, Alessia no supo qué decirle. Lo miró amorosa, en correspondencia con sus palabras, y enternecida por su dolor. Tras un instante, decidió preguntarle qué había pasado entre ellos, pero no pudo porque la abuela, que llevaba dentro un padecimiento que se exasperaba cuando se encontraba con su propio remordimiento, miró a su marido y dejó salir lo que pensaba.

—No puedo entender cómo pudiste ser tan obtuso e intransigente. Era la niña de tus ojos, pero tu cabezonería y orgullo fueron más

importantes que el sufrimiento de los tres. ¿Por qué te opusiste a que se fuera? ¿Por qué las diferencias llegaron a tal punto que fue a casa con el que sería el padre de su hija, y no se atrevió a presentárnoslo? Y, de haberlo hecho, ¿la hubiéramos entendido? ¿La apoyaríamos?

»Menos mal que la vida le dio otra oportunidad a Alessia, o nunca lo hubiera conocido. Nosotros éramos los mayores y teníamos que haberla comprendido. Estar para ella contra viento y marea porque era una persona íntegra, buena, trabajadora, y lo sabíamos. Lo demostró siempre, y hace mucho que me arrepiento de no haberme impuesto y estar de su lado en lugar de resignarme a vivir en soledad y tristeza, y permitir que nos perdiéramos sus últimos años y los primeros de nuestra nieta. Y, ¿sabes qué es lo que más me duele? Que soy una cobarde, porque de no haber pasado lo que pasó, hoy estaríamos igual. Nada hubiera cambiado.

Pidió disculpas a Alessia y Adriana, se levantó y fue al baño a llorar la mezcla de rabia, arrepentimiento y tristeza que la embargaba. Necesitaba terminar de descargarse. Era consciente de que había explotado en el lugar y el momento equivocado, pero lo que acababa de escuchar sobre su hija le había llegado profundamente, la había sensibilizado y no pudo contenerse.

Al fallecer Lucía, se había reprochado su falta de pasión por resolver las diferencias familiares, y había cuestionado con dureza la actitud de Leopoldo, sin embargo, el dolor que llevaba consigo no le permitía olvidar. No guardaba rencor, pero tampoco era capaz de pasar página, porque las consecuencias de pequeñeces habían sido devastadoras para todos.

Lamentaba su pusilanimidad, su pasividad ante la injusticia y la consecuente soledad de su hija y su nieta. Sabía que él estaba arrepentido y sufría, pero se preguntaba ¿de qué servía tras lo sucedido? ¿Para qué mantener por más tiempo la especie de pacto de silencio no revelado, según el cual no hablaban del pasado para no removerlo, cuando el dolor y el arrepentimiento les carcomían?

Por fortuna, los testigos ajenos fueron únicamente dos miembros del personal que esperaban pacientes a que se marcharan, puesto que la sobremesa se había extendido más de lo estimado.

Alessia siguió a la abuela, estuvo a su lado mientras lloraba y drenaba su sentir. Después la consoló de la mejor forma que sabía: con un abrazo largo, cariñoso, sosegado y silente. Un abrazo lleno de amor y ternura entre dos adultas que sabían lo importantes que eran la una para la otra.

Mientras, en la mesa reinaba un mutismo tan necesario como angustioso para Adriana y el abuelo. Él la miraba avergonzado, y ella consideró que debía romper aquel silencio que parecía aplastarlos.

—Lo siento, no tenía que haber sido tan explícita al hablar de Lucía. Lo hice porque pensé que os enorgullecería saber que fue una excelente persona en todo momento.

—No te preocupes. El problema lo tenemos nosotros, no está en lo que tú dijiste. Esperanza tiene razón, hace mucho que tenía que haber reconocido mis errores y pedirle perdón a Alessia, a ella y a la propia Lucía. He intentado hacerlo con hechos, pero me doy cuenta de que las palabras también son necesarias. Lo que hacemos no siempre transmite el mensaje que queremos y necesitamos, o sí, pero no se entiende porque nadie está en la cabeza de los demás.

—Eso es cierto. Si te sirve de consuelo, me consta que el amor de Alessia por vosotros está por encima de todo y no os culpa de nada.

—Lo sé, quizás por eso ignoré la necesidad de hablar de lo que había pasado. Tan pronto regresemos le contaré todo y asumiré mi responsabilidad.

—Me parece muy bien. Tenéis que conversar los tres, contarle, contaros, aclarar las diferencias, e incluso sería conveniente que tú y Esperanza buscarais ayuda especializada para sanar el dolor que arrastráis por lo sucedido, y para que cierre la herida que hay entre vosotros.

Él guardó silencio un instante. Luego afirmó:

—Lo haremos. Gracias.

A su vuelta, la abuela se disculpó de nuevo con Adriana.

—Lo importante es que ahora deis el siguiente paso y habléis entre vosotros. La vida es una sucesión de alegrías y tristezas, avances y tropiezos, y cada tropiezo es señal de que se precisa un cambio, o un reinicio en el camino. Una nueva perspectiva. Así que estoy segura de que lo acaecido en esta conversación es positivo y dará frutos que os ayudarán a superar el dolor.

Con la mirada limpia, aunque triste, Leopoldo se dirigió a su esposa.

—Vamos a disfrutar del viaje, y cuando regresemos a casa le contaremos a nuestra nieta lo que pasó. Contestaremos sus preguntas y aclararemos sus dudas intentando ponernos en el lugar de Lucía, aunque ya se sabe que solo ella podría transmitir sus razones. Después buscaremos ayuda profesional para sanar la culpabilidad que tú y yo llevamos dentro.

Alessia desconocía lo que conversaran Adriana y el abuelo, pero le dedicó una mirada agradecida a su madrina porque, consciente de sus inquietudes, acababa de brindarle la mano que necesitaba para resolverlas.

Esperanza estuvo de acuerdo en abrir el baúl de los recuerdos y hablar con franqueza. Su nieta era adulta y conciliadora, y nunca los juzgaría porque sabía que lo común en la vida era equivocarse.

Adriana pidió la cuenta y los invitó a comer el helado más rico que había probado, porque tenían algo que celebrar y necesitaban animarse.

Alessia miró la hora y comentó que debían de apresurarse porque habían quedado con Giancarlo, así que, sin tener idea del lugar al que iban, la invitó acompañarlos.

El abuelo intervino:

—Se supone que no debíamos decírtelo, pero vamos a un concierto y no sé si habrá entradas. Por favor no mencionéis que lo sabéis porque quedaré como un revelador de secretos.

Adriana rio por la frase, y dijo con decepción:

—¡Un concierto! ¡Cómo se le ocurre dejarme fuera!

Él abuelo aclaró:

—Giancarlo lo planificó cuando organizaban el viaje, con el propósito de sorprender a Alessia, y no sabía que tú venías.

Leopoldo pensó que un caballero le ofrecería su entrada, pero él no podía hacerlo porque tenía una actividad ineludible: escoltar a su nieta.

Alessia lo miró extrañada, y comentó:

—Qué raro, abuelo, tú tan enterado.

La abuela, al ver que podía develar de quién era el concierto y estropear toda la sorpresa, salió al paso:

—Mañana nos vemos nuevamente, ¿verdad, Adriana?

—Sí, claro. Alessia, recuerda enviarme el lugar y hora del encuentro.

—Perfecto. ¿Qué harás ahora?

—¡Lo improviso en un segundo! Déjame ver…, puede que le haga una visita a Alessandro, seguro que está aburrido y aprovecho para conocerlo. Aunque también me tienta pasear por esta hermosa ciudad en la que siempre hay algo por descubrir, a la vez que disfruto del anonimato entre el ajetreo de los residentes, y me deleito con la emoción que ilumina los rostros de los turistas. Ya tengo dos opciones.

—Aún te da tiempo de visitar a Alessandro, y después perderte entre los caminantes.

Adriana la miró sonriente, y dijo convencida:

—Te haré caso, mañana tendré una nueva noche para dormir, en cambio, ignoro cuándo volveré a Roma.

El camino a la heladería transcurrió aderezado por la camaradería existente entre ellas dos, y el silencio que anidaba en el sentir pesaroso de los abuelos, como consecuencia del coctel de emociones que les producía pensar en todo lo bello que acababan de escuchar sobre su hija, la profunda tristeza que aflorara al recordar el pasado, y la vergüenza de haberse sincerado con alguien a quien apenas conocían.

Por suerte, la suma del entusiasmo y las ganas de Adriana, la ternura y el amor de Alessia, quien disimulaba su sentir compungido, el delicioso sabor de los *gelatos*, y un ameno paseo por aquellas callejuelas, logró que la infinita tristeza hallara alivio, y la despedida estuviera amenizada por suaves sonrisas de empatía y agradecimiento.

Enseguida, Adriana tomó un taxi que la llevó al hospital, a conocer a Alessandro. Más allá de la curiosidad, quería ayudar en la relación que iniciaban él y Alessia. Sabía que la consideraría una intrusa, de manera que entró en la habitación dispuesta a ganárselo, con decisión y su mejor sonrisa.

—Hola, Alessandro, no me conoces, pero soy Adriana, una gran amiga de Lucía y la madrina de Alessia.

Él la miró extrañado. Recordó que había llamado y motivado la alegría de Alessia, pero se preguntó qué hacía allí, sola. De manera que su saludo fue parco.

—Hola, Adriana.

Al notarlo poco receptivo, le explicó:

—Entiendo que te sorprenda mi visita puesto que, seguramente, no te suena mi nombre, pero estoy aquí porque tal vez pueda responder parte de tus interrogantes y, quizás, tú algunas de las mías. En todo caso, si ninguno tenemos respuestas, ambos tenemos preguntas, tú sobre Alessia, cuya existencia ignorabas, y yo a cerca de su padre que, al parecer, eres tú, lo cual hace que tengamos algo y a alguien en común.

La miró con curiosidad, a la vez que pensó en lo atrevida que era aquella desconocida que se presentaba allí, dispuesta a interrogarlo. Tras un segundo, consideró que lo que le había dicho era cierto: tenían algo y a alguien en común; además, carecía de otra ocupación, de manera que decidió ser directo.

—Bien, ya que eras tan amiga de Lucía, ¿puedes explicarme por qué nunca supe que tenía una hija?, acabo de enterarme y han pasado veintidós años. Por si esto fuera poco, lo descubrió mi hijo y está tan sorprendido como yo. Nunca engañé a Lucía, no le mentí, la amaba, y creo que merecía saber que íbamos a ser padres.

—Te entiendo y, como tú, considero que hubiera sido lo correcto. Lamento decirte que no lo sé, sin embargo, es posible que lo averigüemos si me dices qué pasó en vuestra última llamada, estoy segura de que eso nos ayudará a entender por qué no te dijo que estaba embarazada.

—Ya se lo expliqué a Alessia y a sus abuelos, pero no pudimos concluir nada. De todas formas, te lo diré: aquella noche fui el

primero que habló porque tenía algo grave e importante que contarle, y ella escuchó. Le dije que acababa de descubrir que tenía un hijo con mi antigua novia, y supongo que la noticia la dejó sin saber qué decir o cómo proceder, porque guardó silencio. Le pedí que se viniera a Roma para estar juntos y poder ocuparme de Giancarlo, pero no dijo nada. No sé qué pasaba por su cabeza mientras callaba, tal vez no me expresé bien y creyó que había estado con ella a la vez que mantenía mi vieja relación con Giulia, la madre de Giancarlo, pero recuerdo que interrumpí su silencio para decirle que la amaba y que lo importante era permanecer juntos. Reconocí que pasábamos por una situación complicada en la que podíamos tener dudas sobre cómo proceder, pero que se solucionaba si se venía, ya que estaríamos cerca de mi pequeño y así recibiría el amor de los dos. Siguió callada, y cuando habló fue para decirme que lo que le pedía no podía ser, que yo tenía que ocuparme de mi hijo y de su madre, y olvidarla. Que ella haría lo mismo y permanecería cerca de su familia. Le insistí en que no tenía que ser así, que estaríamos bien aquí, pero se mantuvo firme.

»Pensé en darle tiempo para que reflexionara y hablar de ello en otro momento, de manera que le pregunté qué quería decirme, pero me contestó que hablaríamos más adelante e incluso nos veríamos. Nunca sucedió y, veintidós años después, acabo de enterarme que tuvimos una hija.

Adriana lo miraba atenta, y él continuó pensativo y triste:

»La llamé y le escribí en reiteradas oportunidades, sin tener respuesta. Con el tiempo retomé la relación que había dejado con Giulia, nos casamos y formamos una familia feliz, aunque la alegría y la imagen de Lucía permanecieron siempre en mí; y al enviudar avivaron con fuerza, me preguntaba qué habría sido de ella, e incluso soñé con la posibilidad de reencontrarnos. No me atrevía a buscarla porque la imaginé disfrutando de la felicidad y la vida bonita que merecía, porque era alegre, dispuesta, luchadora, valiente…, hermosa por dentro y por fuera. Desafortunadamente, me equivoqué.

Alessandro hablaba con tal sentimiento que la conmovió y concluyó que quien se manifestaba era su alma. Un alma que daba permiso al amor dormido que en ella palpitaba, para que se revelara y, este, lo hacía con la intensidad del ayer.

Lo miró conmovida, comprensiva, y le dijo:

—Es tarde para Lucía y para ti, pero no para ti y para tus hijos, Alessia y Giancarlo son fantásticos. Además, por cómo te has tomado la noticia, lo que he visto y escuchado, es posible que seas una buena persona y mejor padre.

Adriana enfatizó sus palabras con una sonrisa convencida que él interpretó como sincera, y le motivó a confiar en aquella extraña que, probablemente, era la mayor conocedora de lo que había pasado, de manera que bajó la guardia.

—Tienes razón. Estamos haciendo pruebas de paternidad para confirmar que, Alessia, es mi hija, pero por petición de su abuelo, yo siento que lo es. De todas formas, confieso que cuando Giancarlo me contó que había ido a buscar a Lucía, porque quería darme una sorpresa que me hiciera feliz, y se encontró con que tenía una hermana, me sentí muy dolido e incluso enojado con Lucía.

—Espero que no proyectes ese enfado en Alessia, porque ella es inocente de todo, y sé que Lucía no lo hizo por hacerte daño. No intento excusarla, pero te propongo que nos pongamos en sus zapatos por un momento: era joven, y de repente se encontró desbordada por una situación en la que confluyeron demasiadas cosas a la vez. Se enteró de que tú tenías un hijo, una exnovia que, a sus ojos, tal vez no lo era tanto, y la invitabas a venirse a vivir cerca de ellos. A otro país donde no conocía a nadie ni hablaba el idioma y, además, tenía que dejar su carrera. Por si esto fuera poco, acababa de enterarse de que estaba embarazada; sus padres no lo sabían y tenía que comunicárselo a un padre con el que la relación era complicada. Alguien que había puesto el grito en el cielo porque se marchara a Madrid, imagínate cómo se tomaría que iba a tener un bebé, sola.

»Con su madre hablaba poco y, por entonces, nosotras no éramos las amigas cercanas que llegamos a ser después, de manera que no

contaba con alguien en quien confiar. Alguien que la orientara y apoyara.

Adriana hizo una breve pausa en la que reinó el silencio, y continuó:

»Para cualquiera hubiera sido duro, por eso estoy segura de que se encontró en medio de una encrucijada, invadida por una maraña de sentimientos y pensamientos confusos, que desencadenaron en que el inmenso amor que sentía por ti la llevara a callar y a renunciar a su dicha, para fueras libre y te realizaras con tu familia y en tu mundo. Un acto noble de amor del que no midió las consecuencias, pero que permitió que Giancarlo, Giulia y tú fuerais felices.

Alessandro entendió lo que acababa de escuchar, aun así, en su interior persistía algo del reclamo inicial, y protestó:

—Pero yo quería pasar mi vida a su lado, con ella y con nuestros hijos, incluido Giancarlo, por supuesto.

Adriana asintió empática, porque lo entendía, y añadió:

—No quiero contradecirte, pero piensa que ella era muy joven, estaba asustada y, a veces, las decisiones que tomamos de forma apresurada permanecen, incluso si luego nos arrepintamos, porque entramos en un estado en el que no hallamos la manera, la fuerza o el momento para cambiarlas, a menos que contemos con alguien que nos de la mano o nos empuje a hacerlo. Lucía estaba separada de aquellos que habían sido el pilar de su vida, y sabes que no me refiero a la distancia física, en consecuencia, supongo que optó por no hablar de ti para no tenerte tan presente y salir adelante, sola. El corazón no es objetivo, por eso el raciocinio debe de tomar la batuta en muchas ocasiones, y ahora eres tú quien está ante una de ellas. Intenta comprenderla.

»Quédate con lo bonito que vivisteis juntos; con lo feliz que fuiste con Giulia y, sobre todo, con que tienes dos hijos fantásticos. Dos jóvenes encantadores que pueden llenar tu vida de motivos para dejar atrás los sinsabores. Olvídate del qué hubiera sido porque no fue, y lo más triste es que nada será si te aferras al pasado.

Ambos se miraban a los ojos y, ante el silencio de Adriana, él asintió con la cabeza, y sonrió levemente.

—Tienes razón. El pasado es eso, y sí, tengo dos hijos fantásticos. Sabes, Giancarlo me sorprendió gratamente con su regalo de amor inesperado. Vino directamente desde el aeropuerto a verme porque quería contarme dónde había estado y por qué. Sin embargo, mi alegría se derrumbó cuando le escuché decir que Lucía había muerto. Después me preguntó si sabía que tenía una hija, le dije que no, y supongo que no me creyó porque me pidió que se lo jurara, lo hice y, enseguida, me mostró una fotografía de Alessia.

»Al verla no me inmuté porque me parecía imposible que Lucía callara algo así, además, no le encontré ningún parecido conmigo. Creo que la confusión entre la sorpresa positiva del regalo de Giancarlo, la tristeza por el fallecimiento de Lucía, y la incredulidad de lo que escuchaba me cegaron, porque sí, tiene parecidos conmigo. Quizás me preocupaba más tratar de entender si era cierto o un cuento porque, si era verdad que Alessia era mi hija, me había perdido veintidós años de su vida. De lo contrario, ¿por qué decía que lo era?, ¿qué buscaba?

»Después me contó cómo habían sido las cosas, que había entregado mi carta y los correos en la dirección que yo tenía, que fue algo fortuito el que se tratara de la joven que había conocido con su amigo…, y me dejé llevar por la madurez de Giancarlo. Él estaba sereno, e incluso parecía convencido y contento por su existencia. En ese momento, me di cuenta de que mi reacción y actitud podían influir de manera negativa en su sentir hacia ella, lo cual resultaría perjudicial en caso de que realmente fueran hermanos y, para evitarlo, le dije que necesitaba un poco de tiempo a fin de asimilar la noticia y analizar los pasos a seguir.

»Él me dijo que, Alessia, quería conocerme, y le contesté que necesitaba meditar, encajar lo que me había contado con lo vivido, para asegurarme de que coincidía y realmente tenía una hija, y le pedí que me dejara solo.

»Esa noche no dormí, ya que las fechas y el acontecer me llevaron a creer que sí, que podía ser mi hija, de manera que, el lunes en la tarde, cuando Giancarlo volvió a visitarme, hablamos con calma y la llamé desde su teléfono. Imaginé que esperaba noticias, y quería que se sintiera en confianza.

Adriana escuchaba atentamente. No se consideraba sentimental, pero aquello le resultaba más importante que el gran contrato de su vida con una promotora. Y cuando él calló, le sonrió emocionada.

—Creo que pocos lo hubieran hecho mejor. Giancarlo y tú habéis manejado la situación con entereza y naturalidad admirables. Sabes, tus dos hijos se tratan con afecto, tienen un gran corazón y, en parte, son tu obra maestra. Estoy segura de que todo saldrá bien.

—Espero que sí. Ahora que la conozco, no hay nada que pudiera hacerme más feliz que verlos llevarse bien, y que Alessia me quiera y acepte como padre.

—Estoy segura de que ya te ha aceptado, de otra forma no te hubiera querido conocer ni estaría aquí.

Alessandro asintió complacido, sin embargo, aún entre su satisfacción por lo escuchado, experimentó la necesidad de una reconfirmación.

—¿De verdad nunca supiste quién era el padre de Alessia?

Adriana negó con la cabeza, a la vez que lo miró a los ojos.

—No. Lucía era una persona reservada y siempre respeté su silencio y decisiones. Cuando me enteré de que estaba embarazada le pregunté por el padre de su bebé, y me dijo que era alguien que vivía lejos y tenía otra familia, por eso no podía estar con él. Esa respuesta me convenció de que lo consideraba algo muy suyo y nunca más indagué, aunque te confieso que esperaba que me lo dijera en algún momento. En todo caso, lo importante para mí era apoyarla a fin de que la dejaran fija en la empresa y pudiera salir adelante. Un día le conté que mi padre era italiano y mi madre española, y comentó con un gesto curioso:

> —Qué coincidencia, eres la indicada para ser la madrina de mi hija, ¿te gustaría?

Sonreí y me puse tan feliz que no pregunté cuál era la coincidencia. Hoy me parece obvia, pero entonces me alegré tanto que no me pareció relevante conocer las cláusulas, ya que se trataba de un contrato de cariño, confianza y amistad.

Adriana gesticuló entre broma y conformidad al decir esto. Rieron, y continuó:

»Fuimos amigas incondicionales durante el tiempo que estuve en Madrid. Después se presentó la oportunidad de irme a Sídney, y me marché, no sé, quizás…, de haber seguido en la misma ciudad hubiéramos vuelto a hablar de ello, o no.

Alessandro se dejó llevar por la sinceridad y espontaneidad con que se desarrollaba la conversación, y las confesiones continuaron sin recelos, lo que derivó en un encuentro revelador y fluido porque, incluso cuando se perdían entre incógnitas o discrepaban, empatizaban y respetaban las diferencias de criterio.

Adriana le comentó algunas cosas tristes vividas por Lucía, empero, sobre todo, le habló de la valentía que había demostrado para salir adelante y de lo feliz que era con su pequeña. Le dijo que, Alessia, era la razón que la impulsaba a enfrentarse a todas las dificultades, e incluso a sus problemas, dudas y temores, porque en ella hallaba la fuerza, la motivación, y un universo repleto de dicha, por ello no necesitaba más.

La sonrisa de Alessandro era perenne y mostraba diversas emociones de acuerdo a lo que escuchaba. Y, entre sus inquietudes, quiso saber sobre la infancia de Alessia. Adriana se sintió feliz por ello y le narró con entusiasmo parte de lo que recordó en el momento, aunque sin poder profundizar porque llegó la hora de que las visitas abandonaran el hospital. Entonces, su sentir y el interés de Alessandro, la llevaron a prometerle que regresaría a la Ciudad Eterna en quince días para retomar la conversación y llamar a Carolina, quien estaría encantada de contarle más. Eso sí, la condición era que se verían en su casa o en algún lugar en el que pudieran charlar cómoda y libremente, sin que nadie la echara y él estuviera vestido con elegancia, porque nunca había sellado un trato formal con un hombre en tales fachas.

Rieron. Él la miró con agradecimiento y le dijo que no podía confirmarle que recibiría el alta, pero que alquilaría un esmoquin. Entre la alegría y la satisfacción del momento, compartieron sus números de teléfono móvil y se despidieron con un abrazo fraternal.

Adriana caminó despacio hasta la estación de Tiburtina y tomó el metro hasta la *Piazza Barberini*. Se hospedaba cerca y las emociones vividas le pedían reflexión y descanso, sin embargo, decidió recorrer la *Via Veneto*. Aquel lugar impregnado por los vestigios de la *dolce vita*, que la había catapultado a la fama, porque le pareció el ideal para pasear y atesorar lo vivido, y dejarse llevar por su propia morriña.

Era independiente y le encantaba ir a su aire. Sentirse libre, sin embargo, esa noche echaba de menos los años en Madrid. El ayer con la amiga que tanto había querido y, sobre todo, intentaba aceptar los caprichos del destino, porque estaba segura de que ni Lucía ni su hija se merecían lo sucedido.

A su paso, se detuvo en un pequeño restaurante, comió una ensalada y continuó. Su garbeo la llevó al mirador del monte *Pincio*, y desde allí contempló la ciudad que latía emocionada a sus pies, a la vez que meditó sobre el gran momento familiar que estaba experimentando Alessia, y sonrió por ello. Después la imaginó feliz, vibrando con la vida y la música, porque estaba segura de que, Giancarlo, había hecho una buena elección para su noche sorpresa, incluso si no era del agrado de los abuelos.

En todo caso, aprender a pasarlo bien entre la juventud y aceptar sus gustos, o disgustos, y diversiones, era parte de tener una nieta adorable. Adriana era consciente de que los niños y los jóvenes poseían el don que enriquecía el entorno con ilusión, y permitió que un deje de carencia la saludara, porque no había tenido hijos. Empero, concluyó que su vida era plena y se sentía feliz.

Era optimista, conocedora de que siempre había una razón para la alegría y, en aquel momento, la halló en el sentir de Alessia, en haber conocido a los abuelos y a Alessandro, y en las luces de los hogares que iluminaban la noche y le hablaban de esperanza. De vida, dificultades, dicha… Y se desprendió de la nostalgia.

Disfrutó de un rato en comunión con el entorno y regresó al hotel, arropada por un intenso cielo estrellado en el que la luna creciente cóncava, relucía con preciosidad. Una luna que combinaba con la

bonita sonrisa que se había instalado en su corazón y que, aunque no se dibujaba en su rostro, lo iluminaba y hacía que su mirada brillara.

15

Un fin de semana inolvidable

Tras dejar a Adriana, y durante el trayecto al aparthotel, Alessia se sentía dichosa e ilusionada por el concierto con que, pronto, la sorprendería Giancarlo. Quería saber de quién era y le preguntó al abuelo, pero la abuela le pidió que respetara el deseo de obsequiarla con una sorpresa, y aguantó la curiosidad. Al llegar, tomaron una ducha relajante y reponedora de energía, se vistieron y esperaron el mensaje que incluía la dirección a la que debían acudir y cómo llegar.

Giancarlo no sabía que los abuelos estaban al tanto de lo que iban a hacer, de manera que le envió la información a Alessia, como siempre hacía. Ella al ver que tenían que ir a *Le Terme di Caracalla*, hizo una búsqueda en internet para ver quién se presentaba y, al leerlo, no lo podía creer. Estaba sentada en la salita, se levantó de un salto y gritó emocionada y feliz a los abuelos: ¡Vamos a un concierto de «Il Volo»!

La abuela, que aún tenía el pecho oprimido por la tristeza, a pesar de intentar emocionarse para que viviera con ilusión su tarde y noche, disimuló:

—Menos mal que le comentaste nuestros gustos. Me preocupaba que hubiera elegido algo que nos atormentara.

Alessia rio.

—No lo había pensado. Ahora que lo mencionas, no recuerdo haber hablado de música con él, aunque sí con su amigo Marco. De todas formas, lo importante es que nos espera una gran noche.

El abuelo dijo:

—Apareció el que faltaba, menos mal que no pulula por aquí, porque ya bastante tengo con no entender italiano.

—Abuelo, él habla español.

Leopoldo se encogió de hombros, y dijo sin ganas:

—Ah, sí, me parece que te lo escuché. En todo caso, me espera una noche en la que estaré perdido. Llama a Giancarlo y pregúntale si podré sentarme, porque si tengo que estar de pie no voy. Estoy cansado.

Quería sentarse, pero, en caso de no poder, ni por asombro pensaba en quedarse. Alessia llamó, y le aclaró:

—Abuelo, me dice que estaremos sentados. ¿Vamos?

Leopoldo refunfuñó haciéndose el disgustado.

—Bah. Habrá que ir, pero mañana deberíamos descansar.

La abuela expresó decidida.

—Ya tendremos tiempo para descansar al volver a casa. Mañana iremos con Adriana a la Ciudad del Vaticano y visitaremos a Alessandro. Si tú quieres quedarte, decide por ti.

—Puf, ya me casé con solo escucharte.

Alessia, casi suplicante, intervino:

—Lo habláis luego, por favor, vámonos. No quiero perderme ni un minuto del concierto.

Caminaron hasta la estación y se trasladaron en metro al lugar que les había indicado Giancarlo. Al bajarse del vagón, se toparon con una gran cantidad de gente y tuvieron que reducir el paso para abordar las escaleras mecánicas. Poco después, los adelantó un chico que parecía tener prisa y rozó el brazo derecho de Alessia; se disculpó sin voltear y continuó su camino. Ella no le dio importancia porque los contactos eran normales entre la aglomeración; no obstante, a mitad de la escalera, el joven no pudo seguir avanzando y giró hacia atrás para decir algo a su acompañante, más no lo encontró porque había ralentizado su andar poco antes de alcanzar a Alessia y a los abuelos, y lo buscó entre la gente.

Alessia estaba a punto de subir a la escalera cuando el momento se cubrió de magia. Sus miradas se convergieron y un hechizo se

apoderó de ambos porque Cupido disparaba sus flechas o…, ¿ya lo había hecho antes?

Risueño y emocionado, al llegar a la cima se apartó a un lado, la esperó, y se saludaron con entusiasmo y dos besos impulsivos de los que desbordó la emoción.

Ella estaba sorprendida. Él sabía perfectamente que coincidirían, aunque no allí.

En un instante, el maravilloso sentir que dormitaba a la espera de la chispa que lo revelara, se expresó en los gestos, en el tono de sus voces, las miradas, las sonrisas, y en el vuelo embelesado de las mariposas embriagadas por el palpitar emocionado de sus corazones.

Alessia imaginó que la idea del concierto había sido suya y que por eso estaba allí, empero, el momento le llevó a decir:

—¡Qué sorpresa!, ¿qué haces aquí?

—Voy a un concierto con una chica encantadora y su familia. Está en Roma porque vino a conocer a su padre y, si no me equivoco, sus abuelos son quienes la escoltaban al subir la escalera.

Los abuelos habían caminado unos pasos más porque, al ver que se saludaban, creyeron que se trataba de un amigo o compañero de estudios con el que coincidía por casualidad. Nada les llamó la atención hasta que vieron que Giancarlo se les unía y charlaban sin que lo hubiera presentado.

Entonces, Leopoldo protestó:

—Vaya, por lo visto este es el tercero en discordia, ¿no? Tuve que comentar que no estaba para que apareciera. Ahora sí que estamos completos.

La abuela le aclaró:

—No sé si lo es, pero, de serlo, se llama Marco y de momento no hay discordia, a menos que te empeñes tú.

Tras mascullar algo que no entendió, la abuela le escuchó refunfuñar:

—Nada podía ser tan bueno. Algo no me encajaba. Seguro que tienen un plan para desaparecer con ella entre la multitud. Dirán que van a pedir un autógrafo o algo, pero se equivocan si creen que los dejaré solos.

Esperanza no sabía si reírse o qué decirle, y él retrocedió y se plantó entre los tres.

Alessia se dio cuenta de que estaba enfadado y no pudo evitar sonrojarse. Por fortuna, la abuela lo siguió y dio las buenas noches, cariñosa. Entonces, Giancarlo tomó la iniciativa, los presentó y añadió que debían de continuar. Al avanzar, el abuelo se posicionó detrás, como si realmente fuera el guardaespaldas de su nieta.

Al llegar a sus asientos y ver que eran contiguos se tranquilizó, no obstante, estuvo pendiente de los gestos y reacciones de los chicos en todo momento.

Alessia optó por ignorar su malestar para poder disfrutar de la noche fantástica que la vida le ofrecía: una velada con la que ni siquiera había soñado, y en la que tenía la certeza de que le esperaba un concierto sublime. Como así fue.

Los artistas combinaron magistralmente la puesta en escena con la armonía, la profundidad de sus letras y sus maravillosas voces, y completaron el gran total con gestos de cariño y complicidad entre ellos y hacia los asistentes, lo que generó el carisma ligero, amistoso y abrazante que despertó las fibras más sensibles de los presentes, y motivó sentimientos infinitos que, junto a la magnífica compañía, le hicieron sentirse la chica más feliz del universo.

Cantó, vibró, disfrutó. Y se convirtió en el motivo para que las primeras notas de *Capolavoro*, sazonadas por el humo azul intenso y brillante que se expandía sobre el histórico escenario, poetizaran la noche y, Marco, le susurrara:

—Alessia, tú eres el *capolavoro* que me inspira y me habla de la belleza de la vida, por eso quiero dedicarte este tema, aunque con ligeros cambios: Este es nuestro concierto, y me encanta estar a tu lado y no tener que soñarte.

Su corazón se aceleró rebosante de emoción y la sorpresa la embriagó con silencio. Esa fue su respuesta, un silencio acompañado por su mirada feliz y una amplia sonrisa, con las que le expresó su sentir más profundo. Después, se dejó llevar por la música y la letra, porque, a pesar de ser un tema reciente, le gustaba mucho y había buscado la traducción en internet.

Varios temas después, Alessia abrazó a la abuela y le dijo:

—Abuelita, no puedo creer que me sienta tan feliz. Esto es maravilloso. Sublime.

Ella le sonrió amorosa y le devolvió el abrazo.

—Lo es, cariño. Atesora cada instante. Vive esta dicha y no permitas que nada la nuble. Es tuya, la mereces. Abrázala y guárdala en el rincón de la felicidad, y rescátala cuando necesites aliviar los momentos tristes del camino.

Encantada por el sentir de Alessia y el momento que ella misma vivía, la abuela inició su gran noche debatiéndose entre la tristeza que persistía, la lucha por aprovechar el irrepetible momento, y la fortuna de formar parte de algo tan hermoso como inesperado. Y su coctel de emociones se desbordó en llanto cuando escuchó las notas de *Hallelujah*.

Alessia, que estaba entre ella y Marco, se dio cuenta y la abrazó fuerte. Ambas sabían que no era una canción religiosa, ya que solían acompañar sus labores con música y una buena parte era en inglés para mejorar y practicar la lengua que les ayudaba a tratar con los turistas, de manera que le preguntó qué le pasaba.

—Lucía —fue su respuesta.

—No te sientas mal, abuelita. Mamá sonríe porque tú, el abuelo y yo compartimos esta noche extraordinaria, pero si lo necesitas, llora.

Las palabras de Alessia no aliviaron su dolor. No obstante, cuando los tres jóvenes silenciaron sus voces y pusieron los micrófonos para que el público participara en la interpretación de la melodía, las dos cantaron a coro; fundidas en el abrazo que buscaba sosegar el alma anhelante y triste.

Para culminar la noche en ambiente familiar, Giancarlo los llevó a una trattoria. Así se lo había sugerido Alessandro, porque quería que conocieran alguno de los pequeños lugares de comida tradicional. Pidieron *antipasti* para compartir, conocer y degustar la variedad, y el abuelo participó sin sentir la acostumbrada desconfianza, aunque sin percatarse de que lo hacía.

El concierto y la actitud de sus acompañantes lo habían sensibilizado y, al estar en cama, meditó sobre lo vivido y puso fin a

su paranoia, porque se convenció de que quienes habían hecho algo así para ver a su nieta feliz, y la trataban con afecto y respeto, eran personas buenas que la apreciaban.

Antes de dormir, Alessia contempló el cielo estrellado y agradeció por todo. Por tanto. Enseguida, abrazó a su madre con el alma y el corazón, a la vez que guardó lo que vivía y sentía en el rincón de la dicha y lo inolvidable. Después se dispuso a dar las buenas noches a Marco, pero él se había adelantado y se topó con una foto del momento en que se saludaban en la parte alta de la escalera de la estación. Sonrió complacida porque ambos se veían felices y pensó en lo genial que era Giancarlo por inmortalizar tan emotivo momento. Plena de dicha, leyó lo que le había escrito al pie de la imagen:

«Buenas noches chica preciosa».

Jubilosa, escribió:

«Has convertido una noche que era inolvidable en maravillosa. Gracias por lo que has hecho para que la viviera, y por tan inesperado y sublime regalo».

Él le devolvió una sonrisa de sonrojo, y escribió:

«Reconozco ser el de la idea. El trabajo fue de Giancarlo».

«Es fantástico, tenías razón».

Alessia acompañó su mensaje por una carita feliz y luego escribió:

«Dulces sueños».

Esperó la respuesta de Marco, le puso un corazón, y oteó sobre el resto de mensajes. Adriana, le preguntaba qué tal había estado el concierto. Como no quería hablar ni pensar en nada más, sino palpar el arrobamiento que aún la embriagaba, le respondió:

«Mejor, imposible. Ha sido una noche inolvidable. Mañana te doy más detalles, un abrazo».

También hallo uno de Carolina, le contó que todo estaba saliendo de maravilla, y que pronto le mandaría un audio con los detalles. Contestó los de sus amigos más cercanos y obvió los demás. Puso el teléfono en la mesita, dio media vuelta, se dejó envolver por la magia de la noche y se durmió en las nubes. Esta vez no era niña ni saltaba con su madre sobre masas de vapor suspendidas en la

atmósfera, sino que era una simple terrícola que tenía el privilegio de tocar el cielo.

Despertó feliz, cargada de energía y ganas de hacer y sonreír, y así entregó los saludos mañaneros que alegraron a los abuelos, porque su dicha estaba ligada a la de ella. Desayunaron en el aparthotel y, Leopoldo, manifestó su deseo de quedarse descansando. Lo necesitaba y había dejado atrás la desconfianza, de manera que, abuela y nieta, se encontraron con Giancarlo y Marco en la estación y tomaron el metro hasta Termini, donde los esperaba Adriana, para continuar en autobús hasta el Vaticano.

Adriana desconocía cuándo volvería a ver a Alessia, de manera que quiso aprovechar lo más posible su compañía. No obstante, Marco tenía las mismas intenciones, y Esperanza quería continuar preguntando a Adriana sobre Lucía, lo que motivó que estuvieran muy ocupados entre conversaciones, el Ángelus que, la abuela, no quería perderse en la *Piazza di San Pietro*, entrar a la Basílica, visitar el castillo de *Sant´ Angelo*, y degustar comidas típicas en Trastévere.

Era un día soleado y caluroso, al que su presencia puso el toque radiante que lo fertilizó con ánimo, sonrisas, respeto, bromas, camaradería y cariño, entre arte, novedad, grandeza, historia y prisa para hacer tantas cosas en un intento por aprovechar al máximo la estancia de Adriana y Marco.

Alessia echó de menos al abuelo, pero recordó que volverían el martes, puesto que tenían entradas para visitar los museos y la *Cappella Sistina*, y le hacía bien descansar.

Adriana y Esperanza se invitaron a visitarse en sus casas. La primera aceptó y prometió hacerlo pronto, empero, la confirmación de la abuela quedó en el aire.

Al caer la tarde se despidieron con abrazos emocionados y alegría por lo compartido. Marco tenía planes para las vacaciones, de manera que miró a Alessia, le mostró su sonrisa sincera y convencida, y añadió:

—Ha sido fantástico volver a vernos. Repetiremos pronto.

Ella se mostró complacida e interrogante.

—¿Acaso el viento te impulsará hasta Altea?

Él contestó con una sonrisa divertida e intriga pretendida:

—Está a favor, izaré las velas y dirigirá mi destino. Aunque, recuerda que tenemos pendiente volver a Madrid, también puede ser aquí, o en Lisboa.

Al hablar jugaban con las palabras y las sonrisas, y el deseo de besarse al abrazarse se conformó con una espera indefinida, ya que nadie conocía su sentir secreto. Tan íntimo, que ni siquiera se lo habían confesado entre ellos, claro que tampoco precisaban hacerlo porque se manifestaba a través de sus miradas y acciones, y lo hacía con mayor intensidad que las palabras.

Sin tristeza y con la esperanza de que se reencontrarían pronto, Alessia, Giancarlo y la abuela llegaron al hospital y, al entrar en la habitación de Alessandro, se toparon con que, en lugar del cuarto de un paciente, parecía que habían llegado a una sala de fiestas, y entre los «invitados» estaba el abuelo Leopoldo.

Había descansado durante la mañana y, después de comer, pensó en que Alessandro estaría solo, de manera que decidió ir a hacerle compañía. Efectivamente, así lo encontró y conversaron con naturalidad sobre diferentes temas hasta que llegaron sus padres y, tras ellos, sus hermanos y parte de los sobrinos.

Alessandro lo presentó a su familia como Leopoldo, sin dar explicaciones, y el abuelo estuvo de acuerdo en que así debía de ser. Sin embargo, al estar todos se sintió incómodo porque no se enteraba de lo que hablaban, y era la nota discordante entre la confianza y el cariño que percibía entre ellos; además de que su anfitrión tenía que ocuparse de traducirle, de manera que intentó marcharse, pero Alessandro le pidió que se quedara.

Más tarde, el cuarto se llenó de primos y amigos, y el abuelo terminó por disfrutar del alboroto al comprobar la similitud entre una algazara italiana y una española. Cuando llegaron Giancarlo, la abuela y Alessia, se hizo el silencio y despertó la curiosidad por saber quiénes eran las damas, sobre todo la jovencita. Alessandro sonrió porque estaba seguro que más de uno emparejaba a sus hijos, y lo corroboró cuando uno de sus hermanos miró a Giancarlo, y comentó:

—*La tua ragazza è molto bella*. —Tu novia es muy bella—.

Giancarlo no supo qué decir. Obviamente, su padre no había comentado nada y no era prudente que él lo hiciera, pero tampoco que creyeran que era su novia. Alessandro tomó las riendas y se encargó de desmentirlo, mostró su sonrisa complacida porque le agradaba que su familia recibiera de buena gana a Alessia, y les dijo que estaban equivocados, y que pronto les daría una grata sorpresa.

Su madre lo miró extrañada y exclamó airada:

—*¡Non sarà la tua!* —¡No será la tuya!—

— *No, mamma, per favore, ma cosa stai dicendo?* —No mamá, por favor, ¿qué estás diciendo?

Al escuchar esto, volvieron a la creencia inicial de que se trataba de la novia de Giancarlo, y que la sorpresa era que pronto se comprometerían. ¿Qué otra podía ser?

Alessia se sintió apenada por ser el centro de atención, y los abuelos se miraban sin entender ni saber qué decir. Entre tanto, Giancarlo y su padre disfrutaban jugando a las adivinanzas, hasta que, padre e hijo se dieron cuenta de que ella se sentía incómoda. Entonces, Alessandro dio un giro a la conversación y la centró en su salud. Les contó que le habían hecho diferentes exámenes y pruebas y, si los resultados eran los que pensaban, le darían el alta y se iría a casa muy pronto.

Con esto recibieron tal alegría que se ocuparon de hacer planes para la gran comida de celebración y, entre todos, lo convencieron de que se fuera a casa de sus padres, para que la *mamma* lo cuidara durante la recuperación.

Así, sin enterarse bien quién era quién, y recordando lo que le había dicho Alessandro por teléfono: «Necesitarás anotar sus nombres para no confundirte y, al principio, no sabrás de quién se trata porque la mayoría se parecen e incluso hablan a la vez», Alessia tuvo su primer contacto familiar y se llevó una grata experiencia, aunque entendió poco y se ruborizó en varias oportunidades. Descubrió que tenían un sentido del humor respetuoso, y aprendió los nombres del *nonno* y la *nonna* que, curiosamente, se llamaban *Fiore* y *Fiorella*.

La estancia fue corta porque, la abuela, sugirió que lo apropiado era dejar que la familia compartiera a solas, y ella y el abuelo estuvieron de acuerdo. Se despidieron y marcharon. Cenaron de camino al aparthotel y aprovecharon la velada para comentar sobre lo mucho que estaban disfrutando su viaje, la cantidad de historia que contenía la Ciudad Eterna, y lo agradable que les resultaba la gente que conocían. Al llegar tomaron duchas relajantes, los abuelos se acostaron y ella se asomó a la ventana.

Tenía varios días sin hablarle a la mayoría de sus amigos, así que, aunque encontró dos mensajes especiales que complementaron su dicha, comenzó por responder los de ellos. Después abrió el de Adriana, quien le decía cuán feliz había estado en su compañía, lo bien que lo había pasado con todos, y añadía que aprovecharía la invitación de su abuela para visitarla pronto. Al leerlo se sintió dichosa y querida, y al contestarle se acordó de Carolina. Pensó en que la tenía olvidada y no podía ser, de manera que le grabó una nota de voz en la que le contaba varias cosas, y le reiteraba que la llamaría tan pronto tuviera un rato libre más temprano, porque los abuelos ya descansaban.

Después abrió las buenas noches que se convertían en dulces sueños. Esta vez, Marco le informaba que aún iba camino a casa, que lo hacía pensando en ella y que, como era tarde, se despedía con el tema: *When you say nothing at all*, versionado por Ronan Keating.

Después escribió:

«Esta es por tu silencio en el concierto. Feliz descanso».

Antes de escucharla, Alessia miró al cielo y conversó con su madre sobre lo dichosa que se sentía, la alegría que le producía descubrir y conocer con los abuelos, contar con el apoyo Adriana, las impresiones que recibía día a día sobre su posible nueva familia, e incluyó una vez más la sorpresa de Marco y el gran concierto… Después le dio gracias por todo, porque sabía que era su gran regalo. Ella había sido el origen y motivo de su increíble presente.

Pletórica de contento, sonrió, entró, se tumbó y escuchó el tema con los audífonos. Al terminar, le puso un corazón al enlace y le devolvió dos emojis, una carita con un cierre en la boca y otra riendo.

Esperó un momento por si le contestaba, pero no tuvo respuesta, de manera que imaginó que no podía hacerlo, y añadió:

«Aunque no lo dijera, nunca olvidaré lo que sentí y cada vez que escuche tu dedicatoria de ayer me lo recordará. La de hoy también me gusta mucho. Feliz regreso a casa».

Enseguida, se durmió abrazando la memorable aventura que estaba viviendo, agradecida por la dicha, las sonrisas del hoy y la ilusión de un nuevo mañana.

16

El regreso

La dicha continuó presente durante todo el viaje. Visitaron de nuevo el Vaticano y el Panteón, conocieron el Palatino y el Foro Romano; admiraron la falsa perspectiva recreada por Borromini en la *Gallería Spada*; miraron a través del ojo de la cerradura en el Aventino, tal como deseaba la abuela, y recorrieron algunos pueblos de las afueras.

Giancarlo resultó un guía tan dedicado, amable y conocedor, que la carencia del dominio del idioma de los turistas quedó en segundo plano. Por si esto fuera poco para que el viaje resultara inolvidable, Alessandro salió bien en las pruebas y analíticas que le practicaron y, el miércoles, recibió el alta hospitalaria.

La *nonna*, Fiorella, se encargó de preparar una exquisita cena familiar para recibirlo y celebrar el acontecimiento, y todos acudieron felices a la casa de los *nonni*, incluidos los abuelos y Alessia, invitados por Alessandro. De esta forma, a pesar de que los únicos gestos y diálogos entre Giancarlo y ella eran de amigos, la familia quedó convencida de que pronto habría boda.

Al día siguiente, jueves, los viajeros regresaban a España, de manera que disfrutaban del último suspiro de su estancia en compañía de Giancarlo, cuando, este, recibió una llamada. Era del laboratorio, y la persona que habló le informó que los resultados de la prueba de paternidad estaban listos. Se lo comunicó a Alessia, y ella se sintió invadida por la duda, el ansia de saber, y un cierto temor contento porque confiaba en que le iban a confirmar lo que ya sabía.

Pasaron a recogerlos y se trasladaron a casa de los *nonni*, porque consideraron que lo correcto era abrir el sobre en compañía de Alessandro, aunque tampoco él necesitaba saber lo que decía el informe, dado que ambos sentían que eran padre e hija desde el primer momento. Confiaban en que el interés y la afinidad que surgieran entre ambos eran producto del llamado de la sangre, por eso alimentaban con respeto, autenticidad y confianza, el lazo que les unía.

Alessandro quiso abrir el sobre delante de los abuelos y de sus padres, a pesar de que ni Fiore ni Fiorella entendían de qué se trataba. Extrajo el contenido, leyó en silencio, sonrió mirando a Alessia y se lo extendió, ella lo ojeó y ambos mostraron su preciosa sonrisa seductora. Giancarlo se les unió sin más, y los abuelos los observaron complacidos. Padre e hija se abrazaron y, él, explicó el acontecer a sus padres.

No podían creerlo. Preguntaban qué, cómo, cuándo; leían el resultado de la prueba, observaban a Alessia, miraban a los abuelos, le preguntaban a Giancarlo por qué no había dicho nada, querían saber si estaba contento… Cuando se calmaron, Alessandro envió un mensaje por el grupo familiar, en el que informó quién era la joven que los intrigaba.

Se armó tal revuelo que, a pesar de ser un día de trabajo, se presentaron todos en casa de los *nonni* a la hora de la comida. La noticia lo ameritaba: querían saber cómo era posible que tuviera una hija secreta, conocer la historia y darle la bienvenida a la familia.

Alessia se sintió abrumada entre los abrazos, las miradas curiosas que buscaban parecidos y las preguntas discretas e indiscretas que, de vez en cuando, su padre contestaba o desviaba por ella; a la vez que se alegraba por ser recibida y aceptada. Entre tanto, los abuelos observaban satisfechos porque la integraban en su clan.

Cuando llegó la hora de irse al aeropuerto, la despedida entre padre e hija estuvo marcada por un sentir agridulce, al que aderezaron con intensos matices de ilusión porque seguirían comunicándose y volverían a verse. Pronto.

Giancarlo los llevó y acompañó hasta el momento del embarque, mostrando siempre su afecto y buena disposición. Alessia se dio

cuenta de que era mucho más suelto y bromista entre los suyos, e incluso en su ciudad, que con ellos; y lo consideró lógico debido a la barrera del idioma y a la carencia de roce y confianza. Sonrió y se sintió agradecida con la vida por el grato e inesperado regalo, y concluyó que su medio hermano parecía algo tímido, pero en realidad era extrovertido, alegre, feliz, pacífico y generoso.

El abuelo lo invitó a conocer Altea, y la abuela bromeó con que tenía que ir con Alessandro, porque se iban a chupar los dedos con sus arroces. Él sonrió por el gesto con que, Esperanza, acompañó sus palabras, y prometió que lo harían tan pronto los médicos le dieran autorización para viajar.

Las dos horas del vuelo transcurrieron mayormente en silencio. Alessia recordaba lo vivido y soñaba con repetirlo. Quería atesorarlo y lo amenizaba con suave música instrumental que elevaba su alma. La abuela imaginaba los preparativos para recibirlos, a la vez que deseaba que hubieran sido de un lugar más cerca para verse y estrechar lazos sin la inclemencia de la distancia. Y, el abuelo, se reprochaba haber sido intransigente con su hija, y le daba vueltas a la idea de que su nieta pudiera querer mudarse con su nueva familia, a Roma, lo cual le dolía, pero se propuso no manifestarlo.

Al llegar a casa experimentaron el bajón de adrenalina y se dejaron arropar por la acogida de su refugio, del dulce hogar. Las maravillosas vacaciones llegaran a su fin, no obstante, la cálida bienvenida de la Villa Blanca les recordó que estaban en el maravilloso rincón del mundo en el que se sentían como pez en el agua, donde estaba su día a día, su vida. Ese todo que se alcanza con el fruto del trabajo y la cotidianidad.

Alessia fue la primera en ducharse y, mientras los abuelos lo hacían, contactó con Alessandro, Giancarlo y Marco, para decirles que estaban en casa. Luego contestó otros mensajes, entre ellos los de Adriana y Carolina, que le preguntaban qué tal el regreso. Entre diálogo y sonrisas, comieron los bocadillos que compraran por el camino, y se acostaron.

La noche fue plácida, reparadora. Aun así, el viernes estaban tan agotados que tomaron la mañana para descansar y hacer la compra,

y en la tarde decidieron tener la conversación que estaba pendiente desde hacía años.

Charlaron durante largo rato en el que hubo exposiciones, reproches, aclaratorias, empatía, perdones… e incluso interrogantes que nadie pudo contestar; no obstante, Alessia recibió las explicaciones y respuestas sinceras que necesitaba, y los abuelos alcanzaron el alivio que merecían porque, a pesar de los errores reconocidos y los que no, e incluso del deseo de volver atrás para cambiar parte de sus actuaciones, estaban seguros de que cada uno había procedido como lo consideraba mejor en aquel momento. Había hecho lo que podía, o lo que, según su formación y vivencias, entendía que debía de hacer, y ninguno había actuado con el propósito de hacer daño.

Al finalizar la conversación, Alessia sonreía porque sus inquietudes estaban satisfechas, y los abuelos experimentaron la presencia de un halo de paz infinito, indicador de que sus cargas eran más livianas.

Tras ello, Esperanza y Leopoldo bajaron a organizar el trabajo del día siguiente y ella se preparó para asistir al cumpleaños de una de sus queridas amigas. Estaba contenta porque sabía que lo pasaría fantástico y, conocedora de que querrían saber cómo le había ido en Roma, se dispuso a contarles muchas cosas sobre la capital que albergaba un capítulo muy importante de su vida e historia, más no diría nada referente a su recién descubierto padre y su nueva familia, puesto que era algo tan personal como maravilloso que merecía ser conversado en un momento especial, tranquilo e íntimo.

Antes de irse a la celebración, recordó que aún no había regado las plantas que aportaban recuerdos, colorido, delicadeza y candor a su día a día. Acto seguido, salió al balcón para ocuparse de la buganvilla y experimentó la necesidad de tomarse unos minutos, saludar al paisaje y dejarse embriagar por la sonrisa, los matices, la luz y la cotidianidad de su rincón. Esa tarde, el blanco que cubría las paredes de los hogares le resultó resplandeciente, los azules mediterráneos la invitaron a navegar en calma, y la presencia de las gaviotas le recordó que, aunque sentía que volaba, sus pies seguían

conectados a la tierra. Miró a lo lejos, esta vez hacia el este, en dirección a Italia, y le habló a su madre con el pensamiento.

Entre otras cosas, reflexionó sobre lo extraña que era la vida: había encontrado a su padre y tenía un hermano, pero estaban destinados a mantener una relación a distancia, al igual que con Marco. Se encogió de hombros, apretó los labios y caviló que, tal vez, hubiera sido preferible continuar con su existencia apacible de antes. Entonces, se dijo en voz alta: «¡No! Este maravilloso regalo es una gran bendición y quiero vivirla al máximo».

Al pronunciar su conclusión, el viento motivó el movimiento de la buganvilla que, a su lado, polvorienta y reseca tras una semana carente de cuidados, le hizo recordar un mensaje de su madre que la abuela hallara entre sus cosas, y le había entregado hacía unos años:

> «Batallar es una constante del vivir, por eso necesitamos sabiduría para elegir el camino en cada bifurcación y serenidad para afrontar las embestidas sin rendirnos».

Sí, sabiduría y serenidad ante las batallas… Pensó que, aunque su mamá había estado poco tiempo con ella, su legado estaba presente en los momentos decisivos y en los que no. Quería vivir y ser feliz porque sabía de sobra que el mañana era incierto y, usualmente, no coincidía con la inquietud de hoy. Entonces, su mente sacó a relucir algo que le decía la abuela cuando la veía preocupada:

«Dentro de lo que soñamos perfecto, pero resulta imperfecto, siempre hay algo celestial. Algo en qué apoyarnos para seguir o empezar de nuevo. La chispa que nos impulsa y nos entusiasma a trabajar con constancia para sonreír, vivir, y al mismo tiempo lograr».

Su preciosa sonrisa afloró porque los mensajes y palabras de sus ángeles la llevaban a creer que no tenía motivo para preocuparse, sino muchas razones para estar feliz ya que, poniendo de su parte, todo estaría bien. Vivía un momento mágico que no era como lo había imaginado, pero era real, tangible. Sucedía, y la lejanía no sería impedimento para disfrutar de lo que había ganado.

Con el alma plena de dicha, volteó hacia la planta que la acompañaba desde su niñez y observó que sus flores le hablaban. Algunas soltaran pétalos, otras resplandecían a pesar de la sequedad, y las restantes eran aún capullos… y, juntas, hacían el gran total que le contaba que algo se desprendía, algo brotaba y la belleza persistía. Tal cual la vida misma.

Agarró la regadera, entró a coger agua y la roció con cariño. Después miró hacia la ventana de su habitación, y su rostro se iluminó con la dulce sonrisa que le motivaron las margaritas que adornaban el alféizar, porque evocó el día en que paseaba con su mamá, cortó una y se la regaló. Al tomarla, Lucía, sonriente y agradecida, le explicó:

> —Tesoro, si la dejamos en la planta vive más tiempo y alegra a todos lo que pasen cerca, mientras que al llevarla a casa solo me hace feliz a mí y se marchita antes, de manera que, a partir de ahora, me mostrarás todas las flores que me quieras regalar, pero no las cortarás. Así ambas estaremos muy felices, yo porque, gracias a mi sol precioso, embellecen a la cuidad por más tiempo, y tú porque sabes que me encantan tus obsequios y el amor con que me los das.

Sonrió enternecida, y entró para ocuparse de las pequeñas margaritas.

El sábado, los sentimientos encontrados de los abuelos persistían, de manera que experimentaban una mezcla de lamento por los años perdidos; alivio porque la verdad los liberaba; la tranquilidad de que, finalmente, Alessia conocía lo sucedido; y la preocupación de que decidiera marcharse. Por suerte, ambos hallaron distracción en sus trabajos. El abuelo cavilando y haciendo intentos para sacar adelante sus nuevas creaciones, y la abuela en la tienda, atendiendo a los turistas y clientes que entraban y salían, a la vez que contestaba saludos y preguntas de algunos vecinos que se acercaban para saber cómo les había ido en el viaje.

En la noche, durante la cena, comentaron que era placentero volver a la normalidad, y reconfirmaron que haber desnudado sus almas era motivo de sonrisas en sus corazones.

Los días pasaron y la rutina se hizo presente para los tres. Alessia continuaba contenta porque las llamadas de su padre eran constantes, aprendía italiano y lo practicaba durante sus conversaciones con Giancarlo, mientras que, él, le hablaba en español y se reían con los malentendidos que surgían, porque ninguno conocía bien el idioma del otro. Y, claro está, su emoción se desbordaba cuando veía y escuchaba a Marco, ya que, generalmente, se hacían videollamadas.

Una mañana, durante el desayuno, el abuelo preguntó:

—¿Qué os parece si esparcimos las cenizas de Lucía en el Mediterráneo?

La abuela lo miró extrañada, y dijo:

—Eso está prohibido, ¿Por qué lo sugieres?

—Es que el día que estuve a solas con Alessandro, me comentó que le había hablado de cuando íbamos a pescar y de lo mucho que le gustaba el mar.

Esperanza, entre categórica y resignada, comentó:

—Lo siento, pero tendrás que imaginarte que está contigo cuando salgas de pesca.

Alessia intervino:

—Es verdad que le gustaba mucho el mar. Me hablaba de él y decía que un día iríamos a una playa las dos juntas, y que lo pasaríamos genial. A veces añadía que nos quedaríamos aquí, en vuestra casa. También me describió la belleza de los amaneceres que contemplaba en tu barco, abuelo, por eso cuando llegué quería acompañarte a pescar; y sé que le encantaba escuchar tus historias de pescadores y formar parte de ellas, como una más de los navegantes que surcaban las aguas para faenar. Esperad.

Ambos la escuchaban conmovidos, ella se levantó, fue a la habitación, buscó uno de los cuadernos de su infancia y les mostró el dibujo de un bote, un hombre y una niña, y las anotaciones que decían: «pescar con papá, historias, amigos, navegar, amaneceres».

Enseguida, continuó:

»Esta es la prueba de que mamá me hablaba de ello, y no quería que se me olvidara.

El abuelo, emocionado, dijo:

—Es una pena que no podamos salir una madrugada en la vieja lancha, como hacíamos antes, sería nuestro último paseo juntos.

—No te preocupes, abuelo. Teniendo sus cenizas aquí siento que está protegida de la noche, el frío y las tormentas. Y me gusta comprarle flores y ponerle alguna velita. Aunque sé que donde realmente está es en nuestros corazones. Que vive en nosotros.

La abuela añadió:

—Aún recuerdo cuando eras chiquita y te dijimos que las íbamos a llevar al cementerio, te pusiste a llorar con tanto sentimiento que cambiamos de idea y nunca más pensamos en sacarlas de casa. Sin embargo, se me ocurre una idea. ¿Qué os parece si el día de su cumpleaños salimos los tres en el barco, las llevamos con nosotros y contemplamos el amanecer en su memoria?

Las voces de Alessia y el abuelo se atropellaron:

—Es una gran idea, abuela.

—Me parece bien —dijo él—. Mañana preparo el barco, hace meses que no sale y tengo que limpiarlo y revisarlo.

Alessia añadió:

—No necesitas apurarte tanto, aún faltan dos semanas.

—Tienes razón, pero ya sabes que no me gusta dejar nada para después. Así cuento con tiempo por si necesito comprar algún repuesto o mandar a reparar el motor.

Alessia se emocionó al verlo contento y apurado como un niño, y aportó una idea.

—Voy a comprar tres rosas el día antes, una blanca, una amarilla y una rosada, os explicaré qué significa cada una en estos días, elegís la que vaya acorde a lo que queréis transmitirle a mamá, y las lanzamos al mar.

La abuela comentó:

—¡Qué bonito! Compartiremos ideas, organizaremos y le haremos un homenaje precioso y sentido. Ah, por cierto, en mi caso pido que me dejéis en el columbario tras la cremación, no quiero que llenes la casa de cenizas, es suficiente con saber que voy a estar en vuestros corazones.

El abuelo manifestó su voluntad:

—Ya que no se puede en el mar, me esparcís en la barca.

Esperanza dijo:

—Y el que vaya dentro te pisa, o te barre y te echa a la basura, vaya gracia.

Con cara y voz de frustración, él añadió:

—Pues mandáis a cerrar un pequeño espacio en un lado y me metéis en él.

—Hombre, cuando falte el capitán venderemos el barco, y no creo que nadie lo quiera con tus cenizas.

Él se encogió de hombros y manifestó conforme:

—Bueno… Parece que no me queda más remedio que ir al columbario también. Seguiremos juntos.

—Hay que simplificarle la vida a los que quedan, ya bastante tienen con el dolor que sienten.

Alessia miró a la abuela con amor y una sonrisa dulce, porque siempre pensaba en los demás. Y, tras conocer las discrepancias del pasado, entendió que había tenido que sufrir una gran pérdida para revelarse.

Con nuevos planes y la voluntad de los tres para converger en común acuerdo, se enfocó en ilusionarse por la celebración especial con la que planeaban rendir tributo a su mamá. Y, esa noche, como tantas, salió al balcón para contemplar la preciosidad del satélite y su reluciente seguidor o seguidora. Recordó que de niña le gustaba hacerlo e imaginaba que su madre era la bella luna, y ella la dichosa y rutilante «pequeña» estrella o planeta que la acompañaba.

La curiosidad la indujo a curucutear en internet y halló que se trataba de Antares, la estrella más brillante de la constelación de Escorpio. Con la curiosidad satisfecha y el entusiasmo a tope, decidió elegir la música para el homenaje a su mamá. Se disponía a hacerlo cuando la interrumpió una llamada, y al ver el nombre de Giancarlo en la pantalla del dispositivo, se alegró y charlaron un rato entre risas motivadas por sus prácticas de los nuevos idiomas, y el cariño que crecía entre ellos.

Al terminar la conversación disfrutó de lo que solía hallar en aquel rincón al caer la noche: el aroma y la brisa del paisaje marino, el

colorido de su planta que jugaba entre las luces y el céfiro, la generosidad que le sugerían las pequeñas margaritas, la inmensidad del oscuro cielo estrellado y la caricia de la soledad. La llamada le había hecho dejar a un lado los planes, y se preguntó cómo era posible que, Giancarlo, tomara tan bien el tener una hermana si contaba una gran familia. Al cabo de un instante, concluyó que, tal vez, era por algo tan simple como eso: se trataba de añadir una más a la parentela. La última palabra de su conclusión y lo que implicaba, motivaron su sonrisa.

Desde allí, quiso dar las buenas noches a Marco, pero él se le adelanto. Contestó gozosa y charlaron sobre diferentes temas, entre los que le informó a cerca de los planes para el día del cumpleaños de su madre, sin decirle la fecha, y a él le pareció una idea genial. Se despidieron y, al cortar la videollamada, le envió un emoticono de una muñequita recostada sobre la luna menguante, que tenía escrito «hasta mañana». Él lo interpretó como que su alma de niña era la pincelada cromática que añadía dulzura a su encanto particular, y contrastaba con la responsabilidad y formalidad de su manera de actuar ante lo importante.

El tiempo que faltaba para el cuatro de julio, día del nacimiento de Lucía, transcurrió entre ilusión y el hábito diario, en el que la abuela incluyó conversar por teléfono de vez en cuando con Adriana, y el abuelo hizo una llamada de la que nadie supo. Y que se produjo como resultado de un impulso momentáneo al que siguió sin dudar, y sin saber si su origen estaba en la lección aprendida o en el deseo de hacer feliz a su nieta… Tal vez era el resultado de ambos.

17

El amanecer

Era el 3 de julio, víspera del homenaje, y Alessia se disponía a salir a comprar las tres rosas cuando, Leopoldo, le encargó una adicional.

—¿De qué color, abuelo?

—Elige tú. Me da igual —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Es para la abuela?

—Es una sorpresa.

Esperanza, que estaba cerca, comentó:

—Vaya sorpresa, sabes bien que te escucho.

—No he dicho que sea para ti, pero te voy a sorprender.

—Hombre. Pues no será con la rosa.

Él sonrió, y propuso:

—Está visto que no. ¿Qué os parece si lanzamos sus pétalos al mar entre los tres, como símbolo de unión familiar?

Alessia lo miró sonriente y la abuela aceptó extrañada, a la vez que dijo:

—Vaya, pues sí que me sorprendes, sí.

Satisfecho, afirmó:

—Ves que puedo tener buenas ideas.

—Eso no lo dudo. Lo que me cuestiono es que esta sea tuya y no de Alessia.

—No, abuela, no es mía. Ya vengo.

Se fue feliz porque la relación entre los abuelos mejoraba, él estaba más cercano, bromeaba y se le veía liberado, y ella sonreía más y cantaba con frecuencia.

Un rato después, Alessia regresó plena de una emoción bonita porque había encontrado rosas hermosas para la ceremonia de su

madre, y al entrar en la tienda se topó con tres caballeros que no imaginaba por aquellos lares. Al verlos, su corazón latió acelerado y el júbilo se apoderó de su ser. Dejó las flores sobre el aparador de la entrada y corrió a saludar a Alessandro, Giancarlo y Marco, que estaban allí, charlando con Esperanza.

La felicidad y las sonrisas invadieron sus corazones y se expresaron a través de las voces, los gestos y las miradas, motivando que los clientes se olvidaran de los souvenirs para impregnarse con la emoción que brotaba de los abrazos y besos con que se saludaron. Enseguida, la abuela preguntó:

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar?

Alessandro contestó:

—Cinco días, después quiero ir a Madrid. Necesito recorrer viejos lugares y, tras ello, estaré dos o tres días en casa para descansar antes de reincorporarme a trabajar, ya es hora.

Alessia, aún sorprendida por la inesperada visita, añadió:

—¡Oh! ¡Estaréis poco tiempo!

—No te preocupes, te prometo que habrá muchas visitas. Unas veces vendremos y otras serás tú quien vaya a Roma. Estamos relativamente cerca, y al abordar el avión recordé lo mucho que me gusta volar, sobre todo cuando hay alguien que me recibe con tanta alegría y un abrazo al llegar.

Alessia sonrió ante la atenta mirada de Marco, que contemplaba por primera vez a padre e hija juntos y descubría con satisfacción que había una bonita conexión entre ellos.

La abuela lamentó no saber que venían para recibirlos con todo lo que había imaginado para su visita, y les explicó que al ser temporada alta le resultaba complicado dedicarles el tiempo que le gustaría y merecían. De inmediato, dirigiéndose a Giancarlo, dijo:

—No te preocupes, ya encontraré el tiempo para prepararte una pella de la casa. Algo que te anime a chuparte los dedos, y decirme lo que dice Alessia cuando quiere presumir de que aprende italiano: «*¡Nonna mia, che delizia!*».

Todos rieron, incluido Giancarlo, porque entendió casi todo y le pareció graciosa la pronunciación y el gesto con que, Esperanza, manifestó que se chuparía los dedos.

Los clientes aumentaban y el espacio de la tienda era pequeño, de manera que la abuela, feliz por la sorpresa, aunque no sabía si era a la que se refería su marido en forma misteriosa o si también él se quedaría pasmado cuando los viera, sugirió que dieran una vuelta por el pueblo en compañía de Alessia. Les pareció perfecto y, ella, encantada, agarró las rosas y subió a ponerlas en agua antes de irse.

Mientras lo hacía, se preocupó por cómo tomaría el abuelo que se hubieran presentado sin avisar. Enseguida, pensó en que tendrían que suspender el homenaje a su madre, y se le ocurrió que podían posponerlo hasta el aniversario de su fallecimiento. Faltaba poco y tan solo implicaba comprar nuevas flores, algo que ya hacía cada año en ambas fechas.

Se sentía contenta, optimista y animada porque tenía argumentos para convencer al abuelo de que no se trastocaba nada, además, le diría que, en vista de que había puesto el barco a punto, podría llevar a los chicos a navegar. Estaba segura de que le agradaba su compañía y, una vez superado el incordio del primer momento, los trataría bien. Y a ellos les parecería hermosa la imagen de las montañas y la pequeña colina cubierta por casitas blancas a la vera del mar.

Bajó encantada, recordando algo que decía la abuela:

«Vivir es recorrer un camino de experiencias y sentimientos propios, que son el resultado de las circunstancias, las elecciones y las sorpresas, por eso la dicha va y viene».

Al evocarlo, concluyó que tenía razón y que, a veces los imprevistos no tenían piedad y otras, como en aquel momento, eran motivo de felicidad, de manera que se propuso vivir su momento a plenitud, sin pensar en nada más.

Transcurrieran unos minutos desde que los cuatro salieran a recorrer las callejuelas del casco antiguo, cuando Leopoldo entró en la tienda, sonriente.

—Vienes de buen humor, ¿dónde has estado?

—Tomando un café con mi amigo Matías.

—Una buena compañía, con razón.

—Le había pedido un favor y acordamos la hora.

—¿Qué favor?

—Pronto lo sabrás.

—Vaya, estás muy misterioso últimamente.

—La vida en sí es un misterio y está llena de ellos, a lo mejor me estoy contagiando.

Esperanza lo miró interrogante. Estaba un poco raro, pero de contento, y quiso aprovechar el momento.

—Están aquí Alessandro, Giancarlo y Marco, y se han ido a dar un paseo con Alessia.

Lejos de extrañarle o molestarse, hizo un gesto de que no le importaba con el rostro, a la vez que se encogió de hombros. Y comentó:

—Es, bueno. Los turistas son buenos para la economía.

Ella lo miró sorprendida, pensó que no la había escuchado y se lo reformuló:

—Alessandro, Giancarlo y Marco llegaron hoy y se quedan durante cinco días.

—Te he entendido a la primera, pero no podemos impedirle que vengan o vayan a dónde quieran. Así que solo espero que no se hospeden en nuestra casa porque no caben, ah, y que no molesten mucho.

—Están alojados en uno de los hoteles, pero los invitaremos a comer alguna vez.

Despreocupado, dijo:

—Vale, entonces me parece bien que hayan venido. A mí no me darán lata porque la que cocina rico eres tú, y no querrás que prueben mis platos.

—Hombre, no. Pero ellos fueron muy atentos y nos trataron con cortesía, así que deberíamos de corresponderles.

—Paso. Os encargaréis Alessia y tú, recuerda que sois las encantadoras de la familia.

La abuela, resignada, aceptó.

—Bueno, al menos no te parece mal que estén aquí, algo es algo. Por favor, intenta ser amable.

—Trataré —contestó con indiferencia.

—Me parece bien. Por cierto, tenemos que olvidarnos del agasajo a Lucía. No es lógico que nos vayamos mañana y no nos encuentren si vienen por aquí.

Leopoldo la observó un instante en silencio, luego dijo:

—¿Por qué vamos a cambiar nuestros planes?, Alessandro no salió del hospital porque llegáramos, decimos que teníamos un compromiso y que estaremos ocupados hasta media mañana.

Esperanza lo miró incrédula.

—Eres un caso de estudio. Pero admito que tienes razón. ¿Todo sigue igual?

—Sin cambiar nada.

Leopoldo se fue al taller y ella quedó entre resignada y contenta, porque su marido no iba a ser el mejor anfitrión, pero tampoco estaba molesto y confiaba en que, llegado el momento, los trataría bien.

Alessia y sus acompañantes pasearon y departieron con entusiasmo, creando y añadiendo memorias a las ya talladas sobre el blanco del acogedor paisaje. Un paraje lleno de luz, que conjuntaba perfectamente con la curiosidad y el sentir de quienes pateaban sus careras y conversaban felices. Al pasar frente a una terraza, Giancarlo propuso merendar algo típico, eligieron una mesa y pidieron horchata de chufa bien fría y *fartons* para los cuatro. Al principio, Alessandro se abstrajo y rememoró, en silencio, viejos momentos con Lucía, mientras que los tres jóvenes charlaban con entusiasmo. En un momento, las risas animadas despistaron sus pensamientos y se unió a la conversación. Entonces, se percató de que en las miradas que se cruzaban Alessia y Marco, había algo más que complicidad y amistad, y deseó que pudieran vivir la grandiosidad del sentir que los unía, y que supieran cuidarlo y atesorarlo.

La luz de la larga tarde veraniega aún era radiante cuando hizo una invitación que a su hija le pareció fantástica, no obstante, antes de aceptar se levantó e hizo una llamada.

—Hola, abuela. ¿El abuelo está contigo?

—No, cariño, está en el taller.

—¿Ya sabe quiénes vinieron?

—Sí, y lo raro es que se lo tomó con indiferencia. No se contentó, pero tampoco se molestó.

—Vaya, eso es una buena noticia. Por lo de mamá no te preocupes, lo dejamos para el aniversario de su fallecimiento.

—No, cielo. Todo será tal cual estaba previsto. Es idea de tu abuelo y me parece bien. Les diremos que tenemos un compromiso previo y estaremos libres sobre las diez.

—Ah. Perfecto. Aunque te llamo porque, Alessandro, nos invita a cenar, ¿qué le digo?

—Está bien, ve con ellos.

—Estáis incluidos, nos invita a todos.

—Ah, bueno, pues dile que sí. Creo que tu abuelo está dispuesto a seguirnos la corriente, así que espero que no ponga objeción. Y como no hay una segunda oportunidad de causar una buena primera impresión, los llevaremos a comer alguno de nuestros arroces. Me encargo de reservar para los seis. ¿Te parece bien con bogavante?

—Ya lo creo, abuela. Aunque prefiero arroz al *senyoret*, así no se tortura al pobre bogavante.

—Bueno, pues les sugerimos los dos y que elijan. A las nueve nos vemos en el lugar de las ocasiones especiales.

—Gracias, abuela. Ya le confirmo. Hasta después.

Esa tarde, los paseantes recorrieron la *carrer Major* o calle Principal, conocieron el portal *Vell* y la terraza que lleva su nombre. Visitaron el mirador Blanco y se deleitaron con su amplia vista sobre el Mediterráneo. Después se acercaron al de los Cronistas y, desde allí, contemplaron el hermoso atardecer que germinaba en la inmensidad. El astro rey se despedía con el hasta mañana entusiasmado y complacido de quienes desean hacer felices a los corazones agradecidos. A sus pies, la bahía cercana dejaba atrás el azul radiante para reflejar el colorido celestial y, Alessandro, se apartó para dejarse llevar por un recuerdo.

Alessia sonrió al darse cuenta, porque recordó que era el lugar donde se habían conocido su madre y él, y se ocupó de entretener a los chicos para que no lo interrumpieran. Tan pronto recuperaron su

compañía, garbearon por el mercadillo de la plaza y transitaron la aledaña y cautivante calle San Miguel, a la vez que compartían novedad y alguna que otra anécdota y efeméride que les narraba su anfitriona. Al volver, entraron en la iglesia y tomaron un momento para contemplarla y elevar una pequeña oración. Allí, entre paz y silencio, se dieron cuenta de que habían convertido un sencillo callejeo en una tarde inolvidable, que sumó hermosos recuerdos a sus vidas. Una tarde que perpetuaron entre sonrisas sinceras, motivadas y acompañadas por diferentes emociones.

Se encontraron en el restaurante a la hora acordada y el abuelo saludó a los visitantes sin efusividad, pero con amabilidad y un intento de sonrisa que disimuló de inmediato. Ellas, que lo conocían bien, no esperaban más. Sin embargo, se dieron cuenta de que pronto entró en el calor de la charla y su participación fue entusiasta.

La comida estuvo tan rica que, Giancarlo, al paladear el arroz con bogavante que pidió, gesticuló y dijo a la abuela:

—¡Hum, esto está para chuparse los dedos!

Ella rio con sorpresa, porque lo había dicho en español, y con agrado porque el gesto los acercaba en complicidad. Los demás carcajearon.

Alessandro aún no estaba totalmente recuperado y había vivido un día ajetreado entre el viaje, las emociones y las subidas y bajadas por las callejuelas, de manera que, tras un rato de sobremesa, expresó su necesidad de descansar. Sus acompañantes lo entendieron, caminaron con él hasta la entrada del hotel, se despidieron y se dividieron. Los abuelos tomaron rumbo a su casa, y los jóvenes bajaron hasta la playa para disfrutar un rato de la vida nocturna.

Ya en la habitación, Alessandro, tomó una ducha de agua tibia, larga y relajante, y se acostó. Había pensado en dormir, pero alguien escuchaba el tema de Agustín Lara, «*Solamente una vez*», y la melancolía se apoderó de su ser. Se dejó llevar y dio rienda suelta a sus pensamientos y sentimientos, ambos contenidos desde que

llegara, y los recuerdos afloraron sin recelo, en el lugar donde todo le hablaba de Lucía.

Allí se conocieran y se amaran a escondidas, con la emoción añadida que implicaba el no ser descubiertos, convirtiendo una breve y «riesgosa» aventura en el gran juego de sus vidas, y evocarlo motivaba su sonrisa.

Conscientes e inconscientes, atrevidos, cuidadosos. Embriagados por el olor a mar y montaña, habían jugado a la invisibilidad en complicidad, arropados por la juventud y el deseo de vivir intensamente su maravilloso secreto.

Al terminar la canción reinó el silencio y abrió la ventana para escuchar el susurro del céfiro marino, que aprovechó el momento para rozar su rostro y recordarle que había sido el sempiterno acompañante en su lance, y se presentaba para musitarle sobre el ayer.

Se rindió a su caricia y decidió que no quería dormir sino levantarse, vestirse y salir a la calle para buscar a Lucía en los rincones del ayer. El cansancio dejó de ser importante ante la necesidad de garbear entre la comunión y la nostalgia, porque necesitaba encontrarla más allá de sus pensamientos y de su palpitar añorante. Se preparó, salió y la halló en la fragancia inconfundible de la noche, en la espontaneidad de las sonrisas desconocidas que mostraban su dicha al pasar. Y también en el mirador de los Cronistas, donde la había visto por primera vez y al que quiso volver, a pesar de haber estado unas horas antes.

Allí se detuvo, palpó su nostalgia y le habló en silencio y con el corazón. Reconoció que todo hubiera sido diferente de haber regresado a buscarla, de no rendirse ante su silencio. Y le pidió perdón por hacerle caso, por no ser valiente, porque su conformidad había impedido que su hija lo conociera, y que los hermanos se conocieran antes y crecieran juntos.

Caviló y meditó, y después de un rato se dio cuenta de que estaba entrando en un laberinto de pensamientos que no conducían más que a la tristeza, porque el pasado era eso: pasado. Entonces, se acordó de las palabras de Adriana:

«Tienes dos hijos fantásticos. Dos jóvenes encantadores que pueden llenar tu vida de motivos para dejar atrás los sinsabores. Olvídate del qué hubiera sido porque no fue, y lo más triste es que no será si te aferras al pasado».

Asintió con la cabeza y se reafirmó en voz alta:

—Sí, la vida me ha sorprendido, a veces para mal y otras para bien, como a todos. Pero lo que importa es que me ha regalado dos hijos excelentes y una nueva oportunidad. Es momento de vivir y ser feliz.

Convencido, continuó arrullando el ayer hasta que el silencio reinó en las carreras, y las luces de las ventanas anunciaron el viaje a través de los sueños de quienes las hacían brillar. Entonces concluyó que era el momento de regresar al hotel y descansar, porque en unas horas zarparía a otro encuentro con Lucía.

Los abuelos dormían y, más allá, los jóvenes se divertían en el festival musical de verano que tenía lugar a la orilla de la playa. Giancarlo se topó con un grupo de paisanos y se les unió para dejar solos a Marco y Alessia. Ellos sonrieron ante su iniciativa, y se dedicaron a disfrutar de los temas que el DJ mezclaba con entusiasmo y maestría. Despidieron el set de melodías llenas de energía con *Something just like this*, de Chainsmokers y Coldplay, y se entrelazaron al escuchar las notas de *Destino o casualidad* que, en las voces de Melendi y Ha*Ash, anunciaban el inicio del set romántico.

Posteriormente, dieron un paseo bajo la radiante luz de una preciosa luna nueva, y se dejaron entrelazar por el halo mágico que los unía y la sensación de que su dicha era infinita, como el resplandor de las estrellas en el universo.

A pesar del momento irrepetible que vivía, Alessia consideró que necesitaba dormir un rato antes de la ceremonia a su madre y, pasadas las tres, manifestó su deseo de irse a casa. Comentó con Marco que, ellos, podían quedarse, más él estuvo de acuerdo en que era hora de descansar. Buscaron a Giancarlo y se retiraron. Al llegar, los chicos se dieron una ducha y se acostaron. En cambio, Alessia no quiso dar por concluido tan maravilloso día sin dedicarle un instante

a su madre. Con el corazón sonriente, fue a su rincón y le habló con el pensamiento para contarle lo que vivía y sentía, aunque estaba segura de que ya lo sabía porque era su ángel de la guarda, pero le gustaban sus pequeños momentos de intimidad y complicidad.

Mientras lo hacía, escuchó el sonido de un mensaje que llegaba a su teléfono. Lo tomó, miró y leyó:

«Nos vemos después de soñar dormidos, para continuar soñando despiertos».

Con la emoción con que se recibe a la llovizna primaveral que se presenta en el caluroso verano y regala un arcoíris en el horizonte, escribió:

«Soñaremos».

Tras ello, añadió el emoticono de un abrazo que decía feliz descanso. Él lo copió y se lo devolvió.

El despertador de los abuelos sonó a las cinco, cuando aún estaba oscuro. Esperanza preparó el café y envió un mensaje mientras estaba en la cocina, sola. Leopoldo se vistió, tomó el café y bajó al puerto, para preparar el barco. Era una lancha sencilla de madera, a la que cuidaba con esmero y pintaba con frecuencia, siempre combinando azul marino y blanco. La comprara cuando aún estaba soltero y la bautizó con el nombre de la que pronto sería su esposa.

Alessia había dormido poco y Esperanza tuvo que despertarla, tomaron una taza de café con leche a la que acompañaron con un trozo de bizcocho y se vistieron para agasajar a Lucía. Le dio las rosas a la abuela, y ella se encargó de llevar las cenizas.

Al llegar al puerto divisaron que el abuelo estaba acompañado por cuatro personas, y comentaron sobre el madrugador faenar de los pescadores. Sin embargo, a medida que se acercaban al embarcadero, les surgieron dudas porque, aunque la penumbra y la posición no les permitía distinguir rostros, la indumentaria de la mayoría no parecía ser la de trabajadores del mar. La abuela consideró la posibilidad de que se tratara de los visitantes, pero el número no coincidía y el abuelo no había estado a solas con ellos en ningún momento. Además, no era persona de entablar amistades

nuevas, sino un lobo solitario que únicamente se sentía bien con sus viejos amigos.

Poco después, comprobaron que se trataba de la segunda opción, y ambas se sorprendieron al verlos, sobre todo a Giancarlo. La abuela comentó:

—Este chico debe de querer mucho a su padre.

—A lo mejor es para estar pendiente de él, por su salud.

—Es posible, y también eso es muestra de su gran amor.

Aún sorprendidas y extrañadas porque el abuelo los hubiera invitado, saludaron sonrientes a todos los presentes. Tras ello, Esperanza miró a su marido complacida y, Alessia, lo hizo agradecida.

Enseguida, dirigiéndose a Giancarlo, Alessia dijo:

—Imagino que estás aquí para cuidar de Alessandro, pero, si lo prefieres, puedo ocuparme.

Alessandro era consciente de que, a su hijo, aún le costaba entenderlo todo, e intervino.

—Eso mismo, con otras palabras, le dije antes de venir, pero quiso acompañarnos, no por cuidar de mí ni por compromiso, sino porque gracias a que tu madre renunció a nuestro amor, él creció en una familia feliz y estar aquí es su manera de reconocérselo.

Los abuelos lo miraron con admiración y, Alessia, se dejó llevar por un impulso, lo abrazó y le dijo:

—Gracias, hermano.

El quinto caballero era Matías, el amigo de Leopoldo, al que le había pedido que los acompañara porque no podían ir tantas personas en el viejo bote. Todo era y parecía bonito, no obstante, en los corazones y el alma de la mayoría de los presentes persistía una ligera sensación agridulce, ya que el vacío, la pérdida y el dolor se mezclaban con el amor, los recuerdos, y la ilusión de rendirle un bello homenaje a Lucía.

El abuelo ordenó:

—El amanecer es inminente. ¡Todos a bordo!

La abuela refutó el mandato.

—Lo siento. A veces es preciso contradecir al capitán. Necesito ir al servicio.

Alessia estaba un poco nerviosa y lo consideró oportuno.

—Te acompaño, abuela.

Colocó el cofre de las cenizas en la lancha del abuelo, le agarró las rosas a la abuela y las puso a su lado, y se fueron. Empero, se detuvieron a medio camino porque, Esperanza, divisó a alguien que se acercaba, y le comentó:

—En realidad no tengo ganas, ¿tú sí?

Alessia la miró extrañada y se encogió de hombros.

—Tampoco, iba por hacer un chorrito.

—Perfecto, porque lo que necesitaba era tiempo. Mira hacia tu derecha.

Alessia le hizo caso.

—¡Oh, abuela! ¡Has invitado a Adriana!

—Que conste que tu abuelo y yo no estábamos en complot. Por lo visto, convidó a los chicos y yo no lo sabía, y él ignora que viene Adriana, pero entre su travesura y la mía, tu madre va a tener una bonita despedida con las personas que quería, e incluso algunos más.

—Falta Carolina, ¿o también viene?

—No, cielo. Ella estuvo en el funeral. Se lo comenté, pero ya sabes que tiene sus complicaciones y no quiere salir lejos.

—Es verdad. Asistió al más importante.

Adriana corrió hacia ellas, se abrazaron efusivamente y caminaron hacia el punto de embarque, donde la recibieron con saludos cordiales y sonrisas.

—Ahora sí, ya estamos todos. ¿Abordamos? —dijo la abuela.

Adriana eligió embarcarse con Marco, Giancarlo y Matías, para no interrumpir en el grupo de grandes amores de Lucía.

Navegaron hasta las cercanías del Peñón de Ifach; el lugar al que le encantaba ir a la homenajeada cuando salía de pesca con su padre. Allí, los capitanes acercaron la popa de sus barcos y separaron la proa. Entonces, Adriana propuso que cada uno contara alguna vivencia que hubiera compartido con Lucía. Algo bonito, alegre o entrañable que les permitiera conocerla un poco más. Algo que convirtiera el tributo en inolvidable e hiciera que todos

atesoraran momentos comunes de su pasado, sin haber coincidido antes.

Consideraron que era una gran idea y relataron diferentes historias, incluso más de una por persona, a las que sumó el amigo Matías, quien conociera a Lucía desde niña y le tenía mucho afecto. Tras ello, la abuela expresó su deseo de incluir una oración, y pidió a Alessia que pusiera *The prayer*, en las voces de Céline Dion y Andrea Bocelli. Al finalizar tan sublime momento, Alessandro propuso un minuto de silencio, no para entristecerse, sino para evocar los abrazos de amor que les había obsequiado en vida, cuando su sonrisa alegre despertaba con el amanecer e iluminaba los días soleados.

La abuela estaba contenta porque siempre había querido hacerle algo bonito a su hija. Algo más allá del funeral lleno de dolor, repentino y solitario en una ciudad lejana. Y ahora, a pesar de la emoción agridulce que la invadía, se sentía complacida por la sensación de que estaba allí, en ellos y con ellos. Presente en el recuerdo. En el amor con el que prepararan todo, pero, sobre todo, con el que participaban quienes la habían conocido. Un amor que le hablaba de la fecunda siembra de su corta pero apasionada existencia.

Estaba, además, segura de que su espíritu los acompañaba y la imaginó feliz al contemplarlos juntos, reunidos por ella. Dichosa porque su pequeña encontrara a su padre y a su hermano, y ambos la querían. Después agradeció porque había estado rodeada de buenas personas, e incluso porque, su marido y ella habían hablado con Alessia, y los había entendido y perdonado. Luego infirió que observar a los que amamos en armonía, tenía que ser motivo de descanso más allá de la muerte. Y concluyó que su hija tenía paz.

El agua estaba en calma y los rayos de luz asomaban con discreción entre la infinidad del cielo y de los sentimientos. Atrás, La Cúpula del Mediterráneo, aún adormilada, observaba curiosa a los navegantes que echaban de menos a Lucía, a la vez que acariciaba con orgullo el haber sido testigo y cuna de sus primeros pasos, de su inocencia, y también de ser el hogar dónde había desarrollado su

entusiasmo, la pasión e independencia que la impulsaran a forjar destino.

Finalizado el minuto de silencio en el que quienes la conocieran le dedicaron sus pensamientos, Alessia dirigió la entrega de los presentes que simbolizaban el amor y marcaban la despedida.

Al abordar el barco tomara la urna de las cenizas y la colocara sobre su regazo para navegar. La asió acariciante y la colocó en la cubierta de proa, como si quisiera que su madre observara desde allí el rumbo de sus delicados obsequios. Inmediatamente, hizo sonar el tema: *Somewhere in time*, de John Barry, que los abuelos y ella habían elegido para acompañar el ritual de las rosas.

Tomó la rosada, con ella quería expresarle la gratitud, admiración, dulzura, belleza y muchas cosas más, todas hermosas, que su adorada mamá le inspiraba. Le dio un beso y miró sonriente y agradecida al horizonte, consciente de que gran parte de sus acciones y la dicha que sentía en su alma eran el resultado de todo lo que le había legado. Del ejemplo y la esencia que pervivían a través del tiempo. Y dijo en silencio:

«Gracias, mami. Infinitas gracias por abrazarme, por cuidarme, por quererme. Gracias por vivir en mí».

No quería llorar y no lo hizo. Homenajeaban a la persona que más había querido, a la que más la había querido y deseaba que fuera memorable, hermoso y sentido, más no llorado. Depositó la rosa en el agua con el amor más puro, sincero y profundo, y la acompañó de una preciosa sonrisa que luchaba para no sucumbir, cuando algo llamó su atención en el cielo cercano. Miró hacia arriba, y la luz del incipiente amanecer le mostró la presencia de una hermosa y nívea gaviota que planeaba a escasos metros. Contemplativa, altiva, serena. Una visión y un instante que le revelaron por qué le gustaba tanto verlas: poseían la belleza, elegancia y determinación que le hablaban de su mamá. Y pensó que tal vez era ella, que se hacía presente en su homenaje.

No supo si enviarle un beso, una sonrisa, dejar salir su emoción, o concluir que simplemente se trataba de una gavina que esperaba

para alimentarse, al igual que tantas que sobrevolaban cerca de los pescadores.

Tras unos segundos de contemplación, Alessia entregó la rosa blanca a la abuela y, esta, entregó sus pensamientos a su hija; se disculpó con ella y le pidió a Dios tener una nueva oportunidad para subsanar sus errores. Quería volver a ser la madre de Lucía, e imploró con tanto fervor que sus lágrimas brotaron sin que lo pudiera evitar. Era consciente de la imposibilidad de enmendar el pasado, empero, creer en una nueva vida juntas fertilizaba su esperanza de reparación. Se agachó, depositó cuidadosamente su flor sobre el agua, y contempló como el color de la pureza emprendía su viaje. Limpió su rostro con disimulo e intentó recuperar la calma.

Leopoldo recibió la rosa amarilla, como habían planeado. Él quería expresarle su gratitud y reconocerle el rico mundo interior que no había apreciado y respetado en su momento, a la vez que la despedía recordando su alegría. La puso frente a sí y dejó que su mirada se perdiera en el confín, donde el mar parecía confluir con el cielo, como si supiera que su hija se encontraba más allá y él estuviera dispuesto a surcar el agua que los sostenía hasta llegar a su encuentro, le pidió perdón y le dijo que, al igual que hasta ahora, cada vez que saliera a navegar lo harían juntos. Él visible en la barca, ella en su corazón. Después dio un beso imaginario a su flor, y la lanzó cerca de las demás.

El momento familiar resultó tan entrañable como emotivo y memorable. Pero no había terminado porque quedaba una rosa cuyos pétalos se suponía que esparcirían lo tres. Alessia había elegido el color rojo, la tomó y atisbó al abuelo interrogante. Él, que así lo había ideado, asintió con la cabeza, se giró un poco y miró disimuladamente a Alessandro. Ella, agradecida y conmovida, se la entregó a su padre.

A pesar de que el llanto mudo se negaba a abandonar a la abuela, al darse cuenta del hermoso gesto de su marido, y contemplar las miradas que cruzaron Alessia y Alessandro, sonrió complacida ante

el gesto, la imagen y el sentimiento. Después admitió que sí, Leopoldo la había sorprendido.

Alessandro se sintió halagado, valoró el gesto y recibió la rosa con una sonrisa complacida. Acto seguido, la entregó al agua mientras daba gracias a Lucía por lo vivido. Por el amor, e incluso por la renuncia que le había permitido cumplir su misión en la vida. Un cometido que no eligiera, pero que estaba previsto que así sería. Y también por haberle dado una hija que era luz para el mundo por su alma bella y su gran corazón. Como el de ella.

El gesto inesperado lo había emocionado y su dedicación fue aparentemente más corta, empero, la había iniciado mucho antes.

Adriana esperaba paciente. No quedaban más rosas, no obstante, previsiva como de costumbre, e informada de lo que planificaban hacer, sacó de su bolso una rosa lila suave que comprara en Milán, y la añadió con entusiasmo al ramo disperso, pequeño y colorido, que se alejaba sin prisa alguna. Ella, más rompedora, quiso agasajar a su hermana de la vida con la admiración que le inspiraba, recordar su carácter reservado, la felicidad que hallaba en las pequeñas cosas, su dignidad y belleza interior, y lo hizo en voz alta. Con un nudo en la garganta, le dio infinitas gracias por el breve e intenso tiempo compartido; pero, sobre todo, por haber propiciado de alguna manera las circunstancias para que pudiera esta allí y despedirla; y también por haberse reencontrado con la personita maravillosa que había legado a la humanidad, de la que por nada del mundo se volvería a alejar. Miró al infinito durante un momento, y recortó la distancia para entregarle una bonita y gratificante sonrisa a la gaviota, que parecía haber encontrado entretenimiento observándoles. Se preguntó por qué lo había hecho, y la contempló interrogante y curiosa, como ella.

La banda sonora de tan memorable momento había culminado y diera paso al arrullo del céfiro y el vaivén marino, cuando se escuchó:

—Quiero compartiros una canción que me dedicó tantas veces que la aprendí. La interpretábamos juntas y, seguramente, le gustaría

que la conocierais.

Los presentes sonrieron y, Alessandro, añadió:

—A mí me gustaría que, después, pusiéramos nuestro tema, sí es posible.

Ella contestó:

—Por supuesto que sí. Será bonito conocer la música que nos une a mamá, mientras le damos tiempo a las flores para que se alejen.

Enseguida, escucharon *Nothing's gonna change my love for you*, interpretado por George Benson.

A pesar del sentir que les embargaba, al sonar las primeras notas, Alessandro esbozó una amplia sonrisa y miró a su hija con amor. Todos se dieron cuenta y, cuando se terminó, ella le dijo cariñosa:

—¿Me dices cuál era vuestra canción?

Aún emocionado, él le contestó:

—No es necesario. Acabamos de escucharla. Sonaba en la pizzería el día en que Lucía y yo nos conocimos, nos gustó y la convertimos en nuestra melodía. Ahora es de los tres.

Las miradas conmovidas de los presentes los observaron en silencio. Ninguno quería interrumpir el momento de comunión. Finalmente, él añadió:

»He cambiado de parecer y quiero dedicaros una a las dos. A ti, Alessia, y a Lucía. Es la versión de *Now we are free* en las voces de Il Volo. Se llama *Nelle tue mani*.

Ella se sonrojó, le sonrió y la buscó. Y, sin estar previsto, el gesto de Alessandro derivó en unos minutos plenos de emoción para todos, intensificados por el poder y la magnificencia de la música. Alessia se sintió encantada porque, durante un instante, revivió un momento del concierto que la había hecho tan feliz. Pero, sobre todo, porque su recién descubierto padre le hacía una dedicatoria en la que expresaba su sentir y la animaba a ser, además de considerarla parecida a la persona que tanto quería.

Al finalizar, hubo otro silencio, que el abuelo rompió.

—Si nadie tiene más peticiones, quizás sea el momento de regresar, y que José Luis Perales nos marque el ritmo con mi canción para Lucía.

La abuela dijo con seguridad:

—*Un velero llamado Libertad*.

Aunque Marco y Giancarlo callaron, como habían hecho hasta entonces, los demás asintieron sonrientes y el regreso estuvo marcado por la melodía de la voz y las alegres notas que definían a la homenajeada. Además de la satisfacción, el amor, la serenidad y el reconocimiento que palpaban quienes la habían conocido.

Al atracar, Esperanza sugirió desayunar en el paseo marítimo y sus acompañantes, a excepción de Matías, estuvieron de acuerdo. Él indicó que precisaba dedicarse a su faena diaria porque tenía un compromiso con un cliente importante, y zarpó nuevamente. Los demás eligieron una de las terrazas frente al mar, desde la que podían disfrutar del precioso escenario que les abrazaba con la paz de los azules infinitos, y les brindaba el marco perfecto para atesorar su sentir. Así, la satisfacción, dicha y sosiego anularon al reloj y dejaron en el olvido a las obligaciones de los abuelos.

La sobremesa se extendió conversando sobre temas placenteros que les permitieron conocerse un poco más, y sentirse cordialmente unidos gracias a sus nexos en común: Lucía y Alessia.

En un momento, Giancarlo dijo:

—Estas *pratiche* —prácticas— de español me *fanno* —hacen— mucho bien. Ya entiendo todo, casi.

Sus acompañantes sonrieron y, Alessia, comentó:

—Me has ganado. Hablas bastante bien y mi italiano sigue siendo fatal.

Él añadió:

—Tengo ventaja porque yo *parlare* —hablo— con mi padre todo el tiempo.

Alessia bromeó:

—¡Ah! Conque esas tenemos.

Marco chanceó:

—Cada vez me siento más desechable —sonrieron—. No obstante, hay que reconocer que le pone ganas, porque conmigo también habla en español de vez en cuando.

Alessandro, con un guiño hacia Alessia, añadió:

—Puedes practicar conmigo. Es cuestión de que hable al revés con mis hijos.

—Me parece bien. El italiano parece fácil, pero es difícil y, por si fuera poco, mezclo palabras en portugués.

Adriana comentó:

—¡Ah! No me digas que estás aprendiendo los dos idiomas a la vez.

—Que va, lo hago sin darme cuenta. Supongo que es por escuchar a Marco y Giancarlo.

—Pues me parece divertido. También puedes practicar el italiano conmigo, así ambos estáis dos a dos. Por cierto, me siento encantada con la forma en que os estáis integrando, y os pido que me dejéis formar parte de esta familia.

La abuela, contenta, dijo:

—Alessia te quiere, así que eres bienvenida.

Adriana, feliz, comentó:

—¡Muchas gracias! Ahora mismo me siento entre un equipo de ángeles. Lo que habéis hecho es precioso.

Esperanza sonrió y matizó:

—No es habéis, es hemos, porque venir de Milán también requiere lo suyo, y todo esto se desató después de la conversación contigo.

—Me considero más que pagada con estar aquí. ¡Ah! Y con que Alessia vaya a mi casa cuando quiera y se quede el tiempo que desee.

El abuelo simuló protestar:

—No, no. De eso nada, aún me parecéis un poco raritos todos. Así que a dónde vaya, tiene que ir con escolta.

Adriana bromeó:

—¡Ooh!, lo siento. Me contó sobre tu cargo en el viaje a Roma, pero no sabía que era vitalicio. Por lo visto no me queda alternativa, de manera que invito a la tribu presente al completo, eso sí, algunos tendréis que dormir en un hotel porque mi casa es pequeña.

Rieron y, enseguida, un galante y devoto Marco, se dirigió a Alessia:

—También yo quiero invitarte, pero antes he de superar el temor que me infunde tu guardaespaldas.

Hizo una breve pausa para mirar al abuelo y sonrieron. Luego la miró nuevamente y añadió:

»Así que me gustaría saber cómo te has sentido en Madrid y Roma, y qué es Altea para ti.

Ella combinó su sonrisa seductora con gentileza, y su mirada se iluminó con el fulgor del amor.

—En las tres hallo encanto y dicha. Altea es el corazón, la familia, la estabilidad. Es el amor. El lugar donde volví a soñar, en el que creo y logro. Aquí están la vida, el calor, el refugio que me abraza y me ofrece seguridad —mirando a los abuelos, añadió—: Es el pequeño rincón donde dos ángeles sanaron el dolor que había roto mi alma. El hogar. El dulce hogar.

»Roma es la incógnita, la historia que atrae y la novedad que confluyen día a día —miró a Alessandro y a Giancarlo, y añadió—: Es el encuentro con la familia que no sabía que existía y me hace feliz. Tanto que incluso quiero ser bienvenida al alboroto que desconozco; ese que me hace ilusión a pesar de que disfruto enormemente de la paz y la tranquilidad —les sonrió, posó su vista de nuevo en Marco, y continuó—: Es la ciudad eterna envuelta por su infinita luz amarilla, tan bonita y particular que invita a la esperanza y a la alegría. Y también la noche de música y magia que se instaló en mi alma y recordaré por siempre.

»Madrid es radiante y alegre como la sonrisa de mamá. En ella están el amor de la infancia, los juegos, la felicidad y el dolor. Es la raíz que me alimenta y aún me abraza con la inocencia y el candor del ayer. Allí están los rincones, los besos, la magia que quiero atesorar por siempre en mi memoria. Es ciudad de aventuras y sorpresas, donde la noche puede ser eterna y el día radiante. Es luz, luz diáfana, blanca, acogedora e inolvidable. Es ayer, pero también es agradecimiento y encuentro, es presente y futuro, porque sin Madrid no estaríamos aquí.

Las palabras de Alessia manaban acompañadas por el profundo sentir que cada uno de los lugares le inspiraba, y sus acompañantes se dejaron llevar por la pasión contagiosa con que hablaba. Les parecía fantástico que valorara todo lo que la vida le ofrecía, y que experimentara algo tan profundo por lo suyo.

Marco la observaba con embeleso, y añadió:

—Esperaba con ansia a que conocieras Lisboa. Mostrarte mis lugares favoritos, invitarte de oyente a una clase de estadística —le hizo un guiño y rieron—, presentarte a mi familia y amigos…, y ahora le añado un nuevo motivo: contemplarte después, mientras la defines con esa emoción que sientes.

Ella sonrió, asintió con la cabeza y, como si nadie más estuviera presente, lo miró con amor, dulzura e ilusión, y dijo:

—La conoceré.

Cada uno de los presentes quería decir algo, pero ninguno se atrevió a romper la magia. Esta vez, ni siquiera se oyó el comentario sobre el habitual e inevitable «ejercicio profesional del abuelo». Tan solo la melodía de David Bisbal, «*Me enamoré de ti*» expresaba el sentir que flotaba en el ambiente. Los demás los observaban y se dieron cuenta de que estaban inmersos en un mundo en el que, ellos, sobraban. Era el momento de levantarse y retirarse, y lo hicieron.

Marco y Alessia permanecieron sentados, conversando sobre la hermosa capital en la que él residía y por la que pronto caminarían juntos. Sus miradas resplandecían y sus corazones latían al unísono, entrelazados por la intensidad de una declaración de amor que no habían pronunciado, y que tampoco precisaban.

Deseo que sientas la presencia de la magia,
esa emoción bonita que surge al reconocer lo que es realmente importante, y nos motiva a agradecer y a obsequiar gestos y detalles que nacen del **corazón**.

Deseo que los colores residan en tu alma y la llenen de luz,
para que en cada latido de tu corazón mane la **ilusión**.

Cree en los ángeles, sé uno de ellos, y cuando los necesites
te colmarán con múltiples bendiciones y **amor**.

Acompáñate de ética, honestidad y perseverancia,
Y cree en lo que eres y en lo que puedes ser.
Cree en ti.

MQA.